

INRI

# Creo en Dios



**Mons. Tihamér Tóth**

MONS. TIHAMÉR TÓTH

CREO EN DIOS

1957

2

**NIHIL OBSTAT:**  
Dr. Martín Arroyo,  
Censor.

**IMPRIMATUR:**  
*José María, Ob. Aux. y Vic. Gral.*  
Madrid, 24 de diciembre de 1956

Este libro está directamente traducido del original húngaro  
«HISZEK EGI ISTENBEN!»  
por el M. I. Sr. D. Antonio Sancho Nebot, Magistral de Mallorca.

## PRESENTACIÓN

El mal de la civilización occidental actual es mucho más hondo y más terrible de lo que nos parece y no puede curarse con simples emplastes. La causa principal está en la ausencia de Dios, en la falta religión de la sociedad, en la poca vivencia de la fe católica en general.

Este libro pretende contrarrestar este mal, levantando el nivel de cultura religiosa. Y a decir verdad, las piedras en que se fundamenta no pueden ser más sólidas ni más constructivas. Este libro está llamado a hacer un gran bien.

De tres partes consta la obra que estudiamos: Parte primera, «Creo en Dios»; parte segunda, «*Creo en Dios. Su existencia*», y parte tercera, «*Creo es Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Atributos de Dios*». En este triple aspecto encierra Mons. Tihamér Tóth en toda su espléndida grandiosidad el panorama del credo católico. Poniendo el autor a contribución de la empresa las reconocidas dotes de escritor apologista que tanta fama le han granjeado, nos entrega un tratado completo de cuantas cuestiones se entrelazan con los dogmas de nuestro credo. Y no es el tratado seco, árido, amazotado. Es un tratado lleno de viveza, que a veces tiene más de cuadro colorista que de enseñanza escueta y que se lee sin fatiga y con interés.

La verdadera fe cristiana, como savia vivificante, empapa todas sus páginas. En todos sus capítulos, junto a la argumentación, que siempre es sólida y no pocas veces brillante, hay anécdotas y toques delicados que llegan hasta las fibras más íntimas del corazón e insensiblemente preparan la rendición de la inteligencia.

CREO EN DIOS es un libro verdaderamente prodigioso. Rico de sana doctrina, rebosante de vida. Un gran libro imprescindible —como todas las obras de Mons. Tihamér Tóth— sobre la mesa de estudio del sacerdote, del apóstol, del propagandista de Acción Católica, del padre de familia, del político, del gobernante, del hombre de negocios, del católico consciente, en una palabra.

Consideramos que es obra utilísima para toda clase de lectores. Los sacerdotes aprenderán a exponer los más sublimes misterios en forma sencilla y al alcance de todas las inteligencias. Los seculares católicos, ante la explicación adecuada de las verdades de la fe, se sentirán más capacitados para dar razón de la misma y para actuar más eficazmente como apóstoles de Cristo; y aun los que no son miembros de la Iglesia, al contemplar el magnífico panorama de la doctrina católica, comenzarán a sentir respeto y admiración por una religión de tan sublimes dogmas, la mirarán después con profunda simpatía y la gracia divina puede hacer lo demás.

EL EDITOR

# ÍNDICE

<b>PARTE PRIMERA.....</b>	<b>9</b>
<b>LA FE.....</b>	<b>9</b>
CAPÍTULO PRIMERO.....	10
LA FE DE NUESTROS PADRES.....	10
CAPÍTULO II.....	15
¿BIENAVENTURADO EL QUE CREE!.....	15
CAPÍTULO III.....	23
¿DESDICHADO EL QUE NO CREE!.....	23
CAPÍTULO IV.....	32
¿QUÉ ES LO QUE CONDUCE A LA INCREDULIDAD?.....	32
CAPÍTULO V.....	37
¿QUÉ ES LO QUE CONDUCE A LA INCREDULIDAD?.....	37
CAPÍTULO VI.....	43
¿CÓMO LOGRAR UNA FE ROBUSTA?.....	43
CAPITULO VII.....	51
¿CÓMO LOGRAR UNA FE ROBUSTA?.....	51
<b>PARTE SEGUNDA.....</b>	<b>60</b>
<b>EXISTENCIA DE DIOS.....</b>	<b>60</b>
CAPÍTULO VIII.....	61
¿QUÉ PIENSAS DE DIOS?.....	61
CAPÍTULO IX.....	67
¿QUÉ DICE EL MUNDO: HAY DIOS?.....	67
CAPÍTULO X.....	77
¿QUÉ DICE EL HOMBRE: HAY DIOS?.....	77
CAPÍTULO XI.....	86
LOS IMPÍOS «NO TIENEN DISCULPA».....	86

CAPITULO XII.....	95
¿QUÉ DICE EL ALMA: HAY DIOS?.....	95
CAPITULO XIII.....	104
¿QUÉ DICE EL ALMA: HAY DIOS?.....	104
CAPÍTULO XIV.....	115
¿QUÉ DICE LA SOCIEDAD: HAY DIOS?.....	115
CAPÍTULO XV.....	123
HE DE CREER EN DIOS.....	123
<b>PARTE TERCERA.....</b>	<b>132</b>
<b>¿QUIÉN ES DIOS?.....</b>	<b>132</b>
INTRODUCCIÓN.....	133
LA REVELACIÓN.....	133
CAPÍTULO XVI.....	137
DIOS ES ESPÍRITU.....	137
CAPÍTULO XVII.....	143
DIOS ES MI PADRE.....	143
CAPÍTULO XVIII.....	151
DIOS ES MI PADRE: PROVIDENCIA.....	151
CAPÍTULO XIX.....	159
DIOS ES MI PADRE: HABLO CON ÉL CUANDO REZO.....	159
CAPÍTULO XX.....	168
DIOS ES MI PADRE: LE AMO.....	168
CAPÍTULO XXI.....	178
DIOS ES UNO Y TRINO.....	178
CAPÍTULO XXII.....	189
DIOS CREADOR.....	189
CAPÍTULO XXIII.....	196
DIOS, SANTO.....	196
CAPÍTULO XXIV.....	205
DIOS, BUENO.....	205

CAPÍTULO XXV.....	214
DIOS BUENO Y EL MUNDO MALO.....	214
CAPÍTULO XXVI.....	223
DIOS, VERAZ Y FIEL.....	223
CAPÍTULO XXVII.....	231
DIOS, OMNIPRESENTE.....	231
CAPÍTULO XXVIII.....	240
DIOS, OMNISCIENTE.....	240
CAPÍTULO XXIX.....	250
DIOS, SABIO.....	250
CAPÍTULO XXX.....	257
DIOS ES JUSTO.....	257
CAPÍTULO XXXI.....	266
DIOS, MISERICORDIOSO.....	266
CAPÍTULO XXXII.....	274
DIOS, PACIENTE.....	274
CAPÍTULO XXXIII.....	285
DIOS, INMUTABLE.....	285
CAPÍTULO XXXIV.....	295
DIOS, ETERNO.....	295
CAPÍTULO XXXV.....	306
TE DEUM LAUDAMOS.....	306

# **PARTE PRIMERA**

## **LA FE**

# CAPÍTULO PRIMERO

## LA FE DE NUESTROS PADRES

Sean mis primeras líneas de alabanza a nuestro Padre celestial, a nuestro Dios<sup>1</sup>.

Me dirijo a Ti, Padre nuestro, de quien deseo hablar ampliamente con mis queridos lectores. Muéstranos tu amor cuando hablemos de Ti. Ilústranos con tu luz cuando ahondemos las doctrinas de nuestra fe católica, para que así las podamos conocer y amar más conscientemente. Ayúdanos con tu gracia, para que seamos robustecidos en nuestra fe cristiana y conformes en todo a tus santos designios, podamos llegar a Ti al final de nuestra vida y podamos decirte: Padre nuestro que estás en el cielo...

Pero ¿cuál será propiamente, lector amigo, el tema de nuestras conversaciones?

En otro libro —*Los diez mandamientos*— he tratado, uno a uno, de los diez Mandamientos de Dios. Ahora empiezo una nueva serie. Y si era importante y necesario hablar minuciosamente de los Mandamientos de Dios, quizá sea de mayor importancia aún este nuevo tema, esta nueva serie de conversaciones, que versará sobre nuestra fe cristiana, sobre nuestro Credo; porque ¿cómo ha de cumplir los mandamientos de Dios el hombre que no conoce a Dios, que no aprecia debidamente su fe y que no persevera fiel a la misma con un amor abnegado?

Por tanto, vamos a tratar ampliamente de nuestro Credo, de nuestra fe. Y empezaremos poniendo los fundamentos, demostrando la importancia del tema escogido.

*¿Por qué escoger precisamente tal lema, el Credo de la fe católica?*

Hemos de tratar dicho tema, *1º porque es poco conocido, 2º porque es de una importancia decisiva que lo conozcamos mejor.*

---

<sup>1</sup> El texto digitalizado que presentamos es un resumen adaptado por Alberto Zuñiga Croxato del libro *Creo en Dios*, de Mons. Tihamér Tóth. (Nota del Editor)

## LA FE DESCONOCIDA

Así, pues, hemos escogido este tema, en primer lugar, porque la ignorancia religiosa hoy día es espantosa, no sólo entre pueblos paganos, sino también en las naciones cristianas. En cualquier parte del mundo podría acontecer lo que sucedió en uno de los suburbios de París a un sacerdote francés, cuando le preguntó a un joven:

—Hijo, ¿sabes que es la Trinidad? (la Trinité).

—¡Oh, sí! la estación del ferrocarril urbano.

—Sí, realmente existe una estación de tal nombre. Pero ¿a esto se reduce lo que conoces acerca de la Trinidad?

—Sí.

Es todo lo que sabia respecto de la Santísima Trinidad un joven que vive en un país cristiano.

Y esta respuesta es un indicador de una triste realidad. Existen dos grupos de hombres, dos mundos completamente extraños, que viven hoy, el uno junto al otro, en nuestro derredor, y que incluso se dan en un mismo hogar: el mundo de los creyentes y el de los incrédulos. Lo que es santo para la esposa, es motivo de risa para el esposo. Lo que quisieran practicar los niños, se lo prohíben sus padres. Lo que para la generación antigua era una verdad santa, es llamado anticuado por la generación nueva. Lo que un grupo de hombres considera como base de la cultura humana, el bando contrario lo mira como un lastre superfluo.

Llega el domingo, unos se dirigen a la iglesia, para participar de la Santa Misa; los otros mueven la cabeza con extrañeza y se admiran: ¡Es inconcebible que todavía existan creyentes!

¡Amigo lector! ¡Nosotros somos estos creyentes! ¡Nosotros, que estamos orgullosos de profesar el Credo! ¿No necesitamos, pues, un conocimiento adecuado de nuestra fe para poder responder de ella ante todo el que nos la cuestione?

¿Conocemos bien nuestra fe y estamos orgullosos de ella? ¿Nos damos cuenta de lo verdadera y hermosa que es?

*Nuestra fe es verdadera.*— Pasaremos revista a los más importantes dogmas católicos; examinaremos los argumentos que se suelen aducir en favor suyo y sacaremos esta conclusión: Ningún motivo tenemos de

ruborizarnos; nuestra religión salvó los elementos más valiosos de la vieja cultura que se desplomaba; nuestra religión supo infundir en los jóvenes pueblos bárbaros la cultura espiritual de la que estaban necesitados; nuestra religión dio vida a la filosofía y al arte sin par de la Edad Media.

Nuestra religión inspiró la fantasía de un Miguel Ángel y de un Rafael, la pluma de un Dante. Nuestra religión envió sus misioneros a evangelizar las Indias, las tierras de California, Cuba, Venezuela, Perú, Bolivia, Chile..., lo mismo que mandó millares y millares de Hermanas de la Caridad a multitud de hospitales, orfanatos, asilos de pobres y centros educativos. Del «Credo» brota hace dos mil años una corriente de inmensos beneficios espirituales, morales y materiales para toda la Humanidad.

No hay más que ver, por el contrario, el caos espiritual y moral en que cae la humanidad cuando vuelve las espaldas al Cristianismo.

En cierta ocasión el poeta alemán Heine se paró a contemplar la hermosura de la catedral da Colonia, y dijo estas palabras que han pasado a ser proverbiales: «Estos antiguos sabían edificar, porque tenían dogmas; nosotros sólo tenemos opiniones, y con opiniones no se construyen catedrales...»

Mas la fuerza que brota de nuestro Credo sigue vivificando la cultura y la vida social. En vano buscaríamos entre sindicatos, fábricas, empresas, multinacionales, escuelas una institución que actualmente, en la labor de la cultura espiritual y de la ayuda social, pueda parangonarse aun de lejos con el cristianismo.

*Nuestra fe es hermosa.*— Es hermosa cuando entro en una iglesia y adoro el Santísimo Sacramento, cuando oro en silencio y hablo con Dios Padre...; es hermosa cuando el sacerdote eleva en la santa Misa el Cuerpo sacratísimo de Jesucristo y me asombro de tal maravilla...; es hermosa cuando celebro la Navidad, el Nacimiento del Niño-Dios...; es hermosa porque da la respuesta a todos los problemas más angustiosos de la vida, y porque nos da la fuerza para saber enfrentarnos con todas las dificultades y sufrimientos que nos salen al paso...

El Dios majestuoso, creador del mundo, el Señor todopoderoso, es a la vez mi Padre... ¿puede haber algo más hermoso que esto?

El pecado es una desgracia terrible y Dios es un juez severo; pero no hay pecado, por horrendo que sea, que Él no perdone al que de veras se arrepiente. Es espantosa la condenación eterna; pero nadie cae en este abismo si no es por su propia voluntad. La fe nos llena de esperanza: Dios

Padre me ama y me ha llamado para que goce con Él eternamente.

## II

¿Es necesario conocer mejor la fe?

Pero ¿por qué ha de ser tan importante que razonemos y profundicemos en nuestras creencias?, podrá preguntar alguno de mis lectores.

«También yo soy católico, y toda mi familia lo ha sido. Aprendí el Credo de labios de mi madre, y desde entonces lo tengo como una herencia que me legaron mis padres. Hasta lo recito de vez en cuando, no niego un solo artículo de él... Pero, ¿por qué voy a tener que estudiarlo en profundidad?»

Ciertamente, los que así razonan, son aquellos que más necesitan estudiar el Credo.

¿Por qué necesitamos conocer mejor nuestra fe?

1.º Porque la fe ha de ser algo más que una herencia de mis padres. He de conocerla más para darme cuenta de lo valiosa que es, y para que influya más en mi vida. Soy católico no solamente porque lo fueron mis antepasados, sino porque estoy convencido de la verdad que encierra nuestro «Credo».

Tal como está el ambiente moral en el mundo moderno, al final, no queda más que esta alternativa: o somos cristianos de verdad —no sólo de nombre—, o perdemos la dignidad de los hijos de Dios, para terminar animalizándonos. O pensamos en cristiano o acabamos creyendo en cualquier cosa, por absurda que parezca. O vivimos como cristianos o acabamos en la inmoralidad más descarada (corrupción moral, promiscuidad, abortos, adulterio, divorcio...).

2.º Por tanto, si me preguntas por qué hemos de conocer mejor nuestra fe, ahí va la respuesta: Mi fe no debe ser un trasto inútil que apenas influye en mi vida. Mi fe ha de ser una convicción consciente, que no deje lugar a dudas; mi fe ha de resistir, con la firmeza de una roca, a todos los ataques que se dirigen contra ella...

El Catolicismo no se contenta con que recitemos el Credo, sino que saca del Credo serias consecuencias que deben orientar nuestra vida diaria, hasta nuestros asuntos más insignificantes.

La fe vivida me exige muchos y enormes sacrificios. Exige que mi entendimiento se incline ante la verdad divina, y mi voluntad ante los

preceptos de Dios. Pues bien, no podré cumplir con estas exigencias, a no ser que sabiendo a ciencia cierta que cada frase, cada palabra del Credo es una verdad santa e incuestionable.

Mi fe no sólo me acompaña en la iglesia, cuando me recojo en oración, sino que debe estar presente en mi lugar de trabajo, en mi oficina, en mis negocios, en mis diversiones, en mi familia...

No podré cumplir bien los diez mandamientos si no estoy convencido de la verdad de mi fe, si no caigo en la cuenta que mi fe tiene realmente derecho a exigirme todos los sacrificios que sean necesarios. Con una fe tímida, vacilante, débil, no podré responder a las exigencias de la moral cristiana.

Mi fe debe ser tan vigorosa como la del escritor PAUL CLAUDEL. Si en su juventud era completamente descreído y llevaba una vida frívola, después de su conversión al catolicismo pudo escribir: «Tengo mil veces más certeza de la verdad de la religión católica que del sol que veo en el cielo»<sup>2</sup>.

\* \* \*

Si profundizo en mi fe, algún día también yo podré decir: *Tengo más certeza de la verdad de mi fe que del sol que veo en el cielo.*

Podemos quejarnos de la situación del mundo actual, pero también tenemos motivos para alegrarnos. Muchos en los últimos años perdieron la fe, pero también muchos hoy día han vuelto a la Iglesia. La fe sigue influyendo positivamente en la familia, en la educación, en la cultura, con sus valores espirituales, morales, educativos y culturales. Gracias a ella se sigue defendiendo el matrimonio, la familia, la vida del niño no nacido, la dignidad de los pobres, la honradez, el principio de la autoridad, la dignidad humana, el dominio de sí mismo... y otros valores que sin el cristianismo se hubiesen perdido ya casi irremisiblemente, teniendo en cuenta los graves ataques que sufren.

Pues bien, de esta fe cristiana trataremos en los capítulos que siguen.

¡Bienaventurado aquel que vive en profundidad la fe cristiana!

---

<sup>2</sup> Les Témoins du Renouveau Catholique.

## CAPÍTULO II

### ¡BIENAVENTURADO EL QUE CREE!

¡Bienaventurado el hombre que cree! ¡Bienaventurado el pueblo que cree!

#### I

¡Bienaventurado el hombre que cree!

Bienaventurado el hombre que cree. ¿Por qué? 1.º porque no se hará preguntas sin recibir respuesta, y 2.º porque no sufrirá sin recibir consuelo.

1.º El que cree, recibe respuesta a todas las preguntas más angustiosas, más dramáticas, más importantes, que siempre han interesado al hombre que piensa, y le interesan también hoy, y a las cuales nadie ni nada sabe dar una contestación tranquilizadora, a no ser que la fe.

¿Cuáles son estas preguntas tan decisivas? Las que solemos llamar *problemas vitales*, es decir, los problemas fundamentales de la vida humana.

Al pasar de la niñez despreocupada a la edad madura, nos asaltan las graves cuestiones que no nos dejan descansar y exigen contestación: ¿Qué buscas en esta tierra? ¿Cómo has entrado en este mundo? ¿De dónde vienes? ¿Por qué estás aquí? ¿Adónde vas?

¡Qué preguntas más apremiantes!

Llegas a la existencia, disfrutas de esta vida, mas ¿para qué, cuál será el final de tu camino, y qué te aguarda más allá?

Trabajas en una oficina: cada mañana te sientas en tu escritorio y rellenas documentos; después, cansado, vuelves a casa y al día siguiente has de comenzar de nuevo; y así un año y otro..., siempre sometido al mismo trabajo: mas ¿para qué, cuál es el fin de todo esto?

Eres obrero; todas las mañanas has de colocarte junto a una máquina que no para; cada noche has de acostarte cansado, para al siguiente día hacer lo mismo, mas ¿para qué, y cuál será el fin?

Eres madre; tienes que levantarte temprano antes que los demás, y hasta muy avanzada la noche no puedes pararte un solo momento, siempre ocupada con los cuidados que has de prodigar a los niños, al esposo y a toda la casa: mas ¿para qué, cuál es el fin de todo ello?

He aquí las preguntas agobiantes de la vida. Pide respuesta a los sistemas filosóficos... ¡Silencio! Pide respuesta al arte, a la literatura... ¡Silencio! Pide respuesta a cualquiera que fuere.., ¡Silencio!

Pide, en cambio, respuesta a tu fe... y oirás la contestación: ¡Hombre! Vienes de Dios y vas a Dios. Es Dios quien dotó a tu cuerpo de un alma inmortal, y después de pasar estos años de vida terrena haciendo el bien, viviendo honradamente y dignamente, como deben vivir los hijos de Dios, tu alma vuelve a casa, vuelve a las manos de Aquel que la creó.

Nunca hubo religión tan sublime que iluminara a la humanidad y le diese a conocer mejor el objetivo de su vida, como la religión cristiana.

Por eso la fe es un tesoro. No nos ha de sorprender, por tanto, que el hombre que la posea, la ame y defienda con más tesón que la propia vida. Por salvaguardar su fe los primeros cristianos estaban dispuestos a perder la vida y sufrir los mayores tormentos.

Sin embargo, hay quienes tratan de esquivar el pensamiento de Dios y de la eternidad, pero inútilmente. El problema que no quieren ellos resolver les persigue como una sombra. Vacíos espiritualmente, procuran olvidar las cuestiones apremiantes a fuerza de trabajo, de diversiones, pero el problema sigue sin resolverse...

Saca el polluelo del nido, y piará desesperadamente en busca de su madre... Una flor no puede vivir sin los rayos del sol, un pez no puede vivir fuera del agua... El alma no puede vivir con paz si no tiene a Dios.

El alma humana no puede hallar descanso fuera de Dios. Todo cuanto hay en el mundo sigue lo que le marca su naturaleza. El oxígeno y el hidrógeno no pueden combinarse de otra manera sino según leyes prescritas. El fuego no puede arder a no ser que despidiendo sus llamas hacia lo alto. La piedra no puede caer más que hacia abajo. El aceite tiene que flotar por encima del agua. Haz la prueba: pon aceite debajo del agua; en vano, el aceite acabará subiendo. Haz la prueba: pon agua encima del aceite; es inútil, el agua se sumergirá. Todas las cosas son empujadas por su naturaleza propia, todo se agita, busca su lugar; y después de encontrarlo, descansa. Probad a desprender el alma de Dios; se pondrá intranquila, se agitará, llorará, buscará... hasta encontrarle de nuevo.

LENAU, después de perder la fe, apenas encontraba palabras para

describir la desolación de su alma. El mundo le parecía una ciudad muerta, con largas y estrechas calles por las cuales tiene que vagar a tientas. No hay otro horizonte que la muerte y el perecer. Y así escribía: «*Desde que abandoné la fe, mi corazón se sumergió en la tristeza.*»

El que ha perdido la fe en Dios, ¿qué puede percibir de este mundo? Signos que le interrogan, problemas que le agobian, cuestiones indescifrables. ¿Qué diferente del que tiene fe? El creyente ve rayos de luz en los mismos rincones oscuros del mundo donde los otros no ven sino densas tinieblas; es capaz de percibir el sol a través de la niebla, y cuando para los demás todo se hace noche, él es capaz de divisar las estrellas.

¡Bienaventurado el hombre que cree! Siempre que pregunta recibe respuesta.

Además, bienaventurado el hombre que cree, porque encontrará sentido a su sufrimiento, lo que es ya de por sí un gran consuelo.

No hay vida humana sin sufrimiento, sin pruebas, sin desgracias. Vivir es sufrir. Pero ¿dónde hallaremos la explicación del sufrimiento, y, principalmente, dónde hallaremos consuelo para nuestra alma?

El que no tiene fe, se estrellará en el sufrimiento, caerá en la desesperación o no tendrá más remedio que aceptarlo de mala gana. Si no tengo fe, no soy más que diminuta rueda en la enorme maquinaria del mundo, pobre objeto en medio de los otros millones de objetos...

Pero si tengo fe, estoy por encima de todo este mundo material, y no veré el universo con colores oscuros, de modo desesperado, incluso cuando el cielo estrellado se nuble sobre mi cabeza. Aquí, en esta vida terrena, cuando llegan los días aciagos del sufrimiento, es cuando más se valora la fe religiosa.

Cuanto más nos agobia la vanidad aterradora de toda esta existencia terrena, de toda nuestra vida, y de nuestra propia pequeñez, tanto más alivio y tranquilidad sentimos en nuestro corazón cuando pensamos en nuestro Padre celestial que nos creó por amor. *El cristianismo*, ¡y tan sólo él!, *es capaz de dar solución a todos los problemas de la vida*. Porque sólo el que sabe que esta vida no es más que una preparación para la verdadera vida, el prólogo de la misma..., puede enfrentarse con esperanza a las innumerables luchas y tentaciones de esta vida.

¿Conoces el *Fausto* de Goethe? Es la personificación de la lucha eterna entre el mal y el anhelo hacia el bien. El poeta le hace probar todo a su héroe, y no encuentra una solución adecuada más que en la creencia de la vida eterna, en la existencia de un Dios remunerador y sancionador.

Y la *Divina Comedia* de Dante, y la *Misa solemnis* de Beethoven, y el *Requiem* de Mozart, y la *Creación* de Haydn, y el *Parsifal* de Wágner, y las obras de Broch, de Liszt, de Brahms..., en que solloza el deseo sediento del alma humana que busca a su Dios, no hacen sino corroborar la aserción de Tertuliano, Padre de la Iglesia, que vivió en los siglos II y III (160-220), al decir que «el alma del hombre es naturalmente cristiana»; *anima naturaliter christiana*.

Si; *en vano cubres de tierra la antorcha encendida*, dice ya Homero en su *Odisea*. Todos los hombres tienen hambre de Dios..., principalmente los que sufren.

Bienaventurado el que cree: Porque no sólo mirará el mundo con los ojos, sino con el alma. También él se sentirá presa de las innumerables impresiones caóticas de la vida, pero su fe trocá en armonía de colores y claridad de conceptos todo lo que es caótico para el incrédulo.

¡Bienaventurado el que cree! También él se sentirá azotado por las desgracias de la existencia, pero éstas le darán más vigor, más fuerza, más belleza, como da más resistencia al hierro incandescente el golpe de martillo y más belleza al mármol el cincel del artista.

¡Bienaventurado el que cree! También él tendrá que caminar por este mundo entre sombras de espanto, pero caminará entre ellas como el niño azorado que atraviesa un cuarto a oscuras, sabiendo que más allá, en una luz resplandeciente, le aguarda su padre con los brazos abiertos.

¡Bienaventurado el que cree! También él sentirá el peso de la gran interrogación, de la oscuridad de la vida; pero en su interior, en su alma, se encenderá la luz de la fe y sus ojos brillarán como dos ventanas iluminadas en la negra noche. Hermano, contéstame: ¿tienes ojos brillantes, ojos confiados, dos estrellas que te iluminen, que te den luz a ti y a muchos otros, a los que dudan?

¡Bienaventurado el que cree! Porque no sufre sin consuelo, porque en la hora de la prueba puede decir: Dios está conmigo.

¡Bienaventurado el hombre que cree!

## II

### BIENAVENTURADO EL PUEBLO QUE CREE

Doy un paso más y digo: *Bienaventurado el pueblo que cree*.

¿Qué comunica la fe al pueblo? — Le da honradez, le exige hacer el

bien y evitar el mal, le proporciona moralidad, alegría de vivir, esperanza, fuerza de resistencia, confianza en el propio valer, ánimo emprendedor.

Un ejemplo: Todos los años celebra Francia la marcha bélica de Santa Juana de Arco, la que el 23 de febrero de 1429 se puso en camino para librar, en nombre de Dios, a su país, ocupado por los ingleses. Imaginémonos la escena: una muchacha de diecisiete años, que nunca había manejado las armas, se viste de coraza y, en compañía de unos pocos jinetes, sale a luchar... ¿contra quién? Contra el ejército más aguerrido de su época, con el cual nadie se atreve a entablar contienda. La caballería francesa está ya deshecha, el heredero de Francia cruza impotente sus brazos, mientras las tropas inglesas asedian la última fortaleza, Orleáns. Y esta muchacha de diecisiete años, confiando en Dios, logra lo imposible: durante meses alienta a su pueblo y le infunde ánimo, y la nación, enardecida, vence.

He ahí de qué es capaz por su pueblo una mujer frágil en quien vive con fuerza la fe de Dios.

Consideremos, pues, lo que puede significar para un pueblo, para toda la patria, el que posea espíritu de sacrificio, el que sea honrado, bueno, que cumpla con su deber; en una palabra, que tenga hijos sinceramente creyentes. Hijos que cumplen hasta el menor detalle, con todas sus fuerzas, su deber, en el puesto en que el destino los ha colocado; que lo cumplen porque su fe les dice: con esto adquirirás títulos para la vida eterna. Hijos que llevan una vida pura en el hogar, cuya moral es intachable, cuyas manos son limpias, porque su fe les dice: con esto se hará digna tu alma inmortal de morar con Dios. Hijos que también sienten sobre sus hombros el peso de los innumerables cuidados, trabajos y pesares; pero, no obstante, cumplen alegres las obligaciones de la vida diaria y de esta suerte se trasforman en pilastras resistentes de la vida social, asemejándose a las cariátides de los templos griegos.

¿Qué son las cariátides?

En los antiguos templos griegos, con frecuencia vemos magníficas estatuas de mujeres, las llamadas cariátides, cuya cabeza erguida sostiene la techumbre del santuario. Un peso exorbitante descansa sobre ellas, y, no obstante, su frente, sus ojos, toda su postura, hablan de otra cosa: están orgullosas de su propio valer, como si no sintiesen del peso agobiador de la materia que gravita sobre ellas; ¡porque ellas levantan el templo hacia las alturas! Así levantan la nación hacia las alturas las almas vigorosas de los hijos creyentes, que soportan con dignidad el pesado edificio de la vida

del Estado.

Tenía razón BENJAMÍN FRANKLIN al hacer, en 1787, la célebre manifestación. El año 1787, Washington, uno de los fundadores de los Estados Unidos, y cincuenta y cinco compañeros se reunían en consejo para tratar del porvenir de su país. De pronto, se levanta FRANKLIN, ya cargado de años, y dice: «¡Señores! Recemos. He llegado a una edad avanzada, y cuanto más tiempo vivo, más veo que los negocios de los hombres no salen bien si no son gobernados por Dios. Si no cae un gorrión del tejado sin su voluntad soberana, ¿cómo podría progresar un país sin su ayuda?»

¿Qué significan estas palabras sino la prueba de lo que estamos afirmando? ¡Bienaventurado el pueblo que cree en Dios, el pueblo que tiene religión!

Pero, antes de terminar el presente capítulo, siento que debo contestar a una objeción que imperiosamente se presenta. Bienaventurado el pueblo que cree y que tiene religión, hemos dicho. Pero —podría decir alguno— es que no existe un pueblo sin religión, un pueblo incrédulo. Y entonces, ¿a qué viene subrayar este punto?

Hemos de subrayarlo, porque, al hablar de la fe, me refiero siempre a una fe viva, y ésta —¡por desgracia!— no es propiedad común de todos los pueblos.

Porque ¿en qué consiste el espíritu vivo de la fe? En la convicción tan profunda de la verdad de nuestras creencias, que el espíritu de las mismas sature aun inconscientemente todas nuestras obras, todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras, del mismo modo que late el corazón sin que sintamos sus latidos y aun pareciendo que los ignoramos.

Escribe SAN PABLO: «*El justo... vivirá por la fe*» (Heb 10, 38). «*Vivirá*»; por lo tanto, no tan sólo alguno que otro de sus actos será orientado por la fe, sino *toda su vida*. El espíritu de Nuestro Señor Jesucristo circulará en él, como la sangre en las arterias; y le saturará, le llenará como el agua empapa la esponja, y se trocará en la savia de todas sus obras.

Todos los cristianos creen en la eternidad —¡esto, ni siquiera hay que decirlo!—, pero qué pocos son los que se preguntan, antes de obrar: «*¿Qué valor tendrá esta acción con vistas a la eternidad?*» Y, sin embargo, vivir por la fe significa enfocar todas las cosas bajo el ángulo de la eternidad. ¿Qué valor tiene esto con vistas a la eternidad?

Hermano, antes de apostatar de tu fe por conseguir una ganancia material, pregúntate: ¿Obrarías de esta manera en el momento de tu muerte? ¿Qué valor tiene esto respecto de la eternidad? Antes de dejarte sobornar por la seducción de una ventaja ganada con deshonor, pregúntate siempre: ¿Qué valor tiene esto respecto de la eternidad? He ahí lo que significa una «fe viva», «vivir por la fe».

Si no tuviera fe —me dirás acaso—, no me preocuparía de mi alma. Es verdad; pero te pregunto yo ahora: Si tuvieras una fe *viva*, ¿te preocuparías tan poco de tu alma? Si no tuviera fe —me dices—, no rezaría. Conforme; pero si tuvieras una fe *viva*, rezarías de manera tan floja y mediocre? Sin fe, no irías a confesarte. Pero, teniendo fe, ¿por qué vas tan raras veces? De no tener fe, no irías a comulgar. Pues ¿por qué, teniendo fe, comulgas tan fríamente?

*He ahí nuestro gran mal; es ésta la llaga principal de los países cristianos.* Somos cristianos, somos muchos..., pero tan sólo de palabra, de boca, y no con obras y vida. Cristianos, pero sólo de palabra; y paganos según la manera de vivir. Cristianos de palabra; paganos al obrar. Creemos con los labios; pero permanecemos incrédulos en nuestras acciones.

Al decir, pues, que es bienaventurado el que cree, pienso en esta fe viva y vivificadora. En una fe que no es tan sólo confesión oral, sino también vida según la fe. En una fe que es norma de vida. En una fe que es impulso del corazón. En una fe que es una fuerza orientadora de toda la existencia.

Hombre creyente..., hombre de puro corazón. Hombre creyente..., hombre de manos limpias. Hombre creyente..., hombre de ojos, de deseos, de pensamientos puros y limpios. Pueblo creyente..., pueblo de intachable moralidad, pueblo diligente, pueblo fuerte.

Mi fe no es palabra hueca, no es una mera suposición, sino que es algo que se traduce en obras, en vida pujante. No lo olvides, cristiano lector: *Vivimos entre paganos y hemos de iluminarlos con nuestros ejemplos.* Nuestra vida ha de aparecer ante ellos pura y transparente, como se muestra la vida del pez ante el público del acuario a través de la pared de cristal; para que, viendo nuestro modo de vivir, *los gentiles glorifiquen al Padre que está en los cielos y le den gracias por haber puesto cristianos en esta tierra* (1 Ped 2, 12).

\* \* \*

Acaeció el siguiente suceso en Székesfehérvár, el 19 de agosto de

1083: Junto a la tumba de San Esteban<sup>3</sup> rezaba otro rey santo, San Ladislao, y con él, la flor y nata de toda la nación. Había entre la muchedumbre un niño de siete años que tenía las manos y las piernas contrahechas. Sus padres, llorando y rezando, le colocaron sobre la tumba, y he ahí que a la vista de todos se aflojan los músculos, se consolidan las rodillas, el niño empieza a moverse y se pone en pie. «Vio lo acaecido el mismo rey Ladislao, y este varón esforzado, poderoso, rompió en llantos, levantó al niño, le llevó en brazos al altar, y allí, juntamente con los circunstantes, dio gracias a Dios con toda solemnidad.»

¿Por qué cuento esto ahora, al final del capítulo? Porque no hace mucho corrió por toda Europa el grito de alarma: ¡Hombres! ¡Cuidado: La cultura europea declina hacia su tumba, se ha paralizado el corazón de la Europa cristiana, tan vigoroso un día.

¿Quién podría negar que la cultura ética y espiritual de Europa languidecen, que se está cubriendo de negros nubarrones, que preludian su ocaso? No nos queda entonces a todos más que más que invocar como los discípulos de Emaús: Señor, «*quédate con nosotros, porque es atardece y el día está de caída*» (Lc 24, 20).

El niño tullido se curó al tocar la tumba de San Esteban... *La cultura europea que decrepita, perece, sólo podrá volver a rejuvenecerse si aviva las raíces que le dieron su gloria: el Cristianismo.*

*¡Bienaventurado el hombre que cree y bienaventurado el pueblo que guarda su fe!*

---

<sup>3</sup> San Esteban fue el primer rey húngaro, y el primer rey canonizado por la Iglesia. La descendencia de este Rey eximio, la familia de Arpades, es la casa real que más santos ha dado a la Iglesia. La causa de la canonización de Esteban fue solicitada por el Rey Ladislao, canonizado también más tarde. Fue Ladislao quien abrió la tumba venerada el año 1083, al ser elevado Esteban al honor de los altares. (N.del T.)

## CAPÍTULO III

### ¡DESDICHADO EL QUE NO CREE!

En la obra teatral de un escritor ruso, Máximo Gorky, titulada *Guarida nocturna*, hay una escena conmovedora: cuando los míseros habitantes de aquella guarida, los desheredados del mundo, se despiertan cada día por la mañana en aquel aire corrompido, cargado de vapores, y reanudan su vida sin objeto, llena de dolores y luchas, un hombre andrajoso, un mahometano, se vuelve hacia el Oriente y reza su oración matutina. Sus compañeros de infortunio le miran con curiosidad, y también con cierto aire de ironía como se postra en adoración ante Alah. Ellos no comprenden cómo se puede todavía creer en Dios, en la terrible desolación de aquella guarida. Pero en el fondo le tienen envidia y añoran la fe que un día tuvieron...

Esta nostalgia por la fe perdida no sólo se experimenta en las míseras guaridas. También se tiene en las salones lujosamente amuebladas, en los cruceros de lujo, en los mejores despachos... Y es que el hombre no puede ser feliz mientras no tenga fe, mientras no tenga a Dios...

Porque no basta para ser feliz tener una buena casa, tener un buen trabajo y un sueldo fijo, tener una bella esposa y unos hijos estupendos... ¿Puede ser el hombre todavía infeliz? Sí, hermano, sí; puede aún serlo.

El capítulo anterior versó sobre la felicidad del hombre que cree y del pueblo que tiene fe. Examinemos ahora el reverso de la medalla: I. *Desdichado el hombre que no cree*; y II. *Desdichada el pueblo que ha perdido su fe*.

#### I

### DESDICHADO EL HOMBRE QUE NO CREE

Si antes he sostenido que es bienaventurado el hombre que cree, porque no pregunta sin tener respuesta ni sufre sin consuelo, ahora afirmo lo siguiente: Desdichado el que no cree, porque pregunta y... no recibe respuesta; sufre... y no encuentra consuelo.

I.º *También el hombre incrédulo, igual que el creyente, tiene sus preguntas, mas no encuentra respuestas, y si las encuentra, son realmente decepcionantes.*

El hombre incrédulo también se hace preguntas: ¿Qué he de pensar de este mundo? ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el fin de esta vida? ¿Qué es lo que le espera más allá de la muerte? Son cuestiones importantes, vitales, que necesitan ser respondidas.

A) *¿Qué es el mundo? ¿Qué piensas respecto de él? ¿Cómo lo enfocas? ¿Podemos esquivar tales preguntas? Se pueden esquivar con frivolidad, se pueden poner en duda las cosas divinas, se puede mirar despectivamente la religión... pero el alma no podrá descansar mientras no se resuelvan estas cuestiones,*

En la iglesia de San Pablo, de Londres, descansan los despojos de muchos ingleses de noble linaje. En el monumento marmóreo de uno de ellos se lee esta inscripción: «He vivido en medio de dudas, muero en la incertidumbre, no sé adónde voy».

*¿Puede haber para un espíritu reflexivo, que busque con sinceridad la verdad, un final más funesto? Porque, ¿qué importa saberlo todo, si se ignora lo único necesario, lo más importante?*

*¿De que sirve conocer muchos pormenores científicos que tienen una importancia relativa si no se es capaz de dar respuesta a las cuestiones más importantes?: ¿Qué es el mundo? ¿Qué es el hombre? ¿Qué es lo que nos espera después de la muerte?*

*¿Qué es lo más importante en la vida? Unos dirán que comer abundantemente, otros que el tener mucho dinero, otros que gustar toda clase de placeres, otros que el poder... pero ¿son suficientes estos principios para vivir una vida humana digna?*

Le preguntaron un día a un chino: ¿Cuál es tu religión? Y contestó: «Mi religión es: beber bien, comer bien, dormir bien y hacer bien la digestión.» ¡Y cuántos hombres viven hoy como el chino! Procuran *vivir al día*, llevando una vida, diríamos, vegetativa, sin molestarse por dar un sentido pleno a sus vidas.

He dicho con toda intención *vida vegetativa*, porque no se plantean en serio el sentido de la vida, y, por tanto, no puede ser una vida digna del hombre. Meditar sobre los fenómenos del gran universo y buscar el fin último de los acontecimientos del mundo, es el rasgo más eminentemente humano. El mundo, para mi, no es un montón de cosas y hechos sin relación, un caos, sino un cosmos, una belleza ordenada, en que cada

pueblo, cada hombre, cada hoja de árbol y cada acontecimiento tiene su lugar propio y su fin peculiar... *si tengo fe*. Y es un caos espantoso, sin objetivo, sin finalidad... *si no tengo fe*.

Si no creo, no encuentro respuesta adecuada a la gran cuestión: ¿Qué es este mundo?

B) Y aquí se presenta la otra pregunta importante, a la cual tampoco puede dar respuesta el incrédulo: *¿Qué es el hombre y cuál es el valor de la vida?*

Si tengo fe, entonces el objetivo de mi vida terrena es moldear la imagen de Dios en mi alma, moldearla mediante una vida conforme a los divinos mandamientos, con honradez y trabajo. Si tengo fe, sé que tengo alma, un alma destinada a la vida eterna, y en este supuesto la vida humana vale más que todos los tesoros del mundo. En cambio, si no tengo fe, niego el alma, y entonces la vida humana no vale un solo dólar.

Sólo vale 98 centavos. Un científico americano sacó cuentas con toda precisión. Dice: el contenido de agua del cuerpo humano bastaría para lavar un mantel. Con el hierro sacado de los glóbulos rojos de su sangre podrían fabricarse siete clavos de herradura. Con el yeso que encierra podría blanquearse una pared de un cuartito de una casa lugareña. Transformándolo en grafito, proporcionaría materia para noventa y cinco lápices. De su fósforo podría hacerse una caja de cerillas. Hasta daría algunas cucharaditas de sal. Todo esto en conjunto —dice el científico americano— no vale más que 98 centavos de dólar, es decir, unas siete pesetas.

El que no cree, no sabe contestar a las preguntas más apremiantes, o tan sólo sabe contestarlas de esta o semejante manera: *¡Pobre hombre, huérfano, abandonado!... ¡Pobre incrédulo!*

2.º Y llegamos a la segunda parte de nuestra afirmación:

*El que no cree, no tiene consuelo*: A), no tiene consuelo en el sufrimiento; B), ni tampoco en la muerte.

A) ¿Eres incrédulo de veras, pobre hermano? Dime, pues, con la mano en el corazón, si no has tenido un solo momento en tu vida en que de allá, de lo más profundo de tu alma, solloza una voz por la fe perdida de tu niñez.

Acaso... si no vivieras en la tierra..., en este valle de lágrimas, acaso podrías pasar sin fe. Pero ¿aquí? *¡No es posible vivir sin Dios!* No puede tampoco aquel que se engaña y se dice que puede prescindir de El. Por

muy grande que sea tu ciencia, por muy exorbitante que sea tu riqueza, por mucho que te sumerjas en los placeres..., hay momentos en que estalla con fuerza cósmica el deseo del alma. ¿Cuáles son esos momentos? Los de la impotencia, los del sentimiento de la propia pequeñez, los del sufrimiento.

De uno de estos momentos nos habla un filósofo inglés.

Al pasearse por el barrio pobre de Dublín, entró en la casa de una mujer agonizante, que estaba tendida en el suelo sobre un poco de paja; junto a ella, su hijito muerto. La mujer dijo en voz baja: «¿Es usted, señor doctor?» «No —le contesto el filósofo—, pero también el médico llegará dentro de poco.» «Rece usted —continuó la mujer— para que Dios no tome mi alma en estado de culpa.» El filósofo se arrodilló y rezó junto a la mujer, hasta que llegaron el sacerdote y el médico. «Dios se lo pague —suspiró la mujer—; ahora estoy más descansada.»

Imaginaos —dice al contarle el filósofo—: ¿de qué le habría servido a la moribunda que yo le hubiese dicho todo cuánto sé de los filósofos y escritores griegos y todo cuanto he descubierto en el inmenso laberinto de la filosofía? Se me dirá acaso: Claro está que no le habrían servido, por la sencilla razón de que aquella pobre mujer no tenía cultura. Pero supongamos que hubiese pertenecido a las clases instruidas, ¿le habrían servido entonces? La filosofía, la cultura, son cosas muy loables, pero no son más que adorno; tan sólo sirven en las salas de reuniones, cuando se está cómodamente instalado en un sofá, con una taza de té humeante en la mano<sup>4</sup>.

¿Qué dijo aquella mujer? Rece para que Dios no tome mi alma en estado de culpa.

¡Qué pensamiento más abrumador! ¡El pecado!

¿De veras, no tienes Dios, no tienes fe? Bien. Pero tienes pecado —esto ya no pueden negarlo ni siquiera con la más astuta argumentación—, y ¿qué será de tu pecado? No tienes un Cristo salvador... y entonces el pecado pesa sobre ti como una losa sepulcral. Busca el hombre su felicidad en la ciencia, y no la encuentra, la busca en el arte, en el amor, y no la encuentra. Eres escéptico.... ¿eres feliz? Te hastían los placeres... ¿eres feliz? Dudas de todo... ¿eres feliz? ¿Puedes tener fuerza así cuando decae tu ánimo? ¿Puedes encontrar alivio en la enfermedad? ¿Consuelo en los momentos de dolor? Recibes respuesta? No.

¡Qué desdichado es el que no cree porque no tiene consuelo en el

---

<sup>4</sup> PROHÁSZKA: *Elmékedések*. Meditaciones.

sufrimiento!

B) *¡Y no tiene consuelo en la muerte!*

¿De manera que no crees en nada, hermano? Pero dime: estás junto a la tumba de tu esposa y se apodera de ti el pensamiento abrumador: un día yo también seré sólo esto, polvo y ceniza. *¿Eres capaz de resistirlo?*

¿Polvo y ceniza?... Es lo que queda. ¿Sólo esto, realmente, nada más?...

Clama la pregunta en ti... y tú quisieras esquivarla, pero no puedes. «¡Ah!, pues esto es todo. Una gran nada al final de la ruta», es lo que quieres hacerte creer a ti mismo. Pero en el momento siguiente ya estás de nuevo intranquilo: Este mundo es un conjunto tan bien diseñado para cumplir ciertos fines... el deseo de la eternidad es tan intenso... que no puede ser que desemboque en la nada. Mi cerebro puede convertirse en polvo, pero los muchos pensamientos, decisiones, sentimientos, los nobles anhelos del corazón, los vuelos de espíritu, todas esas cosas que no eran producto del cuerpo, no pueden reducirse a cenizas.

Dice el prefacio de la Misa de difuntos: «La vida no hace sino cambiarse con la muerte, pero no se pierde»... *¡para el que cree!* Pero ¿y para el que no cree?

El que cree sentirá su alma apaciguada, reconfortada, hermo­seada por la fe, aun en el trance de la muerte; sentirá cómo su alma es la belleza más subyugadora del mundo. Y, sin embargo, ¡con cuanta belleza ha sembrado el Creador el mundo entero! Es hermosa la cima cubierta de nieve, es hermosa la pradera llena de las flores de mayo, es hermoso el cuadro plástico, es hermosa la estatua de mármol de Carrara..., pero más hermosa es aún el alma creyente que se lanza hacia Dios. Porque la estatua de mármol más hermosa puede reducirse a yeso, el cuadro más hermoso de Murillo puede deshacerse con el tiempo en jirones de lienzo pintado, pero el alma moldeada a semejanza de Dios —según las enseñanzas de la fe— vive eternamente.

Cuando se acerca, cuando ya llega el momento más serio de la vida la muerte...; cuando la cabeza cansada se inclina en los brazos de los familiares, y no hay sino una sombra de lo que fue...; cuando el alma ya está en el último instante, y con incertidumbre pregunta: Y ahora ¿por dónde, adónde?... *¡Oh!, dichoso aquel que cree y puede escuchar entonces la voz del Señor: «Venid a Mi todos las que andáis agobiados»* (Mt 11, 28).

Sólo el que cree puede ser dichoso en la muerte.

¿Y el que no cree? Observad la muerte de los impíos,

Al acercarse la muerte a uno de los personajes célebres de la Revolución francesa, *Mirabeáu*, que se sentía agobiado de dudas, ¿qué hizo el desgraciado para huir de ellas? El día de su muerte se hizo lavar con agua perfumada, hizo colocar una corona de flores en su cabeza y mandó que tocara la música para poderse dormir sereno para el sueño eterno. Pero fueron vanos todos esos preparativos; sus dolores aumentaron de momento en momento, y crecieron a más sus dudas espirituales. Entonces acudió a un médico, pidiéndole que le diese algo para acelerar la muerte; pero el médico se negó a tal demanda. Mirabeáu expiró en medio de dolores indecibles.

PASCAL tiene una frase espeluznante: *Tu mourras seul!*: ¡Morirás solo! ¡Qué abandonado está el hombre en la muerte!, ¡el hombre incrédulo! ¡Oh!, ¡cómo debió de sentir esta verdad en su postrer momento «el papa de la incredulidad», ANATOLE FRANCE, que en el trance de morir llamaba a su madre! «Llega la muerte, ¡qué despacio viene y cómo tortura!... Horas infinitas, días que nunca se acaban... Ya es la muerte... ¡Madre..., madre mía!»). Fueron sus últimas palabras. ¡Qué desdichado es el hombre que no cree!

Mira la flor que el viento arranca de su tallo, ¿qué será de ella?

Mira el arroyuelo que se salió de madre, ¿qué será de él?

Mira el pajarito que cayó del nido, ¿qué será de él?

Mira el rayo que se desprendió del sol, ¿qué será de él?

Mira la estrella que se desvió de su órbita, ¿qué será de ella?

Mira al hombre que se arrancó de Dios, ¿qué será de él?

*¡Pobre hombre, huérfano, abandonado! ¡Pobre incrédulo!*

## II

### DESDICHADO EL PUEBLO QUE NO CREE

Pero demos un paso más: *¡Tú, pobre pueblo desgraciado; tú, pueblo incrédulo!* ¿Qué será del pueblo si pierde su fe?

¿Dónde viene a parar la humanidad que no cree?

Quien desee una respuesta cumplida a esta pregunta, lea la historia de la Revolución francesa. Léala hasta el final —si es que sus nervios resisten

tal lectura— ¡y verá cómo se degrada el pueblo que ha perdido a su Dios!

El año 1793 fue proclamado el culto de la razón. Primero quisieron honrarla en los teatros, pero después tuvieron un pensamiento diabólico y se fueron a la iglesia de Notre-Dame. Hicieron sentar sobre un trono en el santuario a una bailarina, vestida de blanca túnica y manto de color celeste, y muchachas coronadas de roble y revestidas también de blanco recitaron el himno de Chenier para honrar a la nueva religión. Cargaron los tesoros del templo sobre un asno, pusieron sobre la cabeza del animal una mitra, le cubrieron de santos ornamentos, colocaron delante de él los vasos sagrados y bailaron en torno suyo. Hicieron fuego en las iglesias, pusieron las reliquias sobre la hoguera y bailaron en torno de las llamas. En los sagrados cálices bebieron aguardiente, sirvieron arenques en las patenas; la plebe se vistió con hábito talar y, montados en asnos, cabalgaron todos por la ciudad.

La iglesia de San Eustaquio fue transformada en un paisaje campestre mediante arbustos y chozas. En medio, una gran mesa, atestada de manjares y bebidas. La diosa sirvió a los «creyentes» que se le acercaban. Los niños tuvieron un privilegio: pudieron escoger la bebida que se les antojaba. Y los fieles «piadosos» echaban burdas carcajadas al ver a los niños ebrios. La diosa, con su manto de color celeste y con gran gorra jacobina en la cabeza, se sentó sobre el altar..., los hombres, con pipas en su boca, le ofrecían de cuando en cuando una copita de refresco<sup>5</sup>.

¿Cuál fue el final de todo esto?

Se levantaba la guillotina y dejaba caer su cuchilla desde la mañana hasta la noche, y cada vez cortaba una cabeza. Los verdugos llegaron a cansarse. En Nantes se hizo un invento particular: una especie de grandes barcazas, cuyo fondo podía con facilidad abrirse. Estaban en el río Loire y durante la noche las llenaban de hombres, que morían después ahogados. No sabemos cuántas fueron las víctimas. En una sola de estas «noyades» (ahogamientos) morían mil trescientos hombres. Y, según se dice, hubo veintitrés de estos actos, y entre los ahogados se contaron seiscientos niños. Por las orillas estaban apostados unos bandidos armados, y si alguno de aquellos infelices llegaba a escaparse, les cortaban las manos y los echaban de nuevo al agua.

En los últimos meses del año 1793 y en los primeros de 1794, sólo en los alrededores de Nantes hubo, por lo menos, quince mil ejecutados,

---

<sup>5</sup> H. LEO: *Lehrbuch der Universal Geschichte*. V. 113.

guillotinado, fusilado, ahogado. «La cabeza de príncipes, marqueses, condes, barones, cae aquí como el granizo», escribe en abril de 1794 LEBOU, el comisario delegado por la Convención en la Francia septentrional<sup>6</sup>.

¿He de insistir aún más en mostrar adónde llega el pueblo que no cree?

Hay países norteños en que durante medio año casi no se ve el sol. En estas tinieblas melancólicas la vida es débil, sin fuerza, sin empuje. Le falta el sol que todo lo vivifica. *El sol vivificador de la humanidad es su fe en Dios.* ¿Qué sería de nosotros si nos quitasen a Dios?

¡No hay Dios!; pero entonces tampoco hay iglesia ni altar, fuente de tantas fuerzas para sacrificarse por algo. No hay crucifijo, imagen de la Madre Dolorosa, confesión, comunión, oración, en que tantos y tantos corazones encontraron descanso, merced a los cuales se secaron tantas lágrimas.

¡No hay Dios!; pero entonces tampoco hay quien pueda cumplir los mandamientos de Dios, tener a raya los desenfrenados instintos humanos, y todo el mundo se trueca en una banda de ladrones.

¡No hay Dios!; pero entonces tampoco hay diferencia entre el bien y el mal, entonces rompen sus cadenas todas las pasiones.

¡No hay Dios!; pero entonces es loco de remate todo hombre honrado, todos los que tengan un corazón compasivo, misericordioso, altruista.

«¡Con agua bendita no pueden construirse aviones!», oímos de vez en cuando de labios de los incrédulos. No distaba de esto mucho lo que opinaba MAQUIAVELO: «Con rosario y mansedumbre no hay manera de levantar el edificio del Estado.»

Pues bien: fijémonos: Aunque nada más probara la Historia, da por lo menos testimonio elocuente de que el apoyo, la piedra angular, el lazo de unión de todos los Estados es la moral pura. Probad, pues, a edificar aviones sin los clavos que unen los raíles o una casa sin cimientos.

En vano triunfará un pueblo en la guerra, en el comercio, en la industria, si no vence a la vez en la moral. Porque las palabras lapidarias de SÉNECA sobre Aníbal pueden aplicarse al pueblo triunfante en sus guerras, pero frívolo en su vida: «*Triunfó con las armas, pero fue vencido por los vicios*» (*Epístolas morales*, Ep. 11).

---

<sup>6</sup> BECKER: Weltgeschichte, 3. Aufl. 1873.

*¡Desdichado el pueblo que no cree!*

\* \* \*

Célebre es en Hungría el 6 de octubre. En tal día y mes del año 1849 emprendieron su marcha hacia la tumba los trece héroes de Arad<sup>7</sup>. Uno de ellos, el general José Schweidel, que había sido capitán de Buda, en los últimos momentos antes de ser fusilado, después de escuchar su sentencia de muerte, se dirigió así al capellán castrense:

—Padre, he aquí este crucifijo, heredado de mi padre, que en gloria esté. Este crucifijo lo he llevado siempre, aun en tiempos de guerra. Le suplico que lo entregue a mi hijo.

Pero como si le asaltara un nuevo pensamiento, lo cogió otra vez:

—Quiero tenerle en mis manos y morir con él. Después de muerto, no tenga reparo en cogerlo de mis manos y entregarlo a mi hijo. Dispararon los fusiles y el general dejó de vivir.

Pero revive todos los años, el día 6 de octubre, para decir a su pueblo: *No puede perderse la nación en que los Padres enseñan a sus hijos el amor a Cristo, el amor a su santa fe.* Arenga que se repite en cada aniversario desde el año 1849, y que ahora tiene para la nación destrozada una vibración particular.

*Mirad: somos pobres, pero es rico aquel en quien mora Dios.*

*Mirad nos han mutilado, pero es fuerte aquel que sabe prenderse a las manos de Dios.*

*Mirad: hemos perdido grandes territorios, pero tenemos incólume nuestra fe..., no lo hemos perdido todo.*

¡Señor!, en Ti esperamos, porque tenemos fe.

---

<sup>7</sup> Después del fracaso de la guerra de la libertad húngara, el apoderado imperial Haynau quiso celebrar una «hecatombe sangrienta». Quiso vengarse de aquellos militares que sirvieron a la causa húngara y que, después de la capitulación de Gorgey, cayeron en manos de los austríacos. Trece jefes (un coronel y doce generales), custodiados en el castillo de Arad, fueron llamados al tribunal militar y condenados a muerte por delito de lesa majestad. El día 6 de octubre de 1848 fueron ejecutados; cuatro de ellos, fusilados; los demás, ahorcados. Los trece valientes, los «mártires de Arad», murieron con heroísmo emocionante. Una frase alemana reúne las iniciales de sus nombres de esta manera: «Panomia, no olvides a tus muertos, que siguen viviendo para acusarte.» Los nombres son los siguientes: Poltenberg, Véesev, Damjanitch, Desewfty, Torok, Nagy, Aulich, Kiss, Knezich, Leiningen, Lahner, Lázár, Schweidet. — (N. del T.)

## CAPÍTULO IV

### ¿QUÉ ES LO QUE CONDUCE A LA INCREDELIDAD?

#### 1. ¿La ciencia?

¡Qué desdichado es el que no cree! Aquellos que perdieron su fe, que se separaron de Dios...

Ellos aducen que el conocimiento científico les llevó a la incredulidad. Pero ¿es realmente cierto que la ciencia conduce a la incredulidad? Este será el tema del presente capítulo. Tema difícil pero importante.

Para poder contestar a esta pregunta, hemos de averiguar las relaciones que median entre los dos grandes tesoros de la humanidad: la ciencia y la fe.

#### I

#### LA CIENCIA Y LA FE

Las relaciones entre la ciencia y la fe son semejantes a las que median entre el ojo humano y el telescopio. Por mucho que sepa, no tendré más que dos ojos; pero si, además de mi ciencia, tengo fe, entonces tendré ante mis ojos un telescopio.

La fe, por lo tanto, amplía la visión de nuestro espíritu. El que posee un microscopio de gran aumento descubre una vida pululante en una gotita de agua, que, en cambio, a simple vista parece que no contiene ningún ser vivo; el que posee un potente telescopio descubre millares de estrellas donde a simple vista no vemos nada. De la misma manera, el que tiene fe religiosa encuentra respuesta a un sinnúmero de preguntas ante las cuales la simple razón queda en tinieblas, como impotente y desorientada.

En Munich en la tumba de uno de los grandes astrónomos, FRAUENCHOFER, se lee la siguiente inscripción: *Sidera approximavit;* «Acercó las estrellas.» Así también acerca la fe a nuestra inteligencia tantas realidades que la mera razón bien puede ni sospechar, a las que no se puede alcanzar sin la fe.

Hay un cuadro pictórico en el que aparece COLÓN de pie, en la costa española frene al océano. Las corrientes de las aguas le traen plantas y algas desconocidas; y su imaginación se posa en los sitios lejanos de donde provienen. Con sus ojos corporales no ve más que el océano; pero ante los ojos de su espíritu se dibuja un continente desconocido, dilatado, que debe de existir por más que otros se mofen de ello... Así también, está el alma frente a las orillas de la vida terrena, pero que clava su mirada más allá de la muerte, donde, por más que se ríen los incrédulos, debe de haber un mundo nuevo, extenso, eterno...

¿No es cierto que, a fin de cuentas, lo que el hombre busca es conocer la *verdad*? La verdad, tanto la descubramos en un laboratorio, como la que nos descubre la Revelación, la fe religiosa. Por lo tanto, la ciencia y la fe no son antagónicas. El territorio de la ciencia es tan amplio como el mismo mundo, pero también es tan limitado como el mundo. La Revelación nos amplía la mirada. La investigación no debe limitarse al campo de la naturaleza visible, sino que debe abarcar también el mundo sobrenatural.

La fe es luz, y como la luz ilumina la oscuridad, los grandes interrogantes de la vida. Para entender la relación entre la ciencia y la fe, Santo Tomás de Villanueva aplica el siguiente símil: La fe y la ciencia están en la misma relación en que se encuentran el señor y el siervo: van juntos por la calle, entran juntos en el palacio, suben juntos las escaleras, pero en el aposento entra tan sólo el señor. La ciencia y la fe también van juntas y atraviesan las cosas visibles del mundo exterior, suben juntas por los peldaños de las criaturas. Dios es omnipotente, Dios es infinitamente sabio, dice la fe; también yo veo por todas partes las huellas de su sabiduría y de su poder, dice la razón; de tal suerte van juntas hasta el aposento; pero tan sólo la fe puede penetrar en el santuario más recóndito, llegar a la contemplación de la esencia divina, de la Majestad infinita.

La razón, la ciencia, no puede, por tanto, ser otra cosa que un prólogo humano compuesto para los Evangelios divinos.

Es Dios el origen primario de la fe y la ciencia. ¿Podrá, por lo tanto, la razón debilitar la fe y contradecirla? Es imposible. Si un hombre o toda una época opinara que sus convicciones científicas le impide tener fe, únicamente demostraría que no conoce bien los fundamentos de la fe o de la ciencia.

## II

### ¿LA CIENCIA CONDUCE A LA INCREDULIDAD?

¿Es posible que la ciencia debilite la fe o hasta incluso llegue a extinguirla?

Una piedra cae de las alturas según la ley de la gravedad. El próximo eclipse lunar puede calcularse con una precisión matemática. Una célula se reproduce según unas reglas precisas..., etc., etc.; parece que las leyes dominan todo el universo.

Esto le puede hacer pensar al investigador que estas leyes pueden explicar toda la vida del hombre, su origen y su destino.

¿No podría considerarse toda la vida del espíritu como caso especial de la física, la química o la biología? Y si esto es así, entonces podríamos explicar el comportamiento, no sólo del eclipse lunar, de las órbitas de los planetas, la misma reproducción..., sino también el comportamiento de la conciencia humana, del libre albedrío, de las experiencias espirituales, las cuales no serían más que otras formas de energía similares a la electricidad...: todo se reduciría a vibraciones eléctricas: llámese «alma» o bien «pensamiento».

Pero ¡qué destino más trágico y pesimista brota de esta forma de pensar! Si todo es materia, entonces el día en que llegue a enfriarse el Sol toda forma de vida se acabará: se acabará también el mundo espiritual, y entonces todos los ideales humanos, todos los anhelos y esperanzas del hombre, todo el trabajo humano, el mismo amor, no son más que vanos engaños.

Mas el error está en que a ciencia, aplicada así, se ha salido de su ámbito de actuación: el mundo material. Y la ciencia es incapaz de estudiar el mundo no material, el mundo del espíritu, y por tanto, es incapaz de responder a las preguntas más importantes del ser humano.

Lo cierto es que cuando la ciencia experimental intenta dar un paso más, y se adentra en el mundo sobrenatural, en el campo de la filosofía o de la metafísica, deja de ser ciencia...

La ciencia, por mucho que avance, no hace superflua la fe. Sabemos mucho, pero aún es más lo que no sabemos.

*El hombre actual sabe muchísimo, pero aún es mucho más lo que ignora.* La ciencia experimental sólo abarca este universo creado material.

¿De dónde procede todo el mundo? ¿De dónde procede la materia prima de la que salió el mundo? ¿Por qué el hombre tiene también una vida espiritual, que no está sujeta a las leyes de la materia? ¿Por qué el hombre es capaz de pensar y de darse cuenta de su existencia, a diferencia de los animales? ¿A qué obedece el ingenio del hombre que rebasa la pura naturaleza animal? A estas preguntas, la ciencia experimental no encuentra respuesta.

### III

#### LA FALSA CIENCIA CONDUCE A LA INCRECULIDAD

El uso de razón no conduce a la incredulidad; tan sólo una razón que piensa de una manera superficial puede conducir a la incredulidad.

*Duc in altum!*, dijo un día el Señor a Pedro, «*rema mar adentro*», hacia las aguas más profundas. La razón también tiene que adentrarse en las aguas más profundas de la verdad y descubrir los misterios que encierra.

Por la ciencia podemos conocer que un día fue creado el mundo, y cómo, durante millones de años se ha ido preparando la tierra para que sirviese al hombre de morada, mucho antes de que éste existiese...

Si observamos la ley de la rotación de la Tierra, si estudiamos las fases d la Luna o de algún que otro planeta, o pasamos revista a los sistemas planetarios: si contemplarnos las constelaciones de estrellas, las impresionantes dimensiones de la nebulosas, de las galaxias..., por todas partes sentimos las huellas de la mano de Dios, y llegamos a exclamar con SCHILLER: «El Universo es un pensamiento de Dios.»

Siéntate una noche de verano en el campo y contempla en silencio el cielo estrellado. El sentimiento de tu pequeñez te sobrecoge. A la vez sientes nostalgias del infinito, sientes nostalgias de Dios...

La ciencia nunca podrá poner en duda el mundo sobrenatural. Mediante nuestros sentidos, percibimos el color, la forma, la densidad... de las cosas. Hacemos deducciones a partir de los fenómenos visibles. Del hecho de caerse la piedra deducimos la ley de la gravedad. Mediante la brújula deducimos el campo magnético de la tierra. El campo magnético no es algo que veo y palpo, como la mesa o la silla; y, sin embargo, no hay hombre que pueda dudar de la fuerza magnética de la Tierra. No es algo sensible, pero existe; y existe de un modo aún más perfecto que la mesa,

que la silla, que las casas y las ciudades, porque ya existió antes de erguirse las montañas en la Tierra, y puede pronosticarse que seguirá existiendo...

En algún sentido se puede afirmar que estas fuerzas invisibles existen de un modo más perfecto que las cosas visibles. Así, el concepto del tiempo y del espacio no las limitan como a los objetos visibles. De estos objetos podemos decir con toda precisión qué lugar ocupan del espacio. Pero no podemos siempre localizar la fuente de las fuerzas magnéticas. Sea cual fuere el punto de la superficie de la Tierra en que coloquemos la brújula, la fuerza magnética la fijará en dirección Norte-Sur; mas si seguimos esta dirección, no llegaremos jamás al punto en que rodamos decir: aquí está el origen de esta fuerza. No sabemos su lugar, tampoco vemos el campo magnético en sí mismo..., y, sin embargo, existe.

¿No podríamos, pues, con análogo razonamiento, comprender mejor al Dios omnipresente, omnipotente e invisible? ¿Qué es lo que atrae nuestras almas y las impulsa? La fuerza magnética se apodera de la brújula y dice: Por aquí. Dios coge nuestra alma... Por aquí. Lo bueno, lo bello, lo noble atrae al alma. La brújula nos señala la dirección y magnitud del campo magnético de la Tierra; hay también algo en nosotros que nos atrae hacia el mundo del espíritu, hacia el mundo sobrenatural.

La misma ciencia médica de algún modo lo corrobora: nos ha constatado que existen enfermedades psíquicas, de origen psicógeno, no corporal.

La religión católica no exige una fe que condene la ciencia; ojalá tampoco hubiese un solo científico que condenase la fe.

Al creyente le es muy útil la ciencia, pero al científico le es muy beneficiosa la fe.

Cada brizna de hierba, cada florecilla... está entonando un solemne *Te Deum* al cultivador del primer jardín: Dios.

La altura y el abismo, los montes y los valles, los rayos de sol, la fuerza del huracán, la vida y la muerte...; todas las cosas de este mundo presente cantan la gloria de Dios... para aquellos que saben mirar con espíritu imparcial el fondo de las cosas.

## CAPÍTULO V

### ¿QUÉ ES LO QUE CONDUCE A LA INCREDELIDAD?

#### II. ¿La mala inteligencia, la vida el corazón?

El profeta Daniel describe en su libro el orgullo inconmensurable que llenó un día el corazón del rey de Babilonia al echar éste una mirada desde la terraza de su palacio sobre la capital de su reino. Edificios magníficos, templos, torres, jardines colgantes, llamados a la vida como por ensalmo en la arena del desierto, gracias a la palabra real... Y a la vista de esta lujo exorbitante su corazón se llenó de soberbia y con ilimitada confianza en su propia fuerza, lanzó este reto al cielo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo he edificado para capital de mi reino con la fuerza de mi poderío y al esplendor de mi gloria? (Daniel 4, 27).

Pero a la misma hora una enfermedad desconocida hirió al rey, y al punto fue arrojado de entre los hombres, huyó al desierto, se alimentó de hierba como los bueyes... Y del rey que un día se sintió tan ufano de su esplendor, consigna la Sagrada Escritura: *«Le crecieron los cabellos como si fuesen las plumas de un águila, y las uñas como las de las aves»*. (Daniel 4, 30).

¿No se asemeja el rey de Babilonia, por su orgullo, a algunos hombres modernos? Son muchos los que, deslumbrados por el magnífico progreso de la ciencia y de la técnica, ebrios de soberbia, exclaman: Yo soy el rey de Babilonia; mía es la ciencia; yo soy el rey de todo el universo, soy autosuficiente, y para nada me hacen falta Dios, la fe y la religión; a mí me basta la ciencia.

*La falsa ciencia puede alejar al hombre de Dios, pero la ciencia verdadera lo acerca más a El.*

¿Qué es lo que conduce al hombre a la incredulidad? Esta es la pregunta. Con tres palabras se puede contestar: 1.º, la falta de comprensión o mala inteligencia; 2.º, la vida; 3.º, el corazón. He aquí la triple fuente de la incredulidad.

## MALA INTELIGENCIA

Quien no sabe compaginar algún dogma con las afirmaciones de la ciencia, no entiende bien el dogma de que habla.

¡Cuántas veces oímos, por ejemplo, que alguien se escandaliza de que el Papa pueda ser infalible! ¡O que la Virgen María sea Inmaculada! O se escandaliza de que al oír hablar de que fuera de la Iglesia no puede haber salvación.

Y todo, porque no entienden el significado verdadero de los dogmas.

Una de las partes más hermosas de las catedrales medievales son sus ventanales policromados. Vistos desde fuera no parecen sino un montón de trocitos de vidrio, una mezcla abigarrada, sin orden, sin concierto... Quien lo mira sólo desde fuera, con facilidad puede hacerse esta idea. Pero hay que entrar en la iglesia, hay que mirar los ventanales desde el interior, para poder contemplar toda su belleza. Lo mismo le acontece al que considera superficialmente los dogmas, y se escandaliza de ellos, en vez de tratar de conocer en profundidad la verdad que encierran.

Otros se debilitan en su fe *ante las páginas más tristes de la historia de la Iglesia*, al ver las imperfecciones humanas de los que la conforman.

No olvidemos que la Iglesia, junto al elemento divino, tiene también otro humano; que si bien fue fundada por Dios, obra el Señor en ella mediante hombres, y ¿quién ignora que el trabajo humano, de suyo, es imperfecto?

Si el médico se pone enfermo, ¿hemos de afirmar por esto que hemos perdido la fe en la ciencia médica? Y si en el decurso de dos mil años, hubo alguna que otra enfermedad en la Iglesia, ¿diré por esto que he perdido mi fe en ella?

Bien es verdad que la historia de la Iglesia tiene también sus sombras, pero ¿qué son éstas en comparación a las páginas luminosas? Al que quisiera con perversa alegría cebarse en los deslices de algún Papa, le pido tan sólo que ponga en el otro platillo de la balanza cualquiera de los grandes Pontífices que ha tenido; y observe después de qué parte se inclina la balanza.

Se debilita la fe por tener mala *inteligencia* y hacer *críticas superficiales*.

¡Cuántas veces los prejuicios, los criterios parciales y humanos, la mala inteligencia... debilitan la fe de los católicos!

## II

### LA VIDA

Con esto llegamos a la segunda causa de por qué se debilita la fe de muchos cristianos. Y la causa está en la vida moderna, en la dura lucha por la existencia, por ganarse el sustento, en la falta de tiempo para cultivar la fe...

Gran parte de los hombres llamados incrédulos no lo son hasta el punto de que lleguen hasta el ateísmo; tan sólo les falta tiempo para alimentar su fe, para llevar una vida religiosa, para tener ideales más altos, porque todas sus miras están puestas en su trabajo, en sus estudios, en procurarse tan solo las necesidades más inmediatas...

Nuestro Señor Jesucristo está en medio de nosotros también hoy, pero a muchos les falta tiempo para escuchar sus palabras. El Señor quiere hablarles en el seno de la familia; pero el hombre le da esta excusa: ¡Por favor, déjame en paz, tengo tantas preocupaciones! ¡No tengo tiempo para hacer oración, las preocupaciones, los quehaceres, me abruman! El Señor quiere hablar a la gente que se mueve por la calle, y todos se excusan: ¡No tenemos tiempo! Cristo quiere hablar en los Parlamentos, pero los diputados se ofenden y exclaman: ¡Déjanos en paz! ¡Tenemos tanto que hacer! Entra en los bares y en las salas de fiesta, pero en ninguna parte quieren oírle: ¡déjanos en paz! ¡No nos agües la fiesta!

Por una parte, nuestra fe se debilita porque, en medio del desmedido afán de placeres el alma se queda hambrienta de lo que la llenaría de verdad; por otra parte, la artificiosa opinión pública muchas veces ofende y ridiculiza a cada paso nuestras creencias. ¿Ha de sorprendernos entonces que en los hombres de hoy la fe se aminore y se debilite?

También la fe del joven disminuye al comenzar sus estudios universitarios. El estudiante se especializa en una rama del saber — medicina, ingeniería, derecho...— mientras que en el campo de los conocimientos religiosos se estanca. ¡Y si aún si tan sólo se detuviese! Pero las pasiones entran en liza, y se vienen abajo los principios morales. El joven entonces se pregunta: ¿Quién tiene razón? ¿La fe de mi niñez, o la sociedad pagana que me rodea? ¿Mis padres, que siempre trataron de inculcarme la fe, o mis amigos, que viven despreocupados y que no

aspiran más que a divertirse? ¿Tiene razón la Iglesia, que sigue pregonando un Evangelio exigente, o las ideologías, que lo ponen mucho más fácil?

¡En qué tempestad se debate el pobre joven!

### III

#### EL CORAZÓN

Si en una fortaleza unos cuantos traidores que se entienden con el enemigo, ¡qué fácilmente ésta será tomada! Lo mismo le ocurre a la fortaleza de la fe cuando defendida por la razón, es traicionada por poderosas ayudas en el interior del castillo. ¿Cuáles son estas ayudas encubiertas? *Las pasiones del hombre*.

Hay una escena emocionante en la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Satanás quiere tentar al Señor. Le lleva a la cima de una alta montaña, le hace desfilar ante su vista toda la magnificencia y riquezas del mundo, y a cambio de ellas, no pide más que un acto de adoración: «*Todas estas cosas te daré si, postrándole delante de mí, me adoras*» (Mt 4, 9).

Desde que Satanás quiso tentar al Señor, ¡cuántas veces susurró las mismas palabras de seducción al oído del hombre! Le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos. Mira ¡cuántos placeres! Mira ¡cuántas diversiones! Todos los goces y todas las alegrías del mundo serán tuyas por este precio: póstrate delante de mí, rompe con Dios, con la religión, con la fe.

¡Cuántos incrédulos, cuántos hermanos fueron inducidos a la incredulidad, no por la ciencia, no por la razón, sino por el corazón, por una vida pecaminosa, por la terrible mentira de Satanás: ¡Tuyas serán todas las alegrías del mundo!

¡Qué fatal engaño! ¡Qué desencanto!

Tú, seductor, ¿por qué no sigues hablando? Porque si quisieras decir la verdad, habrías de añadir: Tuyos serán todos los goces del mundo... y no podrás experimentar lo que es el amor de verdad. Tuyos serán todos los deleites de la noche... y comprobarás lo que son las infecciones venéreas y las consecuencias del aborto o el abandono... Tuyos serán todos los placeres... y acabarás esclavo del pecado, adicto a las drogas. Tuyo será el mundo... y tu pobre alma experimentará lo que es el hastío y la soledad...

«¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su

*alma?»*

Si una pasión pecaminosa oscurece tu alma, no te quejes de no ver a Dios. Claro está que no le ves. En un espejo cubierto de hollín tampoco puedes discernir tu rostro. Si tu corazón se entrega a lo que no vale nada, no te quejes de que tu fe se amortigüe.

¿Has perdido la fe, eres incrédulo? Dime la vida que llevas. *Porque nadie niega a Dios, a no ser el que tiene interés en que no haya Dios* (SAN AGUSTÍN). ¿No es verdad que nadie niega las difíciles teorías de la física? Y, sin embargo, en la física actual se investigan teorías difícilísimas, que sobrepasan nuestra capacidad de comprensión. Y nadie las niega, aunque no las comprenda. No las niega, porque a nadie le estorban, porque sólo tocan a la razón, y no al corazón, a los sentimientos o a la vida.

¡Cuántos hombres escucharían de buena gana las doctrinas cristianas, si en ellas no se tratase más que de cosas agradables, fáciles de vivir! Pero en cuanto oyen las exigencias que impone la vida cristiana, hacen lo que Félix, el gobernador romano, hizo con San Pablo, cuyas predicaciones escuchaba con agrado al principio: *«Pero al hablarle Pablo de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, Félix, asustado, le interrumpió: ‘Por ahora puedes marcharte; en otra oportunidad te haré llamar’.*» (Hech 24, 25). ¡No le volvió a llamar!

Fíjate en aquella señora: se pasa la vida entretenida en diversiones y fiestas...; ¿puede tener fe con tal modo de vida? Fíjate en aquel millonario que lo es gracias a los negocios sucios que hizo... ¿puede tener fe con tal modo de vida? Fíjate en aquel joven que despilfarra sus años de juventud en noches de fiesta...: ¿puede tener fe con tal modo de vida?

Sí, es nuestro corazón quien mata la fe en nosotros, y no nuestra cabeza. El hombre incrédulo empezó a serlo, no por la cabeza, sino por el corazón.

Chateaubriand, uno de los escritores más célebres que ha tenido Francia, organizó en una ocasión en su casa una gran fiesta. Había invitado a muchos intelectuales y artistas, la mayoría incrédulos... y —¡como ocurre frecuentemente!— se acabó hablando de religión, y la mayoría estaba de acuerdo en que un hombre culto no puede ser ya creyente. Entonces se levantó CHATEAUBRIAND y dijo: «Señores, pónganse la mano en el pecho y sean sinceros. ¿No volverían a tener fe si fuesen capaces de llevar una vida pura y honrada?»

¡A cuántos incrédulos hoy día podría dirigirse la misma pregunta!

Un pagano le dijo un día a un misionero: «Tú nos hablas conti-

nuamente de un Dios que todo lo ve; pero nosotros no queremos un Dios así.» ¡Cuántos incrédulos no tienen fe porque «no quieren» aceptar a un Dios que conozca los pliegues más íntimos de sus almas!

Al oír, pues, las excusas que ponen algunos a la sana doctrina, tildándola de anticuada y necesitada de reforma, siempre me acuerdo de la anécdota del tendero.

A un modesto tabernero de pueblo un día le vino a faltarle el vino. Aprisa, sin cambiarse de vestido, con el mismo traje de faena que llevaba, lleno de manchas de grasa, se fue a la ciudad vecina, a una tienda de vinos de solera, para comprar allí algunos barriles. Le dieron a probar una gran variedad de vinos, pero ninguno le satisfacía.

—Ciertamente, es un vino bueno..., es un vino bueno..., pero tiene un olor que me desagrada...

Fue probando todavía más vinos. En vano «todos tenían un olor que no le satisfacía...»

El vendedor sacó entonces el mejor de sus vinos, pero fue en vano. La respuesta fue la misma: «Es un vino muy bueno..., pero también tiene un olor un tanto desagradable...»

Entonces el comerciante examinó más de cerca al tabernero, cuyo vestido estaba lleno de manchas de grasa, y le dijo:

—Amigo, si quieres que este mal olor desaparezca, antes tienes que irte a tu casa, cámbiate de ropa, ponte un vestido limpio, y entonces ven de nuevo y dime si aún sigues sintiendo ese olor que tanto te desagrada...

Al hermano incrédulo yo también le diría: Ve a casa, al sacramento de la Confesión; quítate allí el vestido que llevas, manchado de tantos pecados, empieza una vida nueva y limpia, y después dime: *¿te quedan todavía alguna duda, alguna objeción contra la fe?*

Es lógico que así suceda, pues como dice la Sagrada Escritura: «No puede haber paz para los impíos» (Isaías 48, 22). Llevaban una vida de pecado, abandonaron la casa paterna y perdieron la fe.

## CAPÍTULO VI

### ¿CÓMO LOGRAR UNA FE ROBUSTA?

#### *1. He de tener valor para creer.*

¡Bienaventurado el que tiene fe!

Pero algunos dirán con cierto tono quejumbroso:

—¡Sí! ¡Bienaventurado el que cree! Pero ¿qué he de hacer si no tengo fe? A mí también me gustaría a veces tener esa fe, ese fervor, ese optimismo... Pero a mí Dios no me concedió esta gracia.

¡Dios no me concedió la gracia de la fe!

¿Es justa esta queja? De ninguna manera. Ciertamente la fe es un don de Dios, pero a la vez, también es obra de la voluntad humana. En cuanto depende de Dios, el Señor siembra por el bautismo la semilla de la fe en el alma. Pero si esta semilla no germina, esto ya no depende de El, sino de la persona: si no se desarrolla y crece es por culpa suya, por su negligencia.

¿Quieres creer, hermano? ¿Sabes lo que se requiere para tener fe? ¿Sabes qué se necesita? Dos condiciones: *valentía y cuidado*.

*Sé valiente para atreverte a creer*, será el tema de este capítulo. *Procura cuidar tu fe*, será el tema del capítulo siguiente. Si cumples estas dos condiciones, tendrás la fe que ansías.

Entramos ya en el primer tema: *he de ser valiente para creer*.

I. *Valentía para asumir la fe con la «razón»*, y II. *Valentía frente al «corazón»*

#### I

### VALENTÍA PARA ASUMIR LA FE CON LA RAZÓN

He de ser valiente para aceptar la fe con mi razón.

He de colaborar *con mi voluntad*. He de mover mediante la voluntad a la razón, para que acepte las verdades divinas.

1.º Porque las verdades de nuestra fe no podemos aceptarlas con la razón como « $2 + 2 = 4$ », sin que quede la más leve sombra de duda. Ciertamente, son verdades reveladas, avaladas por milagros, hay testigos presenciales, datos históricos que lo sustentan, muchos argumentos y pruebas racionales abogan en favor de mi fe; así que no es posible, con conocimiento cabal, dudar de ella; pero no puedo aceptar las verdades de la fe como algo evidente sin más; y por eso, *si la razón del hombre se obstina en no creer, obstinada queda y dirá: No creo.*

Justamente porque tiene que intervenir la voluntad, es meritoria mi fe. Decidme, si no, qué mérito tendría si tuviese de Dios, de la vida eterna, del alma, etc., la misma evidencia que de esta sencilla operación matemática, « $2 + 2 = 4$ », y en consecuencia dijese «Creo». ¿Puede computarse como mérito el creer que « $2 + 2 = 4$ »? No, por cierto. Porque no hay más remedio. Se ha de creer. ¿Es meritorio creer en Dios, en el alma, en la vida eterna? Sí, es meritorio. Porque podría obrar también de distinta manera. Podría obstinarme en no creer. Podría decir: no lo veo... no lo creo.

Por lo tanto, se necesita valentía para creer, porque el creer no depende tan sólo de la razón.

2.º El creer no depende tan sólo de la razón, sino también de la *voluntad*. «No lo comprendo —dirás acaso—. ¿Es posible que si la razón afirma que tal cosa es justa y verdadera, la voluntad la rechace?»

Por desgracia, es posible. Tiene la voluntad humana el privilegio triste y misterioso de poder obrar aun contra la razón. Aún más: *puede inducir a error a la misma razón*. Ahí va un ejemplo de los más corrientes. Observemos la vida diaria. Cuando hemos de sumar muchas cantidades, por ejemplo al ir de compras, y nos equivocamos en la suma, ¿no es extraño que nos equivoquemos regularmente en favor nuestro? No afirmo, de ninguna manera, que obremos en ello con premeditación y astucia. Mas nuestra voluntad, aun inconscientemente, aun en secreto, guía de tal manera a nuestra razón, que, si ha de haber error, redunde por lo menos en provecho nuestro.

He ahí la influencia que ejerce el corazón y la voluntad sobre la razón.

Otro ejemplo: Un hombre, que teníamos por muy prudente y muy listo, comete una tontería. Al oírlo, ¿cuál será nuestro primer pensamiento? «No comprendo cómo un hombre tan prudente, tan listo, pudo cometer tamaña barbaridad.» Tal será nuestro primer pensamiento. Pero ¿qué afir-

mamos con esto? Que en el hombre, junto a la razón, desempeña un papel, importantísimo también, la voluntad.

Lo mismo sucede en el ámbito de la fe. En vano someto la razón a la fe si mi voluntad la contradice, o con otras palabras: si no tengo la valentía interior necesaria para creer.

*¿Para qué necesito valentía?* Para dar aquel paso definitivo de que no se puede prescindir ni aun después de haber leído los mejores libros de apologética y después de conocer los más brillantes argumentos racionales. En vano dice mi razón que sin Dios no tiene explicación el mundo, que faltan respuestas a las cuestiones más dolorosas de la vida; en vano dice mi razón que sin Dios no hay moral, no hay vida digna del hombre, no hay paz espiritual...; todo es inútil si la voluntad se obstina y no quiere creer, no se atreve a creer, no tiene valentía para pronunciar las palabras salvadoras: «Dios eterno! ¡No te veo, pero creo en Ti!» Es decir, si no sabe «someterse a la fe», para expresarlo con frase paulina (Rom 1, 5).

Sí, para tener una fe robusta, y para evitar toda sombra de duda, se necesita la colaboración de la voluntad, porque la razón, dejada a sus propias fuerzas, no sabe sino decir como Tomás el incrédulo: «*Si yo no lo veo... no lo creeré*» (Jn 20, 25). Aquí ha de decir la palabra decisiva la voluntad y ha de obrar con vigor para desvanecer las dudas.

3.º *¡Las dudas en la fe!* Ahora he puesto el dedo en la llaga. «*Quisiera creer. ¡Oh, si pudiera creer! ¡Pero son tantas mis dudas! ¡Qué dichosos son los que creen!*» Así se justifican muchos hombres hoy día que no quieren reconocer su responsabilidad, porque por comodidad, por falta de seriedad, o por frivolidad, no quieren dar el paso decisivo de la fe y se parapetan en críticas y reparos. La crítica es para ellos como una vieja bruja, llena de arrugas, que está sentada en la escalera por la que se sube al paraíso de la fe y que nos interpela. Esta vieja, de lengua venenosa, todo lo saca a relucir, todo lo denigra: ¿Y si no es así?... ¿y si no es verdad?... ¿y si es de otra manera?... ¿y si es así?... ¡Desgraciado aquel que la escucha! En vez de acallarla y fiarse de Dios, como San Pablo —«*Bien sé de quién me he fiado*» (2 Tim 1, 12)—, no se atreven a dar el salto de la fe.

Naturalmente —sobra decirlo— que aquí nos estamos refiriendo a esas dudas que cada cual busca con frivolidad, alimenta orgullosamente y fomenta con atrevimiento en su interior, y no de aquellas otras que algunas veces pueden presentarse hasta en las almas más profundamente religiosas y que causan muchos momentos de viva desazón. Porque hasta a los mismos santos les han asaltado a veces estas imprevistas dudas de fe. No

me tengo que extrañar, por tanto, que a mí me puedan surgir en los momentos de más recogimiento, cuando hago oración, hasta en la sagrada comunión. Son pensamientos que no dependen de nuestra voluntad; la mayoría de las veces son causados por el cansancio mental, por un estado de ánimo agotado, y lo mejor es no concederles importancia. Y si nos atormentan demasiado, recitemos con devoción el Credo y veremos como rápidamente desaparecen.

Las que nos preocupan ahora son las dudas conscientes, buscadas, temerarias. Respecto a estas dudas, he de tratar de ser sincero conmigo mismo y pensar si no habrá algún interés oculto de por medio.

*Lo que si es cierto es que la fe religiosa es más razonable, más prudente, más provechosa y más ventajosa que la incredulidad.*

*Que sea más razonable y más prudente creer que no creer, no se necesita ponderarlo. El edificio de la doctrina cristiana, lógico, consecuente, admirablemente construido, sobrepasa en magnitud y belleza a todos los demás sistemas filosóficos, y su fuerza vital —según el testimonio de dos milenios— es muy superior a todas las elucubraciones que se han hecho para enfocar de manera distinta el mundo.*

Considera aún otra cosa, hermano, atormentado por la duda. *La fe es más provechosa, más ventajosa que la incredulidad*, también por este motivo: porque ofrece mayores garantías y promete más bienes. Aun dado el caso de que fuesen en igual número los argumentos que abogan por la incredulidad y los que están a favor de la fe —veremos que no es así; pero supongámoslo ahora—, aun en este caso, no habríamos de ceder, sino reflexionar de esta manera: ambas pueden tener razón, y ambas pueden equivocarse. Pesaré, pues, bien el pro y el contra para ver en qué partido ponerme. *Me pondré al lado de aquella con la cual pierdo menos y gano más.* Hemos de conceder que el raciocinio así presentado tiene cierto sabor comercial, pero quizá no falten almas que lo necesiten.

*¿Qué pierdo, pues, y qué gano si me alisto en el partido de la fe?* Si realmente hay Dios y eternidad, y yo acierto a ordenar mi vida debidamente, y la paso con nobleza de ánimo, de manera respetable y digna, según los dictados de la moral, entonces alcanzaré la vida eterna. Por lo tanto, lo gano todo. Si, en cambio, no está la religión en lo cierto, y después de la muerte no hay nada... ¿qué es lo que pierdo en este caso? Ciertamente, habré perdido en la tierra muchos goces sospechosos, impuros, pero por lo menos habré saboreado la dulzura de las buenas obras y de una vida honrada, la dulzura que es connatural al buen obrar y que en

sí misma ya es un galardón.

En cambio, *¿qué es lo que pierdo y qué es lo que gano si me coloco en el bando de la incredulidad, y ajusto mi vida a la convicción de que Dios, la eternidad, el alma no existen?* Si tiene razón la incredulidad, habré escarbado en la tierra y recogido algunas miserables migajas de goce, algunos momentos fugaces de placer; pero después me espera la oscuridad sin riberas, el aniquilamiento. Esto, en el caso favorable. Pero ¿y si la incredulidad estaba en el error? ¿Si Dios realmente existe, y yo he pasado toda mi vida contra su voluntad? ¿Si realmente hay una vida eterna, de la que nunca me había preocupado y por la cual no he dado el más leve paso?

¿En qué grupo hemos de colocarnos, pues? Si me pongo en el de la fe y es el verdadero, *mi ganancia será infinita*; si no es el verdadero, *mi pérdida será mínima*. Si me pongo en el de la incredulidad y es el verdadero, *mi ganancia será mínima*; pero si no es el verdadero, *mi pérdida será infinita*.

¿En qué bando hay más riesgo: en el de la fe o en el de la incredulidad?

Aun suponiendo que me equivoco, que mi fe no tiene sólidos fundamentos, he de reconocer que nada me perjudica. No es obstáculo para ningún anhelo noble, no limita mis fuerzas, no es estorbo para desarrollarlas con vigor. Más bien, confesémoslo, con sinceridad, he de reconocer que sirve de ayuda magnífica para mi educación moral, de apoyo firme contra mis debilidades. La fe en Dios me sirve de amigo leal, de guía seguro, de consejero experto, si es que tengo bastante *valentía* para someterme a su fuero...

## II

### VALENTÍA FRENTE AL CORAZÓN

Se necesita aún mayor valentía para doblegar el corazón, que para someter la razón misma. Nuestra razón se inclinaría sin gran dificultad ante la fe, si la fe no exigiera también el homenaje del corazón y de toda la vida moral.

1.º *La fe deja oír poderosamente su palabra, exigiendo que se regule la vida moral*, y en este terreno encuentra obstáculos aún más difíciles que en los dominios de la pura razón. ¡Con qué espontaneidad cree el hombre

lo que le gusta, lo que desea; pero cuánto le cuesta creer lo que contradice a sus sentimientos! Dios ha mezclado tanto la luz y la sombra en el mundo, que, el que quiera, escogerá la luz por guía victoriosa de una vida feliz, y, en cambio, habrá otros que mirarán la sombra, las tinieblas y excusarán con ellas sus pasiones pecaminosas.

Ejemplo clásico es lo que sucedió a San Pablo con Félix, gobernador romano. Ya lo he mencionado. Pero el caso encierra enseñanzas tan provechosas, que merece la pena de repetirlo. San Pablo predica en presencia de Félix, y le habla de la fe en Jesucristo. Y aquél le escucha con gusto, con el alma sedienta, deseosa de conocer la verdad. *«Pero al hablarle Pablo de la justicia, del dominio propio y del juicio futuro, aterrizado Félix le dijo: aterrizado, le interrumpió: ‘Basta por ahora, retírate, que a su tiempo yo te llamaré’»* (Hech 24, 25). Naturalmente, no le volvió a llamar. Porque mientras había de *creer* tan sólo con la razón, era fácil la cosa; pero en cuanto la fe levantó la voz para dirigir *su vida*, «ya no supo creer». ¿Por qué? ¿Porque tenía «dudas racionales», «dificultades filosóficas? ¡Qué había de tenerlas! Lo que tenía eran tres esposas, y a la última, a Drusila, la había seducido y tomado de su marido legal, y —según Tácito— consideraba que todos los crímenes eran lícitos. Por esto no pudo creer.

Así se comprende el hecho extraño de que dos hermanos, que recibieron la misma educación y vivieron en las mismas circunstancias, sean tan distintos espiritualmente; de que dos hombres, al oír los argumentos de la religión, discrepen, y uno de ellos los acepte, mientras que el otro les vuelva la espalda. En el momento de morir el Señor, se oscureció el sol, se estremeció la tierra, se abrieron las tumbas, y el centurión romano se convirtió entonces al pie de la cruz (Mt 27, 54); los fariseos perseveraron en su obcecación. ¿Por qué? *Porque estos no tuvieron valor de someter su corazón, su vida a la fe.*

2.º Creo haber dicho ya con toda claridad lo que se necesita para la fe. *¿Qué debemos hacer para tener fe?* Lo que dijo Nuestro Señor Jesucristo: *«Quien obra mal, aborrece la luz... Al contrario, quien obra según la verdad, se arrima a la luz»* (Jn 3, 20-21).

Las palabras del Señor son precisas: Creer en Dios no significa pronunciar su nombre con la boca, sino *llevarlo muy dentro de nosotros*. Dios a todos da la fe; unos la aceptan, otros la rechazan. Tendrá, pues, fe —y repito otra vez palabras de Jesús—, *«quien quiere hacer la voluntad de... Dios»* (Jn 7, 17).

¿No tienes fe, hermano? ¿Quieres tenerla, pero no sabes qué has de

hacer? Te lo diré. Reflexiona sobre ti mismo, reconoce que no eres como te quiso Dios: no eres bueno, justo, de manos limpias, de alma pura, caritativo, honrado, no cumples tu deber; y entonces empieza a arrepentirte de tu vida pasada. *Empieza a llorar, y en la primera lágrima que derrames, encontrarás a Dios.* Porque a Dios lo podemos encontrar con la razón y con el corazón. Y quien a Dios encuentra, y quien le posee, decimos que tiene fe. «*El que me ama, observará mi doctrina*» (Jn 14, 23), dice con toda claridad el Señor.

Con razón lo hace notar el mismo ROUSSEAU: «Conserva, tu alma siempre en tal estado que pueda desear que «ojalá haya Dios»; y nunca dudarás de esta verdad».

Pero ¿no pregonan lo mismo las palabras de la Sagrada Escritura respecto de los impíos? «*Porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció*» (Rom 1, 21).

Tiene todo su vigor, si se aplica al individuo, lo que un filósofo francés, CLAUDE PIAT, dijo del pueblo: «El pueblo cesa de creer en Dios cuando cesa de ser virtuoso.» Había ya pregonado SAN PABLO lo inseparables que son la fe y la moral. Así exhorta a Timoteo: Milita «*como buen soldado, manteniendo, la fe y la buena conciencia, la cual por haber desechado de sí algunos, vinieron a naufragar en la fe*» (1 Tim 1, 18-19).

*Por lo tanto, el que quiere creer, ha de desear ser bueno.* Con cautela he dicho: «*¡Ha de desear ser bueno!*» No he osado afirmar que sólo puede creer aquel que ya es bueno, que ya no tiene pecado. Porque ¿quién podrá gloriarse de tal manera? Pero por lo menos nuestra voluntad ha de orientarse hacia el bien; hemos de ver siempre la ley moral en el mar de las tentaciones y mirarla como el marino que lucha contra la tempestad y mira la brújula; y si hubiésemos caído, hemos de aspirar a levantarnos de nuevo y volver al Señor. Porque el que tiene valor para someter su corazón a la fe, y aún más, para sujetar su corazón a una vida según la fe, no perderá su preciado tesoro, no perderá su fe en el oleaje furioso de la vida.

\* \* \*

Altivo salió del puerto un buque y emprendió su camino por el océano inmenso. Sobre cubierta, todo estaba en orden; las máquinas funcionaban perfectamente, la brújula señalaba con tesón el camino..., y, no obstante, nota de repente la tripulación que el buque sigue una dirección falsa. El capitán hace parar las máquinas. Se hacen cálculos, se registra

toda la maquinaria, se reúnen en consejo todos los oficiales, miran la brújula..., en vano. Todo está en el mayor orden, y, sin embargo, la isla que tienen a su vera está completamente fuera de la ruta que el buque había de seguir. Después de largo tiempo descubrieron la causa del error. En el fondo del buque había gran cantidad de hierro, y fue ésta la causa de que la brújula se volviese en una dirección insólita. Echan el hierro al mar, la brújula se coloca en seguida en dirección norte, el buque cambia de camino y ya prosigue su viaje con alegre seguridad. ¡Felices ellos!, todavía no era tarde...

Quisiera decirlo a los hermanos que luchan sin brújula en el mar alborotado de la duda: ¡Hermano!, todavía no es tarde para echar del fondo de tu alma la carga pesada que desvía tu vida del camino seguro que conduce a Dios. ¿La carga pesada? ¿Qué carga? La vida comodona y egoísta, el dominio ciego de los instintos, la obstinación de la inteligencia, los sofismas del corazón, todas estas cosas que te empujaron al falso camino de la incredulidad.

A todos da el Señor la semilla de la fe, esto es, el primer paso, pero de mí depende el dirigirme hacia El con los pasos firmes y valerosos de la fe. Dios da el primer impulso a mi alma, pero yo he de añadir la buena voluntad. Dios pronuncia la primera palabra, pero de mí responder a la invitación.

«¡Oh, si pudiera creer!»; así suspiran muchos... Hermano, no te expreses así, sino de esta otra manera: «*¡Creo, Señor, creo!*» Y si mi razón tan sólo quisiera *ver*, y no *creer*, haz que resuenen en mis oídos tus palabras: «*Tú has creído, Tomás, porque me has visto: bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído*» (Jn 20, 29).

¡Creo, Señor, creo! Y si mi corazón no quisiera someterse, haz que resuenen en mis oídos tus palabras: «*No todo aquel que me dice: ¡Señor, Señor!, entrará por eso en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es el que entrará en el reino de los cielos*» (Mt 7, 21).

¡Señor, quiero creer! «*¡Oh, Señor, yo creo; ayuda tú mi incredulidad!*» (Mc 9: 23).

## CAPITULO VII

### ¿CÓMO LOGRAR UNA FE ROBUSTA?

#### *II. He de cuidar mi fe.*

Hice un descubrimiento extraño. Es cosa baladí, pero sirve de magnífica introducción al tema que ahora vamos a tratar.

Me encontré por la calle con un antiguo condiscípulo de bachillerato; hacía algunos años que no nos veíamos. Naturalmente, en estos casos reviven los recuerdos antiguos, los muchos recuerdos ya casi olvidados. A mí, por ejemplo, me vinieron a la memoria las tandas de explicaciones de matemáticas y de física que desarrollaba ante aquellos muchachos...; de dichas asignaturas, que eran mis favoritas, tenía abundantes notas.

Al volver a casa, no sé cómo, sentí una curiosidad. ¿Cuánta ciencia me queda todavía de aquellas antiguas cosas? Y hube de sonrojarme al hacer el gran descubrimiento. Probé un poco de trigonometría. ¿Cuál es la ley del coseno? Ya no lo sabía, y, sin embargo, recuerdo, como si fuera hoy, que éste fue justamente el punto sobre el cual me examiné en el bachillerato brillantemente. No importa, pensé. Probaremos a buscar un poco en el libro de logaritmos. Tampoco acerté. ¡Increíble! Bien es verdad que hacía ya veinticinco años que no había buscado logaritmos, pero ¡cuán fácilmente olvida el hombre! Y si alguno de mis lectores es ingeniero, y se escandaliza de que cosas tan elementales no se sepan, yo le pregunto: ¿Y tú sabes leer aún el griego, si hace veinticuatro años que no has visto una sola letra griega?

Pero no nos hagamos reproches mutuos, sino saquemos la moraleja: Lo que deja el hombre de practicar por mucho tiempo, llega a olvidarlo; bien se trate de logaritmos, bien de lecturas griegas, o de la misma fe.

*El que quiera tener fe, ha de cuidarla, debe cultivarla, y no dejarla, por abandono, descuidada, en el olvido.*

En las páginas precedentes recordé que Dios se dirige a todos con su

gracia invitándonos a la fe, pero a la vez subrayé que de mí depende el contestar a la divina invitación. ¿Quieres tener fe? Sí, quiero. Pues bien si quieres tener fe, ten valor para la fe, sé esforzado para someter tu razón o tu corazón a la fe. A este punto llegamos en nuestro razonamiento.

Pero no basta ser valiente para dar el salto de la fe; además hemos de cuidarla, para que no se marchite tan tierna planta, para que no lleguemos a olvidar por completo nuestras creencias.

I *¿Por qué hemos de cuidar nuestra fe?* II. *¿Cómo hemos de cuidar nuestra fe?* Estos serán los pensamientos fundamentales del presente capítulo.

## I

### ¿POR QUÉ HEMOS DE CUIDAR NUESTRA FE?

1.º El que lea con atención las Cartas de San Pablo, no dejará de notar la frecuencia con que el Apóstol amonesta a los primeros cristianos a cuidar su fe.

Escribe, por ejemplo, a Timoteo: «*Pelea valerosamente por la fe, y victorioso, arrebatada la vida eterna*» (1 Tim 6, 12)). Así se dirige a los fieles de Éfeso: En todos los encuentros tomad «*el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno espíritu*» (Ef 6, 16). A los Corintios los amonesta en esta forma: «*Velad, estad firmes en, la fe, trabajad varonilmente, y alentaos más y más*» (Cor 16, 13). De suerte que oímos con frecuencia: Cuidad vuestra fe, guardadla.

¿Por qué les amonesta el Apóstol de forma tan insistente? Porque los primeros cristianos vivían en medio de un mundo corrompido e inmoral, y a cada paso se veían expuestos a *las tentaciones del ambiente, al contagio de una vida frívola*. Pero ¿no vivimos nosotros en un mundo semejante? Si San Pablo viviera en esta época, habría de escribir con acentos más encarecidos todavía:

Hermanos que por el santo bautismo recibisteis en vuestra alma la semilla de la fe cristiana; hermanos en cuyas almas la educación paterna y la catequesis hicieron crecer esta primera semilla, convirtiéndola en arbolito robusto; hermanos que os estáis haciendo adultos..., ¡cuidad este tierno arbolito de vuestra alma, la fe cristiana! Es de tal suerte el mundo en que vais a entrar, es tal el ambiente en que os vais a tener que mover, son tantas las preocupaciones por encontrar un trabajo y ganáros la vida, que

está en grave peligro vuestra vida espiritual de unión con Dios.

¿Ha de causarnos maravilla si el conocimiento religioso adquirido en la escuela se vuelve cada vez más raquítrico y se seca en el alma en medio de tantas preocupaciones? ¿Ha de admirarnos si la fe, para cuyo estudio y ejercicio metódico, «falta tiempo», cae en olvido y el alma se deja arrastrar por la corriente de la incredulidad? No son sólo la ley del coseno y el alfabeto griego las cosas que se pueden olvidar; *también se te puede olvidar la fe.*

¡Se puede olvidar hasta la lengua materna!

—Pero ¿cómo? ¿La lengua materna se puede olvidar?

—¡Y tanto! Cuanto más tierna sea la edad en que se abandona, tanto más fácil se olvidará. Yo mismo pude cerciorarme de este hecho en Holanda, donde los niños húngaros, que apenas habían pasado un año con las familias caritativas que les acogieron después de la guerra, no sabían una sola palabra de húngaro. Y al regresar a Hungría, durante las primeras semanas, su misma madre no podía hablar con ellos.

¡Se puede olvidar hasta la lengua materna! Y *¿cuál es la lengua materna de nuestra alma? La fe religiosa.* Y también ésta puede olvidarse por completo. Y con tanta más facilidad cuanto más temprano se deja de practicar. Por muy bien que hayas tocado el piano —hasta llegar a ser un verdadero virtuoso— en tu niñez, si no haces ejercicios durante largos años perderás toda tu técnica. Por muy capaz que hayas sido en un deporte cuando eras estudiante, si dejas de practicarlo metódicamente, no sabrás hacer lo más elemental.

2.º Pero aún hay más. No basta que nuestros conocimientos religiosos no sean relegados al olvido, sino que *hemos de profundizarlos, desarrollarlos en consonancia con las exigencias de la edad.*

¿Por qué subrayo ahora este pensamiento? Porque muchos pierden la fe justamente cuando se hacen mayores; porque siguen pensando en las cosas de la fe con la misma ingenuidad que cuando niños. Y es obvio: el niño piensa de una manera que ya no satisface al joven o al adulto. Algunas veces nos espantamos al darnos cuenta de los pensamientos increíbles que se nos ocurren. Y acaso éstos no brotan de un espíritu incrédulo, sino que son *las protestas de la razón, que busca contestaciones más maduras y realistas, contra los conceptos demasiado infantiles e ingenuos respecto de la fe;* lo que servía al niño no sienta bien al adulto.

El niño, con su reducido horizonte, con sus escasos conocimientos y conceptos, se forma una imagen de Dios adaptada a su edad. Pero tal

imagen no encaja ya con el mundo del hombre maduro; y si éste no cuida de su fe, si no procura, mediante la lectura de libros religiosos y la asistencia a retiros o conferencias espirituales, desarrollar, a medida que pasan los años, la imagen de Dios que vive en su interior, fácilmente chocará con escollos y se estrellará contra los témpanos de hielo en el mar de la incredulidad. Y, sin embargo, ha de achacar la falta a sí mismo, porque no cuidó su fe. Si un pagano no cree en el ídolo de madera, el hecho no significa que no exista Dios, sino que Dios no es de madera.

De ahí se desprende la seria obligación que tenemos para no abandonar la fe de nuestra niñez, de cuidarla y desarrollarla. Con esto llegamos a la otra cuestión, también muy importante.

## II

### ¿CÓMO HEMOS DE CUIDAR NUESTRA FE?

La respuesta a tal pregunta es sencilla. Hemos de cuidar la fe de la misma manera con que cuidamos las otras cosas en el mundo: *ejercitándola*. El que quiere llegar a virtuoso en tocar el violín ha de ejercitarse varias horas diariamente. El que desea ganar una competición deportiva, ha de entrenarse día tras día. Y el que anhela tener una fe viva, robusta, ha de practicar también a diario su religión.

Podemos robustecer nuestra fe confesándola exteriormente; pero la robustecemos de un modo especial si dedicamos un tiempo cada día a la oración. Por lo tanto, el cuidado de nuestra fe exige dos cosas: 1. Manifestarla exteriormente, y 2. La práctica de la oración diaria.

#### I. Manifestarla exteriormente

A) Sí, hemos de manifestar confesar nuestra fe exteriormente. La fe interior y la confesión exterior conjuntamente corresponden al hombre que consta de alma y cuerpo, interior la una y exterior el otro. «*Porque es necesario creer de corazón para justificarse y confesar la fe con la boca para salvarse*», escribe también el Apóstol (Rom 10, 10): es decir, lo interior y lo exterior sirven conjuntamente a la salvación del hombre.

Pero necesitamos confesar exteriormente nuestra fe, dar testimonio de ella, porque *haciéndolo así se robustece nuestra fe*. El que repite a cada momento que le basta ser cristiano en su interior, sin necesidad de demostrarlo exteriormente, se verá en el caso de aquel que sabe francés pero

nunca lo demuestra por fuera y no lo practica: en pocos años lo olvida por completo.

B) Bien es verdad que la fe es el negocio más personal e individual, el santo tesoro que guardo en el fondo de mi alma, y la confesión más hermosa que de ella puedo hacer es vivir una vida coherente con ella. *Sin embargo, habrá momentos, habrá circunstancias, en que estaré obligado a exteriorizar mi fe.* Toda la familia se va de excursión el domingo..., pero yo no dejo de participar de la santa Misa. En las conversaciones con los amigos, con los compañeros de trabajo, surge un tema religioso, y ante las opiniones más dispares yo me atrevo a levantar la voz en defensa de mis convicciones. Asisto a una boda, se celebra la santa Misa, estamos en el momento de la Consagración..., mis compañeros de oficina permanecen de pie, pero yo me pongo de rodillas ante Nuestro Señor Jesucristo, que se hace presente entre nosotros.

Una muchacha pobre..., un pretendiente rico..., un matrimonio brillante...; pero hay algún obstáculo para que se pueda contraer el matrimonio religioso...; entonces la muchacha ha de tener valor para decir «no», y, confiando en Dios, rechazar un porvenir magnífico según el mundo.

Un obrero. En la fábrica, sus compañeros se mofan continuamente de él por su religiosidad, y, no obstante, sigue valiente dando testimonio de su fe y no avergonzándose de ella. ¿Hay quien se avergüenza de sus padres? ¿Y no es aún más triste avergonzarse de la fe? Son terminantes las palabras del Señor: «*A quien me negare delante de los hombres, Yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos*» (Mt 10, 33).

C) Los buenos católicos, cuando pasan delante de alguna iglesia tienen por costumbre santiguarse.

*¡Santiguarse!*

¿Sabéis que es una de las confesiones más características de nuestra, fe? El que se santigua pregona abiertamente a los ojos del mundo entero: *Soy discípulo de Cristo crucificado.*

Ojalá todos los católicos se santiguasen siempre, de un modo consciente, con dignidad, siendo conscientes de lo que este gesto significa. El santiguarse ha de ser siempre una profesión de fe consciente y deliberada.

Si recordamos la época primitiva del Cristianismo, vemos que la señal de la cruz ha sido siempre la señal de victoria de los confesores. ¿Cómo iban a morir los mártires? Con el nombre de Cristo en los labios y con la cruz trazada sobre la frente.

Y, en verdad, no podemos imaginar una confesión más sencilla, más comprensible, más significativa de nuestra fe católica que la señal de la cruz. Los dos dogmas fundamentales de nuestra fe hablan en ella. El que se santigua pregonas su creencia en la Santísima Trinidad y en la dignidad de Jesucristo como Redentor y como Hijo de Dios.

Oigamos a TERTULIANO, escritor cristiano del siglo II, como nos relata la costumbre tan generalizada que tenían los fieles de santiguarse. «Al empezar algún trabajo o al acabarlo, al regresar a casa o al marcharse, al vestirnos o calzarnos, al comer, al encender las luces o al acostarnos, o al sentarnos o al hacer cualquier otra cosa, trazamos en nuestra frente la señal de la cruz.» (*De corona*, c. 3) ¡Y esto fue escrito en el siglo II!

Con santo orgullo dice a la vez SAN JUAN CRISÓSTOMO: «A manera de corona llevamos la cruz de Cristo. Porque todo cuanto va encaminado a nuestra salvación lo recibimos de ella; al renacer (en el bautismo), allí está la cruz; cuando nos alimentamos con el manjar sagrado (en la comunión), cuando recibimos el óleo santo (en la confirmación), por todas partes y siempre está a nuestro lado esta señal de victoria; por esto colocamos la cruz con tanto fervor en nuestros aposentos, en las paredes, en las ventanas, en la frente y también en nuestro corazón» (*Hom. 34 in Matth.*, núm. 4). ¡Esto fue escrito en el siglo IV!

*Al santiguarnos*, no sólo confesamos nuestra fe, sino que *confortamos también nuestras almas doloridas*. Muchas desgracias nos azotaron, pero todas juntas no son tan pesadas como lo fue la cruz del Señor. Los hombres son malos para con nosotros, pero no hemos de sufrir tanto de ellos como sufrió el Salvador, que «pasó haciendo el bien» a todos, y, no obstante, su bondad fue pagada con ingratitudes.

¿Hemos de sonrojarnos por la cruz? Todo lo contrario. Tenemos que gloriarnos en ella. «*En cuanto a mí, libreme Dios de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*» (6, 14). La cruz conquistó el mundo para la cultura, la cruz hizo huir las atrocidades del paganismo, la cruz brilla en la corona de los reyes, la cruz se alzaría hacia el cielo sobre mi tumba... ¡Que sea la cruz la prenda de mi eterna felicidad!

Hemos de confesar valerosos nuestra fe, y con ello ya la habremos robustecido, la habremos cuidado. Pero, además, hemos de practicar nuestra fe diaria y metódicamente, y de esta suerte robustecerla y cuidarla con solicitud peculiar.

## 2. La práctica de la oración diaria

No te asustes, querido lector, de esta frase: *método de oración*. Bien sé que las relaciones afectuosas que existen entre el alma y Dios, a las que damos el nombre de religiosidad, no hemos de violentarlas para meterlas en un esquema, para hacerlas caber en frías fórmulas. La religiosidad ha de saturar todas las manifestaciones de nuestra vida. Es una verdad indiscutible. Sin embargo, existen ciertos marcos de los cuales no podemos prescindir, a no ser con desventaja ineludible del alma. Los que prescinden de estos marcos —aunque lo hagan con buena intención— tendrán una religiosidad sin método, sin orden, caprichosa, que algunas veces dará llamaradas más fuertes, como la lumbre al soplo de una corriente de aire; pero otras veces decrecerá, parpadeará, como el candil que agoniza por falta de aceite.

Necesitamos ciertos marcos que no dependan de nuestros caprichos, de nuestro buen o mal humor; es menester cierto orden en nuestra vida espiritual, en nuestros ratos dedicados a la oración.

¿A qué orden aludo?

Me refiero a aquellas prácticas de la vida religiosa y de oración cristiana, cuyo valor no todos saben apreciar debidamente. Entre tales prácticas figura, por ejemplo, el rato de oración o el rezo de la mañana y de la noche de todos los días. No habríamos de dejar pasar un solo día sin hacerlo. Que tal rato se limite a la recitación de oraciones vocales, de fórmulas hechas, acaso leídas en un libro de oración, o que no sea más que el libre vuelo de nuestra alma hacia Dios, quizá un vuelo sin palabra alguna, depende ya del ánimo y disposición de cada cual. Lo importante es que el hecho en sí no se omita un solo día.

Desde luego, *el domingo ha de ser santificado por la Misa*. En otro lugar —en el libro *Los diez Mandamientos*— trato ampliamente cómo y por qué debemos santificar el domingo con la santa Misa. No quiero ahora repetir los mismos pensamientos. Baste señalar la influencia que tiene para el arraigo de nuestra fe la Misa conscientemente vivida cada domingo. ¡Con qué tranquilidad podrás encarar la hora de la muerte si puedes decir en esos decisivos momentos: Señor, te he visitado todos los domingos en tu iglesia, y he participado en el santo misterio de tu Sangre derramada; haz que ahora pueda participar también en la alegría del domingo eterno de los cielos!

Otra norma: *Recibir el Cuerpo Sagrado de Jesucristo*, para que sea robusta nuestra vida espiritual. Hemos de recibir el pan de los fuertes para tener vigor en las luchas de la vida. Hemos de recibir el Cuerpo sacra-

tísimo para poder llenar de contenido divino, de valores imperecederos, esta vida terrena de un día, tan pedregosa, tan polvorienta. Lo mínimo es: una vez al año, por Pascua. Pero ¿quién podría contentarse con tan poco?

Todavía otra norma: *Cumplir con la ley de ayuno y abstinencia*. No porque en viernes no siente tan bien la carne como los otros días, sino para probarme de vez en cuando a ver si logro ser fiel a Dios, a mi fe, aun a costa de cierta mortificación, de cierto sacrificio.

¡Ah! ¡Hacer sacrificios para conservarme fiel a Dios! Es la floración más hermosa de la verdadera religiosidad, de mi amor a Dios, y la forma mejor de robustecer, de cuidar, mi fe.

Por lo tanto, no se trata tanto de discutir sobre la fe que tengo, sino de vivirla.

¡Cuánto les cuesta a algunos entrar en el agua fría! Meten primero la punta del pie, y la sacan al momento; lo prueban de nuevo; ¡ay, qué fría está el agua!... Y una vez lanzados, exclaman: ¡No está tan fría como pensaba!

Por lo tanto, no le des tantas vueltas y no pongas tantas objeciones. Vive tu fe, practícala, disfruta de ella, y dime después si está fría el agua, si te cuesta vivirla. ¿Quieres lograr una fe robusta? Intenta llevar una vida coherente con tu fe y tendrás una fe robusta. Verás que también de tus labios brotará la confesión sublime que «el mayor de los húngaros», ESTEBAN SZÉCHENVI, escribió respecto de sí mismo:

«Mi fe es firme, soy católico honrado, he estado varias veces en María-Zell, he besado con piedad sincera la mano del Papa en Roma, y sigo con toda el alma la religión del amor. Cumplo a conciencia todas las prácticas de mi religión, porque soy católico, y lo soy no por casualidad, sino por gracia especial de Dios, y quiero mostrarme digno de tal merced. Lo que no comprendo, no quiero indagarlo más. Recibo con humildad todo cuanto enseñen y tengo gran respeto a los que se cuidan de nuestras almas y colaboran en nuestra salvación...

»Todos los domingos y días de fiesta oigo Misa y me abstengo de todo trabajo; cumplo con los ayunos prescritos, me confieso con regularidad y hago mis ejercicios de piedad con el corazón contrito. Juzgo respetable todo cuanto contiene mi religión, ya que descansa en el fundamento del amor para con todos los hombres, y también sé que sólo mediante la oración, la meditación, la victoria sobre los sentidos, la penitencia sincera y el ejercicio continuo podemos hacernos capaces de un amor verdadero... Cifro el calor de mi religiosidad en la abnegación, en la

humildad y obediencia.»

¡Qué camino más sublime para los que quieren creer!

\* \* \*

Mi última pregunta es ésta: ¿Quieres conservar tu fe? ¡Cuida, hermosa, practica, por lo tanto tu fe! Ensancha tu ánimo para que esté en consonancia con el amplio horizonte de la fe; Vive tu fe, vive con la mirada puesta en la vida eterna que te espera.

¡Vive con la mirada puesta en la vida eterna que te espera.! ¿Qué significa esta frase? Significa el cumplimiento constante de las palabras del Señor: « «Estad vigilantes con las lámparas encendidas, y sed como los siervos que esperan a que su señor vuelva de las bodas, para que, en cuanto llegue y llame, al instante le abran. Dichosos aquellos siervos, que el señor al venir encuentre así velando.» (Lc 12, 35-37).

En cualquier momento que llegue el Señor ha de encontrarme preparado. Puede ser que queden truncados muchos de mis trabajos terrenos; es posible que me necesiten aún mi esposa, mis hijos, pero... mi alma estará limpia y preparada.

*¡Creo!* No me da miedo el mundo; no me repugna; me gustan las flores, el hogar, la vida, pero no olvido el hogar celestial que Dios tiene preparado para mí, la vida eterna.

*¡Creo!* El cielo terreno de mi vida puede estar a veces nublado, pero para mí la fe es el sol que ilumina toda mi vida y que me llena de esperanza. Aunque camine por valles tenebrosos, cuidaré de mi fe diariamente, dedicándole el tiempo necesario para robustecerla y aumentarla.

Estoy dispuesto, y hago decir a mi razón y a mi corazón: *¡Creo!* Toda mi vida ha de ser un canto de júbilo: *¡Creo, Señor, creo!*

## **PARTE SEGUNDA**

### **EXISTENCIA DE DIOS**

Credo in Deum...

Creo en Dios...

Símbolo de los Apóstoles

## CAPÍTULO VIII

### ¿QUÉ PIENSAS DE DIOS?

Hay en el lenguaje humano una palabra que por sí misma levanta al hombre a incomprensibles alturas y le coloca por encima de todas las criaturas del mundo; una palabra breve, que es prueba triunfante del origen y destino sublime del hombre: una palabra que se pronuncia más veces en esta tierra que todas las demás; se la oye donde quiera viva un hombre, por los campos dilatados desde el Norte hasta el Sur, desde el Oriente hasta el Occidente, se la oye desde la madrugada hasta la noche.

Una palabra breve..., que es: *Dios*.

*¡Dios!* Cuatro letras, ¡letras santas! Una palabra... que llena de continuo cielos y tierra. Los ángeles no se cansan de cantarla incesantemente: «*¡Santo, Santo, Santo el Señor, Dios de los ejércitos!...*» (Is 6, 3). Los hombres la pronuncian con amor desde el fondo del alma: *¡Creo en Dios!*

*¡Dios!* Este nombre santo todos lo pronuncian: niños y ancianos, hombres que rezan y por hombres que blasfeman, creyentes e incrédulos, todos repiten esta palabra santa: *¡Dios!* La filología coloca esta palabra entre los vocablos más antiguos y primitivos de todas las lenguas...

Detengámonos ante esta palabra santa. Caigamos en la cuenta de lo que significa. Con el corazón desbordado de gratitud adoremos la majestad de Dios, glorifiquemos dignamente su santo nombre.

#### I

### ¿POR QUÉ DEBEMOS TRATAR AMPLIAMENTE DE DIOS?

Vamos a tratar extensamente de Dios, *¿puede haber en todo el mundo un tema más sublime y más importante?* ¿No es propio que hablemos y sepamos mucho del más Perfecto, del más Santo, del más Sabio, del Padre más bondadoso? Hablar y saber justamente hoy, cuando tanto sabemos, hablamos y hasta indagamos de aquel mundo que Él creó.

Si tanto tiempo dedicamos a tratar de desentrañar los secretos de este

mundo creado, sus leyes, su esencia y su orden... ¿regatearemos el tiempo cuando se trata de conocer al Creador de todo el Universo, de nuestro Dios excelso? Dios es el ideal perfectísimo, la Grandeza infinita, el Centro del mundo, el Juez universal, el Fin último, la Felicidad definitiva...; y ¿no será justo que hablemos de Él?

Y hay otra razón que nos empuja a saber mucho de Dios. *La forma de vivir en este mundo y el destino de mi vida eterna* dependen del concepto que tenga formado e Dios.

El que siente frío ha de ponerse al sol para calentarse. El que expone su alma continuamente al sol del amor divino, el que se acoge a Dios con amor profundo, entrañable, el que realmente se agarra a Dios, permanecerá fiel a Él aun en medio de los más desatados huracanes de esta tierra; no será arrancado del seno de Dios ni por las tentaciones, ni por los sufrimientos; tendrá esperanza, aun cuando el cielo se nuble por encima de su cabeza; pasará esta vida cantando aunque camine sobre espinas punzantes y piedras cortantes. ¡Qué feliz es el que sabe ver el rostro de Dios! ¿Es, pues, tiempo perdido el que dedicamos a este tema?

Pero aún hay más. ¿Por qué hemos de tratar de Dios?

*Porque son tantos los que hablan contra Él y tan pocos los que le glorifican.*

Hablan contra Él escuelas filosóficas muy extendidas: el materialismo, el monismo, el panteísmo... Hablan contra Él amplias organizaciones: el socialismo, el comunismo, la masonería...

Fuerza es que también nosotros estudiemos las dos cuestiones decisivas: ¿Hay Dios? ¿Quién es Dios? A la segunda cuestión contestaremos en la tercera parte de este libro.

Preguntaremos al mundo: ¿Hay Dios? Preguntaremos a la humanidad: ¿Hay Dios? Preguntaremos al alma: ¿Hay Dios? Preguntaremos a la vida humana: ¿Hay Dios? Y después, en el otro tomo, preguntaremos a la fe: ¿Quién es Dios? Y al final nos cuadraremos frente a todos los «sin Dios» y gritaremos con alegría: ¡Dios vive aún! ¡El Dios eterno vive!

*Creo en Dios.*

¡Qué opuestos son los pareceres de los hombres respecto de Dios!

Dime, hermano, ¿qué piensas tú respecto de Dios? ¿Qué piensas tú de Dios? ¿A qué tipo de hombres perteneces?

Porque los hombres tienen una manera muy variada de opinar respecto de Dios. Ahora voy a enumerarte todos los tipos; después medita tú a

cuál perteneces. Tú mismo has de contestar a las preguntas: ¿Qué piensas tú de Dios? ¿Es justo tu modo de pensar? ¿No tendrá que cambiar tu juicio equivocado?

## II ¿QUÉ PIENSAS DE DIOS?

Pasemos, pues, revista a los diferentes tipos de hombres.

1.º En primer lugar, he de mencionar a *los que niegan a Dios*.

Bien es verdad que abundan los que defienden su ateísmo apoyándose en «argumentos científicos»; pero hay muchísimos que, sin aducir argumentos, sencillamente con su vida, niegan a Dios. Estos tales fueron conducidos a la incredulidad por el falso brillo de la ciencia humana o por la crudeza de la lucha por la vida, o por el sinnúmero de caídas morales que han de lamentar en su propio vivir.

Ellos se consuelan pensando que bastan la técnica y la ciencia para dar sentido a la vida humana.

¿Realmente, le basta al hombre la ciencia? ¿La ciencia nos sirve para explicar como funciona este mundo creado, pero por sí misma no ha enjugado aún una sola lágrima!

La técnica tendría que servir al hombre, pero muchas veces es ella quien le domina.

La cultura técnica ha acostumbrado a vivir de prisa, de forma precipitada, buscando lo novedoso. De ahí la producción acelerada en todos los campos, sin exceptuar el del arte. ¿Dónde pinta hoy un Rafael? ¿Dónde esculpe un Miguel Ángel? Falta tiempo para realizar un trabajo semejante.

¡Ay de la humanidad que permite que los valores terrenos se pongan por encima de las exigencias más elevadas del alma! ¡Cree poseer las cosas, dominarlas, pero en realidad se deja dominar por ellas. Porque ¿de qué sirve poseer todo este mundo material si el espíritu se queda con hambre y vacío? Acontece lo que denuncia el profeta ISAÍAS: «*El país rebosa de plata y oro, y no tienen límite sus tesoros..., ante la obra de sus manos se inclinan, ante lo que hicieron sus dedos. Se humilla el hombre, y se abaja el varón*» (Is 2, 7-9).

De qué sirve todo este mundo material si al final de nuestra vida nos parecemos a COLBERT, el gran ministro de Hacienda, que ya agonizante, se despidió de Luis XIV con estas palabras: «*¡Ah, Sire, ojalá hubiese*

*trabajado tanto por Dios cuanto he trabajado por Vuestra Majestad!»*  
¡Pobres hermanas que negáis a Dios!

Y, sin embargo, la mayoría de los ateos no pertenece a este grupo, sino al de aquellos que fueron arrastrados al naufragio espiritual, no por la razón, por convencimiento, sino por sus pasiones desenfrenadas y su modo de vivir pecaminoso. «*Dijo en su corazón el insensato: No hay Dios*» (Sal 13, 1). Tienen pereza para pensar y no tienen fuerza para obrar bien. Niegan a Dios porque no pueden palparle con las manos y para poder seguir con su vida de pecado. El hombre se hace incrédulo para librarse de Dios. «Sin Dios, libre de Dios», se dice.

2.º A pesar de todo, la gran mayoría de la gente, es creyente, cree en Dios. Buscan a Dios, sólo que muchas veces por caminos errados.

Y aquí tenemos el otro tipo: *el gran sector de las que buscan a Dios por un camino equivocado*. Hombres que quisieran creer en Dios, pero dicen que «no creen, porque no tienen argumentos bastante fuertes». Son los que no quieren comprender que las pruebas racionales e históricas son muy distintas de las experimentales del laboratorio. Son los que desean pruebas matemáticas en un terreno donde son imposibles. Bien sienten ellos que debe haber un ser superior, perfecto; pero no quieren aceptar a Dios tal como se ha revelado, sino que se fabrican un Dios a su medida, para andar por casa. Lllaman Dios al mundo, a la gran naturaleza, a la suma de las fuerzas naturales, etc.; pero aun así, con sus confusos conceptos respecto de Dios, con su terminología incomprensible, con los pasos titubeantes con que proceden en la oscuridad, dan testimonio elocuente del deseo natural que brota de la profundidad del alma humana: Dios tiene que existir.

3.º Llegamos a otro tipo; y éste —¡por desgracia!— no escasea entre los cristianos: los que creen en Dios, *pero le conocen mal*. Me dirijo a uno de ellos:

—¿Crees en Dios?

—Creo —me contesta.

Y lo dice con toda sinceridad. Pero en su vida nada indica que tenga fe. No sería más escandalosa y desordenada su vida, de no creer en Dios. Tal fe equivale a una negación rotunda. *Se puede negar a Dios no sólo con la palabra, sino también con la vida*.

El que cree en Dios ha de demostrarlo con los actos de su vida.

No basta que con entrar en una iglesia una vez al año, por Semana

Santa, no basta con enternecerse al contemplar un portal de Belén en Navidad... Esto es desconocer a Dios.

Pero también le conocen mal aquellos que en la oración buscan más bien su propio consuelo que alabar a Dios; los que sólo rezan cuando «tienen ganas» de hacerlo; los que no van a Misa los domingos porque no sienten consuelos en ella; los que no ven en la religiosidad más que una emoción estética...

Y tienen una idea equivocada de Dios los que le consideran simplemente como un juez justiciero que está siempre al acecho para castigarnos si cometemos alguna falta, en vez de descubrir al Padre bondadoso y Amigo que nos ama...; todas estas almas conocen mal a Dios.

4.º Existe otro tipo de ateo: *los que están "desengañados" de Dios, los que sufrieron una desilusión y han roto sus relaciones con Él.* ¿Quiénes son estos?

Quizá una mujer a la que le han ocurrido terribles desgracias. En el lapso de un año perdió al esposo, y después a su hijo único; y piensa para sus adentros: «¡Si hubiera Dios, no hubiese permitido tal desgracia!...»

Aquel otro se vio acaso reducido a la miseria por la crisis económica. Hubo tiempo en que vivió con holgura. Hoy todo lo ha perdido. Y al mismo tiempo ve cómo se enriquecen y suben como la espuma los que no se preocupan en lo más mínimo de Dios. «¡Si hubiese Dios, no permitiría semejante cosa!...»

Un tercero dice que no ha dañado a nadie en toda su vida...; que ha servido con lealtad a Dios... y ahora tiene que sufrir una desgracia tras otra... «¿Cómo puede permitirlo Dios?...»

El de más allá dice: «¡Tanto como he rezado! ¡Y con tanto fervor! Y no he conseguido lo que pedía. Ahora yo tampoco quiero preocuparme de Dios.»

5.º Finalmente están los creyentes: los que conocen bien a Dios y le honran y aman como es debido. Se entregaron a su amor con toda el alma. Desean conocerle y amarle cada vez más y quieren cumplir con perfección creciente su santa voluntad. Poco a poco Dios va santificando sus almas, haciéndolas más parecidas a Él. Son las almas que alaban al Creador omnipotente del Universo, porque «en Él existimos, nos movemos y somos», quien lleva cuenta hasta del cabello que cae de nuestra cabeza, que sostiene en sus quicios el Universo inmenso, pero que, al mismo tiempo, no deja de ser nuestro Padre amoroso.

¿Qué significa Cristo para muchos de nosotros? ¡No para los incrédulos! ¿Es tan sólo un personaje histórico, que vivió hace unos dos mil años, y nos enseñó que estamos redimidos..., cuyas doctrinas siguen pregonándose en nuestras iglesias..., y nada más?

No, Cristo es Dios, nuestro Redentor, y sus palabras siguen resonando con gran vigor en millones de almas. El es el que nos impulsa a hacer una obra buena, el que nos da la fuerza para vencer la tentación, el que nos perdona cuando arrepentidos le pedimos perdón...

¿Es así realmente? Cristo sigue vivo para mí.

¡Creo en Dios! ¿De verdad creo en Dios? ¿Pronuncio el nombre de Dios dándome cuenta realmente de lo que significa?

Resumiendo, en este capítulo he propuesto estas preguntas: *¿Qué piensas de Dios? ¿Piensas de El como es debido?*

Piensa rectamente de Dios el que sigue la senda de sus Mandamientos. Al promulgar el Señor los diez Mandamientos, dijo así: «*Yo soy el Señor Dios tuyo... No tendrás otros dioses delante de Mí*» (Ex 20, 2-3).

El peligro de adorar a dioses extraños tienta seductoramente también al hombre actual. Éste, al principio, tan sólo quiere rendir culto a los ídolos al mismo tiempo que al Dios verdadero; pero aquéllos —dinero, sensualismo, fama, vanidad, poder...— van conquistando cada vez más terreno, y llegan, finalmente, a excluir por completo del alma el culto del Dios verdadero.

¿Quién piensa, pues, rectamente de Dios? El que cree en El, pero *tan sólo en El, y sólo a Él le adora*. Le adoro a El, por quien fueron hechas todas las cosas, y por quien siguen subsistiendo; a El coloco en el centro de mi alma y de toda mi vida. A Él rindo homenaje, no sólo ante los altares en que se celebra el sacrificio eucarístico, sino ante el altar en que sacrifico todos mis deseos desordenados, todas mis pasiones pecaminosas. Y cuanto más veo que la vida de muchos hombres no es otra cosa que un continuo culto idolátrico, con tanta más vehemencia brota en mí la decisión firme de dar, por lo menos yo, una compensación a Dios comportándome como hijo fiel. Creo en Dios y quiero ser hijo obediente del Padre celestial.

## CAPÍTULO IX

### ¿QUÉ DICE EL MUNDO: HAY DIOS?

El símbolo de los Apóstoles empieza con estas palabras: «*Creo en un solo Dios*», y no hay otra frase humana que exprese una verdad más importante, más decisiva.

*¡Creo en un solo Dios!* Creo que hay por encima de este mundo un Ser de infinita majestad, de quien procede todo y a quien vuelve todo. Creo que hay Dios.

¿Pero no hago más que creerlo? ¿La razón nada me dice tocante a Él? ¿No puedo acercarme también con la razón a Dios? ¿Tan sólo debo creer que hay Dios, o también mi razón descubre la existencia de Dios?

Soy cristiano, soy católico, nací en el seno del catolicismo, pero no me basta que al nacer pusieran en mi cuna el rico presente de esta fe. Es verdad; difícilmente habría podido recibir un presente más hermoso, más noble, más provechoso, más edificante; lo agradezco también a mis padres de todo corazón.

Pero ahora..., ahora que sé pensar y discurrir personalmente, he de enfrentarme a la difícil pregunta: *¿Mi fe se apoya realmente en la verdad?* Desde hace años mi corazón reza: *Creo en un solo Dios...*, pero ahora deja oír su voz también la razón y clama: *Señor, Dios, ¿existes realmente, vives en verdad?* Lo pregunto a los cometas que corren velozmente por los espacios siderales, lo pregunto a la espiga que se mece al soplo del aire, lo pregunto al pájaro que prorrumpe en trinos, lo pregunto a todo el inmenso universo: *¿Hay Dios? ¿Dios existe de veras?* Lleno de mi grito el mundo entero, y espero el eco...

*¿Hay Dios realmente?* Propondré la seria cuestión y esperaré el eco: del *macrocosmos* en este capítulo; del *microcosmos*, en el capítulo siguiente.

Pero antes de emprender nuestro camino para buscar en el gran universo las huellas de Dios, he de tratar con toda brevedad una cuestión previa: *¿no puede tildarse de excesivamente atrevida empresa semejante?*

Porque hay quienes opinan que es más prudente dejar los dogmas de

la religión por completo al dominio de la fe, y que en este punto debe prescindirse del trabajo de la inteligencia. «Yo creo lo que enseña mi religión, pero no indago con la razón si realmente es verdad lo que me dice o no», dicen algunos. Este raciocinio no me satisface. Yo creo en Dios, pero no ando a ciegas; justamente porque soy hombre, hombre dotado de razón, no quiero prescindir tampoco de ella en materia de fe. Y como quiera que todo el fundamento de mi vida religiosa es mi fe anclada en Dios, por esto quiero estudiar con toda seriedad la cuestión.

*Creo que hay Dios, pero ¿en qué me fundo para creerlo? ¿Lo creo porque así me lo enseñaron mis padres? Es uno de los motivos; pero éste solo no puede satisfacerme. Creo, porque también me induce a ello el entendimiento, porque también lo exige mi corazón, y porque lo pregona la creencia general de toda la humanidad ¡Hay Dios! ¡Tiene que existir Dios!*

Por lo tanto, mi divisa será: ¡No sólo fe, sino también ciencia! SAN PABLO exige un «culto racional» (Rom 12, 1) y no una fe ciega.

Es verdad; no veo a Dios, no puedo palparle. ¿Podré, pues, decir: «Sé que hay Dios»? Sé que  $2 + 2 = 4$ ; esto lo sé y no tengo que creerlo. Sé que una manzana entera es mayor que su mitad; esto lo sé y no tengo que creerlo. Tal ciencia —certeza llamada matemática— no puedo tenerla respecto de Dios. Pero puedo tener otra clase de certeza; puedo llegar a Él mediante deducciones.

Se cometió un asesinato..., llega la policía..., nadie vio al malhechor..., pero allí están las huellas que dejó: las impresiones digitales, y merced a éstas se descubre al autor. Que mis queridos lectores no se escandalicen del símil un poco extraño: a Dios tampoco le vemos, *pero llenó el universo entero con las impresiones de sus manos*. Ahora, pues, acometamos la empresa de descubrir al autor de la obra: descubrir al Creador del mundo.

I. *¿Qué incomprensiblemente grande es este mundo!* II. *¿Quién es su Creador?*

## I

### ¡QUÉ GRANDE ES EL MUNDO!

Todo hombre —si no tiene un corazón de piedra— siente su alma presa de una emoción profunda, de un sentimiento misterioso, inefable,

cuando en una noche de agosto mira el cielo estrellado.

¿Cuál es este sentimiento misterioso? Al contemplar la bóveda tachonada de estrellas, aun hoy sentimos, y quizá más intensamente todavía, lo que sintió hace tiempo el gran filósofo griego ARISTÓTELES. El mismo escribió en cierta ocasión: «Así como a quien desde la montaña Ida, cerca de Troya, se contempla el desfile ordenado y preciso del ejército griego en el llano —delante los jinetes, detrás los infantes—, tendría que ocurrírsele que necesario es un jefe que ordene los diversos cuerpos de ejército y rija los movimientos de los guerreros;

así como el marino que desde lejos ve acercarse un navío con las velas hinchadas por viento favorable, forzosamente ha de pensar que hay en la embarcación un timonel que la guía y orienta hacia el puerto

de la misma manera los que miraron por vez primera la bóveda celestial y vieron cómo describe su carrera el Sol desde el levante hasta el poniente, y contemplaron las filas bien ordenadas de las estrellas, buscaron al Maestro creador de tan sublime orden del universo, por pensar que todas estas cosas no pudieron hacerse casualmente, sino que tienen que proceder de un Ser poderoso y eterno.»<sup>8</sup>

Y, sin embargo, Aristóteles no tenía aún telescopios; él había de contentarse con mirar sólo con sus ojos el cielo estrellado. Y ¿qué habría dicho en el caso de que hubiese podido usar los grandes telescopios modernos, y saber, como nosotros, lo grande que es el mundo?

1.º ¡Qué grandes son las estrellas! Urano es 63 veces mayor que la Tierra, Neptuno 78 veces, Saturno 745 veces, Júpiter... 1.279 veces. Y ¿qué es todo esto en comparación con el Sol? El Sol es 1.300.000 veces mayor que la Tierra; es decir, tantas Tierras podrían hacerse de él. Naturalmente, hoy día jugamos fácilmente con los números por millones. Pero ¿sabéis qué altura alcanzaría, por ejemplo, un millón de hojas de naipes puestas una encima de otra? Más de medio kilómetro. Ahora procuremos imaginarnos, de uno u otro modo, qué sería un millón de orbes terráneos. Si colocáramos la Tierra y la Luna en el Sol, y la Luna estuviese tan distante de la Tierra como ahora lo está, el Sol, no obstante, abarcaría a las dos. Pero Sirio —la estrella más luciente del firmamento— es aún seis veces mayor que el Sol. ¡Y todavía existen cuerpos siderales mayores que el mismo Sirio...! Por ejemplo, Betelgeuse, en la constelación de Orión, podría «engullir» según los últimos cálculos de Eddington, 50 millones de Soles. Al hombre le dan vértigo estos números.

---

<sup>8</sup> *Sext. Emp. dogm.*, III, 2. Fragm. II, p. 36.

2.º Y ¿qué diremos si pretendiéramos medir las distancias? Un tren expreso que marchara a 100 kilómetros por hora necesitaría ciento setenta años para llegar al Sol; y esto corriendo siempre, sin pararse un minuto. Naturalmente, sería difícil medir la distancia de las estrellas en kilómetros; y para que no se haya de trabajar con números tan exorbitantes, hacemos los cálculos, no con kilómetros, sino con «años de luz». La luz recorre en un segundo 300.000 kilómetros. Y un «año de luz» es el camino que la luz recorre durante un año. En un tren que recorriese 60 kilómetros por hora, necesitaríamos un mes para dar la vuelta el Ecuador. Y la luz le da ocho veces la vuelta en un segundo.

La luz recorre 63.000 veces al año la distancia que nos separa del Sol; a tanto equivale un año de luz 63.000 veces la distancia del Sol a la Tierra. Y fíjate hay algunas estrellas que parecen temblar, como si tuviesen frío. Son las «estrellas fijas». ¡A qué distancia estará de nosotros la estrella más cercana, el *Alfa* del Centauro, si la luz nos llega en cuatro años y cuatro meses! Es decir, la estrella fija más cercana está 260.000 veces más lejos de nosotros que el Sol. Y Sirio está a ocho años y medio de luz. Es una lejanía que da vértigo. Y, sin embargo, ¡qué brillante es! Entonces, ¡qué estrella más enorme debe ser! Y la Vega está de nosotros a treinta y seis años de luz; la Estrella Polar, a cuarenta años y seis meses. ¿Sabes qué significa esto? Significa que si el brillo de la Vega cesara de repente en este momento, nosotros seguiríamos viéndola brillar en su antiguo sitio aún durante treinta y seis años. ¡El Perseo está de nosotros a doscientos diecisiete años de luz!

Y ¿qué hay más allá? Allí estará seguramente el término del mundo. ¡Qué va a estar! Con los magníficos telescopios el hombre va descubriendo, en progresión ascendente, nuevas estrellas; pero éstas, aun a través del telescopio, despiden una luz pálida. ¡Más allá aún!... Sigue la Vía Láctea... Millones de estrellas que se funden en una sola faja blanca... ¿A qué distancia está? A 20.000 años de luz.

Y aún podemos proseguir nuestro viaje... ¿Hasta dónde? ¿Quién es capaz de decirlo? El astrónomo Seeliger calcula que están a 86.000 años de luz las estrellas más diminutas que se pueden ver con los mejores telescopios. Y más allá de dichas estrellas siguen aún nuevas y nuevas manchas, en las cuales ni siquiera el telescopio más perfecto es capaz de discernir las estrellas solitarias... La misma luz, que recorre 300.000 kilómetros por segundo, y en un segundo da casi ocho veces la vuelta a la Tierra, esta misma luz *necesita millones de años para llegar desde aquellos puntos lejanos hasta nosotros...*

Los astrónomos hablan de los cuerpos siderales que existen en la nebulosa espiral de la Andrómeda y del Can, que están de nosotros a seis millones y medio de años de luz, es decir, cuya luz necesita todo este tiempo para llegar a nosotros... Si esto es así, entonces debe de haber estrellas cuya luz ni siquiera nos ha llegado desde la creación del mundo...

Y siguiendo aún..., siguiendo todavía... ¿Qué hay detrás de todo esto? No lo sabe más que Uno sólo. El hombre siente cómo envuelve su alma el pensamiento de Dios, infinitamente majestuoso. *¡Qué grande tiene que ser aquel Dios, a quien le bastó un solo pensamiento para crear todo este maravilloso mundo de estrellas, que les fijó leyes y les dio una armonía nunca sospechada por la humana fantasía!* ¡Qué grande tiene que ser Aquel que trazó las vías invisibles de las estrellas y fijó el eje del universo, y a quien alaba la admirable bóveda celestial!... ¡Y le alabó mucho antes de que pudieran verlo los ojos humanos!

Ahora siente el hombre la gran verdad encerrada en las palabras pronunciadas por PASTEUR al ser recibido en la Academia Francesa: «¿Qué hay más allá de la bóveda estrellada? Unan nueva bóveda llena de estrellas. Pues, bien. Y ¿más allá? ¿Qué hay más allá? Una fuerza imperiosa obliga al entendimiento humano a formular esta pregunta y repetirla sin cesar: ¿Qué hay más allá? De nada serviría la respuesta siguiente: más allá no hay sino espacio, grandeza y tiempo ilimitados. Porque con estas expresiones nadie puede imaginarse nada... Si este pensamiento se apodera del hombre, no queda más remedio que postrarse de rodillas...»

Y aquí sentimos cuán admirablemente exacto es el canto de BEETHOVEN: «Te alaba, gran Creador de los cielos, la santa canción del universo: el cielo, la tierra y los millares de estrellas, y la oración fervorosa del corazón humano. ¡A Ti, que con una señal haces estremecer las maravillas del cielo, a Ti, excelso Jefe a quien sigue el rayo del sol! El mandato poderoso del Señor se oye aquí abajo y su bendición llena nuestros valles.»

## II

### ¿QUIÉN ES EL CREADOR DEL MUNDO?

Se presenta la otra cuestión ¿Podemos deducir con todo derecho que este mundo inconmensurable exige realmente un Creador?

1.º Si examinamos el orden que reina en este mundo lleno de movimiento, no podemos llegar a otra conclusión.

A) *Hay orden en este mundo.*

Ya los antiguos llamaban al mundo «cosmos», armonía, belleza, orden; y, sin embargo, ¡qué poco era lo que sabían tocante a su finalidad admirable! ¿Qué ha de sentir, pues, el hombre actual, al perderse, merced a sus telescopios, en la contemplación de los millones de cuerpos siderales que van corriendo desbocados, siguiendo leyes precisas? ¿No ha de repetir, al pensar en la sabiduría divina, las palabras de la Sagrada Escritura: "*Abarca fuertemente de un confín a otro todas las cosas, y las ordena todas con suavidad*"? (Sab 8, 1).

El mundo es «cosmos». ¿Qué significa esta palabra? Belleza, orden. Y ¿cuál es la contraposición? «Caos», desorden. El gran mundo no es un caos, sino un cosmos, un ordenado reino, por cuyos caminos vertiginosos, que sobrepasan todos los conceptos del humano entendimiento, síguese un tráfico impresionante; cada viajero es un mundo en sí, enormes cuerpos siderales van corriendo en frenética carrera en la dirección prefijada...; ¿dónde está el guardián invisible que, hace ya millares de años, pone tal orden entre estos mundos, que con docenas de años de anticipación podemos calcular cuándo, en qué minuto y en dónde ha de estar tal o cual estrella?

Un acontecimiento sobremanera asombroso ocurrido en 1846 nos demuestra el orden admirable que hay en este enorme remolinar de los cuerpos siderales, aunque no tengan para su uso y comportamiento señales rojas y verdes, como tenemos nosotros a las esquinas de las calles en nuestras grandes ciudades para regular el tráfico. Los astrónomos hacia ya tiempo que habían observado en la órbita de Urano ciertos desórdenes, que —en este admirable reino del orden— no sabían cómo explicar. Por fin, uno de ellos pensó: ¿quién sabe si lejos, detrás de Urano, se esconde otro planeta y es éste el que causa estas perturbaciones incomprensibles?

LEVERRIER, el astrónomo francés, asumió la difícil tarea de señalar con toda precisión, apoyándose en las deducciones que se podían sacar de los desórdenes anotados, en qué punto debía estar la estrella latente. El 23 de septiembre dio la noticia al Observatorio de Berlín, señalando con toda precisión el punto en que debía estar, según sus cálculos, la estrella rebelde, que erraba en la oscuridad. Y en la oscuridad y en la misma noche, GALLE, astrónomo de Berlín, descubrió en el lugar indicado el nuevo planeta, que recibió el nombre de Neptuno. Todo el mundo culto celebró a la sazón el triunfo del entendimiento humano; pero nosotros hemos de pensar también: *¿Quién puede ser Aquél que pone orden entre los ingentes*

*cuerpos siderales que ruedan en el espacio?*

B) Porque debemos tener en cuenta que, en este mundo, no brilla la inercia, sino que en él reina un movimiento vertiginoso, en él vemos un *bullebulle continuo*. Todo es movimiento en nuestro alrededor: se mueven las estrellas en el firmamento, se mueve la vida en la tierra, todo el mundo es ebullición continua de fuerzas. El sonido, la luz, el calor, los colores, el magnetismo, la electricidad, la radioactividad..., todos, todos son movimientos, talleres imponentes de fuerzas gigantescas: la energía del calor se transforma en movimiento, el movimiento en electricidad, la electricidad en calor y luz. Todo se mueve, se agita, corre, pasa.

2.º Y ahora propongo la cuestión ¿Quién fue el que dio el primer empuje a todo este movimiento? ¿Quién es la primera fuerza motriz? *¿Quién dio el ser a todo el universo?*

Porque no podemos esquivar esta pregunta. Sin embargo, hay quien se contenta con mirar pasmado el cielo; son los que tienen pereza de pensar. Hay otros que se proponen la pregunta, pero la despachan con brevedad diciendo: «¿De dónde sale todo este ingente mundo? Pues de sí mismo. Todo sigue unas leyes prefijadas.» Sí; leyes prefijadas, pero ¿quién las prefijó?

A) *¿El mundo se ha hecho por sí mismo?* Esto significaría, en otras palabras, que *se hizo casualmente*.

Crear que el mundo se hizo por sí mismo, necesita mayor esfuerzo de parte del hombre que creer en Dios. Mira un reloj de bolsillo y veremos si, queriendo pasar como hombre de razón cabal, te atreves a decir que se hizo por sí mismo. Cuando alguien preguntó a Balmes, el gran filósofo español, si se puede probar la existencia de Dios, le contestó con brevedad "El argumento de la existencia de Dios lo traigo aquí en el bolsillo», y sacó su reloj.

«¿Se hizo por casualidad?» Mezcla, pues, sin ton ni son, diferentes colores, rojo, blanco, verde, amarillo, azul, negro, y da vueltas a los mismos hasta el día del juicio final si quieres ¿Llegará a salir de ellos un cuadro de Murillo?

«¿Se hizo por casualidad?» Mezcla, pues, en una imprenta las letras de plomo de todo el abecedario y échalas al suelo ¿llegará a formarse una sola frase que tenga sentido?

La ciencia humana va bajando cada vez a mayores profundidades cuando pretende averiguar la esencia de la materia, o quiere analizar el mundo. Materia prima..., gas primitivo..., niebla primitiva..., electrones...

Oímos explicaciones diversas. Según la teoría más reciente, los últimos elementos componentes de la materia son los electrones. Pero ¿quién es Aquel, el Sublime, el Poderoso, que a éstos les dio el ser?

*Para aceptar que el mundo fue creado por Dios, se necesita, sin duda alguna, cierto acto de fe; pero admitir el hecho de que este mundo admirablemente ordenarlo se hizo por sí mismo, exige una fe mucho mayor. Enséñame, si no, un auto, un avión, una bombilla eléctrica, una máquina fotográfica, que se hayan hecho por sí solos. Y con todo, ¿dónde encontrar el auto que pueda parangonarse con el arroyuelo que corre velozmente, la bombilla eléctrica tan admirable como la luciérnaga, la máquina fotográfica como el ojo humano?*

No hace mucho encontré a un párroco alemán, que vive cerca de la estigmatizada de Konnersreuth. Le pregunté si había estado ya en este lugar.

—No, no he estado. Ni penco ir. Si quiero ver milagros, voy a mi jardín.

Y, realmente, coge un grano de trigo y pásmate. Un poco de albúmina y nada más. Lo siembras y empieza a crecer. Forma un tejido que aventaja a todas las telas que puedan confeccionar las mejores fábricas textiles. Empieza a crecer: el tallo sube, la raíz penetra en la tierra. ¿Cómo sabe este granito de harina que el tallo ha de dirigirse arriba, hacia el sol, y la raíz hacia abajo, internándose en el suelo; y que en el tallo, para resultar fuerte, ha de hacerse de vez en cuando un nudo? Y ¿cómo saben sus raíces lo que han de chupar de la tierra y lo que han de despreciar? Este diminuto grano de trigo no tiene cerebro, no tiene voluntad, no tiene manos..., y, sin embargo, ¡qué magnífico es su trabajo!

Y el mundo está lleno de estos misterios de vida miríadas de planetas, de animales, de hombres. ¿Y de dónde viene la vida a la tierra, cuando hubo una época, sin duda alguna, en que no había seres vivientes en ella? ¡No podía haberlos! Ni un solo germen de vida hubiera podido resistir el calor de aquel enorme globo de fuego. Amado lector, dime si no es el raciocinio más consistente y más racional el que sale fiador de la siguiente afirmación: *Así como el hierro no forma por virtud propia un espléndido «auto» Rolls-Royce, ni siquiera el más sencillo reloj de bolsillo, sino que para ello necesita la colaboración de la inteligencia humana, así también la materia inanimada no puede transformarse en ser viviente, si no recibe vida de una inteligencia superior.*

B) Sí, es la única solución posible del gran problema mundial. *Tiene*

*que existir Alguien que dio el ser el universo.*

Y el que niega este aserto, el que niega a Dios, contradice a las leyes lógicas arraigadas en lo más profundo del espíritu del hombre. «Todo tiene su causa —dices—. ¿No es ésta una ley de vigencia general?» Y, no obstante, en el momento de indagar la causa del mundo, ¿me será lícito contestar que se hizo por sí mismo, es decir, sin causa suficiente? ¿De dónde proceden los millones de mundos? ¿De dónde sale la vida? ¿De dónde la cultura admirable del espíritu humano? ¿Todo es obra de la casualidad? «Es el resultado de la evolución natural», dicen muchos. Pero esto no es sino un gentil escape para esquivar la pregunta, en vez de contestarla. *Porque ¿quién regula y empuja la evolución que es capaz de obrar semejantes maravillas?*

Con orgullo vuela encima de mi cabeza un avión. ¡Con qué admirable precisión están colocados en él todos los remaches, todos los tornillos, las ruedas! Gracias a esta precisión es un todo armonioso y orgánico que merece confianza y se puede dirigir. Todas las veces que su esbelto cuerpo pasa por encima de nuestra cabeza, hemos de pensar en su constructor, que midió con exactitud el sitio del último tornillo, y hemos de pensar también en su inventor, que, haciendo planes geniales durante toda una vida humana, pudo dar realidad y forma al atrevido pensamiento.

Pensemos en el triunfador espíritu del hombre que planea, construye y dirige la máquina..., pero pensemos mil veces más en el Dios majestuoso que planeó, creó y guía la maquinaria vertiginosa de todo el universo. ¡Con cuánta precisión dice SAN PABLO que *«las perfecciones invisibles de Dios... se han hecho visibles... por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas»* ! (Rom 1, 20). ¡Y con cuánta razón canta el SALMISTA: *«Los cielos pregonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la grandeza de las obras de sus manos. Cada día transmite con abundancia al siguiente día estas voces, y la una noche las comunica a la otra noche»* (Sal 18, 2-3).

Amigo lector: Hemos preguntado al gran universo: *¿Hay Dios?* Y el universo ha levantado su voz diciendo: *¡Hay Dios! ¡Todo pregona su existencia!*

Y cuando, al contemplar el universo admirable, digo que «Creo en un solo Dios», es decir, que «tiene que existir Dios», entonces no soy poeta, sino *filósofo*. Concedo que no veo a Dios; pero tampoco veo ni palpo una sola ley de la naturaleza; tan sólo llego a su conocimiento por vía de deducción. ¿Quién vio, por ejemplo, la ley de gravedad? Nadie. Sin embargo,

admitimos su existencia. Porque de otra manera no sabríamos explicar el hecho de caer la piedra hacia abajo. Del mismo modo, pregunto ¿Has visto a Dios? No. Pero creo que existe. Porque de otra manera no sé explicar todo este admirable universo.

Los Magos de Oriente dijeron de Nuestro Señor Jesucristo: «*Nosotros vimos su estrella, y hemos venido a adorarlo*» (Mt 2, 2). También nosotros decimos de Dios: Vimos sus estrellas, vimos las obras brillantes de su poder infinito, las vimos... y postrados le adoramos.

La palabra humana ha de callarse en este punto; con la cabeza inclinada debemos escuchar el latido de nuestro corazón al pronunciar las palabras bellísimas de SAN PABLO: «Al Rey de los siglos inmortal, invisible, al solo y único Dios, sea dada la honra y la gloria por siempre jamás» (1 Tim 1, 17).

## CAPÍTULO X

### ¿QUÉ DICE EL HOMBRE: HAY DIOS?

Del macrocosmos nos vamos al microcosmos; del universo ingente, al hombre diminuto.

Estrellas, cometas, cuerpos siderales, vosotros decís: Hay Dios, tiene que existir un Creador todopoderoso. Pero ¿qué dices tú, hombre? ¿Qué nos dice tu historia? ¿Qué nos dicen tus representantes más eximios? ¿Qué dice la vida de la tierra: Hay Dios?

En este capítulo, pues, nos colocaremos delante del hombre, a la puerta de los millares de almas humanas, y escucharemos con gran atención. Y la respuesta será la misma que en el capítulo anterior: ¡Tiene que existir Dios!

La creencia religiosa de los pueblos más distintos es un hecho comprobado por la etnografía; como el murmullo de profundas aguas que pugnan por desembocar en el mar, así se alza en la historia de la humanidad el grito constante, agitado, santo, que clama por Dios.

Quisiera contestar a tres preguntas: I. ¿Qué dicen los pueblos?: II. ¿Qué dicen los hombres eximios?, y III. ¿Qué dice la misma vida: hay Dios?

#### I

### ¿QUÉ DICEN LOS PUEBLOS: HAY DIOS?

1.º Según el testimonio de la historia y de la etnografía, por mucho que retrocedamos en las investigaciones de la historia humana, no hallamos un solo pueblo ateo, un pueblo que no haya tenido cierta idea de Dios, y que no la haya tenido en gran estima. Bien es verdad que la idea de Dios entre los pueblos incultos algunas veces está muy desfigurada, el culto divino muestra deplorables desvíos —todo esto es verdad—; pero es aserto inexpugnable de la etnografía que *no vivió nunca, ni vive en nuestros días, un pueblo ateo en toda la redondez de la tierra.*

Ahora se me ocurre un pensamiento extraño ¿Qué sucedería si a un

ateo grandilocuente se le metiera en la cabeza que entre nosotros, hombres creyentes, no se sentía a sus anchas, y se pusiese en camino para encontrar un pueblo con ideas afines a las suyas, es decir, un pueblo ateo...?

Acompañémosle en su peregrinación; ¿por dónde y adónde enca-minará sus pasos?

Ya sabe de antemano que tiene que ir muy lejos. Por lo tanto, se pone en camino y no se para hasta llegar al África. Se interna entre los busmanos, hotentotes, zulúes... y piensa encontrarse en buena compañía. Pero de buenas a primeras nota con espanto que también estos pueblos creen en un Ser superior. El zulú confiesa que Dios creó al hombre del barro. Entonces nuestro héroe pasa a las tribus zambezias. En vano. Estas, al pronunciar el nombre del Ser superior, hasta levantan los ojos con respeto al cielo. Los habites primitivos de Madagascar reconocen una divinidad que remunera y que castiga las obras malas.

Nuestro incrédulo, desilusionado, se pone de nuevo en camino y pasa a Australia, para llegar a los hombres de menor cultura. Entre los polinesios encuentra lugares sagrados a cada paso, y se entera que los indígenas consideran grave crimen el que alguien ofenda o deteriore sus templos. Los habitantes de las islas malayas levantan grandes edificios a sus dioses..., y lo que es más, reconocen un Dios supremo.

Por lo tanto, no encuentra descanso tampoco en estas tierras nuestro ateo. Probará fortuna en Asia. ¡Aquí sí que ha caído bien! En las regiones del Tigris y del Eufrates, cuna de toda la humanidad, lugar habitado por los antiguos babilonios y por los sumerios, más antiguos todavía, la tierra está cubierta por doquiera de ruinas de templos, de misteriosas piedras con letras cuneiformes y tablas de arcilla, en que se leen textos para adorar a Dios, semejantes a estos: «Tú sólo eres sublime. Tus mandatos son pregonados por cielos y tierra y a tu paso los ángeles besan la tierra.» ¡No le faltaba otra cosa a nuestro viajero! Hace su equipaje a toda prisa y ya está de nuevo en camino.

Seguir su ruta..., pero ¿adónde?

Realmente, ahora va no sabe adónde ir. ¿A América? Tampoco en aquellas tierras se hallaron pueblos ateos. ¿A Europa? ¿Quizá a la Europa antigua que precedió al Cristianismo? Pero el romano no emprendía guerra, no hacía las paces, no daba leyes, sin ofrecer sacrificios a sus dioses. ¿Ha de ir acaso a Grecia? Pero los más grandes filósofos de esta nación: Platón, Aristóteles, Sócrates, no sólo conocían a los dioses paganos, sino que gracias a la fuerza de su propia inteligencia parece que ya

llegaron al conocimiento de un Dios único y verdadero. En Atenas existía un altar erigido en honor del Dios desconocido,

Y hermosamente escribe PLUTARCO: «Puedes encontrar pueblos sin murallas, sin conocimiento de las letras, sin reyes, sin casas, sin propiedad; puedes encontrar comunidades que no conocen el dinero, el teatro, el circo; pero nadie ha visto todavía, ni verá jamás, un pueblo que no tenga santuario, divinidad, oraciones, juramento, sacrificios impetratorios y expiatorios. Creo que es más fácil fundar una ciudad sin cimientos que imaginarse la conservación de una ciudad o su origen si falta la fe en Dios.

¡Qué palabras más admirables, salidas de boca de un pagano!

Así vemos, por toda la faz de la tierra, dondequiera que viva el hombre —en las tiendas de los beduinos, o en el «wigwam» de los indios, o en la choza de los esquimales—, en todas partes rostros humanos se vuelven hacia el cielo, manos humanas se juntan para el rezo y las rodillas se doblan..., los hombres se postran en tierra.

Así sucede hoy y así era antiguamente; así fue siempre, desde que el hombre hizo su aparición en la tierra. La pirámide de fama mundial, Queops, fue construida en Egipto hacia el año 2600 antes de Cristo. Y cuando se hacían sus fundamentos, mientras que se cavaba para echar los cimientos, se descubrieron las ruinas de un templo antiguo, olvidado, desconocido. ¡Ruinas de templo olvidado hacia largo tiempo en el año 2600 antes de Cristo! ¿Cuándo empezó, pues, la religiosidad de los hombres? ¿Cuándo y dónde? Cuando y donde vivió el primer hombre.

B) Pues bien conociendo ya este hecho universal, pregunto a mis queridos lectores para que ellos mismos contesten

*Si toda la humanidad pensó de esta manera, siempre y por todas partes, si fue general y de común sentir la creencia en un poder invisible y sobrenatural, ¿cabe el error en este hecho? ¿Puede haber engaño en aquello en que coincide la humanidad entera?*

Tal vez alguien me contestará que sí.

—¿Puede haber engaño? ¿cabe el error? Pero, ¿cómo?

—Pues de la misma manera —se me dirá— como creyó la humanidad durante millares de años que el Sol rodaba en torno de la Tierra. Todos los hombres lo sintieron así durante largos siglos, hasta que, por fin, se descubrió el error.

En el primer momento quedamos atónitos. Realmente... es una objeción, a primera vista, de gran peso. Pero tan sólo en el primer momento.

Porque al examinarla más detenidamente, pierde la objeción toda fuerza. Que el Sol rodaba y que la Tierra estaba firme, lo creyó la humanidad porque así lo veía, así se lo mostraban sus sentidos; por éstos cayó en error. Pero *cree en Dios a pesar de los sentidos*; a Dios no le vemos, y, *no obstante*, creemos en El. ¡Qué profundamente ha de estar arraigada esta fe en el fondo del alma humana, si la humanidad entera creyó siempre en Dios a pesar de los sentidos!

La muchedumbre de ídolos paganos, los centenares de estatuas contrahechas de diferentes divinidades, creadas aún por las aberraciones del entendimiento humano —¡por muy triste que sea este lamentable desvío!—, son pruebas elocuentes del deseo que brota de lo más profundo del alma, y subrayan la verdad de las palabras de San Pablo: *Para que buscasen a Dios, y, en alguna manera, palpando le hallen* (Hech. 17, 27). Llamamos a Dios: ¡Padre, yo te llamo! Según el testimonio de la etnografía, todos los pueblos creen en un ser espiritual que está por encima del mundo; y la negación de Dios es sólo producto y señal de las culturas que declinan.

## II

### ¿QUÉ DICEN LOS HOMBRES EXIMIOS: HAY DIOS?

Si del testimonio de los pueblos pasamos al testimonio de los representantes más eximios de toda la humanidad, llegaremos al mismo resultado.

Los más insignes representantes del espíritu humano, los filósofos, poetas, estadistas, sabios, artistas más ilustres... creyeron en Dios. Bueno sería enumerarlos, pero sería un nunca acabar. Se publicaron tomos voluminosos para mostrar, por ejemplo, la fe cristiana de los naturalistas. Basta decir aquí que desde los hombres y filósofos más eximios de la Grecia, desde Plutarco, Solón, Thales, Aristóteles, Pitágoras, Platón... hasta nuestros tiempos, las cumbres de los sabios, artistas, pintores, escultores, poetas, oradores de todas las épocas, rindieron homenaje a la majestad de Dios.

COPÉRNICO, que es el fundador de la actual teoría de enfocar el mundo, hizo inscribir en su tumba: «No te pido, Señor, la gracia de Pablo, ni el perdón de Pedro; te suplico que me des tan sólo la misericordia que has dispensado en la cruz al buen ladrón.»

KEPLER, que medía de un modo admirable la carrera de las estrellas,

se quitaba el sombrero cada vez que pronunciaba el nombre de Dios.

¿Será preciso mencionar la religiosidad de PASTEUR? De su labor ha podido afirmar un científico que equivalía a los cinco mil millones que hubo de pagar Francia después de 1870 por indemnización de guerra... Pues bien el mismo PASTEUR, después de recibir el Santo Viático, teniendo entre sus manos el crucifijo, dijo: "Fueron mis estudios los que me indujeron a creer con firmeza cuanto enseña la iglesia católica.»

LINNEO, el gran botánico, al contemplar el orden admirable de la naturaleza, exclamó: «Vi pasar a Dios ante mis ojos y quedé deslumbrado.»

AMPERE, el gran investigador de la electricidad, sabía de memoria la *Imitación de Cristo*, y exclamaba con frecuencia: «¡Qué grande es Dios, qué grande es Dios y qué poco es lo que nosotros sabemos!».

LIEBIG llama meros aficionados a los que deducen su incredulidad de las ciencias naturales.

Mas ¿para qué seguir citando? Repasemos la historia de la arquitectura, a ver si creían en Dios los más grandes arquitectos; ¿qué hubiera sido de esta rama del arte sin la creencia en Dios, sin la fe que levantaba templos? Recordemos la historia de la pintura, a ver si creían los mayores artistas; ¿qué vacíos estarían todos los museos del mundo si la fe no hubiese vivido en el alma de los artistas y no les hubiese inspirado los cuadros religiosos!

No sigo la enumeración, porque aún hemos de contestar a una tercera pregunta.

### III

#### ¿QUÉ DICEN LOS SERES VIVIENTES: HAY DIOS?

Además del testimonio de los pueblos y de la confesión de los hombres eximios, hay algo en esta tierra que a voz en grito clama por la existencia de Dios, y es *la vida de esta tierra*; el mero hecho de que existan seres vivientes en el globo; la riqueza y exuberancia de vida que tienen las plantas, los animales, los hombres, en la tierra en que en un día lejano no hubo ni germen de vida.

1.º ¡*Vida!* En el fondo de todas nuestras preguntas, detrás de cada uno de nuestros «porqués», descubrimos un rostro velado, un santuario escondido: el problema de la vida. ¿*Qué es la vida?* Siglos y más siglos

han sudado para descorrer el velo; siglos y más siglos se preguntaron qué puede haber debajo de él; los entendimientos más agudos fracasaron en la empresa. El secreto de la vida todavía hoy está rodeado de las murallas encantadas de lo desconocido. ¿Llegará a descubrirlo alguna vez el entendimiento humano? ¿O quizá le toca a Dios tan de cerca este secreto, que el poder echar una mirada en sus recónditos enigmas estará siempre vedado a la inteligencia del hombre?

Pregunta qué es la vida, y nadie sabrá contestarte, porque la vida es el mayor de los secretos en el reino de la naturaleza. Un pequeño guijarro, sin vida, inerte, se encuentra en un jardín. Voy a sembrarlo..., se reirán de mí. Será lo que era: piedra sin vida. Siembro una haba; es tan pequeña, tan insignificante, tan inerte como el guijarro; y he ahí que después de algunos días saca la cabeza de la tierra, y crece, y florece, y da fruto. ¿Quién podrá comprender este misterio? Y si nos admira el tamaño ingente de los cuerpos siderales lo mismo que su multitud, también nos impresiona la gran variedad del mundo viviente, los millares y miríadas de seres diminutos que viven en una sola gota de agua; al percibirlos con el microscopio, involuntariamente se nos escapa la frase de un naturalista célebre: *Deus in minimis maximus*: «Dios en las cosas mínimas se muestra el mayor.» No sabemos qué es la vida, y, no obstante, la vida pulula en torno nuestro, que por todas partes descubrimos una finalidad admirable e instintos que nos causan asombro.

*¡Los instintos admirables de los animales y sus actos llenos de una finalidad sorprendente!* Actos que los hombres durante mucho tiempo no pudieron explicar; actos cuya utilidad desconocen los mismos animales; actos que, con todo, dan testimonio del Creador que llamó al mundo a la existencia y sabiamente lo gobierna.

Si quisiera aducir ejemplos, me haría interminable. Quizá baste mentar un solo caso. El pobre cuclillo tiene que aguantar las maledicencias de los hombres porque pone sus huevos en el nido de otros pájaros y hace que éstos los empollen. ¡Hemos de conceder que no es éste un rasgo para enaltecer el carácter del cuclillo! Pero indagemos el motivo de tan extraño proceder. El cuclillo sigue ignorándolo todavía, y el hombre pasó mucho tiempo sin saberlo. Pero, en fin la ciencia descubrió el motivo de tal fenómeno y rehabilitó el cuclillo.

El cuclillo, en los grandes dominios de la naturaleza, desempeña el papel de guarda jurado: persigue inexorablemente los voraces gusanos. Pues bien: estos gusanos echarían a perder todo el bosque durante las

semanas en que los pájaros están incubando sus huevos, si también el cuclillo, el enemigo más temible, pasara el tiempo sin moverse de su nido. Si no pone huevos, llegará a extinguirse su raza. Si los pone y ha de incubarlos, se echará a perder todo el bosque. Por esto está exento del deber común. ¿Pero quién le eximió de tal deber? ¿Acaso los pájaros hicieron un convenio? *¿Quién dirige el destino, los caminos de esta vida exuberante?*

2.º Y llegamos al más misterioso enigma: *a la vida humana*. Con harta frecuencia oímos: Sí, yo estaría dispuesto a creer, si la Iglesia católica con sus oraciones fuese capaz de resucitar a un muerto. ¡Oh, hombre obcecado!; *gran milagro es tu misma vida, tu propia existencia*.

¿Has pensado alguna vez en aquel momento sublime en que el primer hombre hizo su aparición en esta tierra?

Antes la tierra no era sino un mar de fuego...; todas las estrellas, llamas fluidas...; todo el universo, una inmensa nebulosa en continuo arremolinarse. Y se destacó de ella una minúscula bola de fuego... y empezó a enfriarse... y los volcanes vomitaban fuego de os entrañas... y algunos montes se erguían fluctuando a una altura de ocho mil metros...; y se enfriaba...; y se enfriaba...; ya se han separado la tierra firme y el mar; ya se ha vestido la tierra de color verde, las montañas ya están cubiertas de bosques; pero un silencio profundo, un silencio sepulcral reina sobre la haz de la tierra...; y aun falta el hombre que levante su voz.

Y llega el momento... el momento escogido por Dios desde la eternidad... y hace su aparición un ser nuevo, Completamente distinto de los anteriores, que sabe amar, que sabe hablar, que sabe levantar su mirada hacia el cielo y sabe decir al Creador invisible: ¡Padre!... Hace su aparición el primer hombre.

Es un momento de una fuerza emotiva sin par. Milagro mayor que la resurrección de un muerto. Si resucita el muerto, recobra vida una cosa que antes ya la tenía. Pero con el primer hombre apareció en la tierra algo que antes no existía.

La mayoría de los hombres ni siquiera tienen una pálida idea de estructura intrincada y armónica de su cuerpo, *del maravilloso y viviente cuerpo humano*.

La *oficina de dirección* es el cerebro, que trabaja con numerosísimas dependencias, organizadas todas en orden a la gran unidad. Sale de la oficina *un cable muy grueso* —la médula de la espina dorsal—, que se ramifica en *hilos telefónicos* —el sistema nervioso— y transmite las órdenes de la dirección. Recogen las noticias del mundo exterior unos

*auriculares*: los oídos. Los cuadros del mundo exterior se registran por dos *máquinas fotográficas*: los dos ojos, que, sin saberlo nosotros, tienen solución para los increíbles problemas de la fotografía: ¡en una sola placa gravas millones de cuadros y fotografías de color!

En la fábrica trabajan también *dos laboratorios químicos*: el olfato y el gusto; *una bomba* de admirable estructura, *aspirante e impelente*: el corazón; un *aparato de filtración automático*: los riñones; *una instalación de calefacción central* que funciona magníficamente: los órganos de la digestión, que dan una temperatura general de 37 grados; la caldera de la calefacción central es abastecida mediante *un molino*: la dentadura, ¿Dónde encontrar el *órgano* que pueda parangonarse con la garganta humana? ¿Dónde está el *punte colgante* cuya estructura sobrepuje en perfección al esqueleto y al sistema muscular del hombre?

Mi corazón late de día y de noche, aunque no piense en él. Si hiero un poquitín mi dedo, un sentimiento de dolor anuncia en seguida el suceso a todo el cuerpo, y al momento siguiente las partículas más pequeñas del cuerpo se ponen a trabajar para cicatrizar la herida. Y esto era así hace millares de años, y así será dentro de otros millares, cuando hayamos ya descubierto acaso nuevos pormenores del trabajo misterioso del cuerpo humano.

Y pregunto ahora: *¿Quién, planeó esta máquina, verdaderamente incomparable desde el punto de vista de precisión y de finalidad?*

«Se hizo por sí misma» —responde alguien.

Pues bien, escucha lo que voy a contarte:

En la catedral de Estrasburgo, en el Münster, hay un reloj astronómico, de la Edad Media, que tiene una estructura muy complicada. Una muchedumbre intrincada de ruedas, de cadenas, de palancas, de manecillas, trabaja en él; señala el año, la estación, el mes, el día, la hora, el minuto, y hace tocar los diferentes los cuartos de hora por diferentes muñecos. Los extranjeros se paran admirados ante el reloj y no cesan de alabar al artífice, al relojero. Y lo oye una diminuta hormiga, que se pasea por el laberinto de las ruedas en movimiento, y dice para sus adentros: ¡Qué necios los hombres! Ni una cosa admirable hay en todo esto. ¿Dónde está el creador de esta maquinaria? Yo nunca le vi. Aún más: ¿para qué suponer en seguida su constructor? Una rueda mueve la otra, ésta a la tercera, y la tercera a la primera. Todo anda por sí mismo, sin necesidad de un creador...

Así se jacta la hormiga en el admirable mecanismo del reloj de

Münster en Estrasburgo; *pero yo, al observar la admirable maquinaria de la vida humana, no quiero adherirme a la filosofía de la pobre hormiga, no quiero hacer el ridículo.*

\* \* \*

Un célebre pedagogo y moralista alemán escribió en cierta ocasión: «La religión pertenece a las funciones normales de la naturaleza humana; su falta supone siempre cierto desorden, tanto en la vida individual como en la social» (PAULSEN).

La incredulidad supone, por lo tanto, *un estado excepcional, un estado anormal en la humanidad*. Hay hombres que perdieron su fe; pero es un caso clínico, como el de aquel que pierde la razón. Y así como el desgraciado pueblo de los manicomios no ha podido refutar la verdad de la razón, de la misma manera el mero hecho de que existan hombres incrédulos no es argumento de que la fe vaya por camino erróneo. Lo que creen todos los pueblos, y todos los hombres normales, ¿puede ser una aberración? Y lo que afirman los que andan trastornados de cabeza: la incredulidad, ¿puede ser ésta la verdad?

Todo el pasado de la humanidad habla a voz en grito contra la incredulidad. Se levantan contra ella los millones de hogueras que los pueblos paganos encienden en sus altares; se levantan contra ella las tablas de arcilla y los himnos religiosos de Babilonia y de Nínive; se levantan contra ella los rollos de papiro del Egipto, los templos pequeños de la India; se levantan contra ella los más eximios representantes de la ciencia y del arte humanos... y contra ella se levanta la misma vida.

Hemos observado a la humanidad, hemos escuchado el testimonio de pueblos y hombres eximios..., todos nos dijeron al unísono: creo en el Ser augusto que está por encima del mundo.

*Pues bien: yo no quiero emigrar de la humanidad. No quiero desertar de la compañía de los mejores. También mis labios pronunciarán la invocación que brota de lo más profundo del alma huna:*

¡Padre, yo te llamo!

¡Padre, ya creo en Ti!

¡Padre, yo te adoro!

## CAPÍTULO XI

### LOS IMPÍOS «NO TIENEN DISCULPA»

El apóstol San Pablo, en su Carta a los Romanos, enjuicia con severas palabras contra los que no se preocupan de Dios: *No hay disculpa* (Rom 1, 20), escribe, para aquellos que no llegan al conocimiento de Dios por el mundo visible; porque en cualquier punto que miremos, el universo entero pregona de Dios que «*todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él.*» (Rom 11, 36).

En verdad, detrás de todos los objetos o aparatos creados por el hombre hay alguien que los diseñó; y ¿sólo ha de faltarle autor a la complejidad prodigiosa del universo? ¿Hay casa sin fundamentos? ¿Hay reloj sin relojero? ¿Hay máquina sin ingeniero? ¿Hay estatua sin escultor? No. Tampoco este mundo creado, tan complejo y preciso, tan variado y maravilloso, puede existir sin un Dios que lo creó.

Cuando un astrónomo descubre una nueva estrella, cuando un científico llega al conocimiento de una ley de la naturaleza, no sospechada antes, los hombres hacen un gran homenaje al descubridor. Y, sin embargo, no fue el científico quien creó la estrella, ni quien promulgó aquella ley; tan sólo descubrió su existencia. ¿No ha de brotar, pues, jubiloso de nuestro corazón el *Te Deum* de la gratitud, del pasmo, de la adoración, cada vez que pensamos en el Creador de todas las cosas?

En los últimos capítulos echamos una mirada al gran universo, tanto al macrocosmos como al microcosmos, así como a la historia religiosa del hombre; y de nuestros razonamientos estuvimos de acuerdo con SAN PABLO en que *no hay disculpa para quienes no reconocen a Dios.*

En el presente capítulo estudiaremos, en profundidad, estas palabras paulinas. ¿Es verdad que los impíos no tienen disculpa? Después nos preguntaremos, si realmente no podemos explicar el gran universo sin un Dios creador, ¿cómo puede haber hombres que no le reconozcan?

He aquí las dos grandes cuestiones de este capítulo.

## I

### ¿NOS OBLIGA EL MUNDO A ADMITIR LA EXISTENCIA DE UN CREADOR?

1.º Un europeo incrédulo viajaba por África, y una madrugada encontró a uno de los guías de la caravana abismado en la oración. Le preguntó con cierta ironía ¿Y cómo sabes tú que realmente existe Dios? Y el árabe le dio esta magnífica respuesta: «Mirando la arena del Sahara diré por las huellas si fue un hombre o una fiera lo que pasó por allá; de la misma manera, si echo una mirada al mundo, por las huellas que en él descubro adquiero la certeza de que por allí pasó Dios.

Respuesta magnífica, digna de todo un hombre que razona y se hace preguntas importantes.

Por el telescopio constatamos la existencia de innumerables galaxias; por el microscopio comprobamos la gran riqueza del microcosmos, la enorme variedad de diminutos seres vivientes. Y nos surge la gran cuestión: ¿Quién es el Creador? ¿Quién es los diseñó? ¿Por qué todo esto? ¿Por qué?

La palabra «porqué» es acaso la más humana de nuestro lenguaje; brota como instintivamente ya de labios del niño. Este sempiterno «porqué» en labios del hombre es el gran símbolo de la sed ardiente de saber, del deseo incesante que late en lo más profundo del alma humana, de conocer las causas. Es un tesoro magnífico, propiedad exclusiva del hombre, privilegio de nuestro linaje: *la averiguación de las relaciones causales*. Analizamos, averiguamos, proseguimos las pesquisas, vamos de un lado a otro, hasta llegar a la causa última, la que llamamos Dios. Está injertada en nuestra alma una intranquilidad que no nos deja descansar en estaciones intermedias.

Las averiguaciones minuciosas, que dedican especial atención a las cuestiones de los pormenores en las diferentes ramas de la ciencia, nos suministran en la actualidad datos elocuentes respecto del admirable orden de la naturaleza, y merced a los mismos se despliega, aun con más magnificencia, ante nosotros, la infinita sabiduría del Dios creador: «Cuanto más profundamente nos adentremos entre los detalles de la naturaleza, tanto más cautivador se nos muestra el reflejo de la divinidad.» Es el testimonio de un científico moderno (REINKE)<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> *Naturwissenschaft*. Friburgo, 1923, pág. 112.

El astrónomo coloca un prisma en el rayo de sol, y descompone el rayo en colores, y fundamenta en este sencillo experimento sus admirables teorías relativas a la naturaleza de la luz..., y aun hace conjeturas respecto de su punto de partida, y no tenemos motivo de poner en duda sus asertos. Durante un paseo por el monte, un geólogo explica las capas interiores de una inmensa cordillera. «Pero ¿has estado en su interior?», le pregunto. «No es necesario haber estado. Me basta con el pequeño arroyuelo que brota de las profundidades; he analizado su agua y, por lo encontrado en ella, he descubierto las capas que hay en una profundidad donde yo nunca hubiera podido penetrar.» Y la naturaleza, ¿no nos muestra acaso con una riqueza cien veces mayor las huellas de Dios?

*2.º El que no cree en Dios hace, pues, violencia a su propia razón.*

Porque en favor de la fe aboga el entendimiento humano que razona; y en favor de la incredulidad, ¿qué abogados encontramos?

¿Qué es más razonable: creer en Dios, en el Creador del mundo, o bien creer que este mundo inmenso se hizo por sí solo?

¿Qué es más razonable: creer en Dios, en el Autor de la vida, o creer que la vida brotó por sí misma?

¿Qué es más razonable creer en Dios, en el sabio Ordenador del mundo, o creer que todo orden, toda ley, toda medida en servicio de un fin bien determinado se hicieron por sí mismos en este mundo? Yo me pongo al lado del geólogo belga D'OMALIUS, que decía: «Concedo: es harto difícil para la razón admitir la existencia de un Dios omnipotente e inmaterial, y el acto de la creación; pero aún es mucho más difícil comprender la existencia y el orden admirable del universo sin admitir que antes existiese un Ser todopoderoso».

Yo me pongo, en este punto, al lado del escritor francés PROUDHON, que reflexionaba de esta manera: Resulta tan absurdo atribuir todo el universo a las meras leyes físicas, prescindiendo de Dios, como atribuir a las diversas estrategias que procuraron la victoria de Merengo, sin mentar siquiera a Napoleón.

## II

### ¿CÓMO PUEDEN NEGAR A DIOS?

Si la razón da un testimonio tan contundente en favor de Dios, ¿cómo se explica que, no obstante, hay hombres que no se inclinan ante Dios?

La respuesta es para ruborizarse: Solamente niega a Dios aquel que *en su orgullo y presunción quiere abarcar a Dios por completo*, quiere comprenderle en absoluto con el mezquino y pobre entendimiento humano.

*No veo a Dios; no comprendo a Dios; ¿me es lícito entonces negar su existencia?*

1.º Contéstame tú mismo, amigo lector: ¿Puedes negar todo lo que no ves, todo lo que no palpas con tus manos? «El que todo lo cree, sospecho que es tonto; el que nada cree sino lo que ve con sus ojos corporales..., no tengo necesidad de sospecharlo.» (GÁRDONYI)

¿No quieres creer sino lo que ves? Pues mira: tus ojos te dicen que el Sol gira en torno de la Tierra y, no obstante, has de creer lo contrario: es la Tierra la que gira en torno del Sol. Te parece que la Tierra está fija, sin moverse; y has de creer que no está parada, sino que corre con una velocidad fantástica. Tú no lo sientes, pero lo crees.

¿No quieres creer más de lo que ves? Pues ¿cual fue la historia del antiguo Egipto, de Babilonia, de Asiria, del Japón, de la China?...; ¿qué?, ¿tú la has presenciado, la has visto? ¿Cómo podrías verla? Sencillamente, crees lo que te dicen los otros. Lo crees, y no lo has visto. ¡Cuántas cosas hemos de creer en los dominios de nuestra ciencia!

2.º Contéstame a la otra pregunta: *¿Puedes negar todo lo que no comprendes, todo lo que excede a la fuerza de la razón humana?*

Porque llegan algunos con esta queja: No sé creer. ¡Hay tantos secretos impenetrables en nuestra religión! Allí está el mismo Dios. Después, la Santísima Trinidad. Después, el Santísimo Sacramento. Después, el libre albedrío y la predestinación. ¡Después, Cristo, Dios y hombre! Después, el fin de los tiempos y la vida eterna. Y no comprendo todas estas cosas; exceden la capacidad de mi razón. ¿Cómo he de creer todas estas cosas? ¿Cómo pedir semejantes sacrificios a la razón humana?

¿Qué contesto a todos estos?

—Hermano, por qué te sorprendes de no comprender muchas cosas tocantes a Dios, de no saber penetrar los planes del Señor, y de que haya en tu religión demasiados misterios, cuando... —pues sí, señor—, *cuando en torno tuyo todo el mundo rebosa de secretos y no comprendes miles y miles de fenómenos aun en los límites del mundo material?*

Aún más: el que Dios no quepa en mi pobre y mezquino cerebro *me sirve justamente de argumento en favor de la verdad de mi fe.*

Examinemos con atención los dos pensamientos.

A) *El mundo está lleno de secretos en torno nuestro*; de secretos que vemos, sentimos, experimentamos, pero que no sabemos comprender ni sabemos *darles solución*.

¿He de aducir algunos ejemplos? Ahí van unos pocos, cogidos al azar.

¿Quién sabe, por ejemplo, *qué cosa sea el tiempo*? Todos creen saberlo y, sin embargo, ¿quién puede decírnoslo? El río caudaloso del tiempo corre con empuje impetuoso, y sobre su superficie flotamos también nosotros, pero sin saber lo que es el tiempo.

¿Quién sabe cuánto es un segundo? ¡Qué sencilla pregunta!, ¿verdad?; y, no obstante, no hay nadie que sepa contestar. Contestarás acaso: Un segundo es el tiempo que necesita un tren para recorrer treinta metros. Dices algo, lo concedo. Pero, ¿consideras tú mismo que lo que acabas de decir es digno de llamarse definición del segundo?

Hablamos del presente, del pasado, del porvenir; pero ¿qué es el presente? *Ni siquiera hay presente*. Es un momento, no sabes cogerlo; porque el momento que hayas podido aprisionar ya es del pasado, y el que no tienes aún es del porvenir. ¿Qué es, pues, el presente? ¿Lo comprendes? ¡Qué vas a comprender! Y, no obstante, hablas del presente. Entre los dos mares nebulosos, entre el pasado y el futuro, está el presente como sobre el filo de una navaja, y ese algo indefinido, sin contenido, que en el momento de cogerlo se te escapa de las manos, y que desde un océano sin orillas sigue desembocando en otro, es lo que llamamos presente. ¿Lo comprendes? ¡Qué vas a comprender! Y cuanto más medites sobre ello, tanto menos lo comprendes.

Pero aquí está también en torno nuestro la vida diaria, llena de fenómenos incomprensibles, asombrosos.

Aconteció hace pocos años, en Navidad: un matrimonio inglés vendió su casa, con el jardín y con todos los inmuebles de la finca, y se fue a vivir a la ciudad de Portsmouth, bastante distante del lugar donde vivían anteriormente. Se fueron en *auto*; de la casa patriarcal nada se llevaron, y cedieron al nuevo propietario hasta el hermoso perro *bulldog* que tenían. Cuando el *auto* se puso en camino, el perro fiel siguió largo trecho al coche, que volaba: pero el pobre animal, agotadas sus fuerzas, sin aliento, desfalleció en el camino. Los antiguos propietarios pensaron que había muerto. Pero no fue así. Después de un mes entró, macilento, sin más que la piel y los huesos, lleno de barro, en el patio de la nueva mansión, el fiel

«Blac». El perro tuvo que recorrer centenares de kilómetros. ¿Lo comprendes?

A un *murciélago* le sacaron los ojos y después lo soltaron en un cuarto donde había muchos hilos delgados extendidos de una pared a la otra, en gran desorden, y de los cuales colgaban pequeñas campanillas. El murciélago ciego estuvo revoloteando durante horas por el cuarto sin rozar una sola vez ninguno de los hilos. ¡El murciélago *ciego*! Pero ¿cómo distinguía la dirección en que había de volar? Con un sentido que nosotros no podemos siquiera sospechar cuál pueda ser. ¿Lo comprendes tú acaso? Pero es así.

Ahí va otro ejemplo. En Bélgica adquirió proporciones muy grandes *la cría de palomas mensajeras*. En cierta ocasión, fueron llevadas algunas de Bruselas a España. Aquí las guardaron en jaulas durante cinco años. ¡Fijémonos en la distancia que hay de Bélgica a España! Después de cinco años las soltaron..., y a los pocos días una bandada de palomas llegaban a Bruselas, a su antiguo palomar. ¿Cómo volvieron después de cinco años, atravesando valles y montañas, recorriendo distancias de centenares y centenares de kilómetros? ¿No comprendes cómo puede ser esto? Pero es así.

Otro ejemplo aún: Sacaron una tortuga del Océano Pacífico. Con hierro candente le hicieron una señal en el dorso y la echaron al Canal de la Mancha. Pensemos en la enorme distancia que hay entre ambos sitios. Y ¿qué sucedió? Que después de tres años sacaron de nuevo la misma tortuga en el mismo lugar en que la habían cogido antes, en el Océano Pacífico. ¿Cómo se fue allá? Hubo de hacer por el fondo oscuro del mar un camino de cuatro mil horas para llegar al lugar primitivo. La ciencia no llega a tanto. No lo comprendes, pero no por ello deja de ser un hecho.

Y ¿he de continuar enumerando todas las cosas que existen en nuestro derredor y que nosotros no comprendemos, cuyos misterios no penetramos y, sin embargo, creemos?

Un ejemplo corriente. En la química moderna contamos a cada paso por «gammas» (que es un gramo partido por un millón). Pero ¿has visto la millonésima parte de un gramo? No hay ojo humano que pueda percibirla. ¿Y por eso dejará de existir el «gamma»? No. En una balanza analítica, después de pesar y calcular con meticulosidad, podemos medirla con toda precisión.

¿He de seguir? Para conseguir el color violeta se necesitan 758 billones de vibraciones de éter en un segundo. ¡758 billones de vibraciones

en un segundo! ¿Lo «comprendes»? ¿«Sabes qué significa esto? ¡Cómo vas a saberlo! Tan sólo lo crees. Y necesitas para creerlo una fe robusta.

Imagínate cuánto es un billón. Si pusiéramos un billón de cabellos uno junto al otro —por su grueso, naturalmente (0,1 milímetro), no por su longitud—, tendríamos una línea de cien mil kilómetros; es decir, un billón de cabellos podría dar la vuelta dos veces y media a la Tierra. ¡Y el éter da 758 billones de vibraciones en un segundo! ¿No necesitamos, pues, una fe, una fe robusta para creer estas cosas?

¿Y «sabes» tú que en el *átomo del uranio* los 92 electrones negativos dan la vuelta un billón de veces por segundo en torno de los 92 electrones positivos que se juntan en el átomo? Lo crees, pero no lo comprendes.

Pero hay números más asombrosos aún. El diámetro del *átomo del hidrógeno* es la diezmillonésima parte del milímetro; por lo tanto, si nos imaginamos un milímetro alargado a diez kilómetros, entonces hemos aumentado el átomo hasta un milímetro de tamaño. La mole del átomo del hidrógeno es, poco más o menos, 2,32 cuatrillonésimas partes del gramo. La mole de toda nuestra Tierra es de unos seis cuatrillones de kilogramos; por lo tanto, la mole del átomo del hidrógeno viene a ser, respecto del gramo, lo que es 1,4 kilogramos relativamente al peso de toda la Tierra. ¿Lo comprendes? Pero es así.

La *mole del electrón* es la dosmilésima parte de la del átomo del hidrógeno; en otras palabras, un trillón de electrones no pesan más que la millonésima parte del miligramo. Pido mil perdones por estos números, pero vale la pena de considerarlos.

Cuanto más aprende el hombre, cuanto más piensa, cuantos más datos atesora concernientes a este mundo, tantas más veces habrá de decir: «No lo comprendo, no lo comprendo.» El que «todo lo comprende», el que no tiene problemas, es espíritu muy superficial y da una prueba clara de que no suele pensar profundamente.

¿He de continuar? Para no abusar, tan sólo añadiré otro ejemplo, otro caso que «no comprendo». Si en un momento dado yo hablara por la radio, una persona que viviese en Berlín, en Belgrado o en Viena oiría mis palabras antes que los que estuviesen en una misma sala, en una misma iglesia conmigo. ¿Cómo comprender esto?

Y aún hay algo más asombroso. Pongo el caso: La distancia entre Budapest y Nueva York es, en línea recta, poco más o menos, de 7.500 kilómetros; por lo tanto, de ida y de vuelta, 15.000 kilómetros. Supongamos que yo hablo en una iglesia de Nueva York por la radio y se

trasmiten mis palabras inmediatamente a Budapest. Para todo esto se necesita 1/20 de segundo. Pero en 1/20 de segundo el sonido, normalmente, no recorre más que 16,5 metros.

Por lo tanto, si dos persona en la iglesia distan de mí veinte metros, y una está con auriculares de radio y la otra sin ellos, la primera oirá por radio mi voz, que ya vuelve de Nueva York, antes que la otra persona la reciba directamente por vía ordinaria. Mi voz ha pasado por Austria, Alemania, Francia, el Océano Atlántico y ha vuelto por el mismo camino y llegó a los oídos del radioescucha antes que por camino normal a los que distan de mí unos pocos pasos.

¿Lo comprendes? ¡Cómo vamos a comprenderlo!

El asombro ante muchas cosas que no comprendemos nos debería llevar a ser más humildes. Es lo normal.

«Aunque estudies sin descanso,  
no alcanzarás mucho con tu saber;  
el fin de la filosofía es saber que debemos creer.»

(Gleibel)

El fin de todos nuestros raciocinios es, por lo tanto, descubrir cuántas son las cosas que no caben en nuestro pobre cerebro, cuántas cosas hemos de creer sin llegar a comprenderlas.

Quien llega a este punto no puede ser ateo. Porque si en el mundo creado hay tantos misterios, si en torno nuestro hay tantas cosas que no comprendo y, no obstante, las creo, ¿no es obvio que *encuentre misterios en el Creador de este mundo, en Dios?* Es verdad que en nuestra fe siempre queda una parte que no podemos penetrar, que parece envuelta por la niebla, que es incomprensible. Pero ¿no es natural que en el Dios infinito haya muchos atributos que yo con mi razón limitada no pueda comprender? Aún más. *Receloso tendría que estar si pudiese comprender y penetrar por completo con mi razón limitada a Dios.* Entonces Dios dejaría de ser Dios y se transformaría en una criatura finita; entonces mi religiosidad sería también cosa puramente humana.

¿No comprendes a Dios? Los serafines se inclinan con profunda humildad y bajan la vista ante el Dios tres veces santo. ¿Serás tú justamente quien pretenda abarcar por completo a Dios? El Dios que pudiese caber totalmente en nuestro pequeño cerebro no sería Dios, sino

un ser finito, mezquino, parecido a nosotros.

Sí; procuremos conocer a Dios cuanto mejor nos sea posible, pero no se quebrante nuestra fe por saber que nunca podremos comprenderle por completo. El que rechazase las enseñanzas de la fe por el simple motivo de no poder penetrarlas por completo con su limitado entendimiento humano obraría como aquel que tira a la basura los diamantes más hermosos, únicamente porque no los puede contemplar más que a la mortecina luz de una pequeña linterna; o como aquel otro que se niega a beber aun teniendo sed, por el mero hecho de no poder contener en sí toda el agua del Océano.

\* \* \*

Pues bien; ahora ya estamos en disposición de responder a la pregunta propuesta: ¿Tiene razón San Pablo al decir que no hay disculpa para los impíos? Y podemos contestar a la pregunta con las palabras de un pensador moderno de América, EMERSON: «Lo que veo de Dios me basta para poder creer lo que no veo de El.»

Soy hombre moderno, y así, aunque no lo comprenda, creo que el éter es 500 billones de veces más ligero que el aire. Pero no dejo de ser también cristiano, y por esto creo que el mundo no se hizo por sí sólo: »Creo en Dios.»

Soy hombre moderno, y así, aunque no lo experimento con mis sentidos, creo que el éter tiene 758 billones de vibraciones en el color violeta. Pero no dejo de ser cristiano, y así, aunque no pueda experimentarlo con mis sentidos, creo en el Creador de cielos y tierra.

Soy hombre moderno, y así, aunque mis ojos me digan lo contrario, creo que es la Tierra la que gira en torno del Sol. Pero no dejo de ser cristiano, y aunque mi razón no me lo demuestre, siento la necesidad de postrarme de rodillas para adorar a Dios.

## CAPITULO XII

### ¿QUÉ DICE EL ALMA: HAY DIOS?

#### I. El orden moral

Vivió en el siglo XVIII un pintor francés, GREUZE, que sabia dar a sus cuadros una profunda significación moral. El título de uno de estos cuadros, por cierto de gran efecto, es *La Philosophie endormie*: «La filosofía dormida». Una mujer ricamente vestida, dormida, sentada en un sillón, en una postura que delata cansancio; su rostro refleja agotamiento, indiferencia, inercia. ¿Por qué tanto cansancio? En torno suyo vemos un gran montón de libros y folios, una esfera, útiles para escribir, y a pesar de haber trabajado tanto con gran tensión, después de tantas pesquisas, de tantas y tan largas reflexiones, hubo de cerrar sus ojos cansados y quedarse a oscuras. No ve... «¡La filosofía dormida!»



¡Qué símbolo más elocuente es este cuadro de aquel trabajo de investigación, que en medio de diligentes pesquisas sobre el orden minucioso del universo, se duerme, se queda a oscuras, como ciego! No sabe descubrir al Creador, al Poder superior que gobierna el curso del mundo.

Y, sin embargo, el deseo más profundo del hombre es precisamente hallar este Poder superior, causa final de todo. Un anhelo misterioso, lleno de indecible atractivo, vive en nosotros, buscando a Dios. Aquel atractivo profundo que dictó a PASCAL, estas célebres palabras: «No buscaríamos a Dios si ya no le hubiésemos.» Con estas palabras quería aludir al derecho que tenemos los hombres de buscar a Dios, justamente porque en todo entendimiento y en todo corazón humano se levanta, edificado por la misma naturaleza, el trono del Supremo Hacedor.

Hemos recorrido en los últimos capítulos dos caminos en busca de Dios. Primero preguntamos al gran universo qué es lo que nos dice respecto de Dios. Y la respuesta fue una confirmación de la frase de la Sagrada Escritura: «*Necios son, ciertamente, todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios; y que... ni considerando las obras, reconocieron al artífice de ellas... Pues, por la grandeza y hermosura de las criaturas se puede llegar, por analogía, a contemplar a su Autor*» (Sab 13, 1, 5).

Después preguntamos a la humanidad: ¿qué es lo que nos dice la historia del hombre y el común sentir, la convicción general de los pueblos: hay Dios? Y la respuesta fue la comprobación del aserto de uno de los mayores escritores rusos: «Como el polluelo que cae del nido, así clama el alma por Dios» (TOLSTOI). Vimos el humo del sacrificio ofrecido por el hombre primitivo..., leímos las alabanzas divinas en las tablas de arcilla de Babilonia y de Nínive..., oímos los himnos que entonaron los pueblos orientales..., nos descubrieron su secreto los papiros de las cámaras sepulcrales de las pirámides de Egipto..., todas las razas y todas las generaciones pregonan en alta voz la fe unánime de la humanidad: ¡Hay alguien encima de nosotros...: hay Dios!

*Pero ¿qué es lo que nos dicen el alma humana y la misma vida? ¿Qué dice mi alma: hay Dios?* Es la pregunta a la cual contestaremos en el presente capítulo y en el que seguirá.

Para responder, bueno será considerar antes un punto fundamental.

## I

### ¿DE DÓNDE PROCEDE EL ORDEN MORAL?

1.º En todo hombre existe una «opinión formada» y un juicio moral respecto de *los acontecimientos del mundo*. Un hombre se baña en el río, le ha dado un desmayo, y otro valiente salta vestido al agua y salva al que

está para ahogarse. «Ha sido una hazaña hermosa», tal será nuestro juicio. En un pueblo las mujeres se cansan de sus maridos y los asesinan con arsénico. «¡Es repugnante!, es el grito indignado que se escapa de todos.

De suerte que para nosotros es muy natural *señalar diferencias en los actos humanos*. Hay cosas que juzgamos buenas, hay otras que nos parecen malas. Cumplir la palabra dada es cosa buena; faltar a ella es cosa mala. Permanecer fieles al amigo es digno de alabar; hacerle traición es reprochable. Decir la verdad es de almas íntegras; mentir es de espíritus viles.

Pues bien: *¿de dónde procede la ley moral?*

¿Acaso de mí, del hombre? Imposible. Estas leyes son independientes de mí. No puedo cambiarlas. A ver si logro convencer a una sola persona de que ser agradecido es cosa mala, y que ser un ingrato, es cosa buena.

Pero el concepto de la moralidad no sólo no depende de mí, sino que *no influyen en él ni el mundo ni el tiempo*, porque la ingratitud será siempre algo malo, aunque el mundo desapareciese.

Pues entonces, ¿dónde está la medida, aquella unidad fundamental y constante que sirve de base para juzgar las acciones humanas y clasificarlas en buenas y malas? ¿Dónde está la norma moral objetiva, independiente de nuestra voluntad y de nuestro parecer individual, con la cual medimos las acciones de los hombres, como se miden todos los metros del mundo con aquella pieza originaria, siempre la misma, que con tanto cuidado se conserva en París?

2.º Y aquí es donde levanta su voz el mundo ético para dar testimonio de Dios, y dejar bien sentado, sin rastro de duda, que *el orden moral tiene un Legislador, es decir, que existe Dios*.

*Entre el bien y el mal hay una diferencia tan objetiva, constante, eterna, que no depende del hombre, ni del mundo, ni del tiempo*. Debe haber, por lo tanto, *un Ser eterno, inmutable*, de quien proceden y en quien descansan las leyes fundamentales del orden moral.

Un misionero estaba hablando en la India con un pobre paria pagano que no sabía ni leer ni escribir. Le pregunta el padre; «Si alguien te roba el dinero, ¿comete pecado?» «Claro que sí», contesta el paria. «¿Y si alguien mata a otro?» «También»: «Pues, entonces, vosotros sabéis los Mandamientos de Dios. ¿Quién os los enseñó?» «Dios.» «Pero Dios no os ha hablado aún.» Entonces el pagano señala su propio pecho y dice: «Aquí..., aquí..., dentro..., dentro..., dentro...»

Sí; allí... dentro. Pero, ¿quién plantó allí, en lo más profundo del alma, el conocimiento y el respeto del orden moral?

3.º Pero aún hay otro hecho que importante: *El deseo de reconciliación que siente el alma caída*. ¿Cómo se levanta en nosotros el remordimiento que nos atormenta, el anhelo ardoroso de reconciliación! Caer es muy humano; pero ¿siempre voy permanecer en este lastimoso estado? ¿No hay salvación para mí? ¿Seré presa constante del punzante remordimiento? Busca el hombre Alguien que pueda darle ayuda. En la miseria espiritual siente su falta más aún que en el corporal agobio. Lo sintió ya el pagano, al postrarse ante su fetiche, y al rendir homenaje a sus dioses mediante sacrificios de expiación; lo sintió el Salmista al caer en pecado y al sollozar: ¡De las profundidades clamo a Ti, oh Señor!

Que los caminos humanos van hacia Dios, que el alma humana está sedienta de Dios, que el hombre es una criatura naturalmente religiosa, todo esto es un hecho histórico. El alma de la humanidad es un mar profundo lleno de misterios; y si nos paramos ante los millones y millones de hombres que han vivido y que viven aún hoy día, y prestamos oído atento, percibiremos, como un murmullo constante, el deseo, la inquietud, la sed de infinito, el anhelo por Dios. *El alma dolida de sus culpas tiene ansia de Dios; y este sentimiento fue injertado en nosotros por la misma naturaleza, y ésta no nos engaña*. ¿Podemos imaginarnos que la naturaleza ha puesto en nosotros la sed, sin proporcionarnos una bebida conveniente para extinguirla? ¿Que vive en nosotros el afán de Dios, que este deseo es vano, sin objetivo, ciego, porque no hay Dios que lo llene?

He ahí cómo el orden moral da testimonio de Dios.

4.º Podemos repetir la proposición a la inversa: *También, Dios habla en favor de la moral*. La existencia de la ley moral pregona con gran fuerza que hay Dios, pero también es exacta la proposición si la invertimos: *Dios corrobora la fuerza de la ley moral*. Sólo Él y nadie más. «*Yo soy el Dios todopoderoso —dijo el Señor a Abraham—, camina delante de Mí y sé perfecto*» (Gen 17, 1). Si no es la autoridad de Dios la que salvaguarda las leyes morales, ¿dónde podremos encontrar otro poder capaz de obligar al hombre a cumplirlas? ¿El Estado? ¿La sociedad? ¿El bien de las generaciones futuras? ¿La salud? ¿La solidaridad? ¿O tal vez otros títulos, con que se intentó sostener las leyes de una moral sin Dios? Todos éstos se han demostrado insuficientes en la práctica.

Si no hay Dios que pueda medir la rectitud de mis actos, entonces deja de haber obra buena. Ya lo dijo el filósofo SÉNECA: «Sin tener una

medida de hilo, no puedes hacer recto lo torcido» (*Epístolas morales*).

Si no hay Dios, entonces cesa la fuerza obligatoria de las leyes morales, éstas pierden su sanción.

«¡Sanción!» ¡Qué interesante es esta palabra! Se han de sancionar las leyes, ¿verdad?; es decir, se las ha de hacer «santas»<sup>10</sup>. Y ¿cómo dar santidad a cualquier cosa que sea *si negamos la fuente primitiva de toda santidad, el Dios santo?*

Si no existe Dios, todas las leyes dependen del hombre; tienen razón los sofistas al decir que «la medida de todas las cosas es el hombre». Es lícito y conforme a la moral lo que más apetece el hombre, lo que más asegura sus éxitos en la vida, su carrera terrena. *Si no hay Dios, entonces está colgado en el aire todo el orden moral.*

## II

### ¿EN QUÉ ESTRIBA LA FUERZA OBLIGATORIA DEL ORDEN MORAL?

Lo que acabamos de explicar respecto del orden moral no abarca más que una parte de nuestro tema. Hasta ahora hemos discurrido sobre la existencia de un orden moral independiente de nosotros, que es imposible explicar sin la existencia de un Legislador supremo.

Pero hemos de proseguir con el tema. Este orden moral tiene, a la vez, una misteriosa fuerza obligatoria. Bien es verdad que el orden ético no tiene la misma fuerza férrea que poseen las leyes físicas; el hombre tiene la triste capacidad de poder infringir las leyes morales. Pero los fenómenos que brotan espontáneos después de la infracción, todos pregonan a voz en grito que Dios vela por sus leyes.

Estudiemos con detención este pensamiento.

ARAGÓ, el astrónomo de fama mundial, dio una conferencia en el *Collège de France* acerca de las leyes de la astronomía. «La semana próxima —decía— habrá un eclipse solar. La Luna entra en conjunción con el Sol, e impide que llegue a la Tierra la luz del Astro Rey. Por lo tanto, tal día, a tal hora, a tal minuto, a tal segundo, tres grandes cuerpos siderales obedecerán, no a nuestros pronósticos, sino al mandamiento de Dios. Los

---

<sup>10</sup> *Santus*, en latín, viene probablemente de *sancitus*, participio que inculca la idea de firmeza, intangibilidad. Sólo Dios es absolutamente firme e inmutable.—(N. del T.)

hombres son los únicos que no le obedecen.»

Sí; realmente, el hombre puede desobedecer a las leyes de Dios, pero *no puede hacerlo sin sentir las funestas consecuencias*. Porque sentimos claramente en nuestro interior no sólo la existencia de un orden moral objetivo, independiente de nosotros, sino también la fuerza obligatoria que el mismo tiene para nosotros. El gran mandato, el verdadero imperativo categórico, es esto: *Has de obrar bien; de lo contrario, se levanta en ti la voz de la conciencia, el remordimiento*.

La voz de la conciencia es un poder: 1.º, *independiente de nosotros*; 2.º, *que en todos vive*, y 3.º, *que no es posible acallar*.

1.º La voz de la conciencia *es un poder independiente de nosotros*.

Después de cada acción se levanta una voz en nosotros y —quieras que no —nos manifiesta su fallo: Ahora has obrado bien..., ahora has sido malo. Si hemos obrado bien, nuestra alma siente un gozo muy dulce: la conciencia recta. Si hemos obrado mal, la conciencia llena de remordimientos nos contesta con zarpazos dolorosos.

¿No hemos experimentado todos, bien en nosotros mismos, bien en los demás, que toda infracción de las leyes divinas, pronto o tarde tiene que repararse? Y que cuando seguimos las orientaciones de nuestra conciencia, nos sentimos más felices, más valientes para la vida? Quien lo haya experimentado siquiera una sola vez, tanto en él mismo como en los otros, ve con claridad que debe haber un Legislador que salvaguarda el orden moral.

2.º Y este sentido moral *existe en todos*; y si se debilita en mayor o en menor grado, cada cual es responsable de ello. Esto pasa como la cosa más natural del mundo. Toda nuestra manera de pensar está enfocada así. El talento artístico no es patrimonio de todos, y por esto no de todos se puede exigir que sean artistas. La capacidad para el estudio tampoco es general; por esto no todos tienen el deber de ser universitarios. *En cambio, de todos exigimos que no se hagan criminales...* ¿Por qué? Porque el sentido moral está en todos, a no ser que alguno se lo extirpe con violencia.

Siento la responsabilidad de los actos cometidos; y si he obrado bien, me alaba una voz interior; si he obrado mal, hay algo que me quema, que me acusa, que me atormenta, que me punza, que me intranquiliza. Y es así en todos los hombres: en el niño, en el adulto, en el hombre instruido, en el analfabeto. El niño aún no ha oído nada de conciencia y, no obstante, ésta ya trabaja en él; ¡cómo se oculta el niño de sus padres cuando ha cometido alguna falta!

3.º Y lo que es más extraño: *no se puede ahogar por completo la voz de la conciencia*. Sin embargo, ¡cuántos son los que lo intentan! La voz interior les dirige amargos reproches: «¿Tú vives así? ¿No te da vergüenza tu conducta? ¿No temes a Dios?» En tales casos ellos intentan acallar la voz importuna; quieren sofocarla a fuerza de beber, de divertirse, de darse a los placeres... En vano. Hay momentos en que se despeja el entendimiento ebrio, cuando se esfuma el placer, y en el silencio profundo clama... y clama la conciencia intranquila.

En estos casos vemos cumplirse las palabras de la Sagrada Escritura: «*Huye el impío sin que nadie le persiga*» (Prov 28, 1). Y vemos cumplirse también las palabras de SAN PABLO, según el cual los paganos «*hacen ver que lo que la ley ordena está escrito en sus corazones, como se lo atestigua su propia conciencia, y las diferentes reflexiones que allá en su interior ya los acusan, ya los defienden*» (Rom 11, 15).

La vida está llena de estos casos misteriosos. Anotó uno el escritor clásico de los griegos, PLUTARCO. Un hombre llamado Bessus mató a su padre. Nadie lo sabía; el crimen no fue descubierto: pero —¡qué interesante!— desde aquel día el hijo parricida no podía oír el piar de las golondrinas. Le parecía que todas las golondrinas le susurraban al oído: «¡Este es el asesino! ¡Este es el asesino!» Todos los nidos de golondrinas que encontró por la comarca los destruyó. Pero en vano; no recobró su tranquilidad. Finalmente se le escapó un día delante de alguien que las malditas golondrinas siempre le acusaban de haber sido él quien mató a su propio padre. El que lo oyó empezó a tener sospechas..., se hicieron pesquisas... y el crimen antiguo fue descubierto.

Es un hecho acaecido hace dos mil años.

Y ¡qué sucedió el año 1859 en un pequeño pueblo de Moravia? Casi lo mismo.

Un incendio espantoso devastó uno de los pueblecitos, Leibnitz. Al principio nadie sospechaba que el fuego hubiese sido obra de una venganza obcecada. Lo que llamó la atención fue que desde el día del incendio uno de los habitantes se apartaba con cautela de los demás y pasaba su vida en casa, siempre solo, con las puertas cerradas. Era el incendiario, que después de su crimen veía continuamente los espectros de los hombres que murieron en el fuego. Allí bailaban delante de él, y apuntando a un árbol del patio, le decían: «¡Allí, allí has de colgarte!» El desgraciado cortó el árbol... En vano. Los habitantes del pueblo le veían rezar día tras día. Por fin, él mismo se presentó a la autoridad diciendo:

«¡Yo soy el incendiario!»

Ahora, pues, pregunto: *¿Qué poder misterioso es aquel que tiene su trono levantado en nuestra alma, y de dónde saca su avasalladora fuerza?* ¡El hombre cometió un crimen..., nadie lo sabe..., nadie en toda la redondez de la tierra..., y, sin embargo, hay algo que no le deja descansar, que habla, que amenaza, que atormenta, que martiriza al criminal!

¿Qué es lo que da fuerza a la voz de la conciencia para dejarse oír amonestadora aun cuando se la oprime con la losa sepulcral de los placeres llenos de rosas? ¿Quién es el que falla sobre mis acciones? El mismo que estableció esta ley moral tan absoluta, de la cual sé dos cosas con toda certeza: primero, que *existe*; segundo, *no procede de mí ni de los hombres*. Debe haber un Legislador infinitamente santo, cuya voluntad es esta ley moral; que obliga en conciencia a sus criaturas dotadas de razón a cumplir esta ley; y no si la cumplen —pues pueden rebelarse—, las castiga.

Sí, la conciencia pregona, canta, grita, truena con esta voz: ¡Hay Dios! Lo canta la conciencia recta, lo truena la mala. La conciencia buena canta un himno de alabanza: «¡Persevera! Dios te conoce. Ve cuánto has de sufrir por el bien. Ve cómo te conducirían al vicio de tus malas inclinaciones, que recibiste en herencia; pero ve también que tú luchas victorioso en el combate. No temas, Dios no olvida tus nobles luchas.» «*Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida*» (Apoc 11, 10). Así canta la conciencia buena.

Pero truena la conciencia que lleva reato de pecado: «Dondequiera te encuentres no puedes esconderte de Dios. Nadie vio tu crimen, nadie entre los hombres descubrió tus planes, tus pensamientos malvados; pero los vio Dios, y Él no olvida tu maldad. Por muy grande que sea el secreto en que cometes el mal, se levanta su sombra y te acompaña y te paga con sufrimientos siete veces y setenta veces siete. Y por muy grande que sea el secreto en que obras el bien, los pétalos de sus flores van cayendo sobre tu cabeza aun después de largos años.» (GÁRDONYI).

Sí, aunque el mundo de las estrellas y la gran naturaleza fuesen mudos y no hablasen de Dios, dirían a voz en grito en mi interior la conciencia y el orden moral: *¡Tiene que haber Dios! ¡Hay Dios!*

\* \* \*

Un soldado yace en el campo de batalla herido de muerte. Ha llegado a los umbrales de la eternidad después de una vida llena de crueldades, frívola e impía. A medida que se va desangrando y se le acaban sus

fuerzas, con los ojos apagados mira con espanto que le quedan pocos minutos de vida; pero ¡ay!, le vienen a la mente tres figuras que no le dejan tranquilo: un perro..., su antiguo perro, que él dejó morir de hambre, sólo para deleitarse con los sufrimientos del pobre animal; más allá, un niño de dos años, que él encontró por el campo de batalla, en un tugurio abandonado, y al cual traspasó con la espada; y más allá una viejecita, que le suplicó que no hiciera daño a su hijo, pero él la no hizo caso y lo mató... Estas tres figuras le atormentan y el desgraciado empieza a gritar desesperado...:

«De modo que existe realmente el pecado... Me he cerrado yo mismo las puertas a la vida eterna... He desperdiciado miserablemente mi vida... Y ahora tengo que presentarme ante Dios con las manos vacías....»

*Existe un orden moral, y éste tiene un Legislador: ¡Dios! Cumple la ley moral, y así obedeces los mandamientos de Dios.*

La existencia del orden moral y la voz siempre viva de la conciencia dan testimonio elocuente de la existencia de Dios.

## CAPITULO XIII

### ¿QUÉ DICE EL ALMA: HAY DIOS?

#### II. Verdad y felicidad

Hay verdades que vemos, que experimentamos; hay verdades que creemos, aunque no las veamos; y hay verdades que sólo podemos deducir, casi diría que las sentimos en nuestro corazón y las barrunta nuestro entendimiento.

Que podemos poner una máquina en movimiento por medio del vapor es un hecho que vemos, que experimentamos; es lo que solemos llamar «verdad experimental». No hemos visto que César venciese a Pompeyo en Farsalia, pero lo creemos por la fe que nos merecen las fuentes históricas; es la llamada «verdad histórica». Que la fuerza de la gravedad existe sólo lo deducimos por la razón, porque de otro modo no podríamos explicar por qué cae la piedra hacia abajo.

Pues bien: ¿a qué clase de verdad pertenece ésta: hay Dios? Es una verdad que no vemos, que no experimentamos con los sentidos, pero que con toda certeza podemos deducir, porque nos dan testimonio de ella el entendimiento y el corazón.

El entendimiento da testimonio de Dios. Fijémonos en cualquier punto de la creación. De todos los rincones del mundo estalla vibrante la alabanza del Dios Creador. Cielo y tierra, millones de estrellas y miríadas de seres diminutos, colosos de montañas y pequeños arroyuelos que se deslizan en silencio, todo el gran universo, todo..., todo grita a nuestra razón: ¡Por encima de nosotros hay un Ser todopoderoso, sublime, nuestro Señor, nuestro Dios! El mundo entero grita en torno mío, y con él mi razón ¡Hay Dios!

Lo mismo repite en el fondo del alma nuestro corazón. En primer lugar, rinde testimonio al reconocer un orden moral de continua vigencia, del todo independiente de nosotros: un orden moral cuya existencia y cuya fuerza obligatoria no pueden explicarse —como vimos en el capítulo anterior— sin el pensamiento de un Dios legislador.

Pero no se agota con esto el testimonio del alma humana. Dos anhelos misteriosos y santos laten en el fondo de nuestro corazón. Si los auscultamos concienzudamente en el presente capítulo, oiremos de nuevo el testimonio de nuestra alma: Hay Dios; Dios tiene que existir.

¿Cuáles son estos dos anhelos? El anhelo, diríamos, elemental, profundamente humano, que sentimos por la verdad y por la felicidad.

1. *El hombre anhela la verdad, pero no la halla plenamente sino en Dios.* II. *El hombre anhela la felicidad, pero no la encuentra cumplida sino sólo en Dios.*

## I

### ¡TODA La VERDAD!

1.º Para desarrollar la primera proposición necesitamos previamente unas breves consideraciones filosóficas de cierta profundidad.

Todos sabemos que existen las llamadas *verdades fundamentales*, cuya realidad salta a la vista ya en el primer momento. Y de los cuales podemos realmente afirmar que «son más claras que la luz del sol», que sirven de fundamento a todos nuestros conocimientos. Por ejemplo: *cada cosa es igual a sí misma; el todo es mayor que la parte; de la nada, nada se hace; nada existe sin una causa suficiente...*, y así otros axiomas. Estas son las verdades fundamentales del saber humano.

Pues bien: estas verdades, estos principios, estos postulados son independientes de nosotros. No podemos cambiar en lo más mínimo estas verdades ni el hombre individual, *ni el conjunto de toda la humanidad*. En vano legislaría el Parlamento más poderoso que de hoy en adelante la parte ha de ser mayor que el todo. No podría cambiar la realidad. Aún más: *cuando todavía no existía el hombre en la tierra*, estas verdades ya regían, y ahora tienen toda su validez aun en aquellas regiones en que no viven hombres. Es decir, son verdades eternas; independientes de nosotros

Se presenta, pues, la cuestión: ¿De quién dependen? ¿Del gran universo? No, por cierto, porque estas verdades quedarían las mismas si el Sol, la Luna y todo el universo perecieran.

Pues ¿de quién dependen? Hay verdades que son más luminosas que el Sol, y no dependen de mí, ni de la humanidad, ni de todo el universo creado, ni del espacio, ni del tiempo; ¿de quién dependen?

Un sinnúmero de científicos consagran sus esfuerzos a la investiga-

ción de las leyes de la naturaleza, y reducen a sistemas las leyes que rigen en el gran universo. Pero ¿son acaso los científicos quienes dieron estas leyes? ¿Es la razón humana la que establece estas verdades? No. Nosotros no hacemos más que descubrirlas, sabemos que así son. Y lo serían aunque no hubiera hombre alguno en esta tierra, como lo eran en la época lejana en que el hombre aún no había sido creado. ¿Quién las estableció? ¿De quién dependen?

No hay más que una sola respuesta posible: *¡Por encima del hombre, del universo, del espacio, del tiempo, ha de haber Alguien de quien procedan y dependan estas verdades; en alguna parte tiene que existir la fuente de la verdad, debe haber una Verdad eterna..., debe existir Dios!*

2.º Hemos de emprender el camino de la indagación y recorrerlo sin cansarnos, durante veinticinco años si es necesario, y cuando lleguemos a la fuente de la verdad nos encontraremos con Dios.

¿Por qué dije precisamente veinticinco años? Porque tanto tiempo hubo de buscar la verdad un gran escritor inglés, G. K. CHESTERTON. Pero al fin la encontró.

¿Es necesario recordar qué camino tan extraño fue el suyo? Hace, veinticinco años, el insigne escritor, de estilo ingenioso, empezó a buscar seriamente la verdad. Hasta entonces, como él mismo escribe, había aceptado sin reserva todas las aseveraciones grandilocuentes de la incredulidad que nos legó el siglo pasado, y con este bagaje emprendió su ruta. Iba observando minuciosamente todos los ídolos del hombre moderno.

*Empezó por la razón.* Observó a los hombres «todo razón» que pululaban en torno suyo, y pudo notar que no creían en nada más que en sí mismos, que no tenían corazón, sino solamente entendimiento. ¿Cuál fue el resultado de su exploración? Que el hombre no puede vivir tan sólo de inteligencia; que los locos no son propiamente sólo los que han perdido la capacidad de razonar. Notó que los que no tienen corazón son regularmente flacos de pensamiento. Por lo tanto, el primer hallazgo del escritor en busca de la verdad fue éste: Todos los pesos necesitan de contrapeso: *la razón necesita del corazón.*

Después se puso a observar *el corazón, la ética del hombre actual; después de la ética, los famosos lemas: «progreso», «adelanto»...*; y cuando, al final, todos los ídolos modernos le miraban con la cabeza vacía, entonces se le ocurrió, por vez primera vez, esta idea: Tal vez sea injusta la sentencia de muerte que han dictado contra la fe cristiana. Y si son tantos y tan contradictorios los argumentos con que se ataca esta religión, ésta

forzosamente tiene que ser un fenómeno extraordinario. Porque hay que ver que desde hace diecinueve siglos existe una institución que, según el dictamen de sus enemigos, no tiene razón en nada. Pues entonces resulta un milagro su propia existencia.

Entonces se puso a examinar *los argumentos* que suelen aducirse contra el Cristianismo y los hombres que aducen tales argumentos, y vio con gran asombro que en toda acusación y en todo acusador hay algo enfermizo, un rasgo de decadencia, de anormalidad. Reflexionó, pues, de esta suerte: Supongamos que conozco a un hombre respecto del cual oigo los pareceres más contradictorios. Los de estatura excesivamente alta dicen de él que es demasiado bajo; los de baja estatura aseguran que es demasiado crecido. Los señores demasiado gordos le juzgan demasiado delgado, y los flacos le tildan de excesivamente gordo. Los escandinavos rubios dicen que es demasiado moreno; los negros afirman que es decididamente rubio. ¿Cuál puede ser el motivo de estas contradicciones? Probablemente éste: *este hombre admirable es completamente regular y normal*, y por esto le critican los hombres anormales.

Y el gran escritor inglés, con este raciocinio algo extraño, se dirigió a la Iglesia católica, penetró en ella y llegó hasta el altar; no hace mucho se convirtió, con su esposa, al catolicismo, y ahora reza de rodillas: ¡Señor mío! ¡Dios mío!

He ahí cómo descubre la verdad el alma que la busca. *¡Verdad..., verdad!; ¡qué fuerte es tu palabra y cómo sabes reclutar prosélitos para la fe en Dios!*

## II

### ¡FELICIDAD CUMPLIDA!

Pero el alma humana no busca tan sólo la verdad, sino también la felicidad; pero *no la encuentra cumplida fuera de Dios*.

1.º *El hombre busca la felicidad.*

A) El pájaro ha de volar, el pez ha de nadar y *el hombre siente la necesidad de ser feliz*. ¡Felicidad, felicidad! ¡Cómo lucha el hombre por la felicidad, y, sin embargo, no puede ser definitivamente dichoso en esta vida! No es exageración: *nadie puede serlo*.

Uno cree que le hará feliz el dinero, y corre a buscarlo. El otro piensa que la gloria, la fama, han de darle la felicidad, y se lanza a perseguirlas.

El tercero busca su felicidad en la ciencia; el cuarto, en el poder; el quinto, en los placeres sensuales; y cada cual corre en pos del fantasma de su dicha. Y se cumple al final en todos la palabra del poeta:

«Mira el mundo, ¡cuántos millones de hombres,  
y qué pocos son realmente felices!  
La ilusión que mira los cielos pintados  
es la que destroza con su engaño la vida.  
¿Qué cosa puede dar felicidad al hombre?  
¿El tesoro, la fama, el placer?  
Aunque los tenga en abundancia,  
el insaciable se sumergirá en ellos  
y no sabrá siquiera que existe  
la alegría del corazón»

(VÖRÖSMARTY).

«Ah, exagera el poeta —podrá objetar alguno—. El que tiene dinero en abundancia no puede por menos de ser un hombre feliz.» Pues bien ahí va un nombre: Ford. ¿Quién puede ignorar el nombre de uno de los mortales más ricos del mundo? Pues él mismo escribe de la riqueza: «La riqueza excesiva pone al hombre intranquilo y descontento» (*América*, 7 de agosto de 1929).

¿No te parece, querido lector, que la afirmación es de un hombre bastante competente en la materia?

«¡Pero —acaso piense otro— los placeres, las alegres distracciones, las diversiones..., ¡todas estas cosas deben hacer feliz al hombre!» Pues examinemos el tipo de hombre que siempre suele vivir entre deleites y diversiones: ¿es feliz realmente? Todos los días asiste a fiestas, espectáculos, restaurantes..., a los bailes, de los bailes a los bares, de los bares a los pecados... ¿pues...?, pues sí: de los pecados al hastío, al tedio, a la náusea, al desprecio de la vida.

Así lo dice JÖRGENSEN.

Dices admirado: «¡Bah!, es un fraile franciscano.»

Sí, hoy lo es. Pero no siempre lo ha sido. Antes era un hombre mundano, un darwinista incrédulo, un escritor decadente. Y si antes he mencio-

nado el camino que recorrió Chesterton, el gran convertido inglés, en busca de la verdad, consideremos ahora la ruta que hubo de recorrer el gran convertido danés, Jörgensen, para encontrar la felicidad.

Jörgensen, el escritor panteísta, darwinista, decadente, había probado todos los goces del mundo, y no le bastaron: los juzgaba engañosos. «Todo es farsa y oropel —escribe—, un barniz poético en la cara marchita del pecado.» Y al llegar a esta conclusión, empezó a reflexionar: El hombre quiere ser feliz. Quiere serlo. *¡Debe serlo!* Está esculpido este deseo en nosotros por la misma naturaleza. Yo también quería ser feliz. He pisoteado toda ley moral para lograr mi propósito, pero ni aun así he conseguido mi felicidad. IBSEN dijo en cierta ocasión: «No podemos ser felices sino a costa de mentiras.»

¡Pero se llenó la medida!, dice Jörgensen. Nadie ha visto, en rincón alguno del mundo, que cualquiera de los seres necesitara de mentira para poder vivir. Todas las plantas, todos los animales, todos, todos los seres vivos, *viven de la verdad y son felices en la fuerza de la verdad*. Si en el animal más diminuto hubiese un solo instinto que buscara algo que no existe, aquel animal se vería condenado a muerte, ¿Será, por lo tanto, el hombre el único que necesite de la mentira para poder vivir? ¡No, no puedo creerlo!, exclamó Jörgensen; y se puso a buscar la felicidad hasta encontrarla. ¿Dónde la encontró? En el Dios de quien antes había renegado, en el Dios que antes abandonó. Se convirtió entonces al catolicismo, lo que es más aún, entró en la Orden de San Francisco<sup>11</sup>. ¡Qué acentos más vibrantes tiene el deseo de la felicidad, cuando con ellos recluta prosélitos para la fe en Dios!

B) Y si queremos desarrollar más aún esta idea...

Todos hemos nacido para la felicidad, todos queremos ser felices... y si abarco con una mirada el mundo, descubro un cuadro horripilante: *¡el cuadro de la inocencia perseguida y del pecado triunfador!* ¡Oh, la vida es cruel y está llena de disonancias! Está llena de dolores, de sufrimientos, de necesidades, que muchas veces hieren precisamente a los mejores. A los mejores, porque su honradez y su convicción moral no les permiten usar de las mañas astutas con que se abren camino los hombres de una conciencia poco escrupulosa.

De este laberinto de la injusticia no hay más que dos salidas. Una de ellas es el pesimismo enervante, la desesperación que empuja al suicidio: «Sí, es así, y así será siempre, porque es perverso este mundo.» La otra

---

<sup>11</sup> JÖRGENSEN: *Lebensluge und Lebenswahrheit*, Main, 1903.

salida —¡la única racional!— es esta solución llena de confianza: ¡Hay Dios! Hay Dios, que estableció la ley moral Y no deja sin castigo las infracciones de la misma; que espera con los brazos abiertos a los campeones victoriosos de la vida moral, y después de los muchos e injustos sufrimientos de la lucha terrena, les dice estas palabras: «*Yo soy tu... premio, sobremanera grande*» (Gen 15, 1).

Pero todo esto... ¡en caso de que exista Dios!

*Porque únicamente Dios puede dar solución adecuada a todos nuestros problemas.*

¡Cuántos misterios abrumadores, cuántas preguntas atormentadoras pesan sobre las almas, aun sobre el alma de los mejores, de los creyentes! Hay momentos en que aparece ante nuestros ojos el espectro de la duda: ¿Para qué sirve todo este mundo? ¿De dónde procede y cuál es su fin? Y en estos trances no podemos tener otra respuesta que ésta: ¡Debe tener una finalidad determinada; Dios, es su principio y su fin!

Después, otras dudas. ¡Cuánta injusticia, cuántas necesidades, qué miseria, qué dolor! ¡Cuánta violencia! Y la respuesta: Dios todo lo compensa.

¡Y mi propia soledad espiritual, el propio desconsuelo, la propia conciencia del pecado! Y la respuesta: Dios lo ordena todo.

Realmente, la vida, la miseria, la infelicidad, los sufrimientos, son un misterio tremendo... y este gigantesco misterio sólo puede descifrarse con una clave: Dios.

2.º Deduzcamos las consecuencias de nuestros precedentes razonamientos El hombre quiere ser feliz, *pero no sabe dar con su dicha aquí abajo en la tierra.*

A) No es sólo la Sagrada Escritura la que dice de la vida terrena: «*Vanidad de vanidades, y todo vanidad*» (Eclesiastés 1, 2), sino que entre los mismos griegos, tan renombrados por el concepto risueño que tenían de la vida, se repetía con frecuencia el canto coral de *Edipo*, de la tragedia de Sófocles: No nacer es la cosa mejor; si ya has nacido, lo mejor es morir cuanto antes.

Este tono de resignación fatalista es una prueba elocuente de que el mundo no es capaz de dar al hombre una felicidad cumplida, inalterable; pero, al mismo tiempo, también prueba la afirmación de DANTE. El gran poeta italiano escribe en su Purgatorio que sólo en Dios podemos encontrar aquellos dulces frutos que vanamente buscamos en tantos árboles y en

tantas ramas.

Cierto que el mundo hace grandes promesas, pero nunca cumple su palabra. Nos pinta todos los deleites, todos los paraísos, los mismos cielos, pero siempre nos engaña. Y este gran desengaño, este gran despertar, es el único tesoro que puede ofrecernos el mundo, porque así, por lo menos, guía nuestra alma sedienta de felicidad a la única fuente de la dicha duradera, a Dios: ¡en Él sólo encontraré mi felicidad! Es Dios quien no necesita de ninguno de nosotros, a quien todos nosotros necesitamos, y en quien encontrará un día nuestro espíritu hambriento de dicha el más cumplido logro de sus anhelos.

Porque si no hay Dios, ¿dónde alcanzará el hombre su felicidad cumplida? Esta es la gran cuestión.

B) «¿Dónde la alcanzará? ¡En ninguna parte! —me responde alguno—. En esto estriba justamente nuestra gran tragedia. Arde en nuestra naturaleza este deseo inextinguible de una vida más feliz, de una vida mejor; pero esto no deja de ser una imagen falaz, un espejismo trágico, un deseo que no puede tener cumplimiento...»

Hay hombres que así piensan; y no podemos oír esta voz que produce escalofríos, sin darle contestación.

Sí; una voz que produce escalofríos. Porque realmente sería terrible: 1º) si careciera de base *la conciencia* que me alza sobre los límites del mundo material, y 2º) si no tuviera fundamento *mi deseo*, que anhela una felicidad cumplida.

Pero no es así.

1) Voy por el mar. Ponte a mi lado, hermano, hermano mío que has perdido toda esperanza, acompáñame..., aquí, sobre cubierta. ¡Con qué majestad se mece ante nuestra vista esta ingente mole de agua, ¿verdad? ¡Qué cuadro avasallador! Pero no lo olvides: cada uno de sus movimientos, cada una de sus olas, toda la superficie y sus abismos todos se componen de millones y millones de gotas, que están una encima de la otra, una junto a la otra..., y el Océano nada sabe de la grandeza, del esplendor, de la sublimidad de cada una de estas gotas. ¡El Océano nada sabe..., *pero lo sé yo!* ¡Por lo tanto, yo soy más que el Océano!

Y encima de nuestras cabezas está la bóveda tachonada de innumerables estrellas. ¡Qué emoción!, ¡qué sueños poéticos me sugieren!; pero tan sólo a mí. Porque en la realidad todo aquello no es otra cosa que un montón de trozos de materia que se desplazan uno junto a otros, y que nada saben el uno del otro. No conocen ellos mismos su hermosura, la

sublimidad suya...; *pero las conozco yo. ¡Por lo tanto, yo soy más que la bóveda estrellada!*

El mundo que me rodea es majestuoso, pero no es más que materia. Es majestuoso y sublime en sus partículas más pequeñas, pero no es más que materia. Consta de millones de millones de moléculas, átomos, electrones; ¡y éstos nada saben el uno del otro!

Tan sólo tú, ¡oh, hombre!, puedes darte cuenta de ti mismo; tan sólo tú puedes conocerte. Tú sabes que, a pesar de tu pequeñez, algo puede salir de ti, algo que abarca las estrellas y mide el Océano. ¿Y por qué solamente tú? Porque tú no eres tan sólo materia, como el mar, el cielo, las estrellas, sino que hay algo inmaterial que une los átomos de tu cuerpo y los vivifica. Y este algo, por lo cual estás tan cerca de ti mismo, y al mismo tiempo puedes recorrer con tu vuelo el universo; este algo con quien tienes consejo en secreto y que nadie puede tocar si tú no lo permites; este algo no es materia. Es incomparablemente superior y de mayor excelcitud; nadie sino tú puede señorearlo.

¿No es un hecho muy particular?: por mucho que nos atraiga esta tierra, nuestros ojos buscan siempre las alturas, nuestra mirada se clava en los cielos, porque sentimos que somos más que todo el mundo material, y sentimos también que, después de esta vida terrena, somos llamados a ser ciudadanos de un reino más feliz. Casi diría: el hombre busca instintivamente al Dios que da la felicidad; tenemos una inclinación, *un deseo innato hacia el Dios que nos llena de dicha.*

2) ¿Y se podrá afirmar que este deseo puesto en nosotros por la misma naturaleza, este deseo de felicidad, carece de fin, de objeto, y *no puede encontrar satisfacción?*

Esto es lo que yo no creo. No lo creo, porque *la naturaleza no se entretiene en juegos, y si infunde un deseo, también procura la satisfacción.* Por lo menos, es lo que vemos en todo lo demás; y ¿éste sería el único punto en que nos engañe con una ilusión? La naturaleza nos dio ojos, pero nos da también luz; nos dio oídos, pero nos da también melodías; nos da sed, pero también nos da agua; ¿únicamente aquí, precisamente en este punto, nos engañaría, dándonos una sed inextinguible de felicidad y negándonos la satisfacción, la felicidad misma?

Si la naturaleza creó el león, creó también gacelas que le sirvan de comida; si creó el águila, creó también los escarpados peñascos que le sirvan de nido. Porque si no hubiera en la naturaleza más que lebrillo para el gato y montoncitos de tierra que, cavando, levanta el topo, seguramente

la naturaleza no habría creado para tales cosas un león o un águila.

¿Será, por lo tanto, el hombre, el único con quien haga excepción? ¿Seremos nosotros los únicos en quienes haya puesto el deseo de una felicidad perfecta, imperturbable, para que, a fin de cuentas, hayamos de contentarnos, como con mezquinas imitaciones de baratija, con vaciedades pasajeras y terrenas?

No. Si de Marte cayese ahora entre vosotros un ser viviente y con alas, ¿no diríamos todos, sin titubear siquiera, que en Marte se puede volar? De la misma manera, si en el alma del hombre notamos las alas que corresponden a las alturas, podemos afirmar con todo derecho: debe haber un Dios infinito hacia el cual estas alas quieren lanzar al hombre.

Si acercamos el oído a una gran concha marina y escuchamos con atención, notaremos un suave murmullo. Dicen que es el mar que murmura en la concha, el mar de donde ella fue sacada y al cual desea volver. De modo análogo, si prestamos oído atento a las profundidades, a los deseos de nuestra alma, percibiremos un suspiro misterioso, un deseo, un sonido peculiar: oiremos la voz de Dios, del Dios sublime, de aquel Dios de quien procede el alma y a quien desea volver.

\* \* \*

La primera pregunta del catecismo y la más abrumadora de todas las cuestiones humanas, es como sigue: «¿Por qué estamos en la tierra?» ¿Sabe dar respuesta conveniente la incredulidad? ¿Una respuesta que tranquilice, que llene de alegría? ¿Respuesta de la que irradie ánimo para la vida y ímpetu para trabajar?

Echemos una mirada al mundo: todo se mueve, todo se encamina, toda corre hacia el perecer. Se seca la hoja del árbol..., perece el animal..., muere el hombre..., se enfría el sol..., y llegará un día en que todo se helará. Y este momento inexorable, este momento final que todo lo mata, es el que ahora nos grita formulándonos esta pregunta: Pero entonces, ¿de qué sirvió todo?

¿Por qué he vivido yo? ¿Por qué ha vivido la humanidad? ¿Para qué ha servido la historia del hombre, para qué tantas lágrimas, tantos dolores, tantos trabajos?

He ahí la pregunta terrible, a la cual no sabe responder la incredulidad, Mira, si no, la respuesta de los antiguos y modernos sabios de la incredulidad: una completa bancarrota, la quiebra total de la incredulidad.

Por lo tanto, es necesario escoger

O creer que hay Dios, o creer que no existe.

O creer que hay un mundo más allá de la tierra, o creer que con la tumba se acaba todo.

O creer que hay una felicidad eterna, o creer que el deseo de una dicha sin fin es un instinto ciego, que carece de finalidad.

*Es preciso elegir. ¿Qué escogeremos? ¿La madrugada dorada por los rayos del sol, o la noche sin estrellas? ¿El calor que da vida, o el hielo que mata?*

Yo ya tengo hecha mi elección.

Yo creo..., porque no quiero volverme loco.

Creo, porque no puedo concebir que todo es principio y no hay cumplimiento, que todo es imitación y no hay una estación final. Creo, porque no puedo admitir que todo es capullo y no llega el tiempo del fruto, que todo es deseo y no hay satisfacción. Vive en mí el deseo de la felicidad, y creo que tendrá su cumplimiento; si, lo tendrá, en el reino, lleno de dichas, en el reino de mi Dios, todo bondad.

## CAPÍTULO XIV

### ¿QUÉ DICE LA SOCIEDAD: HAY DIOS?

Leí en una revista una noticia de la Rusia soviética que manifiesta el pensamiento fundamental del presente capítulo.

Día tras día leemos las noticias espantosas que nos llegan sobre la labor infernal del Gobierno soviético en punto a persecución religiosa. Después de haber robado al desgraciado pueblo ruso su tranquilidad, su pan, su fortuna, quieren arrebatárle ahora el último tesoro que le quedaba: la fe. Con odio diabólico se prosigue en la Rusia soviética la lucha contra Dios. El Gobierno editó su *Índice*, la lista de los libros prohibidos; y los tres libros que figuran en primer lugar como los más peligrosos para la humanidad, según el sentir del Gobierno, son el Evangelio, el Corán y el Talmud.

Si unos niños van a la iglesia, se castiga a sus padres; Se obliga a los jóvenes a frecuentar los *clubs* ateos.

Grupos de propagandistas recorren el país y pregonan las impiedades más soeces ante un público reclutado a fuerza de amenazas. El hombre que quiera que lograr un empleo ha de renegar de Dios.

Pues la noticia mencionada habla de uno de estos casos. Están examinando a un joven comunista, para declarar su madurez política.

—¿Qué es Dios? —le pregunta el presidente.

—Dios no es más que una fábula —contesta el joven.

—Bien. ¿Qué es la religión?

—La religión es el opio del pueblo.

—Bien. ¿Para qué sirve la Iglesia?

—Para desvalijar a los pobres.

—Sobresaliente. Has hecho un buen examen.

—¡Gracias a Dios! —exclama el joven con alegría, y se santigua tres veces.

Esta noticia expresa bien el tema que deseo tratar. *¡Qué verdadera*

*tiene que ser la fe en Dios, cuando ni siquiera la tiranía más violenta puede extirparla del hombre!* Para conseguir el sustento diario, para lograr un empleo, se ve obligado a mentir diciendo: «¡No hay Dios!»!; pero al punto de quedarse a solas, se santigua y exclama con alegría: Gracias a Dios, me ha salido bien el examen,

*¡Gracias a Dios!*

De modo que, a pesar de todo, Dios existe. Lo pregonan las maravillas del universo, los deseos más profundos del alma, todos lo dicen a voz en grito: ¡Hay Dios!

*Tiene que haber Dios, porque, de lo contrario, no se podría explicar este hecho: que la humanidad sienta intensamente la falta de Dios, y aún más, que no sea capaz de soportar tal falta.*

## I

### LA HUMANIDAD SIENTE LA FALTA DE DIOS

Creo que en toda la haz de la tierra no hay un solo hombre satisfecho del estado actual del mundo. Todos lo pregonan unánimemente: hemos de esperar una época mejor. Es nuestra esperanza del porvenir; porque la humanidad actual sufre un mal fundamental y de suma importancia.

*¿Cuál es nuestro mal?* Para unos, el mayor mal estriba en la injusta repartición de las riquezas; para otros, el mal está en la lucha de clases, que se odian mutuamente; para otros, en que el Estado no se preocupa bastante de sus súbditos; pero el Estado, por su parte, se queja de los ciudadanos que no cumplen sus deberes en lo que les toca; los obreros vomitan mil improperios contra el capital; los capitalistas están hastiados de los obreros. Los viejos se quejan de los jóvenes; la juventud acusa a los educadores...

Y, sin embargo, no es en estas cosas donde se oculta el mal peor. Todas estas cosas no son más que señales de una enfermedad más profunda y grave; todas estas cosas no son más que síntomas, pero no son el mismo mal. Entonces, ¿dónde está nuestro mal verdadero? Está en que: 1.º, *el modo de pensar del hombre*, y 2.º, *toda su vida se volvió de espaldas a Dios, y de esta forma el hombre el cimiento donde fundamentar su vida y ahora no encuentra desubicado, descentrado.*

Analicemos esta afirmación, para descubrir si realmente es así:

1.º Afirmo que nuestra desgracia consiste primeramente *en que*

*nuestro modo de pensar se ha separado de Dios.*

A) Desde que viven hombres en la tierra, nunca se han hechos tantos estudios e investigaciones, como en la actualidad. ¡Cuántos libros y revistas de investigación se editan diariamente, cuántos laboratorios, cuántos congresos científicos... ! Un descubrimiento sigue a otro, una hipótesis anula la anterior, una teoría cava la fosa de la que ayer estaba en boga... Es un hecho que no ha habido otra época que haya desarrollado un trabajo tan febril en el campo intelectual.

Y, sin embargo, hay una cosa que nos llama poderosamente la atención. Vemos que de este trabajo tan intenso no brota la bendición para la Humanidad. Hoy podemos saber cien veces más de lo que sabían nuestros padres hace unos cincuenta años, pero ¿somos también cien veces más felices de lo que fueron ellos? Sería vano negar que estamos mucho más insatisfechos, ¿quién lo duda? ¿Somos también más fuertes, y estamos más esperanzados para la vida? ¿Quién se atreve a contestar con un «sí» a esta pregunta?

B) Pero si nuestra ciencia, crecida de una manera asombrosa, no nos ha dado más felicidad, hemos de sacar la consecuencia: La ciencia en sí no es alimento suficiente para el alma humana.

Si el hombre no tuviera más que estómago, bien le bastaría un plato un arroz; si el hombre no tuviera más que cerebro, bien le bastaría con una ciencia muy desarrollada. Pero el hombre es más que estómago, y más que mero cerebro; por lo tanto, todo el caudal de ciencia no pasa de ser una nutrición unilateral a la que le faltan algunas vitaminas, y precisamente por esto se producen tantos desórdenes en su vida. Con nuestra ciencia hemos llegado a conocer muchos misterios ocultos de la naturaleza; pero hay dos cuestiones que obstinadamente rehúye la ciencia que apostató de Dios, sencillamente porque no sabe contestar; ¿De dónde proceden todas las cosas y adónde van?

El pensamiento moderno descompone en sus elementos todas los elementos de la vida del hombre, los mide con experimentos de laboratorio, hace de ellos esquemas, los desmenuza; pero le falta valor para confesar que después de todos los experimentos, de todos los análisis, de todas las etiquetas, algo que se le escapa, algo que no se deja medir, algo que nosotros los cristianos solemos designar con el nombre de «alma».

El pensamiento moderno reconstruye la historia de siglos lejanos a base de fuentes originales, subrayando el papel que desempeñan las

circunstancias geológicas, etnográficas, económicas, pero no sabe reconocer lo que nosotros, los cristianos, llamamos «divina Providencia», aquel factor que ha orientado de una manera tan notoria el desarrollo de la humanidad.

*Únicamente Dios puede proyectar luz sobre el sentido de la vida; la historia universal sólo se puede comprender con El; la moral no puede asentarse de una manera firme y duradera sino en Él; es sólo El quien salvaguarda el derecho contra la violencia y hace fructuoso el trabajo espiritual del hombre.*

2.º No tan sólo nuestro modo de pensar que se ha separado de Dios, sino toda nuestra vida. Y nunca descubriremos mejor la necesidad de la existencia de Dios y la bancarrota completa en el orden moral, que cuando observamos la vida de los hombres que le desprecian.

A) *Examinemos qué concepto tiene de la vida el hombre moderno.* ¿Cuáles son sus deseos? «Disfrutar de la vida.» Pero ¿qué se entiende con esta expresión? Tener mucho dinero, divertirse mucho, comer en abundancia, poder mandar a muchos....

Eso es «darse una buena vida»

¿Y el resultado?

¡Ahí, ¡el resultado es aterrador! Los hombres no pueden vivir en paz uno junto a otro... Desaparece la fidelidad, la honradez, la moral, las manos limpias, el corazón puro. Si vamos a este paso, pronto no habrá hombre que crea en los demás. La palabra del hombre ya no es sagrada, el juramento ya no es santo, la vida familiar deja de ser un santuario. El hombre exacto en el cumplimiento del deber es tildado de anticuado; el que no toca el dinero de otro cuando se presenta la ocasión de hacerlo en secreto es llamado imbécil; y si hay quien conserva una vida moralmente pura se granjea el título de «faquir».

Nunca como hoy la cultura ha florecido tanto. ¿Cuándo hubo tantas escuelas? ¿Cuándo se escribieron tantos libros pedagógicos? ¿Cuándo se fundaron tantas imprentas, bibliotecas, museos, universidades, laboratorios? Y sin embargo, la humanidad no está contenta, surge el desaliento, el desánimo, la insatisfacción. A ver, ¿dónde está el descuido?, ¿qué es lo que falta?

B) El hombre moderno todo lo tiene; *tan sólo... le falta Dios; y porque no tiene a Dios, está perdido y de nada le sirve tener muchas cosas.*

Se dice que la cultura europea está en decadencia, se habla de la caída inminente de las naciones del viejo mundo, y no nos preocupamos del peligro que nos amenaza. Los pueblos de Europa, durante un milenario y medio, tuvieron el papel principal en el mundo; y ahora se dirigen hacia su ocaso.

¿Cuál puede ser el motivo? ¿Cuál puede ser la causa de que los pueblos europeos hayan envejecido? ¿De que se haya perdido la alegría de vivir? ¿De que en Europa cada once minutos se suicide un hombre? ¿Del fracaso de la vida familiar? ¿De que haya tantos crímenes y robos? No bastan para explicarlo las causas económicas ni la pobreza material.

Y no encontramos otra explicación que ésta: *el nihilismo moral que roe los fundamentos de la vida de los pueblos europeos, la falta de fe*. El pueblo que abandona la fe es el más apto para dejarse dominar por las ideologías totalitarias.

Así se comprende la afirmación del PLATÓN: Es más fácil edificar una ciudad en las nubes que gobernar a un pueblo sin religión.

Así se comprende lo certera que es la afirmación de CHATEAUBRIAND: "Destruid el culto divino de los Evangelios y será de urgente necesidad tener en cada pueblo prisiones y verdugos.»

Así se ve cuán acertado estaba Napoleón al decir: «No se puede gobernar a un pueblo que no tenga religión, a no ser que con cañones.»

Así se descubre la verdad de lo que dijo SCHILLER: «Si en un Estado empieza a tambalearse la fe, se tambalean muchas otras cosas.» No, no; sino que, al mismo tiempo, se tambalean todas las columnas de la sociedad, la autoridad, el respeto a la ley, la disciplina, la honradez, la moral.

Así aparece con luz meridiana esta verdad: *Tiene que haber Dios, porque su negación ha acarreado perjuicios tan graves en la sociedad.*

## II

### LA HUMANIDAD NO PUEDE SOPORTAR LA FALTA DE DIOS

Pero no hemos explicado aún todo el contenido del pensamiento propuesto; y lo que sigue clama aún con mayor fuerza en favor de Dios: La humanidad no sólo siente la falta de Dios —con disturbios graves en la vida social—, sino que *es incapaz de soportar la falta por largo tiempo.*

1.º *Tiene el alma un problema, que en todas las épocas preocupó al*

*hombre*, y no le dejará descansar nunca mientras viva en esta tierra. El problema es éste: *el secreto de Dios*. El hombre todavía no ha visto a Dios, y, no obstante, todo hombre se encontró un día u otro con el secreto de Dios, y hubo de tomar una posición en tal cuestión.

No hay hombre en el mundo que no busque a Dios. Uno le busca entre las estrellas, el otro en las fuerzas de la naturaleza, el tercero le venera como demonio, como espíritu del mundo, espíritu ciego, inconsciente, dormido. El otro adora a Dios, el otro blasfema de Él. Quién se inclina ante su majestad, quién se rebela contra su poder...; pero *negarle por completo no es permitido a nadie*. No puede negarle ni siquiera el ateo, ni tampoco el que le odia, porque el mismo vacío del corazón ateo, triste y desorientado en su vida sin objeto, la glacial aridez que agarrota el alma del impío, son otras tantas pruebas de la existencia de Dios.

2.º Con harta frecuencia oímos la queja de que *vivimos en un mundo incrédulo*. Pero esto es sólo el anverso de la medalla. En el reverso está el ansía del alma humana por lo sobrenatural.

*¿Vivimos en un mundo incrédulo? No indica esto el gran número de religiones que existen*. Casi cada semana vemos aparecer alguna nueva. Este tanteo intranquilo, esta búsqueda incesante, demuestra que la humanidad no puede soportar la falta de Dios.

*¿Vivimos en un mundo incrédulo?* Las innumerables cábalas espiritistas, la teosofía, la antroposofía, el ansía por conocer los fenómenos místicos y ocultos, pregonan otra cosa.

*¿Vivimos en un mundo incrédulo?* La gran cantidad de astrólogos, adivinos, quirománticos y echadores de cartas son argumento de lo contrario. Y esto, en esta época de los grandes progresos técnicos y científicos, en la cultura general y en el espíritu exento de prejuicios...

Repito la pregunta por última vez *¿Vivimos en un mundo incrédulo?* No. La vida moderna pregonan otra cosa. *¿Que nos dice?*

Que el alma humana es incapaz de soportar por mucho tiempo la incredulidad y que para ella es una necesidad ineludible poseer alguna clase de fe, y que, si no confiesa el Credo, cree —como en sustitución— tonterías ridículas. Nos muestra que el que pierde su fe se hace muy crédulo. Nos muestra que si no hay religión que dé ideales a los hombres, entonces los hombres se fabrican otros ideales, indignos, risibles.

Brota espontáneamente la consecuencia: Tiene que haber Dios, porque, de lo contrario, no se comprende cómo la humanidad no puede soportar su falta.

En el decurso de los siglos hubo quienes intentaron cambiar este hecho, fueron muchos los que quisieron suprimir el nombre de Dios en el lenguaje humano...; pero todos fracasaron.

Vino VOLTAIRE y gritó a todos los vientos, el año 1753: «Dentro de veinticinco años habrá fracasado Dios.»

Vino NIETZSCHE y gritó a voz en cuello: «Dios ha muerto, le hemos matado vosotros y yo.»

Vino el desvarío de la revolución francesa, que borró el sistema cristiano de contar los años, que cambió el nombre de los meses, y en el año 1793, a la sombra de la guillotina humeante de sangre humana, propuso a un plebiscito esta pregunta: ¿Hay Dios? Y entre la turba amenazadora, ebria, deslumbrada, enfurecida no hubo más que una sola viejecita que se atrevió a levantar su brazo tembloroso por los fueros de Dios: *Pour Dieu, pour Dieu!*: «Por Dios! ¡Por Dios!» ¡Un solo voto en favor de Dios!, ¡los demás contra Él! Y se inauguró la vida sin Dios. Robaron, destruyeron, asesinaron, hicieron correr ríos de sangre..., hasta que una mañana aparecieron por las calles de París los carteles de ROBESPIERRE: «La nación francesa cree en Dios.»

Y ahora, a pesar de las tristes lecciones de la experiencia, viene el Gobierno soviético y lo empieza todo de nuevo. No permite que al acercarse Navidad se coloquen en los escaparates de las tiendas objetos que recuerden tal festividad. El trabajo es obligatorio el día de Navidad. Se publican y se reparten copiosamente hojas, se dan películas, obras teatrales que impugnan la idea de Navidad. Grupos de hombres irrumpen en las iglesias y asaltan a los creyentes; la banda de los niños ateos pasa de casa en casa arrancando las imágenes piadosas y las quema con toda solemnidad por las calles. Se cierran las iglesias. Se reparten hojas a los obreros de Moscú en que se les pregunta y se les hace votar: «¿Con Dios o contra Dios?» Pero las hojas van encabezadas con estas palabras: «El que va con Dios es traidor al Gobierno soviético.» Todo esto pasa, en nuestros tiempos, en nuestra Europa. ¡Quieren un mundo sin iglesias y... sin Dios!

¡Pues andáis mal en vuestros cálculos, «raza de víboras»! (Mt 23, 33). ¡Son vanos todos vuestros esfuerzos! ¡No sabéis hacerlo!

Yo os diré lo que tenéis que hacer. Os diré cuáles son las medidas necesarias para borrar el nombre de Dios.

Habéis de crear una nueva humanidad, habéis de crear un hombre

nuevo. Un hombre que no tenga ni ojos, ni alma, ni corazón.

Porque mientras viva en esta tierra la antigua raza de hombres — hombres en cuyos ojos se encienda la admiración que les causa la belleza del ingente universo, en cuya conciencia resuena sin cesar el repiqueteo del orden moral, cuyo corazón dolorido quiera lanzarse en las tinieblas de la vida terrena a la Fuente de la verdad y felicidad perfectas—, mientras tales hombres vivan en esta tierra, quedarán en pie las palabras de la Sagrada Escritura respecto de Dios: «Eran millares de millares los que le servían, y mil millones los que asistían ante su presencia» (Daniel 7, 10). Y le asisten no de pie, sino postrados de rodillas, y así le rezan «Bendición y gloria y sabiduría y acción de gracias, honra y poder y fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén» (Apoc 7, 12).

## CAPÍTULO XV

### HE DE CREER EN DIOS

Justamente creer en Dios es lo que nos hace hombres. El que niega a Dios no puede ser hombre: «creado a imagen y semejanza de Dios». El que no cree en Dios no puede vivir en armonía; podrá su apariencia exterior ser humana, pero su interior niega lo que nos levanta por encima de los animales: la semejanza con Dios.

Es preciso creer en Dios, porque el hombre que niega a Dios no puede vivir ni siquiera una vida humana. Este es el tema importante que en el presente capítulo deseo desarrollar. Este capítulo servirá también de conclusión a esta segunda parte; por lo tanto, será como un breve resumen de los argumentos que llevamos expuestos y que guían al hombre hasta llevarle a Dios.

En los capítulos anteriores hemos examinado las manifestaciones más diversas de la vida, y hemos visto cómo éstas obligan al hombre a volverse a Dios, a refugiarse bajo su protección, es decir: a creer en Dios.

¿Cuál es el primer motivo que nos obliga a creer en Dios?

#### I

#### ME CONDUCE A DIOS EL ENTENDIMIENTO

El que niega a Dios, obra: 1.º, *sin derecho*, y 2.º, *con insensatez*.

1.º *Obra sin derecho*.

Sí..., bien..., al fin y al cabo... *Si alguien está empeñado en cerrar los ojos, nadie se lo impide*.

Sobre el cielo estrellado contempla millones de estrellas, de una belleza sobrecogedora; y él, encogiéndose de hombros, se dice asimismo: Pero ¿qué me importa a mí todo eso?

En torno suyo, las admirables leyes del mundo inorgánico y del

mundo orgánico pregonan claramente la sabiduría del Creador; y él, encojiéndose de hombros, se dice asimismo: Cierto; pero ¿qué me importa?

Contempla el prodigio incomparable de cuerpo humano, y él, encojiéndose de hombros, repite: Así es; pero ¿qué me importa?

Y esta pereza de pensamiento es en muchos hombres el mayor peligro para perder la fe.

Así le pasó al mismo NAPOLEÓN en su juventud, deslumbrado por el poder. Pero cuando tuvo más tiempo para meditar, en la soledad de la isla de Santa Elena, su alma volvió a la religión y gustaba de hablar sobre temas religiosos. Uno de sus familiares, el general Bertrand, era de otro parecer y se volvió en cierta ocasión a Napoleón diciendo: «¿Qué es Dios? ¡Usted nunca vio a Dios!» El emperador contestó: «Usted tampoco vio mi espíritu; y, no obstante, usted, movido por mis victorias, me dijo que tengo un espíritu potente. Y ¿qué son mis victorias en comparación con las obras del Omnipotente? ¿Qué son mis hechos de armas más brillantes en comparación con la actividad del universo? Si usted conjetura por las obras de un hombre su espíritu poderoso, al cual, sin embargo, no puede ver, por qué se resiste a deducir de las obras magníficas del Creador invisible la existencia del mismo Creador?»

Exacto. Barrunto a Dios *con el entendimiento y con el corazón*. Con el entendimiento, que deduce la existencia de Dios de los millones y millones de fenómenos que hacen posible la vida, en sus tres vertientes: vegetal, animal y humana; y con el corazón, pues de los límites mezquinos de la alegría terrena y de esta felicidad efímera se eleva el impetuoso anhelo de encontrarse con el que es la Fuente de felicidad eterna: Dios.

Pero si alguien se empeña, con su entendimiento y su corazón, en negar al Señor de todas las cosas, *pierde el sentido para percibir a Dios*, por muy hábil y listo que se crea. Vive constantemente en la oscuridad.

Una comparación servirá para subrayar esta idea. El Sol luce, nos calienta y resplandece en el cielo. ¿Cómo conozco que hay Sol? Me lo dicen los ojos, que ven su luz, y me lo dice también mi percepción del calor. Supongamos que llegan a deteriorarse en mi cuerpo estos dos sentidos; en el mismo momento se pierde, como si dijéramos, el Sol para mí, yo entonces me atrevo a negar su existencia. Me queda el oído, pero éste nada me dice del Sol; me quedan todavía el gusto y el olfato, pero tampoco éstos me hablan del Astro Rey. ¿No sería, sin embargo, una insensatez que yo niegue por eso su existencia?

Uno de los más renombrados biólogos modernos de América, ROBERTO ANDREWS WILLIKEN, que fue galardonado con el premio Nóbel, escribe respecto de las relaciones entre la fe y la ciencia: «Ningún fundamento científico tenemos para negar la fe. El que no sabe compaginarlas ha de achacarse a sí mismo la falta... Puedo afirmar de manera rotunda que la negación de la fe carece de toda base científica. Según mi sentido, no se puede justificar la contradicción que algunos pretenden ver entre ambas»<sup>12</sup>.

¿Qué otra cosa significan estas palabras, sino que quien se llama incrédulo y, para motivar su incredulidad, se apoya en las pesquisas científicas, obra sin derecho?

Este fue asunto de todo un capítulo.

2.º Pero afirmamos que el hombre, al negar a Dios, no sólo obra sin derecho, sino *de un modo insensato*.

De un modo insensato, porque *el hombre no puede vivir sin fe*. El hombre actual quiere resolver todas las cuestiones apoyándose en su ciencia; y no es gran cosa lo que con ello consigue. Ignora lo que hay más allá de las fronteras conocidas del universo; desconoce lo que se oculta en el fondo de su propio «yo»; no sabe decir a qué obedece el sentimiento de la responsabilidad; no puede explicarse por qué uno es un héroe y otro se queda en un simple traidor; es incapaz de poner en claro qué es lo que queda de nosotros después de la muerte. A estos problemas no sabe contestar, y son justamente los más importantes y vitales.

En cambio, la fe nos propone las respuestas adecuadas. *No, por cierto, a todas las cosas que quisiéramos saber; pero siempre lo que nos brinda es algo sólido y claro*. Los dogmas de la fe se yerguen como rocas en medio de la tempestad. Es ardua tarea tenerse en pie sobre una roca batida por el huracán; pero quien ha probado ya lo que supone ser juguete de las olas alborotadas, preferirá, de seguro, estar sobre la roca firme.

«Yo no necesito dogmas. ¡Yo quiero tener mi manera personal de ver y juzgar el mundo.» ¡Ah! No sabes lo que es el dogma. Ni conoces el horrible caso de aquellos que viven sin dogmas, sin fe. ¡Yo no necesito dogmas! ¿Prefieres, pues, la niebla al rayo de sol? ¿Prefieres errar a tientas a seguir la dirección de la brújula?

Tú sólo quieres «saber» y no quieres «creer». Tú no quieres tener fe. Sin embargo, forzoso es que admitas que también el incrédulo tiene su Credo; sólo que el suyo no empieza con estas palabras: «Creo en un solo Dios...» *Credo in unum Deum...*, sino con éstas: *Credo omnia incredibilia:*

<sup>12</sup> *Der Fels*, año 21, pág. 110.

«Creo todo lo increíble.»

Preciso es que sepas que el incrédulo acepta cosas mucho más difíciles de creer que las que nos impone la fe cristiana. También el incrédulo tiene su fe, más fe quizá que el creyente, sólo que la fe se ha avinagrado en él, y en el creyente sigue siendo el vino puro y añejo. Pero ya se encuentre en estado de vinagre ya sea vino generoso, la fe pregona que en algún punto tiene que haber una vid; y del mismo modo pregonan incrédulo y creyente que... hay Dios.

Sí, aunque parezca una afirmación peregrina: *también los incrédulos tienen su Credo*. ¿Cuál es este Credo?

«*Creo que no hay Dios y que todo este mundo admirable, con sus magníficas leyes, con todo su orden y belleza, no es más que obra de la ciega casualidad. Bien es verdad que no se hace por casualidad ni un sólo reloj de pulsera, ni una punta de lápiz; yo, sin embargo, creo que este mundo admirable se hizo por sí mismo.*»

«*Creo que Jesucristo nunca vivió, y si es que ha vivido, no fue Dios, sino sólo hombre; y me admira cómo es posible que millones y millones de hombres le tengan por el Hijo de Dios, y no sólo que todavía no le hayan olvidado, sino que le sigan amando.*»

«*Creo que con esta vida terrena se acaba todo, que no hay nada más allá de la muerte, por mucho que mi entendimiento se rebele contra tal pensamiento, por mucho que clamen contra él mi corazón y el convencimiento de toda la humanidad...*»

He ahí algunos puntos del Credo del incrédulo. Creer todas estas imposibilidades, ¿no supone tal cosa un caudal de fe mucho mayor que la exigida por el Credo cristiano?

Pero sigo preguntando: La vida humana, ¿se hace más agradable, más fácil, mediante tal Credo?, ¿se suaviza el peso del sufrimiento?, ¿se secan las lágrimas?, ¿se adquiere mayor fuerza moral?

Y con esto ya llegamos a un nuevo pensamiento, que dejo desarrollado en otro capítulo: Me conduce a Dios no sólo la inteligencia, *sino también la moral*.

## II

### ME CONDUCE A DIOS LA MORAL

1.º Epopeya heroica de los antiguos pueblos griegos, y obra maestra de la literatura, es la Odisea. Su héroe, Ulises, va errando durante largos años por el mar, y todas las veces que envía algunos de sus compañeros a explorar playas desconocidas les da unas instrucciones interesantes. Examinad —les dice— si los habitantes de la isla veneran o desprecian a los dioses. Si los veneran, son hombres nobles y buenos; de lo contrario, son salvajes y crueles<sup>13</sup>.

El resultado a que llegó Ulises hace millares de años, por vía de experiencia, es una verdad que tiene su fuerza también hoy día. El hombre siempre ha creído en Dios; y, por otra parte, su idealismo, su moralidad, su ánimo para la vida siempre se alimentan de su fe en Dios. No hubo todavía una humanidad sin Dios; y si la humanidad intentase apostatar de Dios en masa, esto sería la bancarrota completa de todo el orden moral.

Tan sólo la fe en Dios puede dar la firmeza necesaria para vencer la tentación, el idealismo suficiente para acometer un trabajo perseverante, y una conciencia digna del hombre.

«Sólo el que se siente pequeño ante Dios puede ser poderoso ante los hombres.»

Sólo el que sabe humillarse ante Dios podrá pasar en medio de los hombres con la cabeza erguida.

«El que no reconoce por Señor a Dios tendrá que someterse a muchos señores», así reza un proverbio antiguo; lo cual se corrobora en la actualidad: ¡qué incertidumbre sigue al derrumbamiento de la fe!, ¡cómo se resquebraja la moral! No afirmo que el individuo o el pueblo que pierden su fe pierden inmediatamente su moralidad; pero sí afirmo que con la pérdida de la fe empieza el proceso de descomposición que desemboca en una ruina completa. Al ponerse el sol no entra en seguida la noche, pero... ya empieza a oscurecer.

2.º *Aun los que se ufanan de ser incrédulos tienen una concepción de la vida y de la moral, entremezclados con cosas que no tienen explicación a no ser en la fe. ¿Qué demuestra este hecho? Demuestra que la naturaleza humana se rebela, con un instinto profundo y sano, contra la incredulidad.*

---

<sup>13</sup> Odisea, IX, 174.

Aduzco un ejemplo de los más corrientes: ¿Verdad que todo hombre incrédulo se escandaliza que pueda haber personas antropófagas, que comen carne humana? Todo el mundo condena el canibalismo. Y, sin embargo, tan sólo el hombre creyente tiene derecho a escandalizarse al oír semejante atrocidad. ¿Qué derecho tiene el impío a escandalizarse? Según él, el hombre no pasa de ser un animal más. No debería impacientarse, pues, si hay alguien a quien le gusta más la carne de sus semejantes que el pollo asado...

Sí; si no hay Dios, el hombre no pasa de ser un animal; y si sólo es animal, entonces no se debería escandalizarse de que a veces se comporte como los animales. ¡Es la lógica del incrédulo consecuente! Pero el entendimiento humano y la moral humana nos conducen a Dios.

Pero hay aún otra fuerza que nos impele hacia Dios: el sufrimiento.

### III

#### NOS CONDUCE A DIOS EL SUFRIMIENTO

1.º *¡La hora del sufrimiento!* Una hora en que el hombre estaría dispuesto a sacrificar todo lo que haga falta con tal de recibir un poco de consuelo. Una hora en que las lágrimas amargas afloran en nuestro rostro y sentimos como pena nuestro corazón. Una hora en que vemos con luz meridiana la gran verdad de que «sin Dios no puede vivir el hombre».

Las duras desgracias de la vida abren los ojos aun a quienes los tenían cerrados para Dios en medio del bienestar. Así lo confiesa STANLEY, el célebre explorador de África, cuando dice: «En las soledades del África la religión echó en mí raigambre tan profunda, que se hizo mi norma, mi guía espiritual. No podemos lograr un progreso real y esencial sino con las convicciones religiosas; sin éstas, el llamado progreso es una cosa vacía y pasajera. Sin una fe anclada en Dios, nos vemos zarandeados en el mar de la incertidumbre.»

2.º Sufrimientos, desgracias, enfermedad, dolores, hieren igualmente al creyente y al incrédulo, pero ¡qué distinto es el comportamiento de ambos! El incrédulo levanta desesperado y sin fuerzas el puño contra el destino cruel, o bien sufre con resignación abatida en medio de los dolores cuyo sentido no sabe descubrir.

Miremos, en cambio, cómo sufre el creyente. ¿Hay hombre que haya sufrido más que SAN PABLO? Pero ¿quién oyó jamás una palabra de queja salida de sus labios? ¿Quién le vio llorar? Leemos cómo desborda de gratitud su corazón ante el Dios consolador: «Bendito sea Dios, Padre de

nuestro Señor Jesucristo, el padre de las misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones» (2 Cor 1, 3-4). «*Verdad que tengo muchos sufrimientos —escribe—, pero mayor es mi consuelo. Estoy inundado de consuelo, reboso de gozo en medio de todas mis tribulaciones*» (2 Cor 7, 4).

¡Cuántas veces al incrédulo, al ver como vive el creyente, se le escapa esta confesión: «Te envidio porque tienes fe... ¡Qué feliz debe ser el creyente de verdad!»

El mismo GOETHE, el célebre escritor, considerado por muchos como un hombre feliz, y que realmente se vio favorecido de la fortuna, le confesaba a Eckermann el 27 de enero de 1824, que en los setenta y cinco años de su vida no fue feliz ni siquiera cuatro semanas; que lo normal era la sensación de aridez que embargaba su alma: «Tenía la impresión de ser una rata que comió veneno; entra en todos los agujeros, traga todos los líquidos, come todo cuanto encuentra, y en su interior sigue, no obstante, ardiendo el fuego devorador que no se puede apagar.»<sup>14</sup>

Se cumple aquí el proverbio ruso: Se puede vivir sin padre, se puede vivir sin madre, pero no es posible vivir sin Dios.

La religión tiene muchos enemigos, pero también tiene dos contrafuertes, que sus enemigos nunca podrán derribar. ¿Cuáles son estos contrafuertes tan resistentes? *La grandeza y la pequeñez del hombre*. La grandeza del hombre, cuyos altos anhelos no puede satisfacer sino la religión; y la pequeñez del hombre, su impotencia, sus dolores, que no encuentran consuelo fuera de la religión. Mientras haya en el mundo un corazón magnánimo que sienta la estrechez de los límites de la materia, y mientras haya en el mundo un corazón quebrantado que sufra el fuego y la herida del dolor, no podrán vencer los enemigos de la religión.

#### IV

### NOS CONDUCE A DIOS LA SALUD

1.º No hace mucho escribió un médico: «La mayoría de las personas profundamente creyentes son mentalmente sanas y equilibradas; lo que no acontece en muchas personas ateas o supersticiosas».

La fe en Dios no puede ser extirpada del hombre, porque tendríamos

---

<sup>14</sup> *Goethe's Werke*, Weimarer Ausg. 4. Abteilung, II, Bd. 292.

que amputarle una parte de su ser más íntimo; la religiosidad es una parte integrante de todo el hombre.

El alma humana necesita de Dios para poder encontrar una respuesta tranquilizadora a los problemas más angustiosos de la vida, del mismo modo que la piedra necesita del suelo para tener lugar en donde apoyarse.

2.º La fe en Dios es *salud y plenitud del espíritu humano*.

Si de verdad Dios no existiese, sería, sin duda, uno de los fenómenos más incomprensibles de la historia humana el hecho de que desde que vive el hombre en esta tierra siempre ha creído en Él, siempre ha hablado de Él, siempre le ha venerado. Todos los sacrificios paganos, cada templo, cada altar, hablan de Dios; todos los ratos dedicados a la oración, todos los ritos religiosos nos hablan de Dios; todo esfuerzo por vencer las tentaciones, todo impulso noble del hombre, nos está hablando de Dios..., y ¿sería posible que este Dios no existiese?

Imaginemos adónde iría a parar la cultura humana sin Dios. ¡Qué miseria más árida sería la del hombre si no hubiera fe! ¿Cómo iba a surgir un Hornero o un Virgilio sin la creencia en los dioses? ¿O un David, sin el culto del Dios verdadero? ¿Un Dante, un Lope de Vega, un Torcuato Tasso, sin el Cristianismo? ¿Una arquitectura gótica, sin motivos religiosos?

*Quita la fe en Dios a la humanidad y se transformará su manera de pensar, toda su historia...; se transformará toda la faz de la tierra. Cómo se explica la historia si se suprime a Dios? ¿Quién es capaz de comprender que en este mundo no haya habido antes ni ahora tirano, verdugo, patíbulo, capaces de extirpar la fe del alma humana, como tampoco hay cínico ni filósofo que tenga fuerza de argumentos para destruirla? Explícame este hecho...; contéstame a este punto... No tienes otra respuesta que ésta: ¡Creo en Dios! ¡Tiene que haber Dios!*

\* \* \*

Y con esto, lector amigo, hemos acabado la segunda parte del tema que nos señalamos. «*Creo en un solo Dios*», es el tema general. Hasta ahora hemos tratado esta cuestión: «¿*Hay Dios?*» Reservamos para la tercera parte la pregunta de «¿*Quién es Dios?*» Mientras íbamos examinando los caminos que conducen a Dios hemos descubierto a la vez caminos que corren en dirección contraria y alejan de Él.

¡Caminos que alejan de Dios! Al principio son caminos agradables,

fáciles; están sembrados de flores, bordeados con todo el falso esplendor del pecado. Pero a medida que se los recorre se hacen cada vez más difíciles y tenebrosos..., las flores se marchitan..., las piedras agudas hieren las plantas del peregrino..., se debilitan las fuerzas derrochadas del cuerpo y del espíritu... y al final se tiene que ir a gatas por el sendero que serpentea, entre pantanos hediondos.

¿Y los caminos que conducen a Dios? Al principio son difíciles, empinados; se escalan a duras penas. Pero con cada paso que andamos se hace cada vez más fáciles, el paisaje más hermoso, más entusiasmante el horizonte..., y al final el alma se eleva como nunca había soñado...

*¡Alerta, hermano! Escoge bien. ¿Qué camino quieres pisar: el que conduce a Dios o el otro que aleja de Él? Decídate a marchar impertérrito por el primero y a enarbolar con orgullo en tu vida la bandera de la fe en Dios.*

Recibí en herencia de mis antepasados la fe cristiana y por esto la venero y la conservo con amor. Pero ahora ya estoy personalmente convencido. *Mi razón, mi corazón, mi alma, mi sentido común, mis deseos de verdad y felicidad me obligan a creer, porque «no se ha dado a los hombres otro Nombre debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos» (Hech 4, 12) que el nombre santo y bendito del Dios Augusto.*

## PARTE TERCERA

### ¿QUIÉN ES DIOS?

*Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.*

Símbolo de los Apóstoles

# INTRODUCCIÓN

## LA REVELACIÓN

### ART. 1.º — EL VELO DE SAIS

¿Conocéis la leyenda del velo de Sais? ¿La dolorosa, la emocionante leyenda del joven audaz?

Según la antigua leyenda egipcia, la fuente primordial de toda divinidad y de toda vida era la diosa Isis, cuya imagen se conservaba en Sais cubierta por un velo entretejido de oro y de púrpura. Quien levantase el velo que la ocultaba, conocería los misterios más profundos de las creencias religiosas; pero a nadie le era permitido levantar el velo sino a los sacerdotes que estaban al servicio de la diosa.

Érase un joven que no podía apagar su ardiente sed de saber...; no perdonaba medio de conocer algo más de la divinidad... En una noche silenciosa llegó furtivamente al interior del templo, y con temblorosa mano levantó el velo de la imagen de Sais...

Lo que vio no lo dijo a nadie; porque cuando, al día siguiente, los sacerdotes entraron en el santuario, el osado joven yacía en el suelo, sin sentido, mudo, con la palidez de la muerte en su rostro. ¿Cuál fue la causa de su desgracia? *El haber visto* de veras; había echado una mirada a lo más profundo de la religión pagana; vio que todo era un gran engaño; porque detrás del velo no había nada...; tan sólo un gran vacío...

### ART. 2.º — La FE CRISTIANA

Nuestra fe católica, nuestra religión cristiana, no teme que se levante el velo. No sólo no lo teme, sino que nos invita u hacerlo: ¡Acercaos a Dios! Que no sea Él para vosotros una imagen escondida, velada. Hablad mucho de Él, meditad acerca de Él; aún más, en cuanto es capaz el corto entendimiento humano, intentad conocerle más y más hondamente.

A este deseo de saber se atenderá en los capítulos que siguen.

*¿Quién es Dios?* — Es la cuestión que vamos a dilucidar.

¿Pero no será peligroso pensar, hablar, razonar mucho acerca de Dios? ¿No correremos la suerte del joven de Sais? No hay que temer. ¡Adelante! Emprendamos el camino con valentía. Sé perfectamente, es mi convicción arraigada, que al final no sentiremos el peso de la desgracia como el joven de Sais, sino que, con el alma emocionada y con la fe robustecida, nos hincaremos de rodillas ante nuestro augusto Dios, que habremos aprendido a conocer mejor.

Pero antes de dar los primeros pasos hemos de buscar un guía.

Hasta ahora nos ha dirigido el entendimiento; ¿podrá hacerlo en adelante?

### ART. 3.º — LA REVELACIÓN

Hasta ahora, el entendimiento era el que nos guiaba hacia Dios. A él le preguntábamos ¿Hay Dios? Y recibimos la respuesta de: Existe un ser augusto, poderoso, a quien damos el nombre de Dios.

El entendimiento nos condujo a las proximidades de Dios; al llegar a este punto se para ante el Dios velado y no sabe dar un paso más.

La brújula orienta con seguridad la embarcación del explorador hacia el Polo Norte; pero al llegar a las cercanías del misterioso Polo se mueve inquieta, se agita, y ya no sirve; lo mismo ocurre al entendimiento humano se turba y se muestra impotente cuando llega al secreto de los secretos, a la vecindad de Dios.

Los más sabios de los paganos sintieron la dificultad del problema.

HIERÓN, tirano de Siracusa, preguntó al sabio *Simónides*: «Dime, ¿qué es Dios?» El sabio pidió un día para responder. Después pidió dos días más..., después cuatro..., después ocho... Y por fin contestó al soberano, que ya había perdido la paciencia: «Cuanto más tiempo paso meditando la cuestión, tanto mas difícil me parece la respuesta»<sup>15</sup>.

Observad cómo forcejea el entendimiento humano por descorrer el velo. ¡Y no tiene fuerzas para empresa tan alta!

Pero, entonces, ¿hemos de contentarnos con sólo saber que hay Dios, sin que nos sea dado conocerlo más de cerca y decir quién es?

¡Ah!, no; no puede contentarse sólo con esto el hombre. Algo nos dice nuestro entendimiento acerca de los atributos divinos. Y cuando se detiene el entendimiento, entonces viene en nuestra ayuda una mano pode-

---

<sup>15</sup> Cicerón: *De natura deorum*, 1, 234

rosa para levantar el velo del misterioso rostro de Dios; es la mano vigorosa de la fe, apoyada en la Revelación.

¿Quién es Dios? Poco puede decirnos sobre esto la razón humana; así y todo, es lo bastante para descubrirnos y hacernos admirar la perfección infinita, la grandeza, el poderío de Dios.

*¡Dios!*, señalad un punto en la redondez de la tierra donde sea extraño, desconocido este nombre santo.

El labrador levanta los ojos al cielo y adora a Dios al rayar el alba. El enfermo le invoca, el que sufre implora su auxilio. El malo le teme, el justo tiene puestas en Él sus esperanzas. Ante Él se arrodilla el niño y a Él eleva sus rezos el anciano. De Él espera ayuda el menesteroso, y ante Él se postran los reyes. Dios lo es todo para todos.

*¡Dios!* Cuantas estrellas hay en el cielo, cuantas hierbas en la pradera, cuantos peces en el mar, cuantas flores en el campo, cuantos granitos de arena en las orillas del mar y cuantas gotas en el océano inmenso, son otras tantas pruebas elocuentes de la grandeza de Dios.

«Pregunta si no, a las bestias, y te lo enseñarán; y a las aves del cielo, y te lo declararán. Habla con la tierra y te responderá, y te lo referirán los peces del mar. ¿Quién no sabe que la mano del Señor hizo todas estas cosas?» (Job 12, 7-9). «*Porque toda casa tiene su constructor; mas el constructor del universo es Dios*» (Heb 3, 4).

A mi alrededor el maravilloso universo sigue expandiéndose desde hace cien millares de años.

¡Qué sabio, pues, qué poderoso, qué infinito ha de ser el Creador del mundo! Así lo veo, con sólo la luz de la razón.

No debemos de dejar de hojear el libro eterno de la naturaleza: en él verás escrita la imagen de Dios. Sólo es cuestión de saber caminar con los ojos abiertos entre las innumerables bellezas de la creación.

Sin embargo, la imagen que la naturaleza nos brinda de Dios es vaga, incierta, insuficiente...; nosotros necesitamos una imagen mucho más clara, mucho más precisa. Basta el entendimiento humano para deducir que hay Dios, que forzosamente ha de haber Dios; pero el concepto de Dios así adquirido es demasiado estrecho, pobre, oscuro, y, sobre todo, es frío y vago. ¡Hay Dios!, dice la razón humana.

Pero *quien es Dios*, sólo Él mismo nos lo dirá con más precisión. «*Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*» (Mt 11, 27).

Y ved la mano poderosa y fuerte que nos ayuda a levantar el velo: *la*

*mano auxiliadora de la fe*, la mano auxiliadora de la Sagrada Escritura y de Nuestro Señor Jesucristo, que nos hablan de Dios.

En las cimas de las altas montañas suele haber algún telescopio, y por unos pocos céntimos todos pueden utilizarlo para contemplar el bello panorama que se ve desde allí. La gente se agrupa en torno a aquél que está mirando a través de él y que no deja de exclamar: «Qué rocas! ¡Qué precipicios! ¡Qué abismos! ¡Cuánta belleza! ¡Cuánta magnificencia...!» Los otros no pueden ver todas estas cosas, pero creen la palabra del que las va contemplando.

Nuestro Señor Jesucristo tenía una vista que penetraba en la eternidad. Agrupémonos, pues, en torno de Jesús, en torno de la Sagrada Escritura, y atentos escuchemos lo que nos dicen de Dios. Nuestra razón sólo nos dice que Dios es grande, infinitamente augusto, poderoso, pero, ¡ah!, ¡cuántas más cosas nos dice respecto de Él nuestra fe, Nuestro Señor Jesucristo!

Desde la venida de Jesucristo podemos decir con todo derecho que sabemos de veras *quién es Dios*. «*Quien me ve, ve también al Padre*», dijo un día el Señor; y desde entonces sabemos que Dios es tal como vemos a Jesucristo; es el Dios bondadoso, que a todos nos espera en la bienaventuranza eterna; el Dios justo, que nos premia, o nos castiga, por nuestras obras; el Dios santo, que abomina el pecado; el Dios paciente, que no condena en seguida al pecador; el Dios de las misericordias, que estrecha contra su pecho a los de verdad arrepentidos. ¡Cuántos rasgos sublimes de Dios nos dio a conocer Nuestro Señor Jesucristo! Los iremos contemplando en los capítulos que siguen; caminaremos por alturas de vértigo, bordearemos abismos insondables, pero nada hemos de temer: Cristo nos llevará de la mano.

Emprendamos, pues, el camino.

## CAPÍTULO XVI

### DIOS ES ESPÍRITU

(San Juan, 4, 24)

¿Adónde nos llevan los primeros pasos? A la luz de la fe daremos sólo dos, por ahora, en este capítulo; y, sin embargo, alcanzaremos alturas inaccesibles a nuestras propias fuerzas. Veremos que I. *Dios es uno*; y que II. *Dios es Espíritu*.

#### I

#### DIOS ES UNO

«Creo en un Dios»; así empieza nuestra confesión de fe, y éste de ser nuestro primer paso. Creo en *un solo Dios*.

Hoy ni siquiera podemos apreciar debidamente el inmenso valor de esta riqueza espiritual: el conocimiento de que no hay más que *un solo Dios*. Hoy, en los países cristianos, los niños más pequeños rezan así «Creo en un Dios», pero ¡en *uno*, en un solo Dios!

Escucha, oh Israel...: «*El Señor es el verdadero Dios, y no hay otro Dios sino Él*» (Deut 4, 35), dijo Moisés a su pueblo; y esta pequeña nación guardó la fe del Dios único en medio del mar de la idolatría que la rodeaba. Este artículo de fe es la base del Credo cristiano: *Credo in unum Deum*: «Creo en un solo Dios.»

¿Hay, acaso, una verdad religiosa que pueda parecernos tan natural, tan fácil de entender? Y, sin embargo, ¡por cuántos desvaríos hubo de pasar el hombre para llegar hasta este punto! ¡En medio de qué errores vivió durante siglos, mientras un sinnúmero de ídolos paganos le mostraban una mueca de ironía!

Hoy ni siquiera es posible imaginarnos las luchas y los sacrificios que costó al cristianismo imponer a la humanidad entera esta verdad tan clara para nosotros.

Por ella hubieron de verter la sangre los primeros mártires cristianos: por la fe del Dios *uno!*

Por ella hubieron de afanarse y sudar los confesores; ¡por la fe del Dios *uno!*

Por ella hubieron de privarse de la dulce vida familiar, de las comodidades terrenas, del descanso nocturno... y hasta ofrendar su vida los evangelizadores de los pueblos paganos: ¡por la fe del Dios *uno!*

Y si ahora nosotros encontramos tan natural la fe cristiana, nuestra fe en un solo Dios, no nos olvidemos de mirar con gratitud a aquellos por cuya labor apostólica nos fue dado levantarnos hasta tal punto; nosotros, los húngaros, a San Esteban, a San Gerardo, a San Ladislao; los otros pueblos, a sus propios apóstoles.

Y no nos descuidemos de ayudar con nuestras oraciones y nuestro óbolo a aquellas almas caritativas que están luchando hoy en las misiones para erigir en el sitio de los ídolos paganos los altares del Dios uno y verdadero.

Y, sobre todo, no olvidemos otra cosa. Los ídolos del paganismo primitivo yacen arrumbados en el olvido; pero ¡en cuántos corazones ocupan el lugar de aquéllos *los ídolos de la moderna gentilidad*: los falsos dioses de la codicia, de la lujuria y del orgullo! Y, no obstante, «*nadie puede servir a dos señores*»; no podemos a la vez servir al Dios verdadero y a los ídolos.

*¡Dios es uno! ¡No hay más que un solo Dios!*

Sigamos nuestro camino, levantemos algo más el velo ¿Quién es Dios?

## II

### ES ESPÍRITU

Jesucristo recorrió toda la Palestina, y en una ocasión pasó por la Samaria, país que los judíos solían evitar. Mientras éstos gemían en el cautiverio de Babilonia, los samaritanos se casaron con gentiles, introdujeron costumbres paganas en su vida; los judíos, de vuelta del cautiverio, no los reconocieron ya por hermanos. Entonces los samaritanos edificaron otro templo en el monte Garizim.

Jesucristo atraviesa, pues, este país, y se sienta en las cercanías de Sicar, junto a un pozo, el pozo de Jacob; de la ciudad llega una mujer para sacar agua. Y entonces empieza un diálogo sublime entre el Señor y esta

mujer.

No se puede leer sin emoción el capítulo 4º del Evangelio según San Juan, en que está descrito con minuciosidad el diálogo, durante el cual estalla en labios de la mujer la angustiada pregunta: «*Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, y vosotros los judíos decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar*» (Jn 4, 20). Entonces el Señor sienta un principio que vino a ser la base irrefutable de nuestra religión: «*Dios es espíritu, y por lo mismo, los que le adoran, en espíritu y en verdad deben adorarlo*» (Jn 4, 24).

¿Qué es Dios? «*Dios es espíritu.*» Meditémoslo. El niño que empieza a adquirir los primeros rudimentos del catecismo, aprende esa verdad, cuyo significado no puede alcanzar plenamente el hombre más sabio.

1.º *Dios es espíritu.* Esto significa, en primer lugar, que Dios *no tiene cuerpo*. Es verdad generalmente conocida y corriente entre nosotros los cristianos. Pero en este momento vislumbramos de nuevo los tristes desvaríos de las lejanas centurias; aún más, la condición deplorable de los paganos de nuestros días; ya que todavía hay millones y millones de hombres que ven y adoran a Dios en estatuas esculpidas en piedra o talladas en madera, en fetiches, en ídolos, en el sol, en el fuego.

Y no sólo me inspiran compasión los negros y papúes analfabetos de Australia, sino que también me apenan los paganos civilizados. los paganos instruidos, científicos; los paganos que viven en medio de nosotros, y también los que ven a Dios envuelto en la materia y elevan a categoría de divinidad las fuerzas cósmicas, esas fuerzas ciegas, sin entrañas, sin alma...

Cierto, es inmensa aquella fuerza titánica que desde el seno agitado de la tierra empuja a 8.000 metros de altura las cordilleras; pero ¿podemos descubrir en ella una voluntad, podemos ver en ella a Dios?

En verdad, nos encanta ver germinar las semillas bajo el sol primaveral; pero las preguntas angustiosas que se hace el hombre que sufre, ¿podría dar contestación este dios?

No; *Dios es espíritu.*

2.º Veamos ahora la segunda lección. «*Dios es espíritu*», y, porque es espíritu, a nosotros, los hombres, compuestos de cuerpo y alma, nos resulta difícil formarnos una idea exacta de lo que es Dios. Dios es espíritu; por lo tanto, nosotros, los hombres, que somos cuerpo y espíritu, no sabemos hablar con precisión de Dios.

El mayor de los profetas del Antiguo Testamento, Isaías, oyó la voz de Dios que le decía: «*Cuanto se eleva el cielo sobre la tierra, así se ele-*

*van mis caminos sobre vuestros caminos, y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos»* (Is 55. 8).

Nunca insistiremos bastante en afirmar que, por ser Dios espíritu, por no tener cuerpo, la humanidad no supo hablar de Dios adecuadamente, *sino de una manera humana, imperfecta*. No olvidemos que, al hablar de Dios, tomamos las expresiones, los giros, las comparaciones de la vida humana; siendo hombres, no sabemos pensar ni hablar de otra manera. No olvidemos que nos expresamos de una manera imperfecta, humana, al hablar del ojo, de la «mano», del «trono»... de Dios, aunque así hable la Sagrada Escritura. Habla del «trono» de Dios para dar a entender de algún modo su infinita majestad; habla de la «derecha», del dedo de Dios, para simbolizar su omnipotencia; de la persona, de Dios, para poner de manifiesto su sabiduría sin límites. Pero a nosotros nos toca advertir que esto no hemos de tomarlo en sentido literal, y es solamente un modo de hablar humano y simbólico.

He de aceptar que no me es posible abarcar con mi menguado entendimiento humano al Dios infinito, ni, por consiguiente, hablar de El con precisión.

Pero ¿soy yo el único que no puedo? ¡Ah!, no. Ni el más agudo entendimiento humano puede hacerlo. ¡Qué lejos estamos del genio de un SAN AGUSTÍN!, y, sin embargo, el Águila de Hipona escribió así: «Dios es inefable. Más fácilmente diré lo que no es que lo que es. Ni la tierra ni el mar es Dios. Y cuanto hay en el mar y en el agua, todo aquello no es Dios. Y lo que brilla en el cielo —las estrellas, el Sol, la Luna—, todo esto no es Dios... ¿Quieres saber lo que es Dios? Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni alcanzó el corazón humano a comprender. Pero lo que el corazón del hombre no alcanza a comprender, ¿cómo podrá expresarlo adecuadamente con la palabra?»<sup>16</sup>.

Si esto lo dice San Agustín, no nos resta a nosotros sino inclinar humildemente la frente y reconocer que *no podemos dar una definición precisa del concepto de Dios*, porque «Dios es espíritu». Podemos subrayar uno que otro de sus atributos para acercarle a nuestros pensamientos, para llegar a formarnos de Él alguna imagen; pero es imposible en absoluto dar una definición de Dios.

Pues, entonces, ¿nada sabemos de Dios? Sí, por cierto. No conocemos a Dios en su plenitud, porque «*habita en luz inaccesible, a quien ninguno de los hombres ha visto, ni tampoco puedo ver*» (1 Tim 6, 16); pero lo que podemos conocer de Dios a la luz de nuestra fe, es asombroso

---

<sup>16</sup> In Ps. 85, 12.

y maravilloso.

Este será el tema de los siguientes capítulos.

Y ahora, antes de terminar, preguntémonos una vez más:

*¿Quién es Dios?* —será la pregunta que nos ocupe en las siguientes páginas, y cada uno de los temas será una nueva pincelada para más precisar la imagen de Dios en nuestra alma.

Merced a las enseñanzas de nuestra fe, se desplegará ante nosotros una imagen sublime de Dios; pero ni aun de ésta podremos decir que sea completamente acabada, precisa y clara. El espíritu humano, que tiene el cuerpo por estuche, no es capaz de acercarse por completo a Dios. «*Al presente no vemos a Dios sino como en un espejo*» (1 Cor 13, 12). ¡Sabéis cuándo tendremos una imagen cabal de Dios? ¡Cuándo caigan de su rostro todos los velos para que le podamos contemplar? Cuando luzca para nosotros la luz eterna y a la claridad de ésta contemplemos a Dios.

«*¡Brille para él la luz eterna!*» Qué hermosa costumbre, entre nosotros los cristianos, la de despedirnos de nuestros queridos difuntos para el gran viaje diciéndoles por última vez, mientras caen los terrones con ruido sordo sobre el ataúd: «*Brille para él la luz eterna.*» Para mí, en este corto augurio se encuentra encerrado todo lo bueno que se pueda desear a nuestros muertos. ¡Luz eterna! Donde hay luz, allí vemos; donde hay luz eterna, es decir, la mayor de las claridades, allí lo vemos todo: *¡vemos a Dios!* «*Brille para él la luz eterna*» significa, pues: ¡Que veas a Dios! Y ver a Dios es la felicidad mayor para el hombre, es la bienaventuranza eterna.

Ya el hombre del Antiguo Testamento vislumbró que ésta había de ser la felicidad mayor: ver la fuente primera de las cosas, ver a Dios. Por esto Moisés suplica al Señor: «*Muéstrame tu rostro*» (Ex 33, 13).

San Pablo da un paso más: soporta con alegría los mayores sufrimientos y persecuciones con tal de alcanzar la visión de Dios (2 Cor 11).

Y Nuestro Señor Jesucristo no sabe prometer a los soldados que han de librar las más duras batallas, a los mártires incruentos de la pureza espiritual, mayor galardón que éste: «*Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios*» (Mt 5, 8).

¡Veremos a Dios! Nosotros, los cristianos, somos de la raza de aquellos que desde las tinieblas se dirigen hacia la luz; y en medio de las tinieblas abrumadoras de nuestra vida levantamos nuestra frente hacia la claridad eterna, como levanta su capullo desde la húmeda oscuridad de un sótano una planta, sedienta de luz, en su pobre maceta.

*¡Oh Señor, haz que no se seque la pobre florecilla!*

*¡Oh Señor, haz que no la marchite el soplo abrasador de una vida pecaminosa!*

*¡Oh Señor, haz que no la haga trizas el huracán del gran mundo!...  
Para que puedan decir de mí con todo derecho en los momentos de mi despedida terrena: ¡Hermano! ¡Que veas a Dios y seas feliz eternamente!  
«Brille para ti la luz eterna.» Amén.*

## CAPÍTULO XVII

### DIOS ES MI PADRE

Nuestra Confesión de fe católica empieza con estas palabras sublimes: «Creo en un Dios Padre todopoderoso.» ¿Qué es lo sublime en esta confesión de fe? ¿Acaso el que creamos en Dios? No, por cierto. A esto nos obliga nuestro entendimiento, nuestro corazón, nuestro pasado, nuestro porvenir, nuestra vida temporal y eterna. Pues entonces, ¿qué es lo sublime? El que nosotros, los cristianos, nos atrevamos a llamar a Dios... «nuestro Padre».

Ciertamente, esto resulta hoy algo tan habitual, tan común para nosotros, que ni siquiera sabemos imaginarnos que alguna vez haya podido ser de otra manera. Sin embargo, este pensamiento, tan sólo lo debemos a Nuestro Señor Jesucristo.

Grecia y Roma no conocían en Dios a nuestro Padre, ni Buda le vio como tal, ni Mahoma le anunció de esta manera...

Aún más ni siquiera el pueblo escogido del Antiguo Testamento llegó a tal concepto. Para él, Dios no era sino el Señor que daba sus órdenes en medio de relámpagos Y castigaba las transgresiones con severidad hasta en las posteriores generaciones. De ahí el temor, para nosotros casi inconcebible, de que, ante Dios, estaba lleno el pueblo judío, y cuyo resultado era el no atreverse a pronunciar siquiera el nombre del Señor.

Más tarde aparece Nuestro Señor Jesucristo; y de sus labios se oye la palabra sublime: *Abba*; ¡Padre! ¡Padre nuestro!

Este es el gran momento, lleno de emoción, en que se levanta el velo de Sais. Es el mismo Jesucristo quien quitó el velo de la imagen divina, antes escondida, y detrás de este velo vimos... vimos la verdad santa, augusta, trascendental: *vimos a Dios, a nuestro padre*.

Nuestro Señor Jesucristo no cesaba de repetir que Dios no es un señor cruel que nos mira como a esclavos, ni tampoco un comerciante con quien se pueden hacer negocios a la manera de los fariseos, sino que es nuestro Padre misericordioso, que rebosa de caridad, que a todos nos ama.

«*En el principio creó Dios el cielo y la tierra*» (Gen 1, 1); así

empieza el Antiguo Testamento, y las primeras palabras nos muestran al Dios poderoso, infinitamente sabio, creador de todas las cosas.

Esta imagen de Dios, esbozada en el Antiguo Testamento, encuentra su complemento en las páginas del Nuevo: Dios no es tan sólo Poder, sino que también es Amor; no es sólo un Juez, que vigila para que no se infrinja la ley, sino que también es el Padre que ayuda a su fiel cumplimiento. «Padre nuestro» (Mt 6, 9).

«¡Dios es nuestro Padre!» Las consecuencias de este sublime y característico artículo de la fe cristiana serán el tema de los cuatro capítulos siguientes

## I

### NADA HE DE TEMER

El pensamiento que más cercano está a nuestra humana manera de pensar y que se presenta con la mayor naturalidad es éste: Si Dios es mi padre, entonces nada he de temer, porque puedo estar seguro que se cuida de mí.

¡Qué fuerza, qué valentía infunde este pensamiento! *Nada he de temer*: 1.º, ni en la vida; 2.º, ni en la muerte.

1.º *Nada he de temer en la vida*. Toda nuestra vida es un temor continuo: el estudiante teme los exámenes de la escuela; el joven teme no encontrar trabajo; el hombre que pelea en la gran lucha de la vida teme las innumerables dificultades que se le pueden presentar; el anciano teme la enfermedad... y aquella negra puerta a la que va acercándose, y por la cual todos hemos de pasar. Pero ved ahí que entonces levanta su voz, en medio de todos los temores, la Sagrada Escritura. «*El Señor es mi pastor, nada me puede faltar. En verdes praderas me hace recostar*» —exclama el salmista (Sal 23, 1-2).

«¡No temas!» ¿Cómo he de temer, si leo en más de treinta pasajes de la Sagrada Escritura: «No temas»?

Cuán dulce es oírlo: «¡No temas!» Pero entendámoslo bien. ¿Qué dice la Sagrada Escritura? ¿Que no trabajes? No. ¿Que no te preocupes del sustento? No. ¿Que no te esfuerces, que no te canses? No. Sino... «¡no temas!»

Es decir, trabaja, pero con la confianza puesta en Dios; confiando en que la pequeña barca en que vas surcando el mar de la vida no se volcará al primer viento... «No temas», no naufragarás. ¡Confía en Mí! ¡Confía en

tu Padre Celestial!

¿En quién o en qué otra cosa podría yo confiar? ¿En mis brazos robustos? ¡Qué aprisa se cansan! ¿En mi juventud? ¡Qué rápidamente pasa! ¿En mi fuerza vital? ¡Qué frágil es! ¿En los hombres? Sí, también en ellos podemos confiar; pero, ¿no es cierto que los que son buenos para con nosotros regularmente no pueden ayudarnos, y los que podrían no quieren?

Escuchad las palabras de Jesucristo, que alude a nuestros cuidados y terrenas preocupaciones: «*Ya sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de todo eso*» (Lc 12, 30). ¿Quién lo sabe? ¿Lo sabe vuestro poderoso Hacedor? ¿Lo sabe vuestro severo Legislador? ¿Lo sabe vuestro juez imparcial? No. Jesucristo no dice esto, sino más bien: «¡lo sabe nuestro Padre!»

¡Qué dicha para mí tener un Padre, un Padre fuerte y de mano vigorosa!

Un huracán devastador se desata en alta mar y las olas espumantes llevan y traen como a una cáscara de nuez a una gran embarcación. Los pasajeros se agitan, gritan aterrados, espantados; tan sólo un niño sigue jugando tranquilamente en el vaivén vertiginoso; el hijo del timonel. El buque llega a salvarse. Los pasajeros preguntan con curiosidad al niño cómo pudo estarse tan tranquilo en medio del peligro y por qué motivos no temió.

—¿*Temer? ¡Pero si el timón estaba en manos de mi padre!* —contesta el niño con ingenuidad.

¡El timón está en manos de mi padre! ¡Oh!, si yo también pudiera repetirlo en medio de los males que me azotan, en todos los caminos oscuros de la vida que he de pisar hasta el fin. ¡Oh!, si yo también pudiese decir de mí, en los días en que me siento triste y abandonado, lo que dijo nuestro Salvador: «*No estoy solo, porque el Padre está siempre conmigo*» (Jn 16, 32).

¡Oh si también yo pudiese repetir con el Salmista: «*En Ti, Señor, he puesto mi esperanza. Y tú eres, me digo, mi Dios; en tus manos está mi suerte*» (Sal 30, 15-16). «*El Señor es mi pastor, nada me falta... Aunque camine por valles tenebrosos, ningún mal temeré, porque tú estás conmigo.*» (Sal 23, 1.4).

2.º En verdad: *¡ni siquiera por valles tenebrosos, en medio de las sombras de la muerte!*

Si tengo Padre, tengo patria. Una patria eterna. Entonces podré encontrar sentido a las cuestiones más angustiosas de la existencia eterna.

¿Cuál es el problema que más tortura a la humanidad? Este: todo el universo está en continua actividad, pero ¿con qué objetivo?... ¿Para qué vivimos? «¡Para morir!» ¡Ah!, pero es ésta una adecuada contestación? ¿Por qué vivo? «Para ser útil a los otros» Tampoco sirve esta respuesta, porque pregunto otra vez: ¿Por qué viven los otros? Todos sufrimos, todos pecamos; ¿qué finalidad tiene nuestra vida? ¿Vamos hacia arriba, o caminamos hacia abajo? ¿Hemos de ser optimistas o pesimistas? ¿Nuestra vida no es sino una hoja que cae del árbol, una ola que riza de un modo casi imperceptible la superficie del mar... o bien nos esperan junto a Dios, abiertas de par en par, las puertas de la patria eterna?

«*Creo en un Dios, Padre todopoderoso.*» Es decir, tengo un Padre que me espera. Y ante la muerte repito con Jesucristo: «*Voy al Padre*» (Jn 16 10). Y digo también: «*Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu*» (Lc 23, 46).

¡Oh, qué dulce suerte la nuestra! ¡Dios es nuestro Padre, nuestro Padre, que cuida de nosotros!

## II

### LA PROVIDENCIA

Pero aquí he tocado un concepto junto al cual no he de pasar con precipitada prisa: el pensamiento de «la divina Providencia». Basta leer cualquier día un periódico; y al ver desgracias sin número, sufrimientos y lágrimas incesantes, comprendemos fácilmente que no haya artículo de fe tan combatido por la duda como la Providencia del Padre celestial que se cuida de nosotros.

Y comprendemos que muchas veces, aun nosotros, los fieles cristianos, necesitamos reconcentrar todas las fuerzas de nuestra alma para acallar las propias dudas: ¿Dios es de veras un Padre que se cuida de nosotros?

¡Ay!, ¡qué quejas! ¿Dónde está el Padre? ¿Dónde ese Dios que cuida de nosotros? He gritado hacia Él desde los abismos y no se ha vuelto a mí. Con las manos juntas le invoqué en las gradas del altar, y no me escuchó. Le he sido fiel durante toda mi vida y, no obstante, el buque zozobra conmigo. He guardado durante mi vida entera sus mandamientos, y ahora Él no acaba de curarme esta enfermedad que va royendo progresivamente mi salud.

Cuando el río sale de madre y rompe los diques, cuando los hombres

mueren a centenares, víctimas de una epidemia, cuando se quedan huérfanos cinco pobres hermanitos, acosados por el hambre... ¿dónde está entonces la Providencia de Dios...?

¡Cuántas almas, así atormentadas, se sintieron abatidas, y se rebelaron pensando: no hay Providencia, no hay Providencia!

¿Cuál ha de ser nuestra respuesta? ¿Qué hemos de decirles?

1.º Si tomase a la ligera mi respuesta, ¿sabéis que les contestaría? Les mostraría el otro grupo: el de aquellos que con el corazón rebosante de gratitud, cantan: sí, hay Providencia; nos encontrábamos sumidos en una miseria indecible y nos llega el auxilio en el último momento; el médico ya había perdido toda esperanza de salvar nuestra madre enferma, y en último instante ella recobró la salud; los autobuses chocaron y no sé explicarme aun cómo pude salir ileso; toda mi labor parecía vana y, no obstante, no obstante, al final se vio coronada por el éxito. Hay Providencia.

Podría ser ésta mi contestación...

Pero siento que con tal respuesta no se da solución al problema. No basta decirles a los que se quejan: «No tenéis razón, ya que otros muchos, a pesar de los sufrimientos, creen en la providencia del Padre celestial.» Sino que he de decirles: «Escuchad, desconfiados; quiero brindaros algunos pensamientos que os ayuden también a vosotros para llegar, a pesar de los sufrimientos de esta tierra, a encontrarles sentido y tener esperanza.

2.º ¿Cuáles son estos pensamientos? En primer lugar, que el universo está sujeto a las leyes físicas y no podemos pedir que por nosotros Dios se las salte. Las fuerzas de la naturaleza son ciegas. El Señor no prometió que los que en Él crean no habrán de sufrir en este mundo, ni que no tendrán dolores, sino que prometió que los que confían en Él, sacarán bienes de los males.

Según la ley la gravedad, si una teja se desprende del techo, caerá sin remedio. Y si por casualidad tu hijo pasa justamente entonces y la teja lo mata, no puedes maldecir por ello a la Providencia.

Además, lo que es triste suerte para uno quizá sea, para otros, una bendición.

Un aguacero te impidió realizar la excursión que habías proyectado desde hace tiempo, y esto te disgusta; pero la lluvia es necesaria para que no se eche a perder la cosecha. ¡La sabiduría de Dios atiende a todo!...

3.º Y Ahora se presenta el pensamiento más profundo: *la sabiduría del Dios eterno*.

Leamos con reflexión el *Edipo rey*, de Sófocles, y entonces podremos rastrear lo que significa para nosotros la Redención y la divina Providencia anunciada por el Salvador.

¡Qué terrible tragedia solloza en el drama de Sófocles! ¡Qué congojas las del alma humana en los tiempos que precedieron a la venida de Jesucristo!

Bajo los golpes de una fatalidad inexorable, de una suerte ciega, ¡con qué desesperación levantaba el hombre los ojos al cielo! Y el cielo permanecía mudo, inmóvil.

También el cristiano siente a veces los mazazos de la vida, también él levanta sus manos implorantes hacia el cielo; pero él ya sabe que allá arriba vive el Padre de todos nosotros, quien escucha todas las súplicas de sus hijos.

Todas las oye —y ¿también las atiende? Fíjate. Es lícito acudir a Dios con toda clase de demandas—. ¡Ay!, ¡cuántos pesares, cuántas sufrimientos tiene esta vida terrena! El corazón paternal de Dios las escucha todas; después su sabiduría y su omnisciencia hacen una selección de las demandas.

Las que han de aproximarnos a nuestro último fin son favorablemente despachadas; como se lo pedimos, Las que encierran peligro para nuestro fin eterno no obtienen la solución exacta que imploramos.

Pero no se pierde ninguna de nuestras súplicas, no queda sin contestación ninguna carta que dirijamos al cielo. Sólo que la contestación no es como la esperábamos; no es como nuestra pobre razón humana, encerrada en las estrecheces de este mundo, la había planeado de antemano; sino que es tal como mejor la juzga para nosotros nuestro Padre, cuyo pensamiento y solicitud son anteriores a los siglos.

Todos podemos comprender sin dificultad que un águila que vuela en las alturas, a dos o tres mil metros sobre el nivel del mar, lo ve todo —hombres y acontecimientos— de otra manera que una gallina que está picoteando en el angosto corral.

4.º Y esta sabiduría *guía no sólo a los individuos, sino también los pueblos.*

Es verdad que, en los tiempos difíciles que vivimos, le es harto difícil a la presente generación descubrir el pensamiento altísimo que vigila sobre el mundo y dirige su desarrollo, como le viene cuesta arriba creer en la divina Providencia.

Pero si de este caos actual pasamos a echar una mirada retrospectiva

a decenas y centenares de años de distancia, forzosamente habremos de descubrir el pensamiento divino que marca los caminos de la historia universal.

Habremos de notar la mano de la Providencia, por ejemplo, en este hecho histórico: que en los momentos críticos y trascendentales del desarrollo de la humanidad siempre surge el hombre o la institución que se necesita para que la historia pueda seguir su curso.

Así, por ejemplo, cuando la cultura de la Edad Antigua estaba en declive, los valores que latían en ella no podían perecer todos a la vez sin grave perjuicio, y ved ahí que hace mil quinientos años surgió San Agustín, quien puso estos antiguos valores culturales en los cimientos del nuevo edificio de la cultura.

Entre las insidiosas rebeliones dogmáticas de los primeros herejes se levantan hombres tan providenciales como un *San Atanasio*, un *San Cirilo*; en medio de los esfuerzos césaropapistas del Oriente, son providenciales a todas luces el desarrollo y la consolidación del poder temporal del Papado.

En cambio, en el apogeo de este poder aparecen las *Órdenes mendicantes*, que aceptan la pobreza evangélica en el sentido estricto de la palabra. Demasiado se destaca, para no descubrirla, la mano de la Providencia, que orienta la Historia.

Tenemos un ejemplo muy cercano en el año 1871, la poderosa y triunfante nación alemana dictó el tratado de paz de Versalles a un pueblo vencido: a los franceses. No habían pasado cincuenta años, y la nación francesa, vencida antes, dictó la paz en el mismo Versalles al vencedor antiguo. ¡Cincuenta años no cumplidos!

Pues, entonces, ¿cómo voy a atreverme a pedirle cuentas al Dios Eterno?: «Señor Dios, ¿por qué no me has concedido a mí esto o aquello; a mí, pobre mortal, cuya vida no va a durar más de 100 años como mucho? ¿Y por qué has permitido que me sucediera tal o cual cosa? ¿O por qué no hirió tu rayo a éste o a aquel malhechor?»

No dudaremos de los caminos de la divina Providencia si no olvidamos los dos grandes pensamientos de la Sagrada Escritura. El uno se encierra en esta exclamación, de una belleza eterna, con que prorrumpe San Pablo: «¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué insondables son sus designios e inescrutables sus caminos! (Rom 11, 33). El otro se debe, igualmente, a San Pablo: «Nosotros también sabemos que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios» (Rom 8, 28).

El mundo es un gran teatro en el que el director de escena es Dios. Es

El quien reparte los papeles, y nosotros no sabemos qué razones le guían en la distribución: el uno tiene el papel de rey, el otro el de mendigo...; no importa. Lo principal es la manera como se desempeña cada uno su papel. Naturalmente, aquel a quien le toca hacer de pordiosero se subleva con facilidad en la vida. El que ha de sufrir males, dolores, contratiempos, con facilidad se descorazona; y cuando vemos que los malos nadan en agua de rosas, fácilmente nos sentimos amargados. Pero todo esto acontece porque juzgamos con precipitación. Mientras dura la representación del drama no se puede escribir la crítica; hay que esperar a que baje el telón, terminada la escena, y sólo después se debe fallar. El telón del teatro del mundo caerá el día del juicio final, y entonces veremos con claridad que *«todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios»*.

No puedo dar sino este consejo a todos los hermanos que sufren, a todos los que tienen tantas dificultades, a quienes se sienten cansados y tristes: Tomad la Sagrada Escritura y leed el capítulo octavo de la Carta de San Pablo a los Romanos. *«Nosotros también sabemos que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios»* (Rom 8, 28). *«Después de esto, ¿qué diremos ahora? Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?...» «Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿será la tribulación? ¿o la angustia? ¿o el hambre? ¿o la persecución?... ¿o el cuchillo? »* (Rom 8, 31-35). *«Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro.»* (Rom 38-39).

Creo en el Padre celestial que cuida de nosotros.

## CAPÍTULO XVIII

### DIOS ES MI PADRE: PROVIDENCIA

La Sagrada Escritura habla a cada paso de la providencia de Dios.

Habla ya de ella el Antiguo Testamento: «*Tu providencia, ¡oh Padre!, lleva el timón*» (Sab 14,3). «*De Dios vienen los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza*» (Eccltco. 11, 14). «*Al pequeño y al grande Él mismo los hizo, y de todos cuida igualmente*» (Sab 4, 8).

El Nuevo Testamento traza rasgos aún más sublimes del Dios providente, que lo «*sustenta todo con su poderosa palabra*» (Heb 1, 3).

«*¿No se venden dos pajarillos por un as? —dice Nuestro Señor Jesucristo— Pues bien, ni uno de ellos caerá en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre... No temáis, pues; vosotros valéis más que muchos pajarillos*» (Mt 10, 29,31).

La divina Providencia es, en verdad, un dogma más de nuestra fe católica; aun cuando, al parecer, muchos acontecimientos la contradicen ¡Cuántos prorrumpen en quejas contra Dios, cuántos pierden su fe cuando les surgen contrariedades, cuando ven cómo triunfa el pecado y cómo se pisotea la virtud! ¿Dónde está ahora la Providencia?, preguntan con amargura. ¿Dónde vemos el cuidado del Padre celestial?

Ahondemos más este concepto de la Providencia, en el plan eterno de Dios, que conduce al mundo hacia su fin último. Creo que se desvanecerán muchas dudas y objeciones si contestamos con acierto a estas dos preguntas:

I. *¿Cómo hemos de entender la divina Providencia?* II. *¿Cómo no hemos de entenderla?*

#### I

#### ¿CÓMO HEMOS DE ENTENDER LA DIVINA PROVIDENCIA?

1.º Nuestra primera pregunta será, pues, ésta ¿Qué significan las palabras citadas de la Sagrada Escritura referentes a la Providencia?

La pregunta ya fue asunto de largas meditaciones para SAN AGUSTÍN, y no es posible, aún hoy, dar contestación mejor que la suya<sup>17</sup>.

La respuesta ha de ser, pues, ésta: Dios no procede con el mundo como el arquitecto con la casa que edificó; la casa ya terminada subsiste sin el arquitecto por sí sola; pero el mundo no podría subsistir ni un solo momento sin la actividad sustentadora de Dios.

Vemos este pensamiento expresado con frecuencia en los lienzos de los pintores: Dios está representado en la imagen de un anciano y sostiene en sus manos el globo terráqueo. Como es obvio, esta imagen brota de un modo de pensar demasiado humano; Dios no sostiene el mundo en su mano, pues no tiene manos, sino que con su voluntad creadora le da vida y se la conserva.

¿Qué entendemos, pues, por Providencia? Aquella actividad de Dios con que El conduce a las criaturas hacia los fines que les prescribió. Entendámoslo bien. Se trata del fin prescrito por Dios; éste es el fin que hemos de alcanzar, la Providencia nos ayuda a lograrlo y no nos conduce hacia fines que nosotros mismos nos habríamos imaginado con nuestro pensar a ras de tierra y dentro de estrechos horizontes: «*Los pensamientos de Dios no son vuestros pensamientos*», dice el Señor (Is 55,8).

Quien entienda de esta suerte, en su recto sentido, la Providencia, no solamente no dudará de ella, sino que, con corazón humilde, la descubrirá a cada paso en su propia vida.

2.º «¡Es un verdadero milagro!», exclaman de vez en cuando los hombres, especialmente al librarse de circunstancias difíciles o si les toca un golpe de suerte inesperado.

Y, sin embargo, el milagro no es esto. No habrá quizá un hombre que, repasando con mente reflexiva y con fe viva los acontecimientos de su vida pasada, no exclame: «Es un verdadero milagro la forma con que el Señor me ha conducido a través de la vida.» Cuando en mi vida pasada me sucedió tal o cual cosa no podía, entonces, ni siquiera sospechar su fin; mas, ¡ved ahí con qué claridad distingo ahora lo que quiso Dios mediante aquellos acontecimientos! Repasando maduramente nuestra vida pasada veremos que la divina Providencia puso a veces en nuestro camino hombres de carácter difícil, a fin de que sus debilidades sirvieran de ocasión al robusto perfeccionamiento de nuestra alma.

Puso, por ejemplo, junto a mí a este hombre demasiado alegre; y lo hizo para moderar mi carácter, demasiado sombrío. A aquel otro, que todo lo critica, me lo mandó para decirme la verdad y educarme en el cono-

---

<sup>17</sup> *De Genesi ad litt.*, 4, 12.

cimiento de mí mismo.

¿Y a éste que me quiere inducir al pecado? Para que no me fie de mí mismo demasiado, para que vea cuán lejos estoy aún de lo que debiera ser. ¿Y a este otro, realmente insoportable? Para que me ejercite en el dominio de mí mismo.

¿Y a este vengativo? Para que me haga patente si sé perdonar con magnanimidad. ¿Y a este paralítico? Para que sienta gratitud por mi salud. ¿Y a este santo? Para que me avergüence...

Si nos acostumbrásemos a descubrir en cada hombre que encontramos por los caminos de la vida un mensajero de Dios; aún más, si nos acostumbrásemos a preguntar no sólo a propósito de los hombres, sino en todos los acontecimientos, en todos los dolores, en todas las desgracias: ¿qué quiere ahora Dios de mí? ¿Qué altar idolátrico quiere derribar en mi corazón? ¿De qué decepción quiere salvarme? ¿Qué inclinación pecaminosa quiere extirpar? ¿Qué nueva fuerza quiere despertar en mí?... Si nos lo preguntásemos entonces sentiríamos todos los días sobre nosotros la fuerza de la divina Providencia, y seríamos en verdad buenos cristianos, cristianos que saben besar en la prosperidad con el mismo calor que en medio de las desgracias, la mano del Padre celestial que nos guía invisiblemente, y sabríamos repetir como PASCAL: «Señor mío, no eres menos Dios cuando me pruebas y me castigas que cuando me consuelas y me muestras tu misericordia.»

### 3.º *¡Son admirables los caminos del Señor!*

Algunas veces nuestra vida nos parece demasiado intrincada, como descabellada, nos ahoga el sentimiento abrumador de nuestra soledad. Todos se levantan contra nosotros, todo se conjura contra nosotros. ¡Qué bien si en estas ocasiones sabemos rezar: Creo en el Padre todopoderoso!

Aquel Dios que rige el universo entero, seguramente tendrá también su plan respecto de mí, aunque yo no lo vea. *No lo veo ahora, pero algún día llegaré a verlo.*

### ¡Son admirables los caminos del Señor!

Cuando el hombre se siente arrastrado por la corriente de los acontecimientos diarios, fácilmente pierde de vista la mano orientadora de Dios. Pero al cabo de muchos años, quizá con la cabeza ya encanecida, descubrirá la paternal solicitud con que le guió siempre la divina Providencia.

Citaré tan sólo un ejemplo muy reciente. Cuando se desplomó el imperio ruso, explicaba sus lecciones en la Universidad de Moscú el renombrado profesor de cristalografía *Artémjeff*. Antes había sido profesor

auxiliar en San Petersburgo, después profesor en la Universidad Politécnica de Moscú. En la revolución perdió toda su fortuna y tuvo que huir al extranjero.

¿Puedes imaginarte el estado de ánimo de aquel hombre que pierde su alto cargo en la universidad, su fortuna, su patria? ¿No tenía motivo para rebelarse? ¿No había causa más que suficiente para desesperarse?

Esto sucedía en 1917...

En el verano de 1929, en Viena, se postró *Artémjeff* ante el obispo en las gradas del altar para recibir de sus manos episcopales el sacramento del Orden. El que fue profesor en la Universidad de Moscú, al tener que huir de su patria, se fue primero a Berlín, después a Viena, y allí conoció la religión católica, de la que acaso nunca habría oído hablar en su ambiente familiar, en el seno de la religión cismáticogriega...

Después de un largo proceso de maduro pensar y espiritual desarrollo, se convirtió, en 1924, al catolicismo, y en 1929 recibió la ordenación sacerdotal... ¡Qué admirables son los caminos del Señor! «*Mis pensamientos no son vuestros pensamientos.*»

Ved ahí, ésta podría ser la respuesta a la primera pregunta: ¿Cómo hemos de entender la divina Providencia?

Pero no es menos importante la segunda.

## II

### ¿CÓMO NO HEMOS DE ENTENDER LA PROVIDENCIA?

1.º No he citado aún las bellísimas palabras con que Cristo manifiesta la divina Providencia. Quiero ahora transcribirlas, porque no son tan sólo las más hermosas, sino también las que más controversias han levantado.

El hombre actual se queda sorprendido y no alcanza a comprenderlas cuando oye de labios de Jesucristo manifestaciones como éstas:

*«No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis...»*

*Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?...*

*Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Observad los lirios del campo, cómo crecen y florecen...*

*Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al*

*horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?...*

*Pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura.» (Mt 6, 25.26.28.30.32.33).*

Repito: cuando el hombre moderno oye cosas de esta índole, primero se queda asombrado. Pero ¿en dónde estamos? ¿En un mundo romántico? ¿En las nubes? ¿En el país de Canaán, donde fluye leche y miel, donde cuelgan de las ramas manzanas y racimos de oro?

¿No estamos, acaso, sin trabajo? ¿No vivimos hambrientos en el quinto piso de una casa de alquiler? ¿No pasamos la vida en medio de millones de hombres cuyo único pensamiento, cuyo único problema, preocupación y pregunta es: qué comeremos, cómo pagaremos el alquiler de la casa? ¿Cómo nos vestiremos? ¿Y, con todo, nos dice el Evangelio: No os preocupéis de todo esto?

Poco a poco. ¿Lo dice en realidad? ¡Qué lejos está de decirlo! Jesucristo quiere que hagamos todo lo posible de nuestra parte; pero que *confiemos, por la demás, en Dios*. Si, trabajemos para mejorar nuestra suerte, pero con la confianza puesta en la Providencia y con una fe arraigada; porque si no tenemos fe y confianza, decaerá también nuestro ánimo de trabajar y nuestra alma se nublará con una preocupación continua.

2.º *¿De manera que Jesucristo no es enemigo del trabajo diligente?* Claro está que no lo es.

¿Cómo puede pensar nadie que Jesucristo, siempre activo, pregone una inactividad que espera la mesa puesta, o bien un fatalismo mahometano, que tiene por lema: «Será lo que ha de ser»?

Jesucristo no censura que trabajemos mucho para sustentarnos, pero si censura que perdamos nuestra confianza en Dios y estemos recelosos de su solicitud; no prohíbe que nos preocupemos del porvenir; tan sólo quiere que no seamos hombres de poca fe.

Como si dijera: Repruebo el que os llene por completo la preocupación terrena; pero no que os cuidéis de vuestras cosas y trabajéis con diligencia.

Más aún; ¿no he incluido esta súplica en el «Padrenuestro»: «...danos hoy nuestro pan de cada día»...? ¿No escribe mi Apóstol: «Si alguien no tiene cuidado de los suyos, principalmente de sus familiares, ha renegado de la fe y es peor que un infiel» (1 Tim 5, 8). ¿Y no está en el Decálogo que los padres se cuiden de sus hijos y los hijos ayuden a sus pa-

dres? Cuidaos de vosotros mismos, pero no seáis esclavos de vuestras preocupaciones.

Lucha, pero *confía también*. Trabaja; pero, trabajando, *espera*.

Pero ¿acaso esta fe en la Providencia no ahoga en el hombre el ánimo por trabajar? De ninguna manera. Es verdad que el Señor dio el maná a los israelitas que peregrinaban por el desierto —es decir, se cuidaba de ellos—, pero ellos tuvieron que recogerlo. Puso peces en las redes de los Apóstoles —es decir, se cuidaba de ellos—, pero ellos tuvieron que sacarlos. A San Pablo le deparó admirables éxitos apostólicos, pero... ¡cuánto tuvo que sudar, trabajar y sufrir por ellos el Apóstol de las gentes!

Dios da la comida diaria a todos los pajaritos, pero no se la pone preparada en el nido, ha de trabajar el pajarillo volando para buscarla.

¿Acaso crees que el pez salta en el agua, que el pájaro vuela en el aire para servirnos a nosotros de distracción? De ninguna manera. Van en busca de su comida: trabajan.

Con esto se echa de ver cómo no hemos de entender la Providencia. No significa que no hayamos de trabajar. No significa que hayamos de esperar con las manos cruzadas el pollo asado, trinchado y servido.

3.º Aún más: sostengo que el pensamiento de la Providencia, el pensamiento de que Dios sostiene el mundo con su continua actividad, no sólo no nos quita el ánimo de trabajar, sino que *nos obliga directamente al trabajo y a una actividad constante*.

«*Mi Padre obra incesantemente, y yo también trabajo*» (Jn 5, 17). Si estas palabras encierran la verdad —y es de advertir que brotan de labios de Jesucristo—, entonces el trabajo es deber santo del hombre, ya que *el hombre es la imagen de Dios*.

Ved ahí como, gracias al ejemplo de Dios, se ennoblece el trabajo, que algunos llaman la maldición de la humanidad. ¿Por qué ha de trabajar el hombre? ¡Trabajar con sudores y fatigas! ¡Ah!, sí, son preguntas difíciles, y duras a las que no sabe contestar la filosofía que reniega de Dios.

¿Por qué ha de trabajar el hombre? ¿Y trabajar con tantas dificultades? Las flores se abren, se despliegan... y no trabajan. Los lirios se visten de pomposos mantos, no tejen, no hilan. Los pájaros encuentran su comida y tampoco trabajan.... cantan, revolotean, viven y son felices.

Sólo en la frente del hombre gotea el sudor del trabajo. Solamente la mano del hombre se encallece por la ruda faena. Únicamente el torso del hombre ha de doblarse para cavar la tierra...

¿Y por qué todo esto? ¿Por qué? ¿Por qué ha de trabajar el hombre? Aquí tienes la respuesta: El hombre, también, con su constante trabajo muestra que *es la imagen del Dios siempre activo*. Desde que Dios puso al primer hombre «*en el paraíso de delicias para que le cultivase y guardase*» (Gen 11, 15), el trabajo es un deber que se nos ha impuesto; pero si tenemos en cuenta que con este trabajo nos hacemos semejantes al Dios siempre activo, entonces el trabajo se transformará para nosotros en distinción insigne y privilegio sublime del hombre.

El sudor del trabajo no perderá su amargura, la mano encallecida conservará su rudeza; pero el trabajador oirá las palabras del Señor: «¡Muy bien, siervo bueno y fiel!, porque has sido fiel en las cosas pequeñas, yo te confiaré muchas más, ven a participar del gozo de tu Señor» (Mt 25, 23).

Pregunto, pues: ¿La fe en la Providencia induce a esquivar el trabajo? Entonces, ¿cómo pudo escribir San Pablo a algunos cristianos tesalonicenses, perezosos y que pretendían se les diera todo hecho: «Porque nos hemos enterado que hay entre vosotros algunos que viven desordenadamente, sin trabajar nada, pero metiéndose en todo. A éstos les mandamos y les exhortamos en el Señor Jesucristo a que trabajen con sosiego para comer su propio pan» (2 Tes 3, 11-12).

Hay trabajo que es trabajo de esclavos: el de los que se afanan por ganar dinero y que no conocen a Dios; y hay trabajo que es como una misa: es el trabajo del cristiano. Si trabajo según la voluntad de Dios, entonces se transformará en altar mi escritorio, en altar la máquina de la fábrica, en altar la cocina del hogar, y en acto de culto el trabajo pesado, duro, que cansa y hace sudar.

No nos engañemos a nosotros mismos. Dios no exige de nosotros una hora cada domingo, sino que nos pide también los días de la semana. He de alabar a Dios no sólo en los ratos de oración, sino también cuando agarro las herramientas, cuando tomo el volante del autobús... He de alabarle no sólo con oraciones, sino también con el trabajo; así lo exige Él mismo al decir: «*Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón y con toda tu alma...*» (Deut 6, 5; Mt 23, 37; Mc 12, 30; Lc 10, 27).

He de trabajar, siendo previsor, haciendo planes y cálculos, con método, con sistema... Providencia no significa pereza. Providencia no significa estar brazos cruzados. Providencia no significa esperar con la boca abierta que me sirvan la comida.

La Providencia significa que he de hacer por mi parte cuanto sea necesario para tener de qué vivir, que he de aplicar los medios para ser ejemplar y competente en el trabajo, para formarme lo mejor que pueda;

que he de planear, emprender, desarrollar toda mi actividad y habilidad..., pero mientras tanto y después de todo, he de rezar así: ¡Señor, he hecho cuanto ha estado a mi alcance; ahora te pido con humildad que Tú suplas lo que me falta, que me ayudes...!

Este es el recto sentido de la fe en la Providencia.

\* \* \*

Uno de los personajes más interesantes del Antiguo Testamento es el *anciano Tobías*, cuya vida no puede leerse sin sentir una profunda emoción. ¡Cómo trabaja, cómo se preocupa, cómo, aun exponiendo su propia vida, emprende arduos sacrificios por el bien de sus prójimos!... Y ¿cuál es, al parecer, su premio? Como si el mismo Dios le hubiese abandonado, siente el azote de la desgracia: justamente, en medio de su trabajo noble y caritativo, se queda ciego. Y recordemos la gran alabanza que le tributa la Sagrada Escritura: Ni en la desgracia volvió las espaldas a Dios..., «*permaneció firme en el temor de Dios*» (Tob 2, 14).

Permaneció fuerte aun en medio de las desgracias, porque creyó en Dios. Y, sin embargo, él solamente podía decir: «*Creo en Dios*»... Y yo ya puedo continuar... «*Padre todopoderoso*»...

*Creo en mi Padre celestial*. Es decir, tengo una convicción arraigada de que detrás de todos los acontecimientos que me puedan suceder está la mano paternal que todo lo guía.

*Creo en el Padre Providente*. Es decir, tengo una convicción arraigada de que la vida humana no es un absurdo, que tiene sentido; de que la muerte no es el final, sino un tránsito; que en la otra patria me espera mi Padre, el Padre que dijo de Sí que El es el Dios, no de los muertos, sino de los vivos.

Creo, Señor, que eres mi Padre, que cuidas de mí, que si no nos ayudases todo se pararía, dejaríamos de existir.

*¡Pero Tú me ayudas, porque eres mi Padre!*

## CAPÍTULO XIX

### DIOS ES MI PADRE: HABLO CON ÉL CUANDO REZO

«Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso»... Dios es nuestro Padre celestial.

Si Dios es mi Padre, entonces no he de temer: Él, ciertamente, se cuidará de mí.

Pero si Dios es nuestro Padre, podemos sacar otras consecuencias — no sólo la de confianza en El— *también hemos de dirigirnos a Él con humildad y respeto.*

Si Dios es mi «Padre», es natural que yo le hable, que le dirija mis oraciones. ¿Cómo puede querer a su padre el hijo que durante varias semanas no le dirige la palabra? De la misma manera ¿Cómo puede querer a su Padre celestial el hombre que nunca ora?

Acaso se me objete: «¡Ah!, ¿es ésta una manera de pensar tan humana, tan rastrera! ¡Que Dios, el Dios todopoderoso, eterno, necesite de nuestras oraciones! ¡Que exija de nosotros que le recemos!»

¿Cuál es la respuesta que yo daría a quien viniese con esta objeción? Le contestaría con las palabras que JESUCRISTO dijo a la Samaritana: «*Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren.*» (Jn 4, 23). Hay que subrayarlo. El Padre desea que se le adore en espíritu y en verdad.

Las páginas de los Evangelios atestiguan a cada paso con cuánta frecuencia dio ejemplo de oración Jesucristo. Una vez reza en la soledad; en otra ocasión, ante sus discípulos, o ante todo el pueblo; oraba cuando se regocijaba su alma, y cuando sus ojos se llenaban de lágrimas.

Siguieron su ejemplo los Apóstoles; llama la atención el número de veces que en sus escritos exhortan a los fieles a que oren, y la frecuencia con que ellos mencionan sus propios y fervientes rezos<sup>18</sup>.

¡Sí!, si Dios es mi Padre, le dedicaré ratos de oración para hablar con

---

<sup>18</sup> Hechos 1, 24; 3, 1; 4, 24; 6, 4; 8, 15; etc. 1ª Tesalonicenses 1, 2; Efesios 1, 16; Filipenses 1, 3; Colosenses 1, 3; Romanos 12, 12; 1ª Corintios 7, 5; 2ª Corintios 1, 2, etc.

Él.

I. *¿Por qué hemos de orar?*, y II. *¿Cómo hemos de orar?* Son las preguntas a las cuales intentaré dar respuesta.

## I

### ¿POR QUÉ HEMOS DE ORAR?

Nuestra primera pregunta es, por lo tanto ¿Por qué hemos de orar?

1.º Para poder contestar hemos de saber, en primer término, lo que significa orar. Porque el que comprenda una vez perfectamente la esencia de la oración, no necesitará que le recomienden, o le manden, que ore; buscará con alegría la ocasión de orar.

¿Qué significa, pues, «rezar»? ¿Qué significa orar?

A) *Rezar u orar significa hablar con Dios*, es decir, dirigirnos a Dios con nuestro pensamiento, nuestra voluntad, nuestros sentimientos y todo nuestro interior.

El rezo, por lo tanto, pulsará todas las cuerdas de nuestro ser. Quien reza u ora como es debido, siente cómo se funden en su interior tiempo y eternidad, tierra y cielo. Se siente en presencia de la divina Majestad, y allí explaya sus alegrías y sus dolores. Por esto resulta tan sublime el momento de orar o rezar. Por esto el espectáculo más hermoso del mundo es el hombre que reza; así se dice: «Déjale en paz, que está rezando.»

El emperador Carlos V oía misa cuando precisamente llegó el embajador de un monarca extranjero y con urgencia le pidió audiencia. El emperador le mandó este recado: «Decidle al embajador que yo mismo estoy ahora en audiencia.»

*¡Ved ahí la bendita democracia de la oración!* Fijémonos; mientras rezan, todos los hombres son iguales. Cualquiera que sea la posición social que se ocupa, sea el que reza sabio o analfabeto, anciano o niño, vasallo o rey..., durante el rezo todos los hombres son iguales: hombres humildes y débiles. Porque todos se humillan cuando en la oración se dan cuenta de la grandeza de Dios; pero también se robustecen los que saben acogerse al brazo vigoroso del Omnipotente.

La vida terrena es el llano de los valles; la fe anclada en Dios es la altura elevadísima de las montañas. Desde las cumbres más elevadas fluye al valle, y le fecunda el agua vivificadora de frescos riachuelos; también en las alturas de la fe, en Dios brota una fuente, sin su agua vivificadora todo se secaría en el llano de la vida terrena. *¿Cuál es esta fuente? La oración.*

2.º Quien lo sabe, ya no tendrá dificultad en contestar a la objeción mencionada al principio: «¿Por qué hemos de rezar? ¿El Dios todopoderoso y eterno necesita acaso las oraciones de hombre débil y pequeño?»

¿Sabes cuál es mi contestación?

Tienes razón. Dios no necesita nuestras oraciones. Sin embargo, hemos de orar y rezar, porque *nosotros necesitamos a Dios*.

A) Se puede hablar, leer, reflexionar, demostrar mucho respeto de Dios; pero tan sólo le *sentirá* aquel que le envía a la eternidad palabras de gratitud, de arrepentimiento, de súplica, de alabanza; en una palabra, el que reza, el que ora.

No se puede explicar —hay que probarlo— cómo la oración levanta el alma, robustece la voluntad, despeja la vista, fortalece la paciencia y —fíjate bien— tranquiliza los nervios, los nervios crispados del hombre moderno. No te escandalices si digo que la influencia de una oración bien hecha por la noche, equivale muy bien, por lo que toca a los nervios, a una dosis de tranquilizante.

Si un cirujano antes de la operación, un juez antes de fallar el pleito, un padre de familia antes de tomar decisiones graves, levanta su alma por un momento y reza: «Señor mío, ven a mi lado, ayúdame para que obre lo mejor posible», experimentaría cómo encuentra lo mejor de sus fuerzas, qué nuevas fuentes de energías insospechadas e inexplicables ha descubierto en su interior esa orientación hacia Dios.

*¡La orientación hacia Dios!* ¡El pedir consejo a Dios! En medio de las complejas ocupaciones de la vida moderna, el hombre se para a menudo sin saber qué hacer. En estas ocasiones no sabe dónde acogerse, esboza planes, escribe cartas, telefonea, pide consejo a todo el mundo, y, al final, todavía es mayor el caos en su cabeza. Pero el que cree en Dios, a Dios le pedirá en semejantes ocasiones el primero y el último consejo.

Dijo alguien, y vio con acierto la situación: «El hombre actual tiene muchos deleites y pocas alegrías.» Compra muy caramente los placeres en los lugares de diversión; pero cosecha muy pocas alegrías que le tranquilicen, le conforten y le levanten.

¡Oh, si llegase por lo menos a conocer *las alegrías de la oración bien hecha!*

La oración es silencio, calma y descanso; y ¡qué bienestar se encuentra en esto! Nuestros nervios agotados descansan y nuestra alma cansada disfruta del silencio de la oración. En nuestro cuarto solitario, en

la iglesia silenciosa, en la cumbre donde los ruidos no llegan, en el bosque que no oye rumores de palabras... en cualquier parte, es igual: sólo es preciso que haya silencio.

Por esto se reza y ora mejor por la mañana, cuando los acontecimientos del día no han turbado aún nuestra alma, y por la noche, cuando ya no hemos de preocuparnos más del día que ha pasado.

¡Qué gracia para nosotros! ¡Qué agradecidos hemos de estar porque nuestra religión católica nos recomienda la oración diaria, es decir, nos asegura cada día algunos momentos de silencio! Dentro de poco ya nos faltará el momento que podamos llamar nuestro; todo nuestro tiempo hemos de darlo al trabajo, a ganarnos el sustento, a la agitación, a los pesares, a las diversiones.

Somos más pobres que nuestras máquinas; éstas, por lo menos, descansan durante la noche, mientras que las preocupaciones vienen a turbar muchas veces nuestro sueño. Pero ved ahí que llega la oración y nos dice: ¡Ahora, por fin, eres tuyo..., eres de tu alma..., eres de Dios!

¡Qué agradecidos hemos de estar porque nos tenemos un tiempo para la oración!

B) Y es preciso hacer resaltar aquí la gloriosa característica de nuestro Cristianismo; *el amor de la oración*. Sí, nosotros los cristianos somos de la estirpe de los que rezan y oran sin cesar. En ninguna parte del mundo se reza: a) con tanto fervor, y b) tan a menudo como en la religión cristiana.

a) *Nadie sabe rezar con tanto fervor como nosotros*. Porque nosotros no sólo creemos que Dios es el Creador soberano del mundo sino que es también nuestro Padre celestial que con amor orienta el curso del mundo y la vida de cada hombre. Como Creador, es capaz de ayudarnos; como Padre, quiere darnos su ayuda.

Dirás, acaso: también los que profesan otra religión suelen rezar. Es verdad. Pero no como nosotros, los cristianos. No saben rezar con tanto fervor, con tanta confianza... Porque sólo nosotros unimos en Dios los dos conceptos, al parecer, contrarios: *Creador y Padre*.

Por ser Creador, de un poder infinito, nos humillamos ante El, hasta llegar a la nada de nuestra pequeñez, que no rebasa la de un grano de arena; pero como quiera que es también Padre, nos atrevemos a levantarnos hasta Él, le tratamos con confianza, y hasta le tuteamos. Al jefe de nuestra empresa no nos atrevemos a tutearle, no osamos tutear tampoco a nuestros superiores, pero *todos tuteamos a Dios*, el niño pequeño y la viejecita analfabeta.

b) Pero hay más: sostengo que el Cristianismo es la religión de los que oran y rezan, *porque en ninguna parte se reza tanto como entre nosotros.*

Las primeras palabras que se enseñaban en las familias cristianas al pequeño niño que empezaba a balbucear —ojalá sucediera todavía hoy día — eran las palabras «Dios» y «Jesús». Lo primero que aquella criaturita humana tenía que aprender era una oración en verso.

Y cuántas veces se escapa la pregunta de los labios de las madres cristianas: «¡Hijo mío, ¿has rezado ya?!»; Y cuando se despide el hijo que emprende un largo viaje, la última palabra maternal que le llega es ésta: «No te olvides jamás de rezar.»

Nadie en el mundo siente tanto la majestad de Dios como la religión cristiana; así resulta natural su empeño en que se el culto divino, la adoración a Dios, no cese ni un momento en la tierra.

Es bella y piadosa costumbre cristiana el rezo de la mañana y de la noche. ¡Qué alegría nos produce el saber que siempre hay alguien en el mundo rezando al Señor, ya que siempre hay una porción de la tierra en la que empieza a rayar el alba, y otra, al mismo tiempo, en la que la noche comienza.

Pero la santa Iglesia católica da un paso más en la adoración y la alabanza de Dios. Bien sabe que los simples fieles, debido a las graves preocupaciones terrenas, durante el día no tienen tiempo para rezar, y por esto prescribe por lo menos a sus sacerdotes que dediquen diariamente, por lo menos, una hora a rezar el Breviario.

Pero el Breviario no se puede considerar como el rezo particular de un sacerdote, sino el perenne cántico de alabanza que se levanta por doquier, desde la tierra, hacia el Padre celestial, cántico que entona la Iglesia santa.

En verdad: *por doquier..., desde la tierra.* En cualquier parte del mundo hay un sacerdote de la Iglesia católica alabando a Dios y dándole gracias, recitando el Breviario.

En un avión, en un tren, en el bosque —mientras el sacerdote se pasea con una pequeña tropa de «boy-scout»,—, en los claustros conventuales, en las misiones de África, de Alaska..., en cualquier sitio encontramos al sacerdote con su Breviario.

Se ora continuamente. En las iglesias, en las chozas de los pobres, en medio del estrépito de la calle, en el lecho del enfermo... ¡cuánto se reza por todas partes! Sólo el Dios podría decir cuántas oraciones suben al cielo

diariamente desde millones de corazones...

Es la lógica consecuencia de nuestra confesión de fe: «Creo en un Dios Padre bondadoso...»

## II

### ¿CÓMO SE HA DE REZAR? ¿CÓMO SE HA DE ORAR?

1.º En nuestros días se ha extendido mucho la costumbre de aprender idiomas extranjeros. Se abren cursos a cada paso. Muchísimas personas aprenden idiomas extranjeros, porque es la condición básica de la comunicación mundial.

*También la comunicación ultraterrena tiene su lengua oficial: la oración.* Es verdad que Dios *comprende todas las lenguas, pero no escucha más que una sola: la lengua de la oración.* ¡Cuánto se sacrifican los hombres para aprender inglés, francés, italiano...! ¡Ojalá tuvieran tanto tiempo para ejercitarse en el lenguaje del más allá! Porque también éste se ha de aprender y se ha de practicar.

¿Aprender? ¿De quién? ¿Quién es el mejor maestro del lenguaje ultraterreno? No os maravilléis si os digo: *el pordiosero y el niño.*

¡El pordiosero! ¿Por qué rezamos? Porque somos pobres, y Dios, en cambio, es rico; porque somos débiles, y Dios, en cambio, es poderoso. Cuanto más considere el hombre lo pequeño y lo pobre es ante Dios, tanto mejor será su oración: tanto más humilde, tanto más ardorosa, tanto más perseverante.

Y ¿el niño? El niño sabe expresar sus sentimientos aun sin proferir palabra, con sólo el gesto, el movimiento, la sonrisa. El pequeñuelo habla mucho antes de saber ejercitar su lengua; habla con la mirada, con la sonrisa que dirige a su madre. Y ¡qué elocuente, qué emocionante es este hablar sin palabras... esta oración sin palabras! ¡Es el ocultarse en Dios del alma que ora!

El santo cura de Ars notó que uno de sus sencillos feligreses pasaba largas horas ante el Sagrario sin moverse. ¿Qué haces tú aquí?, le pregunta el párroco. *Je le vise, il me vise:* «Miro a Jesús, Jesús me mira a mí» ¡Qué palabras más sublimes, fervorosas y filiales! De manera que es posible rezar sin palabras, largamente, sin moverse, pero mirando con encendido amor al Santísimo Sacramento, al crucifijo...

2.º Para dar unos medios prácticos que ayuden a hacer bien la oración, juzgo oportuno mencionar brevemente estos tres pensamientos:

A) Rezamos a Dios, que está sobre nosotros; B) Rezamos a Dios, que está entre nosotros, y C) Rezamos a Dios, que está dentro de nosotros.

A) ¡Rezamos a Dios que está sobre nosotros!

Es rasgo característico del habla humana el llamar «superiores» a las personas en las cuales se piensa con respeto. Superior significa que, en nuestro concepto, la persona de que se trata está sobre nosotros. El estudiante ve a su profesor en la altura de la cátedra; al juez, defensor de la ley, le respetamos contemplándole en la altura del tribunal; al monarca, en la altura del trono. Es muy lógico, pues, que al pensar en Dios, en la autoridad suprema, nuestros ojos busquen espontáneamente el cielo; aún más, que en la santa Misa el sacerdote celebrante extienda sus manos hacia el cielo. Lo hemos aprendido de Jesucristo, que también oró de esta manera en diferentes ocasiones (cf. Mc 6,41; 7, 34).

Con este hecho, ¿rechazamos acaso nuestra creencia de que Dios está presente por doquier? De ningún modo. Solamente queremos ayudar a nuestra alma con esta actitud, a fin de que durante la oración pueda deshacerse de las preocupaciones terrenas y se levante sobre todos los seres creados, sobre los montes, los valles, los bosques, los mares, los millones de estrellas de la bóveda celeste, y, como arrancándose del mundo —en cuanto es posible durante esta vida mortal—, adore al Dios verdadero, que está sobre todo el universo.

He de levantar de las cosas terrenas mi alma para hacer oración, para encontrarnos con nuestro Padre celestial.

B) Además, *rezamos a Dios, que está entre nosotros*. ¿Dios entre nosotros? Pero acabamos de decir que está sobre nosotros, más arriba que todas las cosas creadas.

Es cierto. Pero no lo es menos que Dios está también en medio de nosotros. No ignoráis cómo empieza el Evangelio, según San Juan: «*En el principio era el Verbo..., y el Verbo era Dios*» (Jn 1, 1). «*Y el Verbo se hizo carne; y habitó entre nosotros*» (Jn 1, 14). Es decir, el Verbo de Dios, el Hijo de Dios, asumió cuerpo mortal y vivió en medio de nosotros, y cuando regresó a su Padre celestial, no nos abandonó, ni siquiera entonces, sino que se quedó en medio de nosotros, sobre nuestros altares, en el Santísimo Sacramento. «*Por esto adoramos este gran Sacramento postrados en tierra, porque bien sabemos que en él está el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo*»

C) Finalmente, *rezamos á Dios, que está dentro de nosotros*.

Si lo dijera un hombre, no lo creería. Pero he de creerlo si me lo dice Jesucristo. «*El que me ame —dijo en cierta ocasión el Señor— guardará*

*mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada dentro de él»* (Jn 14, 23). ¿No son bien claras estas palabras? Quien ama a Dios y cumple sus preceptos, tendrá a Dios morando en su alma. ¡Qué revelación más sublime! Tal hombre es templo vivo de Dios, es un tabernáculo viviente.

Puedo rezar, no sólo de palabra, sino también con obras. *La oración más hermosa que le podemos tributar a Dios es precisamente una vida que se ajuste a todos sus preceptos.* Al decir, pues, que oramos también con nuestra vida, no hago sino repetir las palabras de San Pablo: «*Glorificad a Dios en vuestro cuerpo*» (1 Cor 6, 20). Hubo compositores que escogieron para sus obras títulos tan como éste: «*Canciones sin palabras.*» También la vida humana, conforme a la voluntad de Dios, viene a ser una canción y una oración sin palabras que glorifica a Dios.

¡Qué edificante viene a ser la piadosa costumbre que tienen muchos cristianos fervorosos de no pasar ninguna fiesta solemne sin confesarse y sin comulgar! Es el modo más profundo y hermoso de celebrar las fiestas: disponerlo todo de suerte que, si el polvo de la vida ha cubierto nuestra alma, y nuestra debilidad humana ha caído por la fuerza de la tentación, por lo menos pueda volver una y otra vez a nuestro interior el Dios misericordioso, lleno de perdón.

¡Recemos a Dios, que está dentro de nosotros!

\* \* \*

Un viejo pescador llevaba en su barca a un joven. En uno de los remos se leía esta inscripción: «¡Reza!, y en el otro «¡Trabaja!» El joven dijo con ironía: «Basta con trabajar; ¿por qué se ha de rezar también?».

El viejo no contestó; pero soltó el remo en que estaba escrita la palanca «reza» y empezó a remar tan sólo con el otro. Remaba, remaba, pero no hacían más que dar vueltas en el mismo punto sin adelantar un paso. Entonces comprendió el joven que junto al remo del *trabajo* se necesitaba también el otro: el de la *oración*.

Yo, por tanto, rezo a Dios, que está sobre mí: es mi rezo habitual de la mañana y de la noche; rezo a Dios, que está entre nosotros: es mi oración en la iglesia, ante el Sagrario; y rezo a Dios, que está dentro de mí: cuando comulgo y cuando mi vida está orientada según la voluntad de Dios. Yo no necesito que se me prescriba, bajo pena de pecado grave, participar de la Misa, confesarme y comulgar por lo menos una vez al año. Yo no necesito que se me tenga que mandar rezar. Para mí la oración es un tiempo maravilloso en el que me encuentro con Dios, le hablo y le escu-

cho; para mí es enormemente consuelo que Dios se digne escuchar mis palabras; para mí es la mayor de las distinciones.

## CAPÍTULO XX

### DIOS ES MI PADRE: LE AMO

Meditemos por cuarta vez este pensamiento sublime: *Dios es nuestro Padre*. Y cuanto más escudriñemos las profundidades de este pensamiento, tanto más caeremos en la cuenta de cómo debemos corresponder a ese Dios que tanto nos ama.

Dios es mi Padre; por lo tanto, se cuida de mí y yo confío en Él. Estos fueron los temas del segundo y tercer capítulo.

Dios es mi Padre: por lo tanto, hago oración, hablo con Él. El tema del capítulo anterior.

Hoy subiremos un grado más: Nosotros los cristianos, no sólo tememos a Dios, no sólo le adoramos a Dios, sino que tenemos relaciones de amor con Él como no las tienen los prosélitos de otras religiones: *nosotros amamos a Dios*. Le amamos porque es nuestro Padre celestial.

Los paganos tenían ídolos, y no se atrevían a mirarlos sino con temor. El pueblo judío conoció a Dios, pero en sus oraciones también se distingue, inconfundiblemente, la voz del temor. Pero nosotros, los cristianos, no miramos a Dios con temblor, con pavor, sino con amor, con un amor ilimitado.

¿Cómo hemos llegado a saber que hemos de amar a Dios? ¿Cómo hemos de demostrar nuestro amor a Dios?

I. ¿Por qué hemos de amar a Dios?, y II. ¿Cómo hemos de amar a Dios?

#### I

#### ¿POR QUÉ HEMOS DE AMAR A DIOS?

1.º Podría darse esta primera respuesta: Hemos de amarle porque Él nos lo manda.

Los fariseos explicaban con aire de seriedad y con hipocresía la ley del Antiguo Testamento. Establecieron más de trescientas prohibiciones y doscientos preceptos; no es maravilla, pues, que los hombres no viesen con

claridad cuál era el principal mandato.

En cierta ocasión le preguntaron a Jesucristo: «¿Cuál es el mandato principal de la ley?» Y la respuesta del Señor no dejó de sorprender a los que le preguntaban.

Del ingente montón de prescripciones, mandamientos, prohibiciones, colocó en el primer puesto justamente aquel precepto en que nadie pensaba, que yacía como sepultado: «*Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente*» (Mt 22, 37).

Bien merece ser meditada esta respuesta.

¿Quién es el que mejor comprende al hombre? El que lo creó: Dios Nuestro Señor. El Dios creador colocó en el centro del cuerpo humano — ¡qué interesante! — no el cerebro, sino el corazón; como para indicar con ello que el corazón desempeña en el hombre un papel más importante que el cerebro.

Y en verdad, Jesucristo señala como mandato principal el del corazón: el del amor. «¿Cuál es el más importante de los preceptos?», le preguntaron a Jesucristo. Y Él ¿qué contestó? ¿Que has de entender a Dios con toda tu mente? No, sino: «Ama a Dios con todo tu corazón.»

¡Qué bondad por parte de Dios Padre que nos mande que le amemos!

Justamente el amor a Dios es la fuente de nuestra mayor felicidad y alegría, es nuestro mayor honor y nuestra fortaleza. Ya habría sido algo inaudito si Dios nos hubiese manifestado que es lícito amarle. Pero hizo más. Precisamente porque vio hasta qué grado su amor nos enriquece, no sólo lo permitió, sino *lo mandó expresamente*: «*Amarás al Señor tu Dios.*»

Amemos, pues, a Dios, porque El lo manda.

2.º Pero, si ahondo aún más en esta cuestión: ¿por qué amamos a Dios?, podré dar una nueva respuesta: *Amamos a Dios por su singular hermosura.*

¿Es hermoso Dios? Pero ¿por dónde lo deduzco? No le vi nunca. Lo concedo: Nunca vi a Dios, sólo vi las señales de su obrar: veo este mundo hermoso y... me quedo deslumbrado.

¿Amas las flores, los aromas del campo, las mieses de trigo? ¿Amas el arroyo que corre por los montes, el bosque que susurra, la cima cubierta de nieve, el mar airado o en calma?

Los que viajan por los alrededores del lago de Vierwaldstätt no dejan de subir al Rigi-Kulm para presenciar la magnífica salida del sol. Es al rayar del alba... Las moles ingentes de los glaciares, envueltas por la luz pálida, se visten de un tono gris...; 169 ya amaneciendo, sale el sol y las cum-

bres chispean como antorchas encendidas y parece un mar de fuego...; en medio de un profundo silencio alguien suspira a nuestro lado: ¡Qué grande es Dios!»

¡Cuánta belleza hay en este mundo! Pero ¿de dónde viene? «¿Se hizo por sí misma? «¿Es así desde siempre?» Con esto se responde a la cuestión propuesta: *¡Qué hermoso ha de ser Dios si tan hermoso es el mundo que ha creado!*

También podría expresarme de esta manera: amo a Dios porque es hermoso.

3.º Pero he de dar una respuesta aún más profunda. Amo a Dios, en primer lugar, no porque es hermoso, sino porque es bueno, infinitamente bueno.

Jesucristo dijo en cierta ocasión: «*Nadie es bueno sino sólo Dios*» (Lc 18, 10).

¿No es, quizá, una exageración? Entre los hombres, ¿no hay uno bueno? ¡De cuántos decimos: «Es un buen hombre!» Aún más: «¡Este hombre es la misma bondad!»

¿Cómo negar que también entre nosotros existe la bondad? ¿Que también los hombres tienen buenas cualidades? Pero yo no me atrevo a decir de un hombre que sea completamente bueno, que sea la bondad misma.

Que se trate de un San Pedro o de un San Pablo, de una monja, de un sacerdote, de un papa o de cualquier otra persona..., es hombre, y el hombre es mezcla de bien y de mal. Y todos nosotros sólo a costa de una lucha continua podremos lograr que lo malo que haya en nosotros no llegue a dominar. Muchos triunfaron por completo, pero aun en estos privilegiados había la posibilidad de que lo malo llegase a vencer lo bueno. Ved ahí, pues, que no podemos llamar completamente bueno a ningún hombre.

«*Nadie es bueno sino sólo Dios.*» Él es la fuente de todo lo bueno, porque su esencia es la bondad. También en el hombre hay fragmentos de bondad; pero éstos los recibimos de la fuente de la bondad, de Dios; como los planetas reciben su brillo de la fuente de la luz, del Sol.

En el libro de Isaías el Señor propone una comparación magnífica cuando quiere mostrar su bondad para con su pueblo: «*Mira cómo le llevo yo grabado en mis manos*» (Is 49, 16), dice el Señor. De todos sus miembros, los que usa con más frecuencia el hombre son las manos, que están siempre ante sus ojos; por lo tanto, «grabar, escribir algo en nuestras

manos» significa acordarnos siempre de ello, tenerlo de continuo ante la vista y en nuestro pensamiento. ¡Qué bueno ha de ser aquel Dios que nos promete pensar continuamente en nosotros!

Es propio de su misma esencia el que Dios sea tan bueno respecto de nosotros y nos ame tanto. La bondad no se puede contener, la bondad se difunde por doquier. ¿Puede impedirse a un gran fuego despedir el calor a su alrededor? ¿Puede lograrse que el sol deslumbrante no lo ilumine todo con su fulgor? Pero lo que el fuego y el sol hacen a la fuerza, Dios lo hace por su libre voluntad; derrama su bondad, todo lo inunda con ella.

*Pero ¿dónde muestra Dios su bondad?*

¿Dónde?

a) *En primer lugar, la muestra en el hecho de haber creado el vastísimo universo.*

Observemos tan sólo con ojo avizor este espléndido mundo: ¡Cómo pregona toda la bondad del Dios creador! Es el mismo Jesucristo quien nos llamó la atención sobre ello: Mira los Lirios del campo, mira los pájaros del cielo. Escucha el murmullo del arroyuelo, oye la brisa del mar... ¡Qué bueno es Dios! El da alimento «a los polluelos de los cuervos que claman a Él», dice el Salmista (Sal 146, 9).

Alguien podría objetar es el cuervo viejo quien les da de comer. Claro está que es el cuervo viejo. Pero ¿de dónde le viene al cuervo el instinto de dar de comer a sus polluelos?

Hay que confesarlo: ¡Dios es bueno para con el mundo entero!

b) Pero Dios muestra aún más su bondad para con el hombre en: 1º) querernos sin interés: 2º) sin mérito, y 3º) sin medida.

1º) Nos ama sin interés. En todo amor de acá abajo se mezcla algún interés u obligación, acaso el lazo de la sangre..., sin exceptuar el amor paterno ni el filial. Amamos a otra persona porque es buena para con nosotros, porque nos ayudó, porque nos gustó, porque la necesitamos. Pero Dios nos ama sin interés; no nos necesita, nosotros no podemos hacerle más feliz: y, no obstante, dice: «Yo te he amado con perpetuo amor» (Jer 31, 3).

2º) *Nos ama sin mérito nuestro.* Porque ¿quién podrá decir que mereció la bondad, el amor de Dios? ¿Los ángeles?, quizá ellos puedan decirlo. ¿Los santos? Tal vez ellos también lo podrán decir. Pero yo ¿puedo decirlo? Recuerdo todas las faltas de mi vida pasada, y exclamo con el Salmista: «¿Qué es el hombre para que Tú te acuerdes de él?» (Sal 8, 5). Recuerdo todas las faltas de mi vida pasada, y exclamo con el

profeta Jeremías: «*Es una misericordia del Señor el que nosotros no hayamos sido del todo consumidos*» (Lam. de Jer. 3, 22). Recuerdo todas las faltas de mi vida pasada, y exclamo con San Pablo: «*Lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros, es que cuando éramos aún pecadores, fue cuando, en el tiempo señalado, murió Cristo por nosotros*» (Rom 5, 8).

En verdad: Dios nos ama sin mérito de nuestra parte.

3) *Y nos ama Dios sin medida*. No terminaríamos nunca si quisiéramos enumerar y decir con puntualidad cómo nos ama Dios. Ama al habernos dado unos padres cuidadosos y unos amigos consecuentes. Ama al otorgar la integridad del cuerpo y la salud. Ama al conceder capacidad espiritual... Pero ahora no quiero hacer hincapié en esto. Sólo quiero subrayar un pensamiento: ¡Cuánto me ama el Padre celestial, si envió a su Hijo Jesucristo, quién «*me amó y se entregó a Sí mismo por mí*» (Gal 2, 20).

Cuando Abraham ya estaba dispuesto por amor a Dios a ofrecer el mayor de los sacrificios, inmolar a su propio hijo, el ángel le detuvo el brazo y le dijo: «*Ahora conoció el Señor que le amas*»; ahora, cuando ibas a sacrificar tu tesoro máspreciado: tu propio hijo.

Y también nosotros, los hombres, hemos conocido ahora —lo conocimos en el mediodía del Viernes Santo— cuánto nos quiere Dios; pues por amor a nosotros sacrificó su más querido tesoro: su Hijo Unigénito. «*Para rescatar al siervo, entregaste a morir a tu Hijo*», dice San Agustín. Por esto, queridos lectores, yo os conjuro con San Juan: «*Amemos, pues, a Dios, ya que Dios nos amó el primero*» (1 Jn 4, 10). Nos amó sin interés, sin mérito, sin medida.

Amemos a Dios. Pero ¿cómo hemos de amarle?

## II

### ¿CÓMO HEMOS DE AMAR A DIOS?

Según nos declaró Jesucristo, el deber principal del hombre es amar a Dios. Si éste es, pues, un deber tan importante para nosotros, yo quisiera saber si tengo o no el justo amor a Dios. *¿Hay una señal exterior que dé testimonio, que sirva de prueba de que amo a Dios?* Por ejemplo, si mi corazón empieza a latir con vehemencia al pensar en Dios, si me emociono, si me alegro, si durante la oración brotan de mis labios palabras llenas de sentimiento, ¿es esto señal segura del amor a Dios?

Muchos son los que prorrumpan en quejas: «No sé qué me pasa. Antes me inundaba un gozo tan consolador al rezar. Ahora no siento nada de todo esto. ¿Señal, acaso, de que ya no amo a Dios?» ¡De ninguna manera! Ni siquiera los sentimientos más ardorosos son señal segura de amar a Dios como Él se merece. Puede darse el caso de que alguien se emocione y extasíe al tratar con Dios en la oración, y aún no es seguro que ame a Dios. Acaso otra alma no sea capaz de estas emociones y, con todo, puede amar mucho más profundamente a Dios.

San Pablo exhorta a los fieles de Roma a exclamar como niños: «¡Abba! ¡Padre!» (Rom 8, 15). Y en esta exhortación está contenida la respuesta a la pregunta que hacíamos: «¿Cómo hemos de amar a Dios?» *Hemos de amarle así como el niño ama a su padre, con el mismo amor y gratitud, dispuesto incluso al sacrificio por Él.* ¿Muchacho o muchacha?, no importa; ¿viejo o joven?, es indiferente; ante Dios es siempre niño aun el anciano que cuenta cien años de edad, y es niño también el más poderoso de los reyes.

¿He de decirlos, pues, cuál es la señal segura del amor a Dios? La medida en que nos sentimos agradecidos a Dios y nos sacrificamos por Él. Los sacrificios que eres capaz de hacer por Dios, y por tu prójimo por amor a Dios, es la medida de este amor.

I.º Por consiguiente, hemos de amar a Dios: A) con el corazón agradecido, y B) con un amor dispuesto al sacrificio.

A) Amar a Dios *con el corazón agradecido.*

«¡Dios mío!» ¡Cuántas veces hoy en día se escapa esta frase vanamente, sin motivo y sin reflexión, de labios del hombre! Si por lo menos pensasen lo que dicen. Porque si decimos «Dios mío», «buen Dios» estamos reconociendo al mismo tiempo que le debemos gratitud y amor por su bondad.

¿Sabéis cómo enseñó esta verdad un discípulo de San Francisco de Asís a un hombre indolente y frívolo? Le condujo a otro hombre ciego y paralítico:

—Dime —preguntó a éste—, si alguien te devolviera la vista y el uso de tu brazo, ¿le amarías?

—¿Si le amaría? —exclamó el ciego—. Sería su esclavo durante mi vida entera.

—¿Ves? —dijo el discípulo de San Francisco al hombre frívolo— alguien te dio en perfecto estado todos tus sentidos y aun te colmó de otros muchos beneficios. ¿Cómo le muestras tu gratitud?

B) ¡Amemos a Dios *con un amor dispuesto al sacrificio!* El Apocalipsis habla de aquellos que llevan en su frente el nombre del Padre (Apoc 14, 1). ¡Cuántas veces nos hemos santiguado! Pues otras tantas hemos inscrito el nombre del Padre en nuestra frente. Pero no ha de ser ésta una ceremonia vacía; mediante esta señal hemos de consagrar todo lo que tenemos.

Dios es mi Padre: si es mi Padre, procuro complacerle. ¿Cómo? Obedeciéndole, cumpliendo sus preceptos. «¡Pero, si son tan difíciles! ¡Si cuestan tanto!» No importa. Tampoco al niño le resulta fácil cumplir las órdenes de sus padres, y éstos, no obstante, se lo exigen.

El niño, cuya inteligencia aún no está desarrollada, muchas veces no lo comprende y se enfada, llora, se desespera, si sus padres le niegan algo con miras a su propio bien. Si tuviera más comprensión diría: «Ella es mi madre, él es mi padre: y si me niegan algo, sabrán mejor que yo por qué lo hacen... Ellos quieren mi bien.»

Si: así pensaría el niño si tuviera más juicio. Y así pensaría también el hombre adulto respecto de Dios, cuando Dios le niega algo o le exige algún sacrificio.

Y no os maravilléis si ahora me refiero a las pequeñeces de la vida diaria y digo: *El que ama de veras a Dios no cumplirá menos minuciosamente sus preceptos que —pongo por ejemplo— los mandatos de la moda.* Y, a decir verdad, ¡qué ejemplos nos brindan en este punto así el pasado como el presente!

No están tan lejanos aquellos días en los que el peluquero, en vísperas de una gran fiesta, lucía sus habilidades levantando una torre de Babel en el peinado de una dama distinguida y la dama había de pasar toda la noche sin moverse, sin entregarse al sueño, en un sillón, para que no se aflojara ningún rizo en el edificio de su peinado...

¿Dónde prescribe Dios un velar tan penosamente durante toda una noche? Y las mismas damas, esclavas de la moda, con el pretexto de «encontrarse débil» y de «notar cierto malestar», fácilmente se excusan de ir a Misa.

Mostradme, si podéis, que la prescripción del ayuno cuaresmal es tan severa como, por ejemplo, el régimen para adelgazar. Pues las mismas personas que encuentran demasiado duras las prescripciones cuaresmales y las tachan de vejaciones del hombre moderno, las mismas —si es que así lo exige la moda— ayunan mucho más, sin una palabra de queja, sólo *para no perder la línea...*

Los jóvenes que se avergüenzan de doblar la rodilla en el momento

de la Consagración, en la Santa Misa, por el «qué dirán sus compañeros», no se avergüenzan de ir tambaleándose por los bulevares una madrugada de carnaval, después de una noche pasada en juergas, con un casco de papel sobre la cabeza, con un pito en la boca, con un estrafalario vestido... Y éstos ¿aman a Dios? No. Porque tan sólo le ama quien sabe amarle sacrificándose por Él.

2.º ¡A Él... y al prójimo! Porque aquí tenéis el otro distintivo del verdadero amor a Dios: *el amor al prójimo*.

Si amo a Dios, si le amo como es debido, amaré también a mi prójimo, y daré su recto significado a esta hermosa palabra humana: «Amar»: ¿Sabéis por qué le es difícil al hombre moderno hablar del amor a Dios? Porque en él perecieron *todas las clases* del amor.

«¡Amar!» En la época actual, en que el corazón se ha endurecido, en que flota por el aire el espíritu de la frivolidad, esta palabra santa, «amar», pasó al olvido, o —lo que es más doloroso aún— ha recibido insensiblemente un significado ponzoñoso.

*¡Pasó al olvido!* La vida agitada, que todo lo atropella, también aplastó el amor. Hoy el pobre ha de padecer hambre. El débil ha de perecer. El enfermo es un fardo pesado en la casa. El que ha trabajado mucho, ha de acurrucarse en un rincón. De quien se muere hoy, no se acuerdan ya mañana. Murió el amor.

O, si vive su nombre, *se esconde en él un veneno mortal*. Sí: su nombre aún vive: en las carteleras de los cines, en los títulos de las novelas, grita de continuo... y no consiente que nuestros jóvenes se conserven puros e incontaminados por mucho tiempo. En esta tan antigua como hermosa palabra “amor” se esconden las bajas concupiscencias, los egoísmos más rastreros.

*¿Cómo puede el hombre querer a Dios, a quien no ve, cuando ni siquiera quiere al prójimo, a quien tiene ante su vista?*

No puede amar a Dios el hombre que es cruel, desalmado, desleal, quisquilloso, insoportable, colérico para con sus prójimos.

En cambio, el que tiene verdadero amor a Dios, no sabe contenerlo y lo derrama sobre sus semejantes; de la misma manera que, cuando el Sol ilumina la Luna por la noche, la Luna no sabe esconderlo, sino que refleja la suave claridad de él recibida e inunda con ella la Tierra y sus habitantes, que van a tientas en la oscuridad.

¿Quieres saber si amas a Dios? Examínate a ti mismo, a ver si cumples la palabra de la Sagrada Escritura: «*Si así nos amó Dios, también*

*nosotros debemos amarnos unos a otros... Si nos amamos unos a otros, Dios habita en nosotros, y su caridad ha llegado a su plenitud en nosotros» (1 Jn 4, 11-12).*

\* \* \*

El poeta del Cristianismo, el poeta de fama mundial, DANTE, cierra su gran trilogía con esta frase: «El amor divino mueve el sol y todas las demás estrellas.» Pues bien: si el amor divino gobierna el sol y las estrellas, que no tienen vida, ¡cuánto más me atenderá a mí, hombre vivo!

Yo, por lo tanto, amo a Dios, y le amaría aun cuando no me lo mandase. Amo a Dios porque es tan bueno, y su amor se derrama en mí, en provecho mío: ennobleciéndome, levantándome, fortaleciéndome. «*Si amas el polvo —escribe SAN AGUSTÍN<sup>19</sup>—, serás polvo. Si amas a Dios, te harás semejante a Él.*»

Amo a Dios, y justamente por esto no le miro con desesperación ni mal humor ni con enfado. No diré de mal grado: Ya que es necesario ir a Misa los domingos, ya que es necesario guardar abstinencia los viernes, ya que es necesario confesarme una vez al año, cumplamos...; es necesario...

¡Ah!, no, no es así. Sino que me lanzo hacia Él con todo el empuje de mi alma generosa, con todo mi corazón, y le digo: *¡Oh Señor, qué feliz soy porque me es permitido amarte!; ¡qué feliz soy porque puedo ser tuyo!*

Hoy en día son dignos de toda compasión los hombres en quienes se debilitó la fe religiosa, y que intentan satisfacer el deseo instintivo del alma que busca a Dios, pisando los caminos nebulosos y tenebrosos del ocultismo.

Uno de los sistemas ocultistas enseña a sus secuaces que en el cuerpo humano hay órganos misteriosos, desconocidos, los llamadas «flores de loto», que sirven para el conocimiento del mundo suprasensible. El hombre que sabe desarrollar en sí estos órganos —según dicen los de esta secta— verá y oirá cosas que ni ojo ni oído humano más logró percibir...

Todo esto no pasa de ser una ilusión vana y un deseo sin esperanza.

*El verdadero tesoro que vive en nuestra alma es la fe.* Y si la guardo, la cuido, si le doy los medios para crecer y vivo según ella, es decir, si «amo a Dios» de veras, entonces alcanzaré realmente la felicidad de que me habla San Pablo: «*Lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni el hombre se imaginó, tiene Dios preparado para los que le aman*» (1 Cor 2, 9).

De rodillas y con alma emocionada tendríamos que repetir la magní-

---

<sup>19</sup> *In Johann*, X, 2, 13; Tr. 2, 14. 176

fica oración del gran cardenal inglés NEWMAN, convertido al catolicismo del anglicanismo:

«Señor, estoy tranquilo entre tus brazos; si Tú me sostienes, nada he de temer; si Tú me abandonas, pierdo toda esperanza. No sé nada de lo venidero, pero tengo la confianza puesta en Ti. Te suplico que me concedas lo que sirva a mi provecho; te pido que me prives de todo cuanto pudiera ser nocivo a mi salvación. Todo te lo confío a Ti, porque Tú lo sabes y yo no. Si me mandas sufrimientos y pesares, dame gracia para que los soporte bien, preservándome de toda agitación y egoísmo. Si me das salud y fuerza y éxito en este mundo, haz que siempre vigile para que estos tus dones, tan excelsos, no me alejen de TI. Concédeme que te conozca, que crea en Ti, que te ame y sirva, que viva para Ti y por Ti, y muera cuando y como convenga a tu mayor gloria.»

## CAPÍTULO XXI

### DIOS ES UNO Y TRINO

Dice el apóstol San Pablo en su Carta a los Hebreos: «*Sin fe es imposible agradar a Dios; por cuanto el que se llega a Dios, debe creer que Dios existe y que es remunerador de los que le buscan*» (Heb 11, 6).

He de creer que Dios existe. «Creo en un Dios, Padre todopoderoso» —así empieza el Credo cristiano—, y la creencia en un Dios es uno de los pilares fundamentales del cristianismo.

Pero la fe cristiana tiene incluye otra creencia no menos básica e importante que la fe en un Dios, y puede parecer que este otro artículo de fe contradice al primero.

«Creo en un Dios», así empieza el Credo. Pero decimos también: «Creo en la Santísima Trinidad», «Creo en Dios, Padre todopoderoso», decimos. Pero decimos también «Creo en Dios, Hijo» y «Creo en Dios, Espíritu Santo.» Quien no cree en un Dios no puede ser cristiano; pero quien no cree en la Santísima Trinidad, tampoco lo puede ser. Sin esta creencia básica sería incomprensible y carecería de sentido todo el cristianismo; porque la personalidad y la obra, las enseñanzas y la Pasión de Jesucristo sólo son comprensibles con la creencia en la Santísima Trinidad.

Entre las dos afirmaciones, ¿no existe una contradicción por la cual mutuamente se excluyen? Aún más: ¿que razones respaldan la doctrina de la Santísima Trinidad, el mayor problema de nuestra fe? La doctrina de la Santísima Trinidad, ¿no es algo absurdo, no es la negación rotunda de la razón humana? Y si de veras es un artículo de fe revelado, ¿tiene alguna influencia respecto a nuestra vida cristiana?

He aquí las preguntas que contestaremos en el presente capítulo. En primer lugar, examinaremos *con qué fundamento enseña el cristianismo la creencia en la Santísima Trinidad*. Después responderemos a las dificultades que puedan presentarse. Finalmente, examinaremos qué significa esta doctrina para la vida de un católico.

## ¿EN QUÉ FUNDAMENTO SE APOYA LA CREENCIA EN LA SANTÍSIMA TRINIDAD?

La fe en la Santísima Trinidad es una doctrina distintiva del cristianismo. Es la gran puerta, la única entrada por la cual han de pasar todos cuantos deseen entrar en los campos del cristianismo. Es el mismo Jesucristo quien señaló esta puerta, por la cual ha de pasar todo el que quiera ser discípulo suyo: «*Id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*» (Mt 28, 19).

¿Verdad que no puede ser cristiano el que no esté bautizado? Y es cosa sabida que no se recibe el bautismo sino en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. En una palabra, no puede ser cristiano quien no cree en la Santísima Trinidad.

*¡La Santísima Trinidad! El misterio más profundo de la religión cristiana. Una divinidad, pero tres divinas personas. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, y, no obstante, no hay tres dioses; no hay más que un solo Dios. ¡Un Dios en tres personas! No algo compuesto de tres cosas distintas, sino algo simplicísimo que es un solo Dios.*

¿Quién puede comprenderlo? La fantasía humana no es capaz. ¿Quién lo cree? Con fe rendida y humildad, lo cree todo cristiano.

Pero ¿por qué lo creemos? Porque..., y solamente porque *así lo enseñó nuestro Señor Jesucristo*. Lo enseñó tan claramente, que es forzoso creer en su palabra.

¿Dónde lo enseñó?

He aquí algunos ejemplos.

Claramente manifestó que Él es «*Hijo de Dios*», y que lo es en un sentido completamente distinto del que nosotros, los hombres, significamos cuando también nos llamamos hijos de Dios, hijos adoptivos de Dios. Por lo tanto, Dios tiene un Hijo.

Dice en otra ocasión: «*Mi padre y yo somos una misma cosa*» (Jn 10, 30); por lo tanto, no hay dos dioses. «*Dios, y el Hijo de Dios*» no son dos dioses distintos: *son una misma cosa, un solo Dios*.

Pero la Sagrada Escritura habla, no sólo del Hijo de Dios, de la segunda Persona divina, sino también de una tercera Persona, del Espíritu Santo.

Leemos, por ejemplo, que cuando Jesús fue bautizado en el Jordán, el Espíritu Santo bajó sobre Él en forma de paloma (Mt 3, 16).

Leemos que Jesucristo prometió enviar el Espíritu Santo, el Espíritu de la verdad, que permanecerá perennemente con sus Apóstoles (Jn 14, 17).

Leemos que sopla sobre ellos en la noche de Pascua para que reciban al Espíritu Santo, otorgándoles el poder de perdonar los pecados (Jn 14, 17). Y acabamos de oír que los envió a bautizar en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 19).

Son pasajes tan claros, tan inequívocos, que no podemos rechazar la creencia en la Santísima Trinidad. ¿La comprendemos? No. ¿La creemos? Por supuesto que sí.

Uno de los filósofos de más aguda inteligencia, S. AGUSTÍN, también meditaba este profundo misterio, mientras se paseaba a la orilla del mar. Conoceréis la encantadora historia. Un muchachito jugaba a la orilla y con una concha llenaba del agua del mar el hoyo que había cavado en la arena. Quería poner el mar inmenso en el diminuto agujero. Sonriendo, le dirigió la palabra el gran filósofo, y le dijo que nunca lo lograría. «Antes de que el limitado entendimiento humano vea la esencia de Dios y comprenda el misterio de la Santísima Trinidad», contestó el niño.

## II

### ¿CUÁLES SON LAS DIFICULTADES?

Pero aunque encierre una gran verdad esta pequeña historia, y aunque sea cierto que nunca podremos comprender el misterio de la Santísima Trinidad, es lícito escudriñarlos e intentar resolver las dificultades que puedan presentarse.

Porque es cierto que en el hombre se levantan inquietudes, objeciones, dudas, contra lo que llevamos dicho respecto a la Santísima Trinidad.

Me parece oír la objeción: «En el misterio de la Santísima Trinidad hemos de creer algo que contradice a la razón humana. *Tres no pueden ser uno. Y uno no puede ser tres*».

En efecto: uno no puede ser tres y tres no pueden ser uno. Y si la religión cristiana me exigiera creer tamaña imposibilidad, entonces tampoco yo sería cristiano.

Pero en el dogma de la Santísima Trinidad no se trata de esto. No creemos que en Dios hay una persona y al mismo tiempo tres personas, ni creemos que en Dios hay una naturaleza y también tres naturalezas; esto

sería una afirmación absurda. Sino que creemos que *lo que es uno en cierto sentido, bajo otro aspecto es trino*; Dios es uno, si miramos la naturaleza; pero trino, si en esta sola naturaleza, mirarnos las personas.

La razón humana ha querido explicar de alguna manera este misterio, pero nunca será capaz de comprenderlo por completo. San Agustín meditaba continuamente sobre este problema y propuso comparaciones muy interesantes, tomadas de los fenómenos de la naturaleza; quedó el misterio más o menos aclarado; pero al final se tropieza siempre con la escena que hemos referido, la escena de la orilla del mar.

He aquí algunas comparaciones de las que propone SAN AGUSTÍN. No podemos llamar río a la fuente, ni al río podemos aplicarle el nombre de fuente, o tampoco al sorbo que bebemos de la fuente podemos designarlo con la denominación de fuente o de río; y, sin embargo, en los tres hay la misma agua. Por lo tanto, tenemos *fuentes, ríos, sorbos* —tres cosas—, pero una sola agua<sup>20</sup>.

Otra comparación nos propone el santo Obispo, basándose en las tres potencias del *alma*: memoria, entendimiento, voluntad —tres potencias de una misma esencia, de un alma sola<sup>21</sup>.

Otros propusieron nuevos símiles. Tres hombres tienen el mismo *pensamiento*: serán tres los pensamientos; pero la verdad, el objeto, será el mismo, será uno solo.

Otro símil: los rayos del *sol* caen sobre el agua y en la superficie del agua aparece la imagen del sol; caen sobre el espejo y también allí se retrata la misma imagen; tenemos, pues, la imagen del sol en el cielo, en el agua, en el espejo; son tres imágenes del mismo sol.

Otra comparación: puedo tocar en el piano un *acorde* de tres notas: *tres notas, un acorde*.

Otra: tomo una *amatista*; mirada por tres lados, muestra tres colores distintos, y, sin embargo, es una sola.

Más: hay *agua en estado* líquido, hay hielo, hay niebla, la esencia de estas tres cosas es una: el agua.

Permitidme aun otra comparación: la *electricidad* mueve, calienta, ilumina; y es la misma, es una sola cosa.

Naturalmente, la misma ingeniosidad que despliega la mente mana para encontrar comparaciones, muestra que todas ellas claudican y se quedan muy atrás de la realidad.

---

<sup>20</sup> *De fide et symb.*, c. 9, 17.

<sup>21</sup> *De spirit.*, 9, 12.

¿Y qué decir de los aprietos en que se encuentra el arte al tener que representar la Santísima Trinidad? En los templos medievales la representaban en la forma de una Y o de una T mayúsculas; porque tienen tres brazos y no son sino una sola cosa.

Hoy la figuran con preferencia bajo la forma de un triángulo, en medio del cual pintan el ojo omnividente de Dios. Como es obvio, son meros tanteos de hombre, símiles que claudican. Después de cada comparación, después de todos los raciocinios, he de decir con alma creyente: «Lo creo, aunque no lo comprendo.»

Pero al conocer por la fe el misterio de la Santísima Trinidad, ¿no llama nuestra atención cómo esparció Dios por doquier adonde llegue el pensamiento humano el número tres? Casi me atrevería a decir: *Ved ahí por el inundo las huellas escondidas de la Santísima Trinidad.*

Todas las cosas tienen principio, medio y fin. Todo ser viviente nace, crece y muere. El tiempo se articula en pasado, presente y futuro. Un proverbio alemán dice: «Todo lo bueno ha de ser en número de tres.» Antes lo había expresado el adagio latino: *Omne trinum, perfectum*: «Todo lo trino es perfecto.» Parece oírse el eco de aquellas palabras de Nuestro Salvador: «Nadie es bueno sino sólo Dios» (Mc 10, 18), ¡el Dios uno y trino!

La Santísima Trinidad es un profundo misterio que no comprende nuestro entendimiento, pero por lo menos vemos que *no está contra la razón* —como dicen los incrédulos—; tan sólo está *por encima de la razón*. Estaría en contra si dijéramos que tres son uno. Pero, no. No sostenemos que haya tres Dioses, y que estos tres sean uno solo; esto movería a risa, sino que decimos hay tres personas divinas en una sola divinidad. Por lo tanto, no hay tres esencias divinas, sino una.

«No lo comprendo», es lo único que puedo decir; pero no puedo afirmar que esto «contradiga a la razón».

No lo comprendo. Pero no soy solamente yo, por mis cortos alcances, quien no lo comprende. ¿Habéis visto cómo representan los grandes artistas a los ángeles en el cielo? Hincados de rodillas, con la cabeza inclinada ante Dios. Pero ¡cuánto más adecuada es esta postura para el hombre de esta tierra! *Tantum ergo mysterium veneremur cernui!*

No lo comprendemos, no lo comprendemos. Como si nos encontráramos con la luz deslumbrante de un reflector gigantesco, sentiríamos que nos rodea una claridad enorme, pero no veríamos nada más que luz; luz y sólo luz. Como si los latidos de nuestro corazón estuvieran para pararse.

¿Sabéis por qué no lo comprendemos? Porque *quien quisiera comprender a la Santísima Trinidad, antes habría de comprender el ser infinito de Dios*; antes habría de aprisionar en su pobre y pequeño cerebro humano al Dios infinito; antes habría de poner en el diminuto hueco cavado en la arena toda el agua del mar.

El diácono *Euplo* fue martirizado por su fe cristiana, en Catania, en el año 304. Al mártir, en medio de los intensos sufrimientos producidos por los tormentos, le dijo el juez: «¡Desgraciado! ¡Sacrifica a los dioses! Adora a Marte, a Apolo, a Esculapio.» El mártir contestó: «Adoro al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Adoro a la Santísima Trinidad, fuera de la cual no hay Dios.»

*Sí; nosotros adoramos a la Santísima Trinidad, fuera de la cual no hay Dios.*

### III

#### ¿QUÉ SIGNIFICA PARA NUESTRA VIDA RELIGIOSA EL DOGMA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD?

La doctrina de la Santísima Trinidad es la creencia más difícil de la religión cristiana; la más dura prueba a que ha de someterse nuestra fe. No lo comprende nuestra razón; mas lo creemos, porque lo enseñó Nuestro Maestro, Jesucristo. Pero, y he aquí lo difícil de la cuestión ¿por qué lo enseñó Cristo? ¡Esta doctrina está, al parecer, tan lejos de la vida religiosa! Aparentemente ni siquiera le atañe. ¿Por qué, pues, la reveló Cristo, si sabía que nunca la habíamos de comprender?

¡Cuántas otras cuestiones nos habrían interesado de veras, y no dijo una sola palabra respecto de ellas! ¿Cuándo llegara el fin del mundo? ¡Qué pregunta más importante! Y Cristo no nos lo dijo. ¿Se salva o se condena la mayor parte de la humanidad? ¿Qué será de aquellos niños que mueren antes del bautismo? Todas estas cosas nos interesarían, y Cristo no nos dijo nada respecto de ellas.

Pero nos habló de la Santísima Trinidad.

Nunca comprenderemos la doctrina de la Santísima Trinidad; y, no obstante, hemos de agradecer a Jesucristo que nos la haya revelado; porque lo poco que de ella entendemos: *nos descubre sublimes verdades religiosas*. Conociendo a la Santísima Trinidad: 1º, *conocemos mejor a Dios*; 2º, *adoramos mejor a Dios*; 3º, *amamos mejor al hombre*, y 4º, *soportamos mejor esta vida terrenal*.

En primer lugar, gracias a la creencia en la Santísima Trinidad, ¡qué sublime aparece ante nosotros la imagen de Dios! Si nunca hubiéramos oído hablar de la Santísima Trinidad, ¡qué lejos estaríamos del conocimiento de Dios!

Dejemos por un momento este mundo creado, y... ¿qué es lo que vemos? ¿Vemos acaso al Dios eterno, solo, abandonado en una soledad eterna como Él?

¡Sería algo insoportable! ¡Estar solo eternamente! ¿Sabes lo que significa estar solo? ¿Pasar por la vida abandonado, sin que nadie te comprenda, sin que nadie te ame? Es el peor de los sufrimientos.

Pues, entonces, ¿podrás imaginarte lo que supone que Dios tenga que estar siempre solo? ¿Que nunca sea comprendido por nadie, ya que una mera criatura no es capaz de comprenderle? ¿Que no sea amado como se merece, porque ninguna criatura puede quererle como Dios merece ser querido?

¡Y nos surgen las preguntas de los incrédulos! «¿Qué hizo Dios desde toda la eternidad? Cuando aún no existía el mundo, ¿qué hacía Dios? ¿Se aburría enormemente?...»

Y ahora ved qué admirable respuesta da a todas estas preguntas la doctrina de la Iglesia tocante a la Santísima Trinidad. Nadie es capaz de conocer por completo a Dios sino el mismo Dios; y a este conocimiento lo llamamos el Dios-Hijo. El Padre y el Hijo se aman infinitamente; y a su amor mutuo lo llamamos Dios-Espíritu Santo. *Y en este conocimiento divino, perfecto, y en este amor divino, también perfecto, Dios es completamente feliz.*

¡Oh Trinidad dichosa!

Es verdad que no comprendemos la doctrina de la Santísima Trinidad; pero ello no obsta a que esta creencia abra ante nosotros insondables abismos de la vida admirable que se esconde en el seno de Dios. A la luz de nuestra fe en la Santísima Trinidad, ¡qué fuerza y qué claridad adquieren las palabras de San Pablo!: «*El Rey de los reyes y Señor de los señores, el único que es inmortal y que habita en una luz inaccesible, a quien ninguno de los hombres ha visto, ni le puede ver, a Él el honor y el imperio por siempre*» (1 Tim 6, 15-16).

¡Cuánto más sublime se nos muestra así nuestro Dios!

¡Oh Trinidad feliz!

Pero voy más allá. De esta forma, no sólo conocemos mejor a Dios,

sino que nos podemos dirigirnos a Él en la oración de una manera mucho más perfecta.

No comprendemos el misterio de la Santísima Trinidad, pero lo poco que sabemos nos llena de fascinación...

Si a un niño se le muere su padre y no guarda de él más que una pequeña y deslucida fotografía, ¡con qué amor y respeto mirará el niño los rasgos desdibujados del rostro de su padre! ¿No tendría que conmoverse, aunque de una forma mucho más intensa, nuestro interior cuantas veces pronunciemos el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo?

Hay tres Personas divinas y estas tres Personas son «un solo Dios»; así lo confesamos en el Credo. Pero no me detengo aquí, sino que sigo mis reflexiones. Si son «personas» entonces les puedo dirigir la palabra, les puedo pedir algo, les puedo manifestar mi amor; es decir, son «personas» con quienes puedo entablar «relaciones personales».

*Entro en relaciones con el Padre*, le hablo, le doy las gracias a Aquel que me otorgó la vida, la conciencia de mí mismo, mi entendimiento, mi corazón.

*Hablo con el Hijo*, que se hizo hombre, que se hizo hermano mío, que consintió en que fuese martirizado su cuerpo por mí, que vertió su sangre por amor mío.

*Hablo con el Espíritu Santo*, quien, como espíritu del Padre y del Hijo, inunda mi alma, y de quien proceden todos mis buenos propósitos y todas mis buenas obras. Cuando de esta manera rezo humildemente ante la Santísima Trinidad, la entiendo mejor que si pensase las elucubraciones filosóficas más elevadas.

Y así comprendemos también por qué resuena con tanta frecuencia en los labios de nuestra Santa Madre la Iglesia la alabanza de la Santísima Trinidad. Con esta alabanza empezarnos y terminarnos nuestras oraciones. Con ella empezamos y terminamos la Santa Misa. A ella está unida la administración de los sacramentos, y la Iglesia no sabe bendecir de otra manera que en nombre de la Santísima Trinidad. Al final de sus salmos, de sus himnos, de sus oraciones, siempre resuena la alabanza de la Santísima Trinidad: «¡Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos!»

¡Oh Trinidad dichosa!

¿Sabéis qué otra cosa nos enseña la creencia en la Santísima Trinidad? *El amor al prójimo.*

Los más sublimes motivos por los que tenemos que amar al prójimo los sacó el mismo Jesucristo de la doctrina referente a la Santísima Trinidad. En la última Cena, con el corazón conmovido, rezó al Padre por sus discípulos para que *«...todos sean una misma cosa; y que como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros»* (Jn 17, 21).

Por encima de nosotros está el Sol, sin el cual no podríamos vivir. Hace brotar la vida, calienta, ilumina; en una triple actividad, no deja de ser una sola cosa. Es una nueva comparación para hacer más inteligible el misterio de la Santísima Trinidad.

Pero el Sol no es un gran disco de fuego, inmóvil, silencioso, como parece muchas veces a través de las nubes, sino que es escenario de huracanes de fuego en constante actividad, de cráteres que arrojan continuamente terribles erupciones de llamas. Algo parecido podríamos decir de Dios, del *Dios uno y trino, que no es inmovilidad inactiva, sino amor siempre activo, vivificador, creador y conservador.*

Nuestros antepasados tenían especial preferencia por consagrar los hospitales a la Santísima Trinidad. Su alma profundamente religiosa sentía que el amor tierno y abnegado florece mejor en aquellas personas que veneran un amor ferviente a la Santísima Trinidad, a aquella Trinidad augusta en que el amor recíproco y eterno del Padre y del Hijo es llamado Espíritu Santo.

Dios es el Dios de amor, y sólo quien ama mucho a Dios podrá amar a su prójimo y cumplir la Ley (Mc 12, 30), porque *«Dios es caridad, amor; y el que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él»* (1 Jn 4, 16).

Finalmente, el dogma de la Santísima Trinidad *nos infunde fuerza para pasar esta vida terrena.* Dios se entiende a Sí mismo, y esto es el Dios-Hijo. *«Dios es luz, y en Él no hay tinieblas»* (1 Jn 1, 5). Por lo tanto, si vivo según la voluntad de Dios; es decir, si vivo en Dios, entonces también mi vida será luminosa, iluminará, tendrá sentido, aunque viva, según las terrenas apariencias, en medio de privaciones y sufrimientos, en la oscuridad de negros nubarrones, y aunque mi vida sea, aparentemente, una cosa sin sentido.

El Padre y el Hijo se aman, y este amor es el Espíritu Santo. *«Dios es caridad»* (1 Jn 4, 8); por lo tanto, si vivo en Dios, entonces voy alimentándome con el amor de Dios, que me da vida y fortalece, por muy malas que sean las circunstancias de mi vida.

Por tanto, el misterio del Dios uno y trino no sólo nos permite profundizar con la mirada en la esencia de Dios, iluminada con su propia luz, sino que también nos conforta y fortalece.

¡Oh Trinidad feliz!

\* \* \*

Nuestra Madre la Iglesia católica nos hace hijos suyos al bautizarnos *en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo*; y sólo nos reconoce por hijo suyo cuando confesamos en voz alta la creencia en la Santísima Trinidad.

Y desde aquel momento la fe en la Santísima Trinidad nos acompaña durante toda nuestra vida. Desde el momento en que por vez primera hicimos la señal de la cruz, cuando empezamos a tener uso de razón, hasta el último momento, aquel momento solemne en que el hombre se despide con plena conciencia de la vida, nos acompaña esta fe. Muchos cristianos, incluso hoy día, comienzan su testamento con estas palabras: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...»

La primera idea religiosa que llega a nuestro oído en esta tierra es la profesión de fe en la Santísima Trinidad, que se hace en el bautismo. Y el último pensamiento religioso que se nos dirige es la palabra del sacerdote que junto al lecho de la agonía recita esta oración:

«Sal de este inundo, alma cristiana, en el nombre de Dios, Padre Todopoderoso, que te creó: en el nombre de Jesucristo, Hijo del Dios vivo, que padeció por ti; en el nombre del Espíritu Santo, que descendió sobre ti...»

Después sigue el sacerdote rezando: «Te encomendamos, Señor, el alma de tu siervo... Alégrale con tu visión... Es verdad que pecó, pero nunca renegó de la fe en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo, sino que creyó y adoró fielmente a Dios.»

Dios se merece todo nuestro amor, por eso quiero adorarle fielmente. Cuando trabajo, cuando cumplo a conciencia con mi deber, sé que entonces sirvo al Señor. Cuando rezo mis oraciones, cuando visito a Jesús-Eucaristía oculto en el Sagrario, o me confieso, o comulgo, le sirvo aún mejor. Mas si procuro ser amable, dulce, comprensivo, caritativo con todos, si me esfuerzo por vivir sin pecado, cumplir los mandamientos divinos, entonces es cuando sirvo más al Señor.

*¡Señor! Recibí el santo bautismo en nombre de la Santísima Trinidad; me santiguo siempre en nombre de la Santísima Trinidad; quie-*

*ro despedirme un día de este mundo con el nombre de la Santísima Trinidad en mis labios... Concédeme que la visión de la Santísima Trinidad sea también la felicidad sin fin de mi vida eterna.*

## CAPÍTULO XXII

### DIOS CREADOR

Hace casi tres mil años que el poeta inspirado del pueblo judío exclamó en uno de los salmos: «*Señor, Dios nuestro, ¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!*» (Sal 8, 1).

Cuando suena el agua del arroyo que baja veloz por los montes; cuando ruge el huracán; cuando el trueno retumba, exclamo: ¡Qué grandes son, Señor, tus obras!

Cuando amanece y sale el sol; cuando se tiñen de fuego las cimas de los Alpes cubiertas de nieve, exclamo: ¡Qué grandes son, Señor, tus obras!

Cuando me tomo el pulso; cuando examino en el microscopio los millares y millares de pequeños seres vivientes que pululan en una sola gota de agua; cuando miro a través del telescopio las constelaciones, exclamo: ¡Qué grandes son, Señor, tus obras!

«*En el principio creó Dios el cielo y la tierra*» (Gen 1, 1). Estas son las palabras con que empieza la Sagrada Escritura, y por toda la Biblia resuena en labios de los profetas y del Salmista la alabanza al Dios poderoso y creador<sup>22</sup>. Y así canta el Salmista: «*El auxilio me viene del Señor que hizo el cielo y la tierra*» (Sal 120, 2). SAN PABLO dice de Dios que «*todas las cosas fueron hechas por Él, y para Él, y todas existen de Él*» (Rom 11, 36), y que «*Dios da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean*» (Rom 4, 17) y que Él «*creó el mundo y todas las cosas contenidas en él*» (Hech 17, 24).

Dios es omnipotente —dice la Sagrada Escritura en muchos lugares<sup>23</sup>—; pero aunque no lo dijera, la Omnipotencia es el atributo divino que más fácilmente descubre el hombre, y el que destaca lo mismo en la grandeza del mundo que en la propia debilidad e impotencia del hombre.

Truena la bóveda celeste, sopla huracanado el viento, estallan fulminantes los rayos..., el suelo, que creíamos firme, se conmueve debajo de nuestros pies..., la tempestad destroza los robles..., el río se sale de madre y ruge con estrépito... ¡Qué grande es, Señor, tu poder! «*Creo en Dios*

---

<sup>22</sup> Is 40, 26; 42, 5; 44, 24; Jer 10, 12; Prov 16, 4.

<sup>23</sup> ESTER 13, 9; Apoc 11, 17; 15, 3; 16, 7.

*Padre, todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.»*

## I

### EL DISFRUTE DE LA NATURALEZA

Dios creó este mundo para que lo disfrutemos y nos alegremos al contemplar su hermosura.

Todas las maravillas de la naturaleza son un himno de alabanza que continuamente se eleva hacia Dios.

*Creo en el Dios Creador.* Dios lo creó todo, y es Dios quien lo sustenta todo; por tanto, todo el mundo está lleno de Dios. El alma trabaja en todos los órganos del cuerpo: sin el concurso del alma no ve el ojo, no oye el oído, no habla la boca, no se mueve la mano; de la misma manera, sólo existe el mundo y la vida se ha desarrollado en él, en cuanto Dios lo crea y vivifica.

Todo el mundo está lleno de Dios. La naturaleza no es Dios, no es la causa primera, tan sólo es una creatura del Señor. Cuando digo que «la naturaleza produjo tal o cual cosa», no estoy hablando con precisión.

Porque al hablar de un cuadro de Murillo, ciertamente no sería justo decir que fue creado por el pincel y los colores. Ni sería exacto afirmar de un reloj que lo hicieron el muelle y las ruedecillas. Al admirar un cuadro, ¿puedo olvidarme de su pintor? Y al ver un reloj, ¿puedo olvidarme del artífice? Y al disfrutar la gran naturaleza, ¿puedo olvidarme de su Creador?

En 1927 se celebró el centenario de la muerte Beethoven. En una biografía<sup>24</sup> publicada con ese motivo se detalla el diálogo que Beethoven mantuvo en un paseo al aire libre con un inglés.

Se sentó Beethoven en el césped y dijo: «Me gusta permanecer sentado aquí durante horas, contemplando las bellezas de la naturaleza. Mis sentidos se extasían. Cuando miro la bóveda celeste por la noche, entonces mi alma se eleva por encima de todo lo creado a la fuente de donde procede. Si después trato de expresar mediante las notas musicales los sentimientos que me embargan, el desencanto se apodera de mí. En esos momentos me siento incapaz dar forma a lo que mi fantasía vislumbró en esas horas felices.»

Entonces se puso de pie Beethoven y, mostrando el cielo con entusiasmo, continuó: «Sí, de allá arriba procede todo lo que eleva el

---

<sup>24</sup> HELLINGHAUS: *Beethoven*, Friburgo de B.

corazón. De otra manera, el artista, el músico, no crearía sino notas sin vida, sin alma. ¿No tengo razón? El alma he de lanzarse hacia arriba, a la fuente de donde ha salido, y solamente con un trabajo constante puede honrar la criatura al Creador y Sustentador de la naturaleza.»

Sí; esto significa contemplar como se debe la naturaleza.

Porque en todo lo creado subyace el pensamiento oculto del Dios que lo creó.

El poeta mira una flor, y bajo su mirada la flor se convierte en poesía. Shakespeare va por la calle, y bajo su mirada se convierte la calle en un escenario. El verdadero creyente camina por el mundo, y en todos los acontecimientos de la vida —aunque sean dolores o desgracias—su mirada descubre la mano de Dios.

«¡Qué lástima que junto a la rosa siempre haya espinas!», prorrumpe despectivamente el incrédulo. «¡Qué bueno es Dios, que junto a las espinas nos da también la rosa!»», dice el creyente.

Eso es contemplar religiosamente la naturaleza.

## II

### EL ESTUDIO DE LA NATURALEZA

De la creencia de que Dios creó el mundo entero se deriva aún otra consecuencia. Si el mundo es un gran libro ilustrado que nos habla de Dios, entonces nosotros tenemos el deber ineludible de conocer lo mejor que nos sea posible este libro, debemos hojearlo con frecuencia para que nos hable más y más de Dios.

El cristiano no teme las conquistas de la ciencia. Todo lo contrario; se alegra de ellas. Cuantas más descubre la razón la naturaleza, tanto más maravilloso nos parece Dios, que la diseñó. Fijémonos bien: no es el hombre quien creó las leyes de la naturaleza; el hombre tan sólo las descubrió.

Y si el hombre hace tres mil años se postró ante el Creador y le adoró, asombrado ante la Creación, ¿qué temor santo ha de llenar nuestros corazones, ya que nosotros vemos el mundo cien veces más hermoso, más admirable y completo!

Recordemos lo que sucedió en Munich con un biólogo a quien sorprendió uno de sus amigos justamente cuando estaba examinando la pata de un coleóptero.

«¡No comprendo cómo puede dedicarse alguien a cosas semejan-

tes!», dijo maravillado el visitante. El científico le contestó: «Si Dios no considera incompatible con su dignidad el crear seres semejantes, menos ha de avergonzarse el hombre de estudiarlos.»

Palabras realmente sabias.

Por lo tanto, mi creencia en Dios me instiga y me alienta de continuo a indagar las leyes de la naturaleza, las leyes físicas, químicas, biológicas... Copérnico, el gran precursor de la manera moderna de enfocar el mundo, en su obra principal dedicada al Papa Paulo III, explica cómo llegó al nuevo sistema y por qué no pudo conformarse con la explicación antigua: porque no era bastante armónica, porque no era digna de la sabiduría infinita del Creador del mundo. Ahí tenéis la señal de cómo la fe sirvió justamente de móvil al gigantesco trabajo de Copérnico.

Si el mundo es obra de Dios y, según la Sagrada Escritura, fue entregado por Dios al hombre para que lo dominase y disfrutase, entonces cualquier esfuerzo que se haga por desentrañar los misterios que contienen, ennoblece al hombre y lo dignifican.

«*Llenad la tierra y sometedla*» (Gen 1, 28), es el mandamiento que Dios dirige al hombre. Todos los progresos técnicos..., todos los descubrimientos de la ciencia..., todo se encamina al cumplimiento del precepto divino.

Cuando el hombre somete las fuerzas de la naturaleza, y las utiliza para sus propios fines, está cumpliendo un encargo de Dios.

Los avances técnicos y científicos también alaban a su manera al Creador... *Creo en Dios Todopoderoso y Creador.*

Sí; descubramos los secretos de la naturaleza, investiguemos.... con tal que no se nos suba a la cabeza y sintamos vértigo; con tal que no nos creamos ser nosotros los señores absolutos y creadores del mundo, pues fácilmente el hombre llega a creérselo con facilidad.

Pero cuando el hombre se ensoberbece, cuando su orgullo ya no conoce límites, entonces, en un momento dado, la fuerza de la naturaleza le pone de nuevo en su lugar: el *Titánic* choca con un iceberg, un río se sale de madre, hay un terremoto, un huracán, un incendio... se estrella un avión...

¡Hombre, no eres tú el creador del inundo! ¡Tuya es la tierra, tuyo es el mar, tuyo es el aire! Pero tú no dejas de ser un hombre, una pobre creatura, polvo y ceniza! «Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.»

### III

#### LA FRATERNIDAD HUMANA

De la fe en Dios, el Creador del Universo, se deriva otra magnífica verdad: la enseñanza sublime de la *fraternidad humana*.

Si Dios creó el mundo entero, entonces es El quien creó a todos los hombres. Y si todos nosotros hemos sido creados por Dios, entonces todos somos hermanos. Ved, pues, la hermosa verdad de la solidaridad humana, como magnífica floración de la religión cristiana.

Amémonos los unos a los otros; porque: 1.º, somos hermanos que recíprocamente nos necesitamos, y 2.º, si no nos amamos los unos a los otros, tampoco amamos a nuestro Padre.

Todos —blancos y negros, rubios y pieles-rojas, instruidos y analfabetos, poderosos y pobres—, no somos sino hermanos que recíprocamente nos necesitamos. Tan sólo citaré unos pocos ejemplos para demostrar cuánto nos necesitamos los unos a los otros.

Mírate a ti mismo. ¡Qué zapatos más elegantes llevas! ¿Dónde los has comprado? En una tienda? Sí. Pero ¿has pensado alguna vez cómo llegaron a aquella tienda?; ¿cuántos hombres tuvieron que trabajar para hacerlos, para darles forma, para transportarlos a la tienda...? —¡tus zapatos!— hasta que por fin llegó a tus manos?

¿Y tu traje nuevo? ¡Cuántos hubieron de trabajar en la tela, en los botones, en el hilo para coserlo!

¿Y el panecillo que comes, distraído, en tu desayuno? ¡Cuántos hombres tuvieron que trabajar en él! El agricultor que sembró el grano, el segador, el que lo trilló, el molinero, el panadero, el comerciante. ¿Y tu café de la mañana? El sudamericano que, a diez mil kilómetros de aquí, plantó el café; y el que cogió los granos, y el que los embaló, y el mozo que los llevó al buque, y el tripulante del barco que los trajo hasta aquí, y el gran comerciante de Hamburgo, y los comerciantes intermediarios y, por fin, el comerciante al por menor de la tienda donde lo has comprado.

Veis, pues, que somos hermanos y tenemos necesidad unos de otros. No podemos dar un solo paso, no podemos dormir, no podemos comer sin la ayuda de nuestros prójimos. Miles de manos trabajan y se esfuerzan por mí.

Pero si es así, ¿he pensado yo alguna vez que también yo he de trabajar por los otros, que el servicio ha de compensarse? Con claridad lo expresa el precepto de Cristo: « *Por tanto, todo cuanto queráis que os*

*hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos» (Mt 7, 12).*

*Amémonos los unos a los otros, porque no puede amar a Dios quien no ama a su prójimo.* El hombre actual necesita en gran manera que se le repita con frecuencia esta verdad. Los alemanes tienen un dicho: «El amor a Dios que no se traduce en obras, es regocijo y consejo el diablo.»

Es decir, quien pretende amar a Dios, pero no ama al prójimo, sirve de deleite al diablo. Puede alguno ir continuamente a la iglesia y rezar incesantemente; puede llenar las paredes de su casa de imágenes de santos y escandalizarse de la maldad de los hombres, todo esto es falsa piedad, si al llamado «amor a Dios» no se traduce en amor a los hombres: si en casa tal persona es insoportable, si es caprichosa, si riñe a cada paso, si salta a la más leve palabra, si no sabe perdonar y olvidar, si es demasiado exigente, si murmura de todo el mundo...; ¿para qué seguir aún más?...; en una palabra, si niega prácticamente que todos somos hijos del mismo Padre, si niega que todos somos hermanos.

#### IV

### LA VERDAD DE NUESTRA FE

¿Sabéis qué otra consecuencia tiene el que Dios sea omnipotente? La verdad de nuestra fe católica; la verdad de aquellos dogmas, que aunque no los comprendamos, estamos seguros y creemos con fe firme que *el Dios omnipotente puede hacer que así sea en realidad.*

El Dios omnipotente puede hacer que cuando el agua bautismal toca nuestra frente, en aquel momento se borre realmente de nuestra alma el pecado original.

El Dios omnipotente puede hacer que cuando el sacerdote pronuncia sobre la blanca hostia las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, en aquel momento está presente Jesús bajo la especie de pan.

El Dios omnipotente puede hacer que cuando el confesor pronuncia sobre mi alma pecadora: "Yo te absuelvo de tus pecados", en aquel momento mi alma se vuelva limpia como la blanca nieve.

Finalmente —¡qué creencia más consoladora!—, el Dios omnipotente puede hacer que en el día del juicio final, cuando ordene que vuelvan a la vida millones y millones de hombres que un día vivieron en esta tierra, se levanten, en efecto, todos los que hayan existido. Será algo grandioso..., un momento que nosotros ni siquiera nos podemos imaginar..., pero las palabras de Jesucristo me obligan a creerlo: «*A los*

*hombres es esto imposible, mas no a Dios; pues para Dios todas las cosas son posibles» (Mc 10, 27).*

Acuérdate del día de Difuntos, en que se apodera tu alma el pensamiento de la muerte...

¡Qué bien le sienta al alma la fe en Dios Padre todopoderoso! Si es nuestro Padre, es natural que donde Él esté presente encontremos también nosotros la patria definitiva: *«Puesto que no tenemos aquí ciudad fija, sino que vamos en busca de la que está por venir» (Heb 13, 14).*

Si Dios es mi Padre omnipotente, entonces no es vana mi esperanza en la vida eterna más allá de la muerte.

*Creo en el Padre Todopoderoso y Creador.*

Todo cristiano es, a la hora de la muerte, como un niño que vuelve a la casa de su Padre...

¿Quién no se acuerda ahora de las palabras de despedida pronunciadas por el Señor: *«Salí del Padre, y vine al mundo; ahora dejo el mundo y otra vez voy al Padre» (Jn 16, 28).*

Quién no se acuerda de las palabras del Salmista: *«Dichoso aquel... que tiene puesta su esperanza en el Señor Dios suyo»?* (Sal 145, 5).

Medita conmigo estos gratos pensamientos:

Dios omnipotente y creador, Señor de la vida y de la muerte, danos a todos una muerte santa.

Padre nuestro todopoderoso y creador, que con tu sola voluntad has dado la existencia al universo con sus maravillas; que has encendido en la bóveda celeste el fuego del sol y la luz suave de las estrellas; que has adornado la tierra y tiñes el cielo de púrpura al atardecer; que produces el fragor del trueno, pero pintas sobre los airados nubarrones el arco iris hermoso y prometedor de bonanza; que embelleces el bosque con su verdor; y que haces madurar las espigas, convirtiéndolas en oro; concédenos que veamos siempre y en todo tu santísima voluntad y la sigamos. Que todas las cosas nos hablen de Ti: el ciervo, el insignificante insecto...; que todo este universo nos recuerde las palabras del Salmista: *«¡Señor nuestro, qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!»*

¡Padre creador! Ayúdanos para que vayamos caminando por la vida con tal pureza de alma, con tal amor en nuestro corazón, que al llegar nuestra última hora podamos inclinar con tranquilidad nuestra cabeza cansada en tus manos paternas.

## CAPÍTULO XXIII

### DIOS, SANTO

El profeta Isaías, en el capítulo VI de su libro, describe a Dios en una visión sublime. Le contempla en la magnificencia de los cielos, sentado en un trono altísimo; ardientes serafines están en pie ante su augusto acatamiento; pero aun ellos se tapan el rostro con las alas ante la claridad de Dios y no se cansan de repetir el homenaje de alabanza: «*Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos.*»

Pero además de Isaías hay otros pasajes de la Biblia que hablan a cada paso de la santidad de Dios. Dios, no solamente excluye de Sí toda sombra de iniquidad (Deut 32, 4), como lo escribe Moisés; no sólo no ama la iniquidad (Sal 5, 5), como canta el Salmista; todo esto no serían más que rasgos negativos. Y los hay también positivos: el Señor «es santo en todas sus obras», pregona el salmista (Sal 144, 17), y «nadie es santo como lo es el Señor», dice el libro de los Reyes (2, 2).

En efecto, si hojearnos la Biblia, veremos que, después de la omnipotencia y la misericordia, el atributo divino que con más fuerza se celebra y subraya en la Sagrada Escritura es la Santidad de Dios. Por esto no es maravilla que en labios de los cristianos no cese el cántico: «*Santo, Santo, Santo, Señor Dios...*»

¡El Dios santo!

Si Dios es santo, entonces es enemigo de todo pecado. El sol es enemigo de la noche; la luz radiante, de la oscuridad: el calor, del hielo; el Dios santo, del pecado. Esta es la primera afirmación que hemos de dejar bien sentada tocante a la santidad de Dios, y de ella nos ocuparemos ahora en la primera parte: *el Dios santo aborrece el pecado en el hombre.*

Pero la santidad de Dios no es sólo algo negativo, sino que es también positiva. El Dios santo no solamente recrimina el pecado, sino que es la norma de toda ley moral, fuente primera de toda santidad; ¡cuánto ha de alegrarse al ver la bondad humana y el esfuerzo que hacemos para levantarnos! Y ¡cuánto ama el Dios santo la virtud en el hombre! Este será el tema que describiré en la segunda parte del presente capítulo.

## CUÁNTO ABOMINA DIOS EL PECADO

El primer pensamiento que se presenta en relación con la santidad de Dios es éste: *Si Dios es todo santidad, ¡cuánto ha de abominar el pecado!* Si Dios es todo santidad, ¡cuánto ha de dolerle el cúmulo de los pecados de los hombres! Si Dios es todo santidad, ¡qué ira ha de sentir contra el pecado empedernido!

Dios abomina el pecado, a Dios «le duele» el pecado, Dios «siente ira» contra el hombre malo. Pido a mis lectores que entiendan bien estas expresiones, propias del lenguaje humano.

En Dios no hay pasiones; no hay, por lo tanto, impaciencia, ni ira, ni dolor, ni horror. En cambio, nosotros, y también la Sagrada Escritura, hablamos tantas veces —humanamente, como es obvio— del Dios irritado, del Dios que abomina el pecado y siente dolor por el mismo, para representar así con mayor realce la firmeza de su voluntad santísima.

Porque tenemos una prueba contundente de que la voluntad de Dios es inflexible frente al pecado y que el Dios santo —para decirlo otra vez con lenguaje humano— no sabe estar bajo el mismo techo con el pecado y con el hombre pecador.

¿Sabéis qué prueba es ésta?

*¡El infierno! ¡El lugar de la condenación eterna! El lugar del dolor perpetuo!*

*¡Qué viva oposición ha de haber entre el pecado y el Dios santo!* ¡Qué terriblemente horroroso ha de ser el pecado, si el Dios santo se vio obligado a crear un lugar, el lugar de condenación, donde echa a los que aman obstinadamente el pecado!

¡El infierno! Sé muy bien que es un terrible dogma de la religión cristiana, un problema difícil de compaginar con el corazón paternal de Dios! El problema se presentará en su totalidad cuando intentemos conciliar con la *bondad* de Dios la *condenación eterna*. Pero ya ahora hemos de decir algo, porque nadie sabrá compaginar las dos cosas, nadie podrá explicarlas, si no sabe que Dios es santo, tres veces santo, a quien no puede acercarse el pecado ni criatura alguna que esté ligada con el pecado.

Dios es nuestro Padre. Pero ¿no contradice otro dogma de nuestra fe? ¿Cuál? Pues aquel en que la Iglesia enseña que Dios es a la vez un Juez infinitamente severo, que arroja al pecador a la condenación eterna, al lugar de los tormentos que nunca tendrán fin.

¡Es un dogma terrible!, dicen muchos. Pero lo dirán únicamente aquellos que olvidan la Santidad de Dios.

Planteo la cuestión: ¿Cabe en lo posible que quien tuviese el alma salpicada de fango, el alma contaminada e impura, conviviera durante toda la eternidad con el Dios santo que ni siquiera conoce la sombra del pecado? ¿Sería posible que el hombre, de cualquier manera que usase de su libre albedrío, llegara siempre indefectiblemente a la misma meta?

Si un alma, en los años de prueba de la vida terrena, con plena conciencia y obstinación, vive, habla y obra de un modo distinto de como Dios lo ha prescrito; si alguien corresponde a las tentativas salvadoras de Dios con una vida mala y vuelve realmente las espaldas al Señor, ¿cómo ha de tratarle Dios? A nadie «le arroja Dios al infierno»; más bien es el mismo hombre quien *emprende su camino hacia allí*. No es Dios quien lo arroja de sí; es el mismo hombre, que antes se separó de Dios.

El esclavo del pecado se desterró a sí mismo del reino de Dios. Porque el hombre no saca en suerte la vida eterna como un «premio gordo», sino que en ella ha de crecer y madurar en esta vida si quiere tenerla por recompensa definitiva. Hemos de echar los fundamentos de la vida eterna durante esta vida, y viviendo con honradez es como crecerá nuestro árbol para la vida eterna.

Supongamos por un momento que *no hay condenación*, sino que todos los caminos de la vida conducen a la bienaventuranza eterna, a Dios. ¿Cuál sería la consecuencia? Que *cesaría toda diferencia entre el bien y el mal*. Pecado y virtud, oprobio y honor, amor y egoísmo, dejarían de ser cosas distintas, ya que el fin de todo sería la bienaventuranza eterna. Si todos llegamos a Dios, entonces ya no tiene razón de ser el esfuerzo moral, ni el honor, ni el trabajo bien hecho...; entonces no nos queda más que sentarnos al sol y esperar... Sí, es un dogma espantoso el del infierno; pero si negamos el castigo eterno, prácticamente llegaremos a darnos la mano con los ateos.

¡Infierno! ¡Palabra horrenda! Padre e infierno son conceptos casi incompatibles. Pero Dios no es tan sólo bueno, sino que Dios es Santo, y *la Santidad de Dios exige la condenación de la maldad personificada*.

Y si esto es así, entonces voy a sacar algunas consecuencias para mi vida práctica.

¿Qué consecuencias?

*Dios es santo; luego he de cuidar con solicitud mi alma; he de procurar que alcance, en la medida de mis fuerzas, la mayor semejanza de Dios. ¡Cómo he de cuidar mi alma, si a los ojos de Dios, según la Sagrada*

Escritura, «*ni los cielos están limpios*»... y el Dios santo halla «culpa hasta en sus ángeles» (Job 15, 15; 4, 18).

Me conmueve la frase: a los ojos de Dios, ni los cielos están limpios, y aparecen con manchas los mismos ángeles. ¡Ah!, entonces, ¿qué soy yo?

Y ved ahí otra frase de la Sagrada Escritura: «*No sabe el hombre si es digno de amor o de odio*» (Eclesiastés 9, 1).

Y ¿qué será cuando tenga que comparecer en la presencia de este Dios infinitamente santo, cuando me eche en cara que me creó para diamante, y yo me he trocado en negro carbón; que me creó para una pureza cristalina, y yo me he ensuciarlo como hollín; que me creó para que fuese un límpido lago de las montañas, y yo me he convertido en un cenagal lleno de fango; que me creó para que fuese campo cubierto de verdor, y yo me he convertido en seco erial?

A la luz de la Santidad de Dios, veo que por encima de todas las pruebas, de todas las miserias, de todas las enfermedades, una sola desgracia terrible y verdadera puede herirme; y es el pecado.

Y ahora propongo una cuestión, cuestión angustiosa que intranquiliza: Lector, si hoy, ahora, en este mismo momento, hubieras de comparecer ante el Dios santo y justo, ¿podrías presentarte con toda tranquilidad? Ante aquel Dios a quien no le engañan las apariencias, para quien no hay secreto que no se revele. Ciertamente, el Dios omnipotente descuenta las influencias de la herencia, de las inclinaciones nocivas trasplantadas por los padres, del ambiente corrompido...; pero aun así es sobrado lo que resta para nosotros: el peso de la responsabilidad personal.

Ciertamente, Dios es misericordioso. Pero hay ciegos que no quisieron ver a Dios, porque se encuentran mejor en la oscuridad. Hay sordos que no quisieron oír la palabra de Dios, porque habrían tenido que cambiar el rumbo de su vida. Hay paráliticos que no quisieron caminar, porque sabían que tendrían que salir del camino de una vida pecaminosa.

¡Si éstos tuviesen que comparecer ahora ante Dios...!

¡Oh Dios, tres veces santo, enséñame a ver con claridad el pecado, enséñame a ver que tenemos un motivo para angustiarnos más amargo que todos los dolores, que todas las enfermedades!: ¡el pecado, el pecado!

## II

### CUÁNTO AMA DIOS LA VIRTUD

Otra verdad se deriva de la Santidad de Dios: el amor que tiene a la

virtud, al noble esfuerzo humano, a la guerra que se declara al pecado.

El Dios santo no es sólo algo negativo, una amenaza terrible que se yergue ante nosotros para asustarnos, sino que es, a la vez, algo positivo, una fuente de energía que nos instiga a levantar el alma con vigoroso empuje.

«*Sed santos, porque Yo soy santo*», dice el Señor en el Antiguo Testamento (Lev 11, 44). Y lo repite Jesucristo: «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5, 48).

Esta breve frase es una especie de Carta magna de la dignidad de la persona humana: no se ha oído otra igual en toda la redondez de la tierra.

Examinemos, pues: 1.º, *qué es lo que exige de nosotros este mandamiento*, y 2.º, *si es o no excesivo lo que nos pide*.

1.º Meditemos un poco qué sublime es el camino que se nos abre merced a este mandamiento.

El río no descansa hasta desembocar en el mar, la brújula está inquieta hasta colocarse en la dirección norte; así el alma humana hasta encontrar a Dios.

La vida es evolución. Y a la evolución se le ha de fijar un término. A nuestro crecimiento le fijó Jesucristo el único objetivo digno, al pronunciar las memorables palabras: «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5, 48).

¿Hubo jamás en el mundo un filósofo que fijara, ni siquiera aproximadamente, objetivo tan sublime a la vida humana? ¿Qué era, comparado con éste, el ideal de la vida que se fijaron un Demócrito, un Platón, un Aristóteles?...

*¡Ser semejante a Dios!* ¡Que elevado objetivo! Realización literal del antiguo mito griego. Los griegos no se atrevían a pensar en semejante cosa, a no ser que con mitos

Según su leyenda, el dios Apolo puso un día su lira sobre una piedra, y la piedra bebió sedienta los últimos acordes pálidos de la lira..., se empapó de ellos; y, en consecuencia, quien encuentre esta piedra maravillosa y se la acerque al oído, percibirá el canto divino del Olimpo.

Pues bien: esto no pasa de ser poesía, quimera vana. Pero no es poesía, no es mito, sino realidad santa, el que en cada alma humana está latente y en ella duerme la imagen de Dios. En la cuerda duerme la melodía; sólo espera la mano del artista. En la campana duerme el tañer festivo; sólo espera a quien la toque.

También en mi alma duerme la imagen de Dios; tan sólo espera mi

colaboración. Y si este trabajo se ve coronado por el éxito —¡la única tarea de la que depende todo el rumbo de mi vida!—, entonces me convertiré en una melodía viviente de alabanza a Dios, y seré un festivo repiqueteo que dure por toda la eternidad. «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*»: es decir, sed semejantes a Dios.

Dios es puro espíritu; yo me asemejaré a Él si aseguro en mi interior el dominio del espíritu, del alma. «Pero, así y todo, ¿he de despreciar el cuerpo?, ¿he de pisotear el mundo?» No: no es así como lo entiendo. Vivimos en la tierra y estamos plantados en la materia. Pero la materia nunca ha de oprimir en mí al espíritu, al alma.

Quisiera proponer, tocante a este punto, un ejemplo magnífico; pero que ha de entenderse bien.

¡Dinero, dinero! Esta es la divisa que espolea a la humanidad actual. Es lo que ansía el pobre, es lo que turba el sueño del rico; por ello se trabaja por doquier haciendo día de la misma noche.

También San Luis Gonzaga trabajó de día y de noche. ¿En qué? En librarse de su fortuna. Por fin, se redactó el documento en que abdicaba de sus posesiones y títulos a favor de su hermano. Al firmarlo, saltando de gozo, le dijo a éste: *¡No te puedes imaginar, Rodolfo, lo enormemente feliz que me siento!*

Y el hijo de marqueses entró en el noviciado de los jesuitas. El año 1591, una peste atroz azotó a Roma y mató a seis mil personas. El joven marqués encuentra a un atacado que se desmaya en plena calle. Lo carga sobre sus propios hombros, lo lleva al hospital, lo cuida..., él se contagia y se pone enfermo al llegar a casa y al poco tiempo muere, a los veinticuatro años de edad...

Una historia sencilla; pero ¿no sentís vibrar en ella el encanto del espíritu»? *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.*

2.º Pero siento la dificultad, la objeción que se presenta en contra de esta historia.

«¡No podemos seguir ese ejemplo! No podemos seguirlo, nosotros los padres, que estamos obligados a sustentar nuestra familia; nosotras, las madres, que no tenemos un minuto de descanso en medio de las preocupaciones diarias... Si ha de ser éste el camino de la santidad, entonces...»

No, no; no continúes la frase. No te he contado el ejemplo de San Luis como si estuviese al alcance de todos el imitarlo. ¡No! No hay que copiar las acciones de los santos, sino..., sino el espíritu y amor abnegado que a ellos los condujo a realizar semejantes obras. Y entonces esta

disposición de ánimo nos mostrará cómo hemos de hacernos santos en la época actual.

Propongo la gran cuestión, la cuestión más importante de esta materia: ¿Cómo he de hacerme santo en la época actual? Porque he de llegar a serlo. También hoy rige la palabra de Dios: «*Sed santos como yo soy santo*» (Lev 11, 44).

Algunos pueblos primitivos denominaron a sus jefes conforme a alguna de las cualidades en que destacaban. Todos conocemos, por ejemplo, los nombres de los jefes indios, tales como «Ojo de halcón», «Gran cazador», «Gran serpiente», «Matador de fieras», «Corazón valiente», y así otros muchos. Estos nombres tan sólo puede conferirlos quien conoce a fondo, con todas sus buenas y malas cualidades, a la persona en cuestión. Pero tan sólo es Dios quien conoce a fondo al hombre. Por tanto, a mí me incumbe la obligación de descubrir en silencioso recogimiento cuál será el nombre que me otorgó Dios.

Acaso te sorprende este pensamiento, y, sin embargo, no tiene nada de extraño, no es tan peregrino como parece al principio. Lee en el libro del Apocalipsis: «*Al vencedor le daré maná escondido; y le daré también una piedrecita blanca, y, grabado en la piedrecita, un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe*» (Apoc 2, 17).

Sí. Dios nos da a todos un nombre, un nombre distinto a cada uno, y mi nombre contiene todo mi carácter, y muestra e indica el trabajo principal que Dios exige de mí en esta vida terrena. Porque no soy responsable del modo como he nacido pero sí soy responsable *del trabajo que haga* para no quedarme como nací.

Uno tendrá un temperamento colérico, otro será muy sensual, el tercero es bastante perezoso, el cuarto desconfiado, receloso...; en todo esto nada podemos, porque así nacimos. Pero sí depende de nosotros tomar nota de estos defectos y *no conformarnos con ellos*.

Quien llega a discernir cuál sea su principal defecto ya conoce el nombre misterioso que recibió de Dios. Porque Dios no confiere nombres indios, como, por ejemplo: «Cazador de cabelleras», «Ojo de lobo», sino otros de esta índole: «Mano pura», «Corazón puro», «Corazón caritativo», «Mano auxiliadora», «Vida atribulada», «Sé fiel».... Estos son los nombres que nos confiere Dios.

Y quien hace realidad su propio nombre se hace santo. Sí, estos son los santos de hoy día: los que luchan rudamente por cumplir la voluntad de Dios.

En verdad, no son muchos los santos canonizados oficialmente por la

Iglesia. Pero, a los ojos de Dios, no hay duda que son muchísimos los que llevan hoy una vida santa.

De aquellos que pasan la vida pasando desapercibidos, y que nos damos realmente cuenta de su santidad cuando fallecen y nos dejan. De aquellos que cumplen con su deber sin quejarse, durante toda su vida.

De aquellos que trabajan día y noche en el puesto en que Dios los colocó, y, cuidan su alma llevando una vida espiritual. De aquellos que son magnánimos, mansos y alegres.

De aquellos que no obran milagros, pero cuya vida es un milagro continuo: el milagro viviente de colaborar libremente con la gracia divina. De aquellos que saben llevar su cruz y completan con amor la Pasión de Cristo.

De aquellos que viven en un mundo tentador, pero no se dejan llevar de las tentaciones... ¿Para qué seguir? Son todos aquellos que se esfuerzan, en medio de luchas y sufrimientos, por cumplir las palabras del Señor: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48).

\* \* \*

Dios es santo. Y sólo Él es santo. La santidad que podamos encontrar en el mundo fuera de Él, procede de El, de la fuente y principio de la santidad. Toda la luz que vemos en el mundo brota del sol; es el reflejo del sol que brilla en la gota de rocío y la viste de suavidad y primor; son los rayos del sol los que brillan en la piedra preciosa y le dan valor. De la misma manera es la santidad de Dios, cuyo reflejo brilla en el alma humana y la hace valiosa y bella.

¡Cuánto he de apreciar en mi interior la gracia de Dios!, ¡cómo habré de colaborar con ella para que triunfe en la lucha que libra en mí la maldad!

Pero no he de trabajar por hacerme santo, sino también porque sean santos cuantos estén a mi alcance. «*Santificado sea tu nombre.*» He de rezar y trabajar también por tratar de que sean santos los que me rodean, y de esta manera sea Dios glorificado.

¡Cómo aquellas madres que con amor abnegado y ardiente santifican las almas de sus hijos y las levantan hacia Dios! ¡Cómo aquellos miembros de la familia, que con su vida ejemplar influyen sobre todos los demás!

¡Cómo aquellos fervientes apóstoles a quienes les duele ver la humanidad tan alejada de Dios, fuente primera de toda santidad, y que hacen los mayores esfuerzos para acercar las almas a Él!

Este es el objeto último de la vida humana: *¡hacernos cada vez más semejantes al Dios santo!*

Los antiguos romanos tenían una peculiar costumbre. Cuando los azares de la vida separaban a dos amigos, rompían una pieza de barro cocido, la llamada *tessera*, y si al cabo de largos años volvían a encontrarse, sacaban los trozos de barro cocido, cuidadosamente guardados, y se reconocían gracias a los fragmentos, que encajaban de un modo perfecto. Sin duda, se me entenderá en el recto sentido si afirmo: También nuestra alma es un fragmento de Dios. ¡Ojalá que nunca la perdamos! ¡Ojalá que la conservemos siempre con gran cuidado! ¡Quiera Dios que nunca la desfiguremos!

Ayúdame, Señor, a vigilar mi alma, este fragmento celestial arrancado de Ti, de suerte que un día, volviendo a tu seno, pueda colocarlo de nuevo en su puesto y puedas reconocerte a Ti mismo en mí y declararme tuyo por toda la eternidad.

## CAPÍTULO XXIV

### DIOS, BUENO

Hablemos de la Bondad de Dios.

Si queremos añadir un epíteto al nombre de Dios, el que usamos con más frecuencia es éste: «¡Qué bueno es Dios!» «¡Que te conserve el buen Dios!» «¡Quiera el Dios bueno!» «Así lo permite el buen Dios» y otras frases del mismo tenor.

¿Es «bueno», realmente, Dios? Hago la pregunta y oigo en seguida la contestación de la Sagrada Escritura: «*Porque Tú amas todo cuanto tiene ser y nada aborreces de todo lo que has hecho*». Es lo que dice respecto de Dios el libro de la Sabiduría (11, 25), y con ello muestra a las claras el corazón bondadoso de Dios. Pero el profeta Isaías aún va más allá. En su libro nos presenta a Dios hablando de esta manera: «*¿Puede la mujer olvidarse... del hijo de sus entrañas? Pues aun cuando ella pudiese olvidarle, yo nunca podré olvidarme de ti*» (Is 49, 15). La madre ya es muy buena para con su propio hijo. Pero, dice el Señor, aún soy mejor Yo para contigo.

¡Dios es bueno!

Dios es la Vida eterna, la fuente de la que emana la vida, quien se complace en ver brotar la vida. «*Fijan en Ti sus ojos, Señor, las criaturas todas; y Tú les das a su tiempo el alimento necesario*», canta el Salmista (144, 15).

Todos los brotes que salen del árbol, todos los capullos que se despliegan, la verde yerba de los campos, los nidos de pájaros que llenan el aire de trinos, y de un modo especial todos los latidos del corazón humano, exclaman de continuo: Dios es el Señor de la vida; su Bondad se desborda y se complace en la vida. Dios se basta a Sí mismo, no necesita para nada este mundo, y, no obstante, su Bondad se desbordó y esparció la vida con liberalidad por el mundo.

Y aún hizo más: «*Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigénito, a fin de que todos los que creen en Él no perezcan, sino que tengan vida eterna*» (Jn 3, 16).

Que tengamos vida eterna. La vida eterna no es simple condonación

de la vida terrena, sino que es el levantamiento de la naturaleza humana a las alturas de la vida sobrenatural, en la que nos hacemos partícipes, en cierto sentido, de la gloria eterna de Dios. Pregunto ahora: *¿no es infinitamente bueno el Dios que tanto nos quiere?*

Pero no basta creer que Dios es infinitamente bueno para con el hombre, sino que hemos de sacar también las consecuencias. La Bondad de Dios nos impone muchos deberes y plantea difíciles problemas que forzosamente, nosotros hemos de mirar frente a frente.

I. ¿A qué nos obliga la Bondad de Dios?, y II. ¿Qué problemas se presentan en relación con ella? Este será el tema que vamos a desarrollar.

Examinemos, pues, en primer lugar:

## I

### ¿A QUÉ NOS OBLIGA LA BONDAD DE DIOS?

La primera consecuencia que fluye naturalmente de la Bondad de Dios es la siguiente: Si Dios es bueno para conmigo, *también yo he de ser bueno para con los demás.*

Es necesario llamar la atención sobre este punto, porque la bondad, la amabilidad, la cordialidad con los demás, la indulgencia, van perdiendo cada vez más terreno entre los hombres.

Van perdiendo tanto, que en Francia, siguiendo la costumbre de celebrar «semanas», ya se organizó la primera «Semana de la bondad». En la «Semana nacional» sólo se permite comprar de productos nacionales; en la «Semana del libro» se alienta a comprar algún libro; en esta «Semana de la bondad», todo el mundo tiene que esforzarse por ser paciente, cortés, bueno con los demás...

Pero la verdadera bondad sólo puede brotar de Dios. Únicamente el que trata de asemejarse a Dios en el ejercicio de la bondad podrá ser bueno también para con su prójimo.

«*Nadie es bueno sino sólo Dios*», dice JESUCRISTO (Mc 10, 18). Toda la bondad que existe en este mundo brota de la Bondad divina.

Cuando la vida se hace dura y cuesta arriba, cuando se agradece encontrarse con una persona bondadosa, compasiva y cariñosa, que sabe irradiar alegría y consuelo.

Entre estas almas bondadosas debiéramos estar todos nosotros, los cristianos. Soy bueno porque mi Dios es infinitamente bueno. ¡Qué reclamo seríamos para el cristianismo si los demás pudieran decir también

de nosotros lo que dijeron de aquel obispo inefablemente dulce y amable, el obispo de Ginebra, San Francisco de Sales: «¡Dios mío! ¡Qué bueno debes ser Tú cuando ya es tan bueno el obispo de Ginebra!»

La bondad y alegría que irradiamos hacia los otros, en vez de empobrecernos, nos hace más felices. Porque la felicidad de nuestra vida alcanza su apogeo cuando hacemos felices a los demás.

Seamos buenos los unos para con los otros, porque también Dios es bueno para con nosotros.

¡Llenémonos de confianza en la bondad de Dios!

¡Cuántos hombres buenos hay en este mundo que nos ayudarían con gusto, pero muchas veces no pueden, porque son limitados! Dios, en cambio, es bueno, quiere ayudarnos y es Todopoderoso. La Sagrada Escritura llama a Dios «Todopoderoso» en más de setenta ocasiones. «Yo soy el Dios todopoderoso», dijo el Señor a Abrahán (Gen 17, 1). Y Jesucristo, en el Monte de los Olivos, habla de esta manera al Padre celestial: «¡Padre, Padre mío —decía—, todas las cosas te son posibles» (Mc 14, 36).

Mientras San Canuto, rey de Dinamarca, se paseaba en cierta ocasión por la orilla del mar, uno de sus cortesanos le aduló diciéndole que él era el señor más poderoso, el soberano de los hombres, del mar y de la tierra.

El rey, entonces, se puso a la orilla del agua y dijo en voz alta: «Ola, te ordeno que no toques mis pies.» Pero la ola le tocó los pies. Entonces, le dijo al cortesano: «¿Cómo podéis llamarme el rey más poderoso, cuando ni una pequeña ola me obedece? Dios es el rey más poderoso de cielos y tierra. Adorémosle a Él.»

Así ha de pensar un cristiano. Adoremos al Dios bueno y omnipotente, y confiemos en Él.

Si emprendo un viaje, si comienzo una tarea difícil, si trato de solucionar un problema complicado; en cualquiera circunstancia, he de hacer lo posible porque la cosa salga bien, pero añadiendo al final: Dios mío, he hecho cuanto he podido; ahora ayúdame Tú, por tu bondad.

Sí, así piensa un cristiano de verdad.

Antes de emprender el vuelo el piloto debe revisar minuciosamente el motor y las alas de la avioneta, para comprobar si están en buen estado. Cuando ya ha hecho todo cuanto está a su alcance, es el momento de decir: Dios mío, bondad infinita, ayúdame.

En vez poner mi confianza, supersticiosamente, en cualquier talismán, que no sirven de nada, he de poner mi confianza en Dios.

Si confío en la Bondad de Dios no creeré en «los rezos de cadena» que se han de copiar nueve veces y se han de mandar a nueve personas, porque “si no se envían me sucederá alguna desgracia”. ¡Qué va a sucederme! Si tengo la confianza puesta en Dios no me preocuparé de estas supersticiones.

No seamos supersticiosos. Creer en las supersticiones no es un pecado grave, pero sí es un indicio de poca fe. Poca fe en el Dios bondadoso, que me anima a confiar en Él.

## II

### PROBLEMAS RELACIONADOS CON LA BONDAD DE DIOS

Algunos me pueden objetar: «Dios es infinitamente bueno. Pero si es infinitamente bueno, ¿cómo pudo crear el infierno? Si es infinitamente bueno, ¿cómo puede arrojar a los hombres al horrendo abismo de la condenación eterna?»

¿Cómo se ha de contestar a esto? ¿Qué hemos de decir tocante a este problema que nos tortura? Porque nuestra fe nos enseña que Dios es infinitamente bueno. Pero también nos enseña que a los hombres que mueren con reato de pecado mortal les está reservada la condenación eterna. ¿Cómo podemos compaginar la aparente contradicción? ¿Cómo puede ser bueno el Dios que pudo decretar la condenación eterna?

Intentemos mirar cara a cara el difícil problema.

Antes de todo, os recuerdo el razonamiento hecho en otra ocasión en que hablamos del Dios «santo» y vimos que la santidad de Dios y la maldad del pecado son incompatibles, que están en contradicción irreconciliable, que sería en absoluto imposible para el pecador pasar a la vida eterna en la proximidad del Dios santo, lo mismo que no puede haber noche junto al sol ni puede haber hielo al lado del fuego.

Pero tenemos otro argumento que nos muestra al Dios santo sin que palidezca su Bondad ni siquiera a la luz siniestra del fuego infernal. Y este otro argumento nos lo dan dos frases de la Sagrada Escritura.

Una de estas frases es la que dice el Señor en el libro del profeta EZEQUIEL: «Por mi vida, oráculo del Señor, que yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta de su conducta y viva» (Ez 33, 11). La otra es de SAN PEDRO: «No se retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos

lleguen a la conversión» (2 Ped 3, 9).

¿Qué significan estas palabras? Significan que Dios no encuentra complacencia en que un hombre se condene; más bien le duele. Dios quiere conducir a todos los hombres a la bienaventuranza eterna, y su gozo cumplido sería que realmente que se salvaran todos. Y no perdona medio para conseguirlo. Permitió que se derramase, hasta la última gota, la sangre de su Hijo unigénito; ¿qué más podía hacer por nosotros? Para ayudar, a nuestra salvación, llega al extremo, en el sentido estricto de la palabra... sólo allí se detiene.

¿Cuál es el último límite? El *libre albedrío del hombre*.

Y ahora viene la respuesta propiamente dicha al problema: *Nadie se condena a no ser que queriéndolo. A nadie le arroja Dios de Sí; es el mismo hombre quien abandona a Dios.*

Ser hombre libre significa escoger entre el bien y el mal. El hombre puede tomar el partido del mal, del pecado, de los que se rebelan contra Dios, de los que se declaran obstinadamente en huelga contra Él. Y si muere en tan lastimoso estado, ¿cómo podrá ir a Dios, cuando en vida nunca quiso acercarse a Él? Permaneció tercamente obstinado en el mal, sin arrepentirse; ¿qué ha de hacer Dios con él? La vida eterna es el embriagarse con la felicidad de Dios; pero este hombre jamás anheló, durante su vida, la posesión de Dios.

Sí: Dios es bueno, pero no hemos de abusar de la Bondad divina. Y, sin embargo, ¡cuántos abusan de ella! ¡Cuántos son los que, ávidos, corren en pos del pecado, y se deleitan con la impureza, y se sumergen en el fango hasta el cuello, y acallan la voz de su conciencia intranquila, diciéndose: ¡No temas! ¡Dios es bueno! ¡El Dios bondadoso te perdonará!

O acaso dicen sin reparo: Dios, que es tan bueno, no se fijará en estas cosas...

¿Qué concepto tienen estos hombres de quién es Dios y qué es la bondad? La bondad de Dios no es impotencia ni debilidad. Dios es bueno a la vez que justo. Dios es Padre, pero no deja de ser Juez. Así como es bueno Dios con aquellos que quisieron ser suyos, así es también Juez severo frente a aquellos que abusaron de su bondad y no quisieron vivir según sus preceptos.

Ciertamente, Dios es infinitamente bueno. Antes de permitir que alguien caiga la condenación eterna a modo de estrella apagada que se precipita en el abismo, agota todos los medios de su corazón amoroso. Si viéramos cómo lo probó todo para la salvación de las almas, cómo aprovechó todas las riquezas de su misericordia invitando, amonestando y

auxiliando; entonces no se nos ocurriría dudar de la Bondad de Dios por lo que exigen de común acuerdo su Bondad y su Justicia: la condenación de la iniquidad.

Hay otros, en cambio, que a cada paso prorrumpen en quejas, precisamente porque Dios no castiga en seguida la maldad y la injusticia; y en este punto se presenta para muchos otro problema. Una cuestión difícil, que ahora sólo quiero mencionar, sin darle solución acabada; la menciono de paso, y cuento consagrar otro capítulo entero al mismo tema.

¿Cuál es esta cuestión? El problema «del Dios bueno y del mundo malo».

En vez de largas explicaciones, voy a proponer un ejemplo que muestra el nudo de la cuestión.

Había una mujer muy buena, honrada, piadosa, que fue visitada por terribles desgracias. Siempre había sido un alma honrada, recta; esposa fiel, madre cuidadosa, creyente fervorosa durante toda su vida. Y en el decurso de un año murieron su esposo, sus dos hijos, ya mayores, y perdió toda su fortuna.

Y entonces se turbó el equilibrio espiritual de esta pobre mujer; y un pensamiento terrible se metió en su espíritu: *Dios no cuida de los hombres*. Para El no somos más que pobres hormigas que corren, pululan, que no llegan a interesarle a El, al Dios que está sentado en su trono, en una altura inaccesible.

Se suceden los imperios, florecen las primaveras, se suceden los otoños, hay hombres que gozan y hombres que lloran, la tierra sigue su curso durante milenios... pero nada es capaz de despertar el interés de Dios. Por lo menos, no lo demuestra, ya que calla ante las desgracias de los hombres. Has obrado bien, y no manifiesta que se alegre de ello. Te estás hartando de pecar, y no da a entender que le duela. Siempre calla. Se calla hasta cuando, emocionado, prorrumpe en quejas el creyente: «Dios mío, ¿cómo es posible que no adviertas *siquiera esto*?...

Dime: ¿No te han tenido jamás pensamientos parecidos? Cuando, a causa de la guerra lo perdiste todo y hoy no acabas de salir de la terrible miseria económica que padeces...; cuando invertiste todo tu pequeño capital en un negocio en el que fracasaste...; cuando ves lo bien que le va al hombre desalmado, frívolo, al bribón, mientras tú padeces una vida miserable por ser honrado...; cuando tanto has rezado por tu hijo enfermo y no has podido salvarle de las garras de la muerte... ¿*Dónde está, pues, el Dios bondadoso*? He ahí el problema que nos abrumba.

Esta vida nos aplasta. ¡Esta vida terrena tan sombría! ¡Estas luchas

tan pesadas! ¡Cuántas lágrimas y quejas! Nacemos con un llanto esta vida terrena y la terminamos con dolor. Cuántas preguntas sin respuesta, cuántas dudas y sufrimientos! ¿Es «bueno» de veras el Dios que consiente que esta tierra no sea sino un triste «valle de lágrimas»?

¡Pregunta difícil, que se clava como un dardo! Pregunta a la cual no es fácil contestar. Pregunta que se esconde en el fondo de millares de almas. Por este motivo, le dedicaré más adelante un largo razonamiento. Contentémonos por ahora con estas dos contestaciones: A) *Dios no quiere el pecado ni el mal, pero los permite*, y B) *Procura transformarlos en provecho nuestro*.

Enfoquemos muy brevemente los dos pensamientos.

A) *Dios no quiere el mal*. El mundo actual no es como Dios lo planeó al principio. Dios no quería el sufrimiento, ni la miseria, ni la muerte. Pero el plan primitivo de Dios fue torcido por el libre albedrío humano, por el primer pecado del hombre, que todo lo echó a perder. «*Por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte*» (Rom 5, 12)

No puedo contentarme con esta respuesta, porque sé muy bien que no es suficiente. Expresa la verdad, mas no disipa la duda. Nos dice cómo hemos llegado aquí; pero no nos explica cómo Dios, el Dios bondadoso, puede consentir en toda esta miseria, dolor y sufrimiento. Él no lo quiso —esto lo veo con toda claridad—; pero lo consiente.

B) Será menester, pues, profundizar más y mostrar los designios secretos de Dios respecto del mal y del dolor. Sí; creemos que Dios es bueno, y nuestra confianza puesta en su bondad nos hace descubrir horizontes lejanos. ¿En qué sentido? En éste: cualquiera que sea la desgracia que visite al creyente, en cualquier zona nebulosa a que llegue por el laberinto de la vida, levantará su cabeza y podrá penetrar con la luz de su fe la niebla y la oscuridad. En medio de cualquier prueba, párate un momento y sea tu primera palabra: *¿Qué quiere Dios de mí con todo esto?*

Porque Dios, el Dios bueno, no te visita tan sólo para que tú sufras. Dios, el Dios bondadoso, no envía pruebas sólo para vernos llorar.

Entonces, ¿por qué? Intentaré contestar en otra ocasión. Pero, mientras tanto, no puedo resistir a la tentación de transcribir algunas líneas de dos cartas que recibí no hace mucho. Fueron escritas las dos por personas que sufrieron terribles pruebas en su vida: pero veamos cuál fue el fin de sus continuas desgracias.

Ahí van unas líneas de la primera carta: «...No iba a la iglesia, me dejaban frío la santa Misa, las homilias; pero cuando sentí el azote de la

desgracia, se ablandó mi duro corazón; cuando a través de dificultades económicas empecé a mirar con otros ojos el mundo y a los hombres que en él sufren, entonces ya no cayeron a orilla del camino las semillas de la Palabra de Dios, sino en suelo fértil...

»Ahora miro de otra manera hasta la miseria general que azota nuestra patria; descubro hasta en ella el amor del Señor, que mediante el sufrimiento quiere despertarnos de nuestra impasibilidad y enseñarnos los senderos de la verdad.

»Ahora he aprendido en toda su profundidad y en toda su altura el «Padrenuestro» ¡Es la oración más bella que existe! Ahora veo que puede ensayarse cualquier forma de gobierno (comunista, socialista, democracia...), pero que todo será inútil; no habrá tranquilidad y paz en la tierra hasta que *venga a nosotros tu reino...*»

La otra carta fue escrita por una madre, bautizada no hace más de medio año. Su hijo único murió a los veintidós años de edad. Todos pueden suponerse lo que sintió la madre junto al ataúd de su joven hijo.

Pero lee lo que me escribió:

«...Quizá nunca me habría convertido si una circunstancia muy triste no hubiese dado otro rumbo a mi vida. Hace nueve años que soy viuda, y hace dos años y medio que perdí a mi hijo único, que contaba veintidós años de edad. No era un niño mimado, sino un joven responsable y trabajador. Un muchacho de aquellos que a usted le gustan: puro de cuerpo y alma, que nunca salió de noche de juergas con los amigos, un joven que trabajaba y estudiaba, y que sobre todo supo conservar su carácter jovial, sereno, puro, y un amor entrañable a su madre...

»Y en aquella noche en que me quedé sola, no me dejó abandonada Aquel a quien, a pesar de ser judía, había encomendado con toda la confianza de mi alma la cuna de mi hijo y su cuerpo y su alma; Aquel que siempre nos había acompañado en todos los sitios; Aquel que tampoco entonces nos abandonó: Jesús... Ahora ya sé que a cambio de mi hijo recibí a Jesucristo...»

¿Hay explicación más cristiana de la desgracia? ¡Ahora ya sé que a cambio de mi hijo recibí a Jesucristo...!»

Dejo sin terminar el tema; aún seguiremos examinando la Bondad de Dios y la maldad del mundo.

¡Dios bondadoso, ayúdame, mientras tanto, para que sea bueno!  
¡Dios bondadoso, ayúdame a vivir de suerte que sólo disfrute de la Bondad y no haya de temer tu Justicia!

¡Dios bondadoso, aunque me visites con tribulaciones, ayúdame a vislumbrar tu Voluntad santa: a descubrirla y a decir con el corazón humilde: *¡Señor, yo no me rebelo: hágase tu voluntad!*

## CAPÍTULO XXV

### DIOS BUENO Y EL MUNDO MALO

Vamos a tratar ahora de un tema que atormenta y martiriza las almas desde que el hombre vive en esta tierra. Por lo menos, al leer en el libro de los Salmos, que tendrá ya unos tres mil años, el salmo 73, sentimos cómo se debate dolorosamente el alma en busca de luz.

Escuchad algunos versículos del salmo:

*Porque me llené de celos al contemplar los impíos, al ver la paz de los pecadores.*

*Ellos no temen la muerte; sus penas son de corta duración.*

*No, no hay congojas para ellos; ni experimentan los desastres que sufren los demás hombres.*

*Por eso se llenan de soberbia, y se revisten de injusticia e impiedad.*

*Se enorgullecen de estar sanos y rollizos; se abandonan a los deseos de su corazón.*

*Su pensar y su hablar es todo malicia; alardean de sus maldades.*

*Ponen en el cielo su boca, y su lengua se pasea por la tierra*

*Por eso mi pueblo va hacia ellos: aguas de abundancia les llegan.*

*Y así dicen: ¿Si sabrá Dios todo esto? ¿Si tendrá de ello noticia el Altísimo?*

*Miradlos: siendo pecadores, abundan de bienes y amontonan riquezas.*

*¡Así que en vano guardé el corazón puro, mis manos lavando en la inocencia, cuando era golpeado todo el día, y cada mañana sufría mi castigo!*

Así se queja el hombre de hace tres mil años, y también hoy. Dios es bueno; es infinitamente bueno; *pero si es bueno, ¿cómo puede consentir todos los males, pecados e iniquidades* que cubren toda la tierra y a los mismos hombres? ¡Cuánta maldad, cuánto oprobio, cuántos pecados, cuánta corrupción! ¿Y Dios no dice una sola palabra? ¡Cuántas y qué terribles desgracias, cuánto dolor y sufrimiento!; ¿y el Dios bondadoso es capaz de mirarlo todo sin un gesto de compasión?

Si Dios es bueno, ¿cómo puede consentir, cómo puede permitir que haya tanto mal en este mundo? El *mal moral*, es decir, el pecado, la iniquidad, y el *mal físico*, es decir, las desgracias, el sufrimiento, el dolor. El mundo está lleno de pecados y sufrimientos; ¡el mundo, del cual decimos que está gobernado por el Dios santo y misericordioso! Cómo podemos compaginar las dos cosas? Este es el grave problema que en este capítulo vamos a explicar.

Tratemos, antes de todo, la primera cuestión, la cuestión del mal moral: ¿Cómo puede permitir Dios tal cúmulo de pecados? ¿Por qué se calla Dios aun cuando las olas inmundas del pecado llegan, al parecer, hasta los mismos cielos?

## I

### EL DIOS BUENO Y EL PECADO

Antes de todo, quiero recordar unas ideas ya explicadas en el capítulo XXIII. Vimos claramente cuánto le duele al Dios santo el pecado; cuánto le hiere, es decir, cuánto sería de su agrado que no hubiese pecado en este mundo. Hemos de fijar este pensamiento al principio de la presente consideración; porque tan sólo a la luz del mismo podemos encontrar la respuesta adecuada a nuestra pregunta.

Porque si tanto le duele a Dios el pecado, y, no obstante, se calla Dios, y permite a pesar de todo que el hombre lo cometa, si no lo impide con una intervención continua, si no hace imposible el pecado, entonces ha de tener motivo más que suficiente para obrar de tal manera.

1.º El primer motivo es que quiere respetar la naturaleza humana, *el libre albedrío* otorgado al hombre. Dios creó al hombre con un don excelso, con el libre albedrío, para que no esté a merced de sus instintos naturales, como los animales, sino que merezca el sublime fin último que le fijó Dios, la vida eterna, *mediante la colaboración de su propia decisión y del libre albedrío*.

Dios no quiere esclavos, sino almas que le ofrezcan su homenaje libremente, que espontáneamente le adoren, Por esto hubo de crear al hombre con un sublime privilegio: el libre albedrío<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> Podemos diferenciar la *libertad* del *libre albedrío*. La **libertad** es la posibilidad para poder actuar libremente, conscientemente. Ser libre consiste, sobre todo, en poder hacer. Propiamente, es la libertad de acción o de ejercicio. El **libre albedrío** es la capacidad que posee el ser humano de poder obrar según su propia voluntad, a lo largo de su vida, siendo responsable de sus actos. Libre Albedrío es la capacidad que

Nuestro libre albedrío no solamente es un privilegio excelso, sino que puede trocarse para nosotros en un peligro de gran responsabilidad, de funestas consecuencias. Es una distinción admirable del hombre, pero es al par un peligro abrumador. Soy hombre; por lo tanto, ni todos los tiranos del mundo son capaces de obligarme a hacer algo que yo no quiera hacer.

El libre albedrío es la carta de nobleza de la voluntad humana. No me siento constreñido a hacer el mal (porque de esta suerte no habría pecado en el mundo); pero tampoco me veo forzado a hacer el bien (porque así cesaría toda virtud, todo mérito).

Dios no quiere que abuse de mi libre albedrío ni que, escogiendo el mal, degrade al nivel de los animales mi dignidad humana; y para que no lo haga, me asiste con la abundancia de su gracia; pero el hombre puede obstinarse a pesar de todo...; y aquí tenemos la fuente del pecado.

Al principio del mundo no había pecado; Dios no creó el mal, no creó el pecado. El hombre torció los caminos de esta tierra al oponer su voluntad a la voluntad de Dios. El hombre abusó del más hermoso de los dones, de aquel que más le eleva por encima de todas las criaturas: el libre albedrío.

He aquí la primera respuesta: *Bien es verdad que el pecado existe, pero no es Dios quien lo creó. Él no lo quiso, sino el hombre.* Se puede abusar del libre albedrío, se puede cometer el pecado, pero Dios no es responsable del pecado. ¿Soy yo responsable acaso de enseñar muchas cosas útiles a mi discípulo, y que él, a pesar de todo, las aproveche para el mal?

Y, por cierto, ¡cuántos sufrimientos de los hombres tienen ahí su causa! ¡Cuántos hombres no habrían nacido parálíticos, ciegos, en-tenemos, como seres pensantes, auto-concientes, para usar de manera racional la libertad. Es propiamente la libertad de elección. Es el poder que en virtud del cual el hombre puede elegir entre acciones contrarias sin ser determinado por ninguna necesidad. O la posibilidad de elegir entre el bien y el mal. La libertad es el ámbito requerido para poder ejercer nuestro libre albedrío.

Si examinamos el uso de los dos términos: Libre albedrío y Libertad..., vemos que aun siendo y expresando los dos lo mismo, el libre albedrío es más usado en religión y el de libertad en la vida común y sobre todo en política. Si descomponemos el término libre albedrío, vemos que el DRAE, nos dice que individualmente albedrío, es: “Voluntad no gobernada por la razón, sino por el apetito, antojo o capricho”, y libre es: “La potestad de obrar por reflexión y elección”. Dicho en otras palabras, el libre albedrío, es la facultad que Dios nos ha dado para que obremos pudiendo elegir entre el bien y el mal. O dicho más resumidamente y en términos más reales, el libre albedrío, es la facultad que Dios nos ha dado para que aceptemos o repudiamos el amor que Él nos ofrece. (N. del E.)

fermizos... si alguno de sus progenitores no hubiera derrochado sus energías en juergas inmorales, pecando contra el sexto mandamiento, abusando del acto sexual!

Si pudiéramos apartar del mundo todas las amarguras, desgracias, robos, asesinatos, guerras, que el hombre causa a su prójimo, ¡cuánto más fácil resultaría la vida! Pero de ninguna manera podemos cargar la responsabilidad en la cuenta de Dios.

«¡Mas —dirás acaso— si Dios no quiere realmente la maldad de los hombres, si le duelen nuestras iniquidades, Él bien podría haber impedido que el hombre pecara!» Sí; Dios le desagrada el pecado, y para que el hombre no lo cometa le otorga su gracia; pero no la impone, no tuerce con violencia el libre albedrío humano, porque respeta en nosotros lo que creó: respeta nuestra dignidad humana de seres libres.

2.º Pero, entonces, ¿Dios mira indiferente el pecado? ¡No! Dios no nos priva del santo privilegio del libre albedrío; y como consecuencia podrá haber pecado en el mundo, mientras viva un hombre. Pero *Dios saca provecho del pecado y sabe transformar en bien el mismo mal*.

¡Cuántos ejemplos podríamos poner de tantos hombres que hacen el mal, y sin embargo, sin que ellos mismos lo sospechen, están trabajando en los planes de Dios!

¡Cuántos hombres podrían decir a sus enemigos, lo que dijo a sus hermanos José en Egipto: «*Vosotros pensasteis hacerme un mal —al venderme a los egipcios—, pero Dios lo permitió para sacar un bien, para hacer sobrevivir, como hoy ocurre, a un pueblo numeroso*» (Gen 50, 20).

Apenas hubo subido a los cielos Jesucristo, empezaron los judíos a perseguir a los discípulos. Pero Dios convirtió en bien el mismo mal: los cristianos, huyendo de las persecuciones, se diseminaron por el mundo entero y esparcieron por doquier la fe cristiana, del mismo modo que el huracán, al sacudir el árbol, esparce sus semillas, contribuyendo a la plantación de nuevos bosques.

Así, pues, la voluntad de Dios es que el hombre no utilice su libre albedrío para hacer el mal. Pero si de hecho lo emplea para obrar el mal y comete pecado, entonces Dios procura convertir en bien el mismo mal.

3.º Con esto no hemos dado aún una respuesta plenamente satisfactoria a la pregunta propuesta: ¿Por qué se calla Dios? La humanidad ha cometido tantas atrocidades, que hasta las almas religiosas sienten escalofríos: «¡Señor!, ¿cómo puedes callar todavía? ¿Cómo puedes permitir que suceda *esto*?

*¿Y por qué calla Dios* cuando el hombre le pide ardientemente que castigue a los malos para que dejen de cometer el mal?

Dios calla, porque ya nos lo ha dicho todo. Lo que era necesario decirnos para que le conozcamos, para que sepamos sus mandamientos, ya nos lo reveló en el pasado por boca de sus profetas y de su Hijo unigénito, y lo pregonaba ahora sin rebozo mediante la Sagrada Escritura y la Santa Madre Iglesia.

Calla, porque es paciente y sabe esperar el tiempo oportuno. Nadie puede huir de El: un día u otro será juzgado. La muerte, en último término, le hará comparecer ante Su presencia. Entonces le tocará hablar al Señor, su Creador:

—Hombre, hasta ahora has hecho lo que has querido y Yo he guardado silencio; ahora te toca callar a ti, para que oigas el fallo que pronuncio sobre ti, según las obras que has hecho.

Sí; sólo así podemos compaginar los horrores de la maldad humana con la Bondad de Dios; pensando que *Dios no solamente es bueno, sino también justo juez*, ante cuyo tribunal han de comparecer todos los hombres de todas sus maldades.

Y este pensamiento ya nos lleva como de la mano a la solución de la segunda cuestión que he propuesto.

Hasta ahora tratamos del pecado y de los sufrimientos que hemos de padecer por causa de las iniquidades de los hombres. Porque es de saber que la gran mayoría de nuestros sufrimientos son causados por la maldad de los hombres, aunque no todos.

Hay males, hay desgracias que no son causados por el hombre. ¿Y cómo podemos compaginar estos males con la Bondad de Dios? Ved ahí la segunda pregunta a que hemos de dar respuesta.

## II

### EL DIOS BONDADOSO Y EL SUFRIMIENTO

«*Justo es el Señor, en todas sus disposiciones y santo en todas sus obras*», canta de Dios el SALMISTA (144, 17). Pero ¿la experiencia no contradice esta afirmación? ¿No la contradicen las desgracias innumerables, los sufrimientos, que hacen que nunca dejen de quejarse los hombres?

El campesino se queja de que la cosecha es mala; el pobre, de que está aterido de frío en invierno; el enfermo, de que es insoportable su dolor; el niño, de no tener vestido; el joven, de no tener de qué vivir; el

anciano, de por qué tiene que morir... Todo son quejas y lágrimas; ¡desde la cuna hasta la tumba, un dolor continuo!

¡Y qué casos más trágicos! Se incendia un cine, y setenta personas perecen abrasadas...; y se ha de oír el sollozo terrible de sus familiares! Estalla una mina y mueren trescientos mineros. Se desliza una montaña y sepulta calles enteras. Accidentes, explosiones, desgracias, ocurren todos los días... ¿cómo podemos dar a este problema una respuesta tranquilizadora y satisfactoria?

¡Cuántos hombres sufren injustamente! ¡Cuántos hombres fracasan a pesar los enormes esfuerzos que hacen por salir adelante! ¡Cuántos no han hecho ningún mal y son perseguidos injustamente! ¡Cuántos enfermos y minusválidos sufren sin tener ninguna culpa!... ¿Qué responderemos a todo esto?

1.º Los males sin número, las desgracias, en una palabra, todo lo que designamos con el nombre de mal físico, proviene de que *el mundo es limitado y inseguro, sujeto a cambios continuos*. Todo nace, crece y envejece en este mundo, y este cambio continuo va estrechamente ligado a un sinnúmero de males y sufrimientos.

¿Cómo he de expresarme con mayor claridad? *El mundo y el dolor son compañeros*. No sólo es la madre paga con dolor el nacimiento de su hijo, sino que toda vida brota en este mundo del dolor. «*Si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo: pero si muere, produce mucho fruto*» (Jn 12, 24).

2.º Además, *la vida del hombre en esta tierra está sujeta a las leyes físicas*. También estas leyes fueron diseñadas por Dios; por lo tanto, la vigencia de las mismas alaba también a Dios. Le alaba aun cuando por efecto de ellas tenga que sufrir muchas veces el hombre.

Un hombre está esquiando y da un paso falso..., tropieza, y siguiendo la ley de la gravedad, se cae y sufre múltiples fracturas, y quizá se queda discapacitado para toda la vida. Una teja se desprende del tejado... y siguiendo las leyes físicas, cae sobre tu hijito que estaba jugando precisamente debajo: el niño muere, y ¡cómo sufren sus padres y hermanos!

Podría muy bien Dios, mediante una intervención especial, levantar al que tropieza o desviar de su camino la teja que cae; pero pregunto: ¿podemos exigir razonablemente semejante intervención de parte de Dios? Si Dios hiciera valer la fuerza de su brazo para cambiar el orden del mundo a cada instante, todas las veces que las leyes de la naturaleza son peligrosas o sencillamente desagradables para el hombre, ¿no se transformaría el orden actual del mundo en un desorden, en una gran incerti-

dumbre, en que nunca podríamos saber qué es lo que nos espera?

Podría también Dios impedir eficazmente que los hombres cometiesen iniquidades; pero ¿no se transformaría entonces el mundo en un teatro de muñecos, sin libre albedrío?

Pero aun no hemos llegado a una solución plenamente satisfactoria. Tan sólo la encontramos cuando, elevándonos por encima de esta vida terrena y temporal, dirigimos la mirada hacia la vida eterna. Entonces —y sólo entonces— no nos asustarán y nos producirán vértigo las desgracias y sufrimientos de esta vida.

También el pequeño grumete sintió el vértigo en su primer viaje por el mar.

—Muchacho —le dijo el capitán—, ¿sabes trepar?

—Sí —contestó con orgullo el muchacho—. En casa subía a los árboles más altos del bosque.

El grumete trepó por el mástil, pero cuando ya estaba en la punta y el buque comenzó a balancearse de un lado al otro, el muchacho empezó a sentir vértigo y miedo de poder caerse. El capitán, desde abajo, le observaba todos sus movimientos. Y cuando vio el espanto reflejado en su rostro, le gritó: «¡Muchacho, mira hacia arriba, no mires sino hacia arriba!»

Y el joven obedeció. Miró hacia arriba, y de repente se le pasó el vértigo y no temió más...

*Nosotros también debemos de mirar hacia arriba, hacia la vida eterna, para no dejarnos espantar por los sucesos que nos ocurran.*

El que pone su mirada en la vida eterna puede encontrar respuesta a la queja mil veces repetida: *A los malos todo les sale bien, mientras que los que viven honradamente viven una vida miserable; ¿dónde está, pues, Dios?*

Es un problema espinoso, sin duda; pero sólo tiene solución si se mira hacia, hacia el destino eterno que nos depara Dios. Porque esta vida terrena no es más que una prueba; sólo el que sabe que ante el Juez eterno tendrán su premio y su castigo las innumerables obras buenas e injusticias que han hecho los hombres, no se turbará al ver la desigual distribución de los goces y placeres en este mundo.

El que mira hacia arriba no se quejará: *¿Por qué precisamente yo? ¿Por qué he de ser yo quien sufra, quien luche con la miseria, mientras a los otros no les sucede nada de esto?*

¿A los otros no...? ¡Ah!, tú no conoces lo que acontece en el corazón

de cada hombre. Alfombras de Persia, regias habitaciones, lujo por doquier, fiestas..., ¿tú crees que allí no hay tristeza, no hay pruebas, no hay preocupaciones e infelicidad? Pero ¿has visto alguna vez una rosa sin espinas?

¿Que «eres muy pobre»? No es pobre aquel que tiene poco dinero, sino aquel que siente muchos deseos. Hombre hay que no come más que en platos de barro y es tan feliz como si comiera en vajilla de plata; y hay hombres en cuya mesa todo el servicio es de plata; y, no obstante, se sienten más desgraciados que el que come en una escudilla de barro.

Y ¿no conoces casos en que la buena fortuna ha sido la causa de la propia ruina? QUINTO CURCIO alaba a Alejandro Magno por el trató cortés que dispensó a la esposa y a las dos hijas de su enemigo, el rey de Persia, que cayeron cautivas en su poder. Y el historiador anota a renglón seguido: «Entonces la fortuna no había corrompido aún su corazón; pero él no supo aprovechar por mucho tiempo los favores de la fortuna», y una vida cruel e inmoral fue causa de su muerte prematura<sup>26</sup>.

En cambio, ¡cuántos hombres que antes se olvidaban por completo de Dios encontraron el camino de la vuelta el Padre gracias al sufrimiento, a la cruz! También Simón de Cierne llevaba una vida tranquila cuando volvía de trabajar sus tierras. De repente se encuentra con una comitiva: Jesucristo agotado, carga su pesada cruz cuesta arriba, hacia el monte Calvario. Los soldados romanos detienen a Simón en su camino y le obligan a que ayude a Cristo a llevar la cruz. No lo hizo de buen grado, le «obligaron», dice el Evangelio (Mt 27, 32). Pero ved ahí que esta cruz fue el momento más decisivo de su vida. ¡Oh cruz bendita!

¿No existen millares de personas que vivían alejadas de Dios, que se han encontrado con Él después de sufrir una terrible “desgracia”?

\* \* \*

Acabemos este capítulo tal como lo empezamos, recitando el Salmo 72, pero ahora, no el principio sino su final:

*«Pero a mí, que estoy siempre contigo, de la mano derecha me has tomado.*

*Me guiarás con tu consejo, y tras la gloria me llevarás.*

*¿Quién hay para mí en el cielo? Estando contigo no hallo gusto ya en la tierra.*

*Mi carne y mi corazón se consumen: ¡Roca de mi corazón, herencia*

---

<sup>26</sup> De reb. gest. Alex. M., III, 12. 221

*mía por toda la eternidad!*

*Sí, los que se alejan de ti perecerán, tú aniquilas a todos los que te son adúlteros.*

*Mas para mí, mi bien es estar junto a Dios; he puesto mi cobijo en el Señor, a fin de alabarte por todas tus obras.»*

Dios es el que rige la historia, y todo lo permite para el bien de los elegidos.

## CAPÍTULO XXVI

### DIOS, VERAZ Y FIEL

En la imagen que nos hacemos de nuestro Padre celestial hay rasgos que el lenguaje humano designa con nombres peculiares, aunque éstos realmente no hacen sino mostrar diferentes lados de un solo y mismo atributo divino. Dos rasgos de estos quiero tratar ahora: Dios veraz y fiel. El tema es doble sólo aparentemente, ya que la veracidad y la fidelidad son cosas inseparables en Dios, del mismo modo que en el rayo de sol son inseparables la luz y el calor. Si pensamos en la palabra de Dios decimos que Dios es veraz; si hablamos de sus obras, decimos que Dios es fiel; pero las dos cosas no son sino el anverso y el reverso de una sola verdad.

Dios ama la verdad en la palabra, y por esta decimos que es veraz. Y ama la verdad en las obras, y por eso decimos que es fiel. Porque ¿quién es veraz? Aquel cuyas palabras concuerdan con sus pensamientos. Y ¿quién es fiel? Aquel cuyas obras concuerdan con sus palabras.

Las páginas del Antiguo Testamento ya nos hablan, con profunda piedad y respeto, de la veracidad y fidelidad de Dios. «*El Señor es la roca eterna*», escribe el profeta Isaías (26, 4).

Como si dijera: En torno nuestro todo se mueve y se agita, nada hay estable; sólo hay *Dios* permanece para siempre. Dios es la roca firme. Pero las mismas rocas llegan a romperse; el tiempo y las olas van socavándolas poco a poco...; Dios, sin embargo, es «*la roca eterna*», la única sobre la que puede apoyarse el hombre con plena confianza. Porque, como escribe el mismo profeta, «*la palabra del Señor nuestro dura eternamente*» (Is 40, 8).

Jesucristo repite este pensamiento de una manera mucho más solemne: «*El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán*» (Mc 13, 31). ¡Y con qué convicción escribe San Pablo: «*Dios es veraz, y todo hombre mentiroso*»! (Rom 3, 4). En una palabra, «*no es posible que Dios mienta*» (Heb 6, 18).

¿A qué me obliga la veracidad de Dios? ¿Qué consuelo me ofrece la fidelidad de Dios? Son las dos proposiciones que trataremos en este capítulo.

## ¿A QUÉ ME OBLIGA LA VERACIDAD DE DIOS?

1.º Me obliga *a creer incondicionalmente en la divina palabra*.

«*Yo soy el camino, la verdad y la vida*» (Jn 14, 6), dice de Sí Nuestro divino SALVADOR. Por lo tanto, Dios es la misma verdad, y mi fe tiene por fundamento la convicción con que acepto la *verdad* de las palabras de Dios.

Nuestra religión católica subraya a cada paso *la importancia de la fe, de una fe firme, de una fe que excluya toda clase de duda*. Hay muchos puntos de la religión que yo no comprendo, y no obstante he de creerlos. ¿Por qué he de creerlos? ¿Por qué no me es lícito dudar? Porque no puedo dudar de la palabra del Dios veraz. Ved ahí el primero y más sólido fundamento de mi fe: No lo comprendo, pero lo creo; lo creo, porque el Dios veraz no puede inducirme a error.

Únicamente Dios no puede jamás caer en error. Nosotros, los hombres, aun con la mejor voluntad, nos equivocamos muchas veces.

Por tanto, cuando me asaltan tentaciones contra la fe y quieren penetrar en mi alma serena, como el gusano en la manzana sana y fresca —¡nadie puede evitar estos días nublados!— qué dichoso seré si en semejantes ocasiones puedo decir: Realmente, no comprendo éste o aquel artículo de mi Credo; *pero ¡así lo dijo Dios, y yo lo creo!* «*Porque bien sé de quién me he fiado, y estoy cierto!*» (Tim 1, 12).

Yo estoy en el valle; Dios, en cambio, está en la cima de la montaña. Él desde arriba me va diciendo lo que hay más allá de las montañas y que no puedo ver. Y yo creo en su palabra, porque Dios es veraz.

2.º Pero la veracidad, el amor a la verdad, que descubro en Dios, me recuerda aún otro deber. Porque el hecho de que Dios es veraz no tiene por única consecuencia que siempre, en todas las circunstancias, yo crea en sus palabras, sino también que toda mentira está en pugna con la esencia divina, es decir, que Dios aborrece la mentira; por lo tanto, si yo quiero asemejarme a Dios, *también yo he de evitar toda mentira*.

La mentira repugna a la esencia de Dios, hasta el punto que, si hubiese la más leve sombra de mentira en su esencia, dejaría de ser Dios. *Por consiguiente, ¡con qué ojos ha de mirar Dios al hombre mentiroso!*

«*Dios es luz* —dice la Sagrada Escritura— *y en Él no hay tinieblas ningunas*» (1 Jn 1, 5). Y si no las hay en Él, no sufrirá tampoco que las haya en mí. ¿De qué le sirve al hombre el mentir? Podrá engañar a su

prójimo, pero a Dios nunca. ¡Qué grotesca figura la del hombre cuando se presenta con la máscara de la mentira ante Dios, que es omnividente y cuya mirada lo atraviesa y penetra todo!

Si el cristal de una ventana, cubierto de polvo y barro, pudiera hablar y dijera al sol: ¡Mira qué hermoso espejo de Venecia soy!, el sol contestaría con risas: ¿A qué vienen esas pretensiones? Mi mirada te atraviesa. Y si el charco dijera al sol: ¡Mira qué lago cristalino soy yo!, el sol se reiría contestándole: ¿A qué viene tamaña pretensión? Bien veo yo toda la suciedad que hay en ti.

*El ojo de Dios nos atraviesa mejor que el sol al vidrio y penetra en nosotros más profundamente que los rayos del sol las profundidades del agua.*

«Pero os aseguro —así suelen excusarse los hombres— que yo no suelo mentir. Por lo menos, con el designio de perjudicar al prójimo. Esto sería una infamia. Pero aquellas mentirillas inocentes: un poco de fanfarronería, una pequeña baladronada, una mentira convencional, un poco de bravata, un cargar las tintas, una leve jactancia, una fina tergiversación de la verdad... todo esto es muy difícil de evitar. Yo no perjudico a nadie con estas cosas. Dígame, pues, ¿por qué ha de ser pecado la mentira que no perjudica a nadie?»

Pues te lo diré. Porque tal mentira no existe. ¿Cómo se entiende? Pues, sencillamente, que no hay mentiras inocentes, que no hay mentira que no dañe a nadie. Tal mentira no existe. *Porque aunque no perjudique a otro, seguramente te dañará a ti mismo.*

Pero ¿cómo puede entenderse esto?

Según el precepto de Nuestro Salvador, todos hemos de tender a imitar con la perfección de nuestra alma al Padre celestial (Mt 5, 48); por lo tanto, también hemos de imitarle en el amor a la verdad, en la veracidad, en la rectitud. Y debo asemejarme a Dios, al Dios veraz, en el grado en que evite la mentira.

La verdad lleva un rasgo divino en su frente, y el que peca voluntariamente contra la verdad peca también contra Dios, aun en el caso que no perjudique al prójimo.

Así se comprende por qué amonesta SAN PABLO con tanta seriedad a los fieles de Éfeso: «*Revestíos del hombre nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad. Por tanto, desechando la mentira, hablad con verdad cada cual con su prójimo*» (Ef 4, 24-25).

¡Di siempre la verdad ¿Por qué? Porque toda mentira es un muro que

separa al alma de Dios, es un rasgo contrahecho que deforma la imagen de Dios en el alma del hombre.

¡Tratemos con profundo respeto a la verdad! El alma de aquel que miente se ve inundada por una oleada de cieno. Y el que ya se acostumbra a mentir y vive en la mentira es como si viviese en el mar Muerto —si es que se puede vivir en él—; el agua corrosiva destruye su alma y la mata.

Y no lo olvidemos: cuales seamos en la vida, tales seremos en la eternidad. Nuestra alma conservará para toda la eternidad el molde que nosotros mismos le hayamos dado. El alma veraz y recta brillará como el diamante de mil facetas; el mentiroso, en cambio, será oscuro como la noche sin esperanzas.

3.º Pero he de ser semejante al Dios veraz, no solamente evitando toda mentira, sino amando ardientemente la verdad.

*¡Amar la verdad!*

Es una dicha inefable poder hacer algo por la verdad, ya sea tratando de conocerla, defendiéndola o propagándola. Por imitar al Dios veraz, por amor a la verdad, los mártires estuvieron dispuestos a sacrificar su propia vida, atestiguando así la verdad divina que habían logrado conocer.

Por dar a conocer la religión verdadera, los valientes evangelizadores y apóstoles de nuestros días, son capaces de soportar indecibles privaciones, desprecios y sacrificios.

Por amor a la verdad, se convierten al catolicismo muchas personas cuando descubren la plenitud de la verdad cristiana, y se deciden a seguirla, aun a costa de los mayores sacrificios.

O también: «Conozco a unos vecinos que viven juntos desde hace doce años, pero sin haberse casado, y después de largas conversaciones he logrado convencerlos, y ayer se casaron, se casaron por la Iglesia. ¡Cuánto me alegro!»

O llega un tercero: «¿Se acuerda de aquel hombre que después de la misa del pasado domingo entró en la sacristía para hablarle a usted de sus luchas espirituales? Fui yo quien le animé a entrar... Y ahora él me lo agradece con toda el alma... ¡Qué alegre estoy!»

O acaso le da esta buena nueva una cuarta persona: «Tengo una amiga desde hace muchos años; es un alma muy buena; pero no se había confesado desde que se casó, porque tenía muchos recelos respecto a la confesión; y, por fin, he logrado convencerla. Mañana vendrá a confesarse. ¡No sabe lo contenta que estoy!»

¡Qué alegría siente el apóstol cuando logra acercar a un alma a

Jesucristo, el camino, la verdad y la vida! No hay en este mundo dicha mayor que ésta.

Pero Dios no sólo es veraz sino fiel a sus promesas

## II

### LA FIDELIDAD DE DIOS NOS LLENA DE CONFIANZA

1.º ¡Cómo consuela tener un Amigo fiel que nunca me engañará! La fidelidad de Dios me consuela y me conforta, porque por mucho que me haya equivocado en la vida, por muchas desilusiones que haya tenido, aunque todos hayan querido engañarme; *no obstante, me queda un amigo fiel*, que nunca me engañará: Dios. *Dios es el único amigo fiel que nunca nos engaña.*

«*No es Dios —dice la Sagrada Escritura— como el hombre para que mienta, ni como hijo de hombre para volverse atrás. Cuando Él, pues, ha dicho una cosa, ¿no la hará? Habiendo hablado, ¿no cumplirá su palabra?* (Num 23, 19). Lo que dice lo hace y lo mantiene.

Y en el libro del profeta Isaías es el mismo Dios quien dice de Sí: «*¿Puede la mujer olvidarse del hijo de sus entrañas? Pues aun cuando pudiese olvidarse, Yo nunca me olvidarme de ti*» (Is 49, 15).

Quien conozca la naturaleza humana comprenderá el alcance de estas palabras: *Dios es el amigo fiel que nunca ha engañado a nadie.*

Porque el corazón del hombre suele ser caprichoso, versátil, frívolo, mudable, cambiante... ¡Cuántos de nuestros hermanos que han sido engañados, abandonados, estafados, desengañados asentirán ahora: Ciertamente así es: el hombre es infiel!

Y, sin embargo, el corazón humano está hecho de tal manera que ansía encontrar un alma fiel, en la que poder confiar, en la que pueda descansar sin temor a ser engañado. Y ¡qué feliz se siente cuando la encuentra! Mas Dios siempre es fiel.

2.º Y de ahí brota otro gran consuelo: Si Dios es fiel, entonces ha de cumplir su palabra, *entonces siempre podré edificar sobre su palabra, siempre podré contar con sus promesas.*

El Antiguo Testamento tiene un pasaje en que se canta el amor con que Dios se cuidó de su pueblo escogido: «*Como el águila incita a volar a sus polluelos extendiendo las alas y revoloteando sobre ellos, así el Señor extendió sus alas sobre su pueblo y le tomó y transportó sobre sus hombros*» (Deut 32, 11).

Pues bien, en el camino que nos conduce hacia la eternidad, la veracidad y la fidelidad de Dios son las dos alas que revolotean continuamente sobre nosotros y nos alientan a no desconfiar nunca de Él.

Si Dios es fiel, es decir, si cumple todas sus palabras, entonces sus consoladoras promesas no son fugaces fuegos fatuos, sino una realidad sólida, consistente, en la que puedo esperar confiado en medio de las innumerables pruebas de esta vida terrena...

Lo que promete el Dios fiel, también lo cumple.

El hombre no es todopoderoso, El hombre olvida con frecuencia, o no ve bien, o no oye bien. Así puede suceder que, a pesar de la mejor voluntad, se equivoque, bien en su palabra, bien en su obra. Pero Dios no olvida, Dios no es miope ni sordo. Es decir, siempre podré edificar sobre este fundamento: las promesas del Señor no pueden fallar.

*Aun en medio de los sufrimientos.* Multitud de terribles desgracias pueden caer sobre mí, pero yo no olvido las palabras del Señor: «*Las aflicciones breves y ligeras de la vida presente nos prepara un tesoro eterno de gloria incalculable*» (2 Cor 4, 17).

Tan sólo podré mantenerme firme en medio del sufrimiento si me acuerdo de la promesa de Dios, según la cual hay un lugar preparado para los que le son fieles, en donde «*Dios enjugará toda lágrima de sus ojos; y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado.*» (Apoc 21, 4).

¿Qué será la vida eterna? «Veremos a Dios.» Y ¡qué felices nos hace el saber que Dios es infinitamente bondadoso y que cumple sus promesas...! ¿Puedo juzgar excesivamente pesado cualquier sacrificio si con él logro el Bien supremo?

¿Puedo quejarme de que me resulte difícil en el mundo actual cumplir con fidelidad los mandamientos de Dios, cuando sé que gracias a esta perseverancia fiel alcanzaré el Bien supremo? Lo alcanzaré con seguridad, porque Dios es fiel. «*Has de saber que el Señor es el Dios fiel que guarda la alianza y el amor por mil generaciones a los que le aman y guardan sus mandamientos*» (Deut 7, 9).

3.º Pero la fidelidad de Dios tiene aún otra consecuencia, que no podemos pasar en silencio. Si Dios es realmente fiel, si mantiene su palabra y cumple sus promesas, entonces *cumplirá también sus amenazas*. Entonces aquel juicio universal de que habla el Señor en el Evangelio se celebrará algún día ciertamente.

Los hombres prometen con facilidad, y con más facilidad dejan sin

cumplir sus promesas; amenazan con facilidad, pero no tienen bastante poder para llevar a cabo sus amenazas.

Pero de Dios dice la Sagrada Escritura: *«El Señor es el Dios verdadero: Él es el Dios vivo y el Rey eterno. Cuando se irrita, tiembla la tierra, y no aguantan las naciones su indignación»* (Jer 10, 10). Y para no tener que sufrir las amenazas de Dios sólo tenemos un medio: yo he de ser fiel a Dios, fiel en el cumplimiento de sus preceptos.

Las innumerables preocupaciones de esta vida terrena, las duras pruebas por las que nos toca pasar, echan a perder muchas veces nuestra fidelidad para con Dios. Porque no le somos fieles, no cumplimos lo que le prometimos un día...

¡Cuántas veces nos quejamos de que los hombres nos engañaron, de que nos abandonaron olvidando la palabra dada, de que nos causaron amargas desilusiones! En vez de quejarnos de que no hayan cumplido su palabra, pensemos más bien: *¡Cuántas veces hemos sido nosotros infieles al Dios eternamente fiel! ¡Cuántas veces no hemos cumplido nuestras promesas!*

Acordémonos de las numerosas confesiones en que de nuevo le prometimos a Dios serle fiel, y de cómo acabaron esas promesas; acordémonos de los innumerables propósitos que hicimos de evitar el pecado, y en qué terminaron esas firmes decisiones...

Lo importante no es ser vistos por los hombres, sino ser vistos por Dios. Mi vida puede pasar desapercibida a los hombres, pero no a los ojos de Dios. ¡Ojalá fuese fiel siempre a Dios, aunque mi vida pasase quizá imperceptible a los ojos de los hombres! ¡Ojalá pudiese corresponder siempre a todas las inspiraciones de la gracia y supiera esculpir en mi alma los rasgos de mi Padre celestial! No merecería con ello el honor de que se me erigiera una estatua en la tierra; pero recibiría aquella corona de la vida eterna que a los que le aman prometió el Dios veraz y fiel (Cf. 2 Tim 4, 8).

*¡Yo creo en este Dios fiel y veraz!*

\* \* \*

Existe una suave florecilla azul, símbolo de la fidelidad, que en muchas naciones lleva el nombre de *«No me olvides»* (Miosota). Los botánicos dicen que la florecilla, *«No me olvides»*, cada vez escasea más, que lentamente va desapareciendo de la tierra.

Los hombres fieles a Dios también van cada vez siendo menos, y con ellos disminuyen también la alegría de vivir y la bondad en este mundo.

No nos ha de sorprender que la vida se nos haga cada día más dura y árida; porque cuanto más infiel es el hombre a Dios, tanto más frío y desalmado se muestra con sus prójimos. Donde no hay bondad no puede haber verdad ni fidelidad; porque la fidelidad y la verdad son hermanas, y ambas son hijas de la bondad.

*¡Pero Dios es veraz; por lo tanto, le creo! ¡Dios es fiel; por lo tanto, pongo en Él pongo mi esperanza! ¡Dios es bueno! por lo tanto, le amo!*

*«Mantengamos firme la esperanza que hemos confesado, pues fiel es el autor de la Promesa»* (Heb 10, 23), nos dice SAN PABLO.

Esta esperanza cristiana nos tiene que llenar de optimismo aun cuando todo se hunda a mi alrededor. Si todos me han engañado, Dios no me engañará. Si todos me abandonan, Dios estará junto a mí. Si todos me han sido infieles, Dios me será siempre fiel con tal... *¡con tal que le guarde fidelidad!*

*«Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida eterna»* (Apoc 2, 10).

## CAPÍTULO XXVII

### DIOS, OMNIPRESENTE

Dios está presente en todas las partes del universo y todo lo llena con su presencia (Jer 23,24). Según la Sagrada Escritura Dios está más alto que los cielos, más profundo que los infiernos, y su hondura y perfección es «*más larga que la tierra y más ancha que el mar*» (Job 11, 9); a quién «*ni los cielos, ni los altísimos cielos*» pueden abarcar (2 Reyes 8, 27). Él «*abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas, y las ordena todas con suavidad*»! (Sab 8, 1).

*Dios está presente en todas partes; no hay en el mundo punto conocido, ni hay lugar más allá de la tierra, del sol y del espacio en que se mueven las estrellas donde Dios no esté presente, donde se pueda huir de la mirada del Señor.*

No podemos medir a Dios sino con una sola medida, la del infinito, y Dios no tiene más límites que su propia esencia. Sabemos que todo cuanto existe en el mundo es pensamiento y creación de Dios; por tanto, donde quiera que haya algo, allá ha de estar también Él.

Sí, lo sabemos muy bien, hasta hacemos de ello profesión de fe; pero ¿vivimos de veras esta creencia y ordenamos según la misma toda nuestra vida? ¿No obramos, hablamos y pensamos muchas veces como si Dios se encontrase muy lejos de nosotros, en los confines del mundo? Porque si concebimos debidamente al Dios omnipresente, de este pensamiento sacaremos consecuencias y enseñanzas magníficas para nuestra vida.

Meditemos, pues, cómo Dios está presente por doquier; después meditemos cómo esta creencia nos da fuerza para vencer las tentaciones, y cómo nos sirve de estímulo en el sufrimiento.

#### I

### DIOS ESTÁ PRESENTE POR DOQUIER

¿Podemos representarnos a Dios presente en todas partes? Con la limitada capacidad de nuestro puro entendimiento, no. A lo más, podremos rastrearlo un poco si pensamos en nuestra propia alma que está presente en

nuestro cuerpo: está indivisiblemente en cada porción de nuestro cuerpo, trabaja en todos los miembros y, no obstante, no encontramos un solo punto del cual podamos afirmar que tenga la exclusiva de la presencia del alma.

Un niño se abraza al cuello de su madre y le pregunta: «Dime, mamá, ¿dónde está Dios?» Y la madre levanta la mirada al cielo: «Allá, hijo mío, allá en el alto cielo lleno de estrellas»

Ahora son hombres maduros los que están ante mí y me preguntan: «Dinos, dónde está Dios?» Y yo no sé darles mejor contestación que ésta: Mirad en torno vuestro, y encontraréis por doquier a Dios. ¡El Dios omnipresente!

Dios está presente en todos los puntos del universo, pero *Dios es más grande* que el mundo. «¿Por ventura no lleno Yo..., el cielo y la tierra?», pregunta el Señor en el libro de Jeremías (23, 24). Dios es más grande que el cielo y la tierra, para Él no es bastante todo el universo: Dios es tan grande, que sólo Él mismo puede bastarse.

Por lo tanto, será más exacto si, en vez de decir que Dios está presente en todo el mundo, expresamos nuestro pensamiento de la siguiente manera: *todo el mundo está en Dios*. ¡Qué bellamente expresó el mismo pensamiento SAN PABLO ante los sabios griegos en el areópago de Atenas! «*El Dios que creó el mundo y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor del cielo y tierra, no está encerrado en templos fabricados por hombres, ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si necesitase de alguna cosa; antes bien Él mismo está dando a todos la vida, y el aliento, y todas las cosas..., porque dentro de Él vivimos, nos movemos y existimos*» (Hech 17, 24-25.28).

«*¡En Dios vivimos, nos movemos y existimos!*» Por lo tanto, no es Dios que está en nosotros, sino que nosotros estamos en Él. No el Grande en el pequeño, sino el pequeño en el Grande. No el Infinito en el limitado, sino el limitado en el Infinito.

Dios está en todas las cosas, como la sabia en la planta, como el alma en el cuerpo. Y quien quisiera separarse de Dios, tan sólo podría lograrlo si capaz fuera de crear para sí un mundo nuevo.

«*Dentro de Él vivimos, nos movemos y existimos*: es decir, todo ser creado está en Dios, y Dios está en todos los seres. Fíjate bien, porque aquí tiene importancia suma cada palabra. No decimos que todo ser sea Dios (es la aberración de los panteístas), sino que nada hay en el mundo— monte, riachuelo, mar, pájaro, corazón humano—, detrás del cual como la fruta detrás de la corteza, como la cara detrás del velo— no esté Dios.

En efecto, descubrir a Dios a través del velo de las criaturas es el privilegio de las almas profundamente religiosas. San Pablo escribe de Dios: «*Porque las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su Divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas*» (Rom 1, 20).

¡Qué sublime pensamiento! ¡Dios está en todo lo que existe! Cuando en la noche silenciosa, sembrada de estrellas, pasa por la bóveda celeste un cometa con su estela de luz; cuando la hojarasca cruje bajo tus pies al pasearte por el bosque; cuando, sumergido en una meditación silenciosa, contemplas el campo cubierto de flores; piensa: ¡allí está Dios!

Tú no puedes estar en dos sitios a la vez; nosotros, para ir a alguna parte, hemos de abandonar nuestro puesto anterior; Dios no está atado a lugares, a Él no le podemos medir; ¡en todas partes está presente!

Pero quienes conozcan más profundamente la Sagrada Escritura querrán, acaso, interrumpirme en este punto. Interrumpirme y preguntar: La Sagrada Escritura contiene ciertas expresiones que parecen estar en pugna con lo que se ha dicho hasta ahora: ¿cómo explicarlo?

La Sagrada Escritura dice que Dios está presente en todas partes. Pero en otros lugares leemos que el cielo es el trono de Dios (Mt 5, 34), y Jesucristo rezó de esta manera «*Padre nuestro que estás en el cielo...*» (Mt 6, 9); por lo tanto, Dios está en el cielo.

Según otras palabras de Jesucristo, Dios *está* en el alma de los justos (Jn 14, 23). ¿Cómo hemos de entender, pues, estas expresiones, si Dios en todas partes está presente? Y ¿cómo hemos de entender lo que dice la Sagrada Escritura en otro lugar, es a saber, que Dios se hace presente a la oración del que le implora, y, en cambio, abandona el alma del pecador? Y también nosotros, ¿cómo podemos decir que este hombre malo se separó por completo de Dios? «*Los que de ti se alejan perecerán*», dice, refiriéndose a Dios, el salmo 72. Pero ¿es posible alejarse, separarse de Dios, si Él está presente llenándolo todo?

¡No es posible! Pero ni esta expresión meramente humana, ni las otras expresiones bíblicas, pueden interpretarse en el sentido de que Dios no esté presente en todo lugar. En realidad, Dios está presente por doquier; pero hay ciertos lugares *en donde su presencia salta más a los ojos, es más evidente y la sentimos más*; porque allí sentimos ciertos o determinados efectos manifiestos de su actividad.

También el alma humana está presente en el cuerpo entero; no obstante, si alguien se entusiasma por alguna cosa, ¿no decimos con todo derecho: «Mira, toda la cara que tiene...; los ojos que pone...»? Dios, como

Ser infinito, está realmente presente en todo lugar; pero su gracia santificadora no se encuentra en todas partes un suelo fértil, donde fructificar.

En las iglesias y en el alma de los justos se hace sensible, por decirlo así, esta presencia merced a la operación de la gracia; en cambio, del alma pecadora decimos que «se separó de Dios», no como si pudiera alejarse de Dios, sino porque la gracia de Dios no puede obrar en aquella alma.

Porque no es el espacio el que nos acerca o separa de Dios, sino que nos acercamos si nuestra alma se asemeja a Él, y nos alejamos si nuestra alma no lleva su imagen. Justamente lo que mejor muestra la grandeza y la libertad de Dios es que, aunque Él pueda estar y esté presente en todas partes, sin embargo, su presencia se hace sensible de una forma especial en ciertos sitios. Y de estos sitios decimos que «allí mora Dios».

Así entendemos como es debido que Dios en todo está presente. Y si lo entiendo así, en su recto sentido, entonces brotará de este pensamiento una gran fuerza para vencer las tentaciones y un gran consuelo en soportar el sufrimiento.

## II

### FUERZA EN LA TENTACIÓN

¡Cuántas veces el tentador te susurra disimuladamente: «¿Por qué temes? ¡Atrévete! ¡Nadie te ve! Hazlo. Es de noche..., las puertas están cerradas..., ahora no hay nadie...» ¿De veras que nadie te ve? ¿De veras no hay nadie aquí? ¿No te ve realmente nadie?

La Dirección de los ferrocarriles americanos procura con gran cuidado que sus empleados sean de la mayor confianza, y por este motivo los vigila mediante detectives secretos.

Uno de los empleados pidió unos días de permiso con la excusa de que había muerto un familiar suyo. Cuando al día siguiente reanudó el servicio, el jefe le mostró una fotografía: era el retrato del empleado, pero en vez de acompañar a un difunto, estaba de francachela con sus amigos. Los detectives secretos le fotografiaron. ¡Pobre!, si hubiese sabido que controlaban todos sus pasos y hacían fotografías de lo que hacía, a buen seguro que se hubiera portado de otra manera.

Pues bien, la mirada de Dios es más aguda que la imagen fotográfica más sensible; y si ya en una buena fotografía ve con gran precisión el objeto más pequeño, ¡con cuánta más razón verá Dios las más pequeñas de nuestras acciones, buenas y malas!

¿Qué dice VIRGILIO a DANTE en el Purgatorio? Aunque llevases cien caretas, tus pensamientos no me serían desconocidos. Todas las veces, pues, que el tentador te insinúa: «¡Adelante, valor, no hay nadie aquí, nadie te ve!», piensa que es todo lo contrario: ¡Aquí está Dios, Él te ve! Aquí está el Dios todopoderoso que me creó. ¡Aquí está el Dios santo a quien hiere infinitamente el pecado. Aquí está el Dios justo que algún día me juzgará. ¿Adelante, no te ve nadie? Al contrario: caminamos siempre bajo la mirada de Dios.

Vivimos realmente en Dios, de la misma forma que vivimos en el aire que nos rodea, bajo los rayos de sol que nos alumbran. No pasa un pensamiento por nuestra cabeza que Dios no lo conozca; no pronunciamos una sola palabra que Él no la oiga.

¿Adelante, aquí no te ve nadie? Ante la tienda de ANTÍGONO, como lo refiere Séneca, hablaban dos guardias en cierta ocasión y precisamente estaban hablando mal de Antígono. Antígono, de repente, abrió las cortinas y dijo a los guardias, asustados: «Iros por lo menos un poco más allá para que yo no oiga lo que decís.»

Entre Dios y mi pobre persona hace las veces de cortina el mundo material. No veo a Dios, pero El me ve y me oye. Y no puedo ir «más allá»! ¿Adónde podría ir, en dónde podría esconderme, para que Dios no me vea cuando quiero cometer un pecado? No hay ningún lugar que me pueda servir. El Señor conoce todas mis obras, mis palabras, hasta mis intenciones y pensamientos secretos.

Por lo tanto, cuando estás solo en tu habitación y la tentación del pecado te susurra insinuante al oído: «Adelante, comete el pecado, no te ve nadie», entonces di tú: «Señor, aunque nadie me vea, Tú me ves y yo no te seré infiel.»

Cuando en la soledad silenciosa se levanta en ti el fuego devorador de los deseos carnales, arrodíllate y di humildemente: «¡Señor, Tú estás presente, ves mi lucha, no permitas que yo caiga!»

Cuando sientes que alguna mujer, al igual que la mujer de Putifar, trata de seducirte e inducirte a pecar, exclama como José, el de Egipto: «¿Cómo puedo yo cometer esa maldad y pecar contra mi Dios?» (Gen 39, 9).

Y cuando el pecado te instiga y —según las palabras de la Sagrada Escritura— te dice: «¿Quién me ve? La oscuridad me envuelve, las paredes me encubren, nadie me ve, ¿qué he de temer?», contesta con estas palabras de la misma Biblia: «Los ojos del Señor son diez mil veces más brillantes que el sol, que observan todos los caminos de los hombres y

*penetran los rincones más ocultos del corazón humano» (Ecltco. 23, 25-28).*

¡Feliz el hombre que siente por doquier la presencia de Dios! ¡Feliz el que descubre en todas las cosas las huellas de sus manos divinas! ¡Feliz la juventud que está convencida de que, donde quiera que se encuentre, siempre se halla bajo la mirada de Dios!

Y yo no veo razón alguna de incompatibilidad para que, en las clases de ciencias naturales, mientras se explican las leyes de la naturaleza, mientras se van examinando los elementos que conforman este admirable universo, el profesor diga algunas palabras también del Creador que les dio la existencia.

Esto nos parecería muy natural si se tratara de otras materias. No hay clase de literatura en que, al leer las obras de Goethe o de Schiller, las comente el profesor sin dar a conocer la vida y la personalidad de sus autores. Se considera algo imprescindible, necesario, para una enseñanza provechosa.

Y sólo quien conozca la vida, las luchas, los deseos de los respectivos compositores, podrá interpretar con verdadero sentimiento la IX sinfonía de Beethoven o las obras de Mozart, de Schubert, de Haydn...

¿No sería, pues, la cosa más natural del mundo si, con motivo de explicar las maravillas del universo, se mencionara también al Dios creador que llena todo el universo y lo sustenta con su poder?... ¡Cuán intensamente crecería de esta manera la fuerza educadora de la escuela!

Porque aquel que conserva siempre viva la fe en la omnipresencia de Dios, quien sabe que siempre está pensando, hablando y obrando ante Su mirada divina, cuenta con una fuerza enorme para vencer las mil tentaciones de la vida.

## II

### CONSUELO EN EL SUFRIMIENTO

De esta verdad: «Dios está presente en todas partes» vislumbro también otro pensamiento muy consolador: ¡Si Dios está presente por doquier, entonces, nunca me encontraré solo, abandonado, ni siquiera en medio de los sufrimientos!

«Padre nuestro que estás en el cielo», ¡rezamos cuando sufrimos, cuando luchamos, cuando las cosas nos salen mal... Pero ¿verdad que entendemos esta oración en su recto sentido? ¡En el cielo! ¡Oh, qué lejos

está de nosotros el cielo!, piensan algunos. Está tan lejos que ni siquiera podemos medir la distancia en kilómetros, sino que hemos de echar mano a los «años ele luz»; ¡y cuántos años de luz necesitamos sólo para llegar a la Vía Láctea, o a la más próxima nebulosa!... Y... ¿allí está Dios?, podría preguntar, asustado, el hombre que piensa. ¿Tan lejos está de nosotros? Entonces, ¿para qué me sirve Dios?

No. ¡Sería una manera de pensar demasiado literal y materialista! ¿Dónde está el cielo? Allá arriba, decimos, y no sabemos más; pero los que están en los antípodas también repiten lo mismo; «allá arriba», y, sin embargo, para nosotros esto sería «allá abajo».

Por tanto, no podemos determinar mediante la geografía y la astronomía el lugar en que Dios se encuentra. Pero con facilidad lo determinaremos con una breve frase de la Sagrada Escritura: «*No está lejos de nosotros: en Él vivimos, nos movemos y existimos.*»

¡Qué frase más conmovedora! El pez vive en el agua —es su elemento. El pájaro vive en el aire —es su elemento. La rosa, el lirio, viven bajo los rayos de sol —es su elemento. ¿Y el hombre? ¡*El hombre vive en Dios —es su elemento!* Si no hay Dios tampoco existo yo.

¡Y como el agua cubre al pez, y el aire rodea al pájaro, y los rayos de sol bañan a la rosa, de la misma manera me cubre, me rodea y me baña Dios; en Él vivo, me muevo y existo!...

¡Qué cosas nos dices!, exclama quejándose el que sufre. ¡Si un día pudiera sentir que Dios me rodea de veras! ¡Que mi vida se desarrolla en Dios hasta tal grado! ¡Si pudiera sentirlo!...

¿Cómo quieres sentido? ¿Con tu cuerpo *material* quieres sentir al Dios que es espíritu puro?

¿No hay, pues, manera de sentir la proximidad de Dios?

¡Sí, la hay! Cuando estás sentado en tu escritorio y trabajas en pesados documentos y tu cabeza, cansada y agotada ya casi no es capaz de más esfuerzo y no puedes concentrarte con atención en lo que haces... levanta tu frente y murmura en el aire... ¿en el aire?; ¡ah!, no..., dilo a Dios, que está junto a ti: «Señor mío, sé que estás aquí y que eres mío y yo soy tuyo.» Nada más... ¡Qué oración más sencilla!, y, sin embargo, ¡qué fuerza más sublime brotará de ella!

Cuando te ha herido la desgracia, cuando estás triste, cuando el abatimiento se apodera de ti, exclama: «¡Dios mío, Tú estás conmigo y nunca me abandonarás!»

Cuando has de tomar una decisión importante, pregunta al Señor:

«Dios mío, quiero hacer tal cosa. ¿Será de tu agrado? ¿Sí? ¡Pues bendice mi propósito!»; y si dejaras de hacer todas las obras para las cuales sientes que no puedes implorar la bendición de Dios, ¡cuán distinta sería toda tu vida!

Cuando una dolorosa enfermedad te ata a la cama..., te abrasa la fiebre..., te despiertas..., las once y media de la noche..., todo el mundo duerme, golpea tus sienes el pulso febril...; si entonces dijeras: «¡Dios mío, todo el mundo duerme, me dejaron solo, pero Tú, estás aquí, junto a mí!»

Y cuando te acuerdas de tus antiguos pecados..., los pecados que cometiste en la embriaguez de la juventud, los pecados que ya has confesado, pero que aún no te dejan descansar, di sencillamente: «¡Dios mío, Tú estás aquí, ahora ya ves cuán distinto quiero ser de lo que he sido! Te suplica tu hijo pródigo que vuelve a la casa paterna: ¡Perdona todo lo que te he ofendido!»

¿Comprendes ya lo que significa este artículo de fe: Dios está presente siempre y por doquier, y yo estoy siempre en Dios?

¡Estoy en Dios! Aun cuando, al parecer, Él está a mil leguas de mí. Algunas veces el camino de la vida espiritual me conduce por zonas áridas. Algunas veces tenemos días, meses, quizá años, en que el negro velo del abandono y del desconsuelo cae sobre nuestra alma. El pasado nos infunde pavor, el presente es oscuro... Nadie está conmigo...; el rezo es rutinario, no siento fervor..., como si Dios me hubiese abandonado.

*¡Es la hora de vigilar! ¡Es la hora de guardar fidelidad! ¡He de convencerme de que a pesar de todo "Dios está conmigo"! Conmigo, porque Dios está más cerca de nosotros que el vestido que llevamos; más cerca que la sombra que nos acompaña; más cerca que el aire que respiramos.*

La emperatriz Eudoxia amenazó con el destierro a San Juan Crisóstomo por su valentía irreductible. Y el gran obispo le contesto: «Tan sólo me espantaría tu amenaza en el caso de que pudieras desterrarme a un lugar donde Dios no estuviese presente.» ¡Qué fuerza comunica este pensamiento en medio de la prueba! «Donde quiera que te encuentres, recuerda que está contigo tu Padre celestial, que contigo esa Dios.»

¡Creo en mi Padre celestial omnipresente!

\* \* \*

En una ocasión Federico EL GRANDE visitó en un pueblo de Brandeburgo una escuela. Era el momento de la clase de geografía, y el

emperador preguntó a un muchacho en dónde estaba situado dicho pueblecito. «En Prusia», contestó el muchacho. «Y dónde está Prusia?», siguió preguntando el Emperador. «En Alemania.» «¿Y Alemania?» «En Europa.» «Y Europa? «En el mundo.» «¿Y el mundo?», fue la última pregunta del emperador. El muchacho quedó pensativo un momento; después soltó la respuesta: «¿El mundo? En las manos de Dios.»

¡Ah!, si; todo el mundo está en las manos de Dios. Y la Majestad infinita de este Dios infinitamente grande me envuelve, me cubre, me esconde, me da la vida. Conquista para Sí mi entendimiento, conquista mi voluntad, conquista mi corazón, me subyuga, me impone sus suaves cadenas de amor.

Aunque quisiera, no podría esconderme de Dios. Pero ¡cómo no voy a quererlo! Ante cualquier prueba que tenga que soportar inclinaré mi cabeza en las manos paternas de Dios; colocaré mi corazón, mi corazón dolorido, sobre el corazón paternal de Dios, y entonces mi vida recobrará de nuevo su sentido e ideal; porque a quien se entrega a Dios, Dios le devuelve sus ganas de vivir, su ánimo para trabajar y ser bueno.

Siempre, por doquier, respiraré a Dios; abro mi alma, abro mi corazón; Dios es mi aire, mi luz que me vivifica. Así sea siempre: que no haya un sólo instante sin Él, que no esté un momento lejos de Él, que no haya un solo momento para el pecado.

¡Padre, que estás presente siempre y en todos los sitios! ¡Concédeme que, mediante el cumplimiento de tus preceptos, pueda ser tuyo en todas partes y tuyo para siempre!

## CAPÍTULO XXVIII

### DIOS, OMNISCIENTE

Del profeta Elías, leemos en la Sagrada Escritura, que en cierta ocasión su alma fue presa de una amargura terrible cuando notó las aberraciones idolátricas de su pueblo. Y para borrar del alma del pueblo todo pensamiento de idolatría, invitó a un extraño certamen a los sacerdotes del dios pagano, llamado Baal.

—Levantad un altar a Baal —dijo a los cuatrocientos cincuenta sacerdotes paganos— y yo erigiré un altar al Dios verdadero; coloquemos en ambos altares nuestra víctima, y que se haga patente cuál es el verdadero Dios: aquellos a cuyo altar baje el fuego, tendrán razón, porque el fuego será la señal de que su Dios aceptó el sacrificio.

Se congregó, en efecto, todo el pueblo, y los sacerdotes de Baal corrían, gritaban y pronunciaban el nombre de su dios; pero no recibieron contestación alguna. Llegado el medio día, Elías les dijo por fin: Gritad más recio, porque ese dios quizá está en conversación con alguien, tal vez está durmiendo... En esto aquellos se echaron a gritar más fuerte, y se herían con cuchillos hasta teñirse en sangre; pero en vano, no se oyó respuesta alguna. Y entonces se puso a orar el profeta y a invocar al Señor, al Dios vivo y verdadero..., y he aquí que de repente bajó fuego del cielo sobre su altar... y encendió el holocausto..., y el pueblo cayó de hinojos humildemente ante el Dios verdadero..., y su oración se reducía a estas palabras: *«El Señor es Dios, el Señor es Dios»*.

En efecto; un ídolo mudo no puede ser Dios; el Dios verdadero no puede ser una estatua sorda, ciega, ignorante. *«Tienen boca mas no hablarán; tienen ojos, pero jamás verán... Tienen manos, mas no palparan; pies, mas no andarán»*, dice con ironía el Salmo 113, refiriéndose a los ídolos.

En cambio, el Dios verdadero no tiene manos, y, no obstante, es todopoderoso; no tiene pies, y, no obstante, es omnipresente; no tiene ojos, y, no obstante, todo lo ve. Dios está presente en todas partes, éste era el tema del capítulo precedente. *Dios lo sabe todo*, es lo que vamos a tratar ahora.

I. *¿Qué sabe Dios?*, v II. *¿Qué ve Dios?*, serán las dos preguntas a las

cuales intentaremos dar respuesta en el presente capítulo. Sentiremos cómo va adquiriendo nuevos y sublimes rasgos la figura de nuestro Padre celestial. para que al conocerlo mejor le amemos más.

## I

### ¿QUÉ SABE DIOS?

La respuesta puede parecernos algo indefinida y muy general. ¿Qué sabe Dios? «Dios lo sabe todo», contestamos. Pero ¿qué es este «todo»? Intentaremos explicar más concretamente la respuesta.

1.º Empecemos por el camino negativo. Dios todo lo sabe, es decir, *nunca se ve obligado a decir: No lo sé.*

En cambio, ¡cuántas veces ha de decir el hombre: no lo sé! Hasta el más sabio. Hasta aquel de quien decimos que es el hombre más sabio del mundo. Introduce, si no, a este sabio en una biblioteca inmensa y pregúntale cuantas ideas se encuentran contenidas en los cien millares de tomos..., y entre éstas, cuántas son verdaderas y cuántas falsas...; y por cuantas manos ha pasado tal o cual volumen; y te contestará: No lo sé,

Llévale sobre una alta montaña a cuyos pies se extienda una gran ciudad y pregúntale qué piensa en este momento el millón de habitantes y qué hará mañana a estas horas; y te contestará: No lo sé.

Y coloca a este hombre, el más sabio del mundo, a la orilla del mar y pregúntale cuántos granos de arena hay en la playa, cuántos peces en el agua. Pídale que te diga cuántas hojas hay en un árbol, cuántos gusanos en la tierra, cuántos pájaros en el aire, y la respuesta será siempre la misma No lo sé, no lo sé... Sí, es así. Toda la ciencia del hombre más sabio no es sino un granito de arena a la orilla del mar; y lo que no sabe es, en comparación, todo un océano.

*Dios, en cambio, lo sabe todo; por lo tanto, no hay nada en el mundo a que haya de contestar: No lo sé.*

2.º Pero examinemos también del lado positivo: qué es lo que sabe Dios. *En primer lugar, Dios se conoce a Sí mismo perfecta e infinitamente: sabe lo que es, sabe quién es.*

Además, conoce perfectamente *todo cuanto hay fuera de Él*; conoce hasta las cosas más pequeñas e insignificantes.

Dios conoce el mundo entero. «¿Quién ha contado las arenas del mar, y las gotas de la lluvia, y los días de los siglos? ¿La altura del cielo, y la extensión de la tierra, y la profundidad del abismo quien las ha

*medido?»* (Ecltco. 1, 2), solamente Dios. El Señor «escudriña los corazones y examina los afectos» (Jer 17, 10), es decir, sabe todo cuanto nosotros pensamos.

El espacio no fija límites a su ciencia: «*De lejos penetra mis pensamientos*», dice de Dios el SALMISTA (4138, 3). Pero tampoco le limita el tiempo. «*Todo lo conocéis, Señor, lo pasado y lo venidero*» (Sal 138, 5).

Dios conoce «*todas las cosas*» (Ester 14, 14). Dios «todo lo sabe», «toda ciencia está en Él»; así nos expresamos. Pero ¿quién es capaz de abarcar el contenido infinito de la omnisciencia, de los conocimientos y de la sabiduría de Dios?

¡Qué de conocimientos necesitó sólo para organizar y crear este ingente mundo visible! El reino inmenso de las fuerzas motrices del mundo, las maravillas geométricas de los cristales, la floración de millones de seres vivientes... ¡todo brota del plan y de la ciencia de Dios!

La razón humana, la técnica, la cultura, la civilización, el progreso, el perfeccionamiento espiritual... no son sino otras tantas chispas brotadas de la ciencia divina, rayos brillantes encendidos por la omnisciencia de Dios!

Además, Dios conoce todo lo que hay en cada alma humana.

Y ahora, ¿vemos acaso en toda su amplitud cuánto sabe Dios? ¡Ah!, no. Cuando SAN PABLO meditó la ciencia de Dios se escapó de sus labios esta exclamación tan ponderativa: «*¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué insondables son sus juicios, qué inescrutables sus caminos!*» (Rom 11, 33).

Pues bien; si el mismo San Pablo no pudo comprender la omnisciencia de Dios, nosotros nos contentamos con esta respuesta vaga y llena de misterios: ¿Qué sabe Dios? Dios lo sabe todo.

3.º ¿Dios lo sabe todo?, pregunta alguien.

—Sí, lo sabe todo.

—Pero de ello se deriva una cosa terrible. Algo no está bien...

—¿Qué pasa?

—Si Dios lo sabe todo de antemano, entonces sabrá también cómo me portaré en esta vida terrena. Es decir, sabe si me salvaré o si me condenaré eternamente...

—Sí, lo sabe.

—Pero, entonces, yo no tengo libre albedrío. Tengo que obrar, tengo que moverme en todo conforme a lo que Dios sabe de mí con antelación. Dios sabe si me salvaré o si me condenaré. Pero sí ya lo sabe de antemano,

entonces serán vanos y superfluos todos mis esfuerzos. Y entonces tienen razón los hombres de exclamar con triste fanatismo: ¡Esto había de suceder así! ¡Así estaba escrito en el libro del destino!...

Es una objeción difícil, pero no quiero esquivarla. No quiero omitirla, porque la relación que media entre la *omnisciencia divina* y el *libre albedrío humano* ha sido un problema que ha torturado a muchas almas encumbradas, y lo es todavía en la actualidad.

El solo pensamiento de que mi destino está ya determinado de antemano y de que no pueda apelar contra él... ¿no me resulta algo monstruoso? ¿No se rebela todo mi ser contra este pensamiento? ¿No me llevaría a perder la fe en la existencia de Dios? ¿Podría llamar justo al Dios que nos sentenciara de esta manera, sin habernos oído anticipadamente?

Pero, gracias a Dios, el problema está mal planteado.

¿Cómo es, pues? Escuchad.

El hombre no es omnisciente porque vive en el tiempo. No ve más que el momento presente, sabe algo del pasado y quizá sospeche algo del porvenir.

Pero ante el Dios eterno no hay ni pasado ni porvenir; no hay más que presente. Lo que nosotros llamamos porvenir, y aun no lo vemos, Dios lo ve como si fuera presente; sin embargo, esta visión divina no influye en el curso de las cosas venideras.

—Es incomprendible por completo —me contestas.

Pero acaso pueda ayudarte con una comparación. Imagínate a un vigía que vigila desde lo alto de su torre; y a mismo tiempo imagínate a los pies de la torre una gran procesión, y en medio de la muchedumbre a ti mismo. ¿Qué ves tú allí? Algunos hombres que te preceden, otros que te rodean y algunos que te siguen; esto será todo; no ves casi nada de toda la larga procesión. Es lo que sabes respecto del pasado, del presente y del porvenir.

El vigía, en cambio, allá en lo alto, ve toda la procesión; ve lo que está a gran distancia delante de ti, ve el porvenir lejano; ve lo que está muy lejos detrás de ti, el pasado remoto. Ve a la vez el porvenir, el presente y el pasado; os ve, y, sin embargo, no es la causa de que éstos sean como son. Es así como Dios lo ve todo, porque El está sobre el mundo. Y dice con razón SAN JERÓNIMO: «*Nada acontece porque Dios lo sabe de antemano, sino que Dios lo sabe porque acontece*»<sup>27</sup>. Por lo tanto, Dios es realmente omnisciente, sabe de mí si he de salvarme o si he de condenarme

---

<sup>27</sup> *In Jer.*, 26, 3.

eternamente en el infierno.

—«Pero estamos en lo mismo; el porvenir, entonces, no depende de mí.»

—Pero es que depende.

—¿Cómo es posible?

—Precisamente por esto: porque *yo no sé qué es lo que sabe Dios respecto de mí*. Si lo supiera de antemano, esto bastaría para quebrantar mi ánimo de lucha. Pero no lo sé. Por lo tanto, trabajo, lucho por mi alma, declaro una guerra sin cuartel al pecado; quiero salvarme, y entonces... Dios ve que realmente me salvaré. Por consiguiente, no me salvo porque Dios lo ve —sería la negación del libre albedrío—, sino que Dios lo ve porque merced a mis luchas decisivas me salvaré.

Alguien dirá tal vez Esto no es sino un mero juego de palabras. «No acontece así porque Dios lo ve, sino que Dios lo ve porque sucede así»...; esto es escaparse por la tangente, evitar una contestación seria mediante un juego de palabras.

*No es juego de palabras*. Cuando vemos en el cielo el fulgor del rayo sabemos con toda certeza que dentro de breves momentos oiremos el trueno. Lo sabemos con tanta certeza, que de antemano ya nos tapamos los oídos. Pero pregunto: ¿Vendrá el trueno porque nosotros lo sabemos antes? ¿Verdad que no? Pues, ¿entonces?... Es que justamente lo sabemos porque en realidad ha de tronar.

Fíjate también en lo que voy a decir ahora. ¿Qué hora es en este momento? Pasan dos minutos de las once menos cuarto. Supongamos que el expreso N. ha de llegar a la estación a las once y siete minutos... Ahora... ahora debe de estar por la estación X..., está justamente en la estación X...; ahora corre, corre, y lo sé con toda seguridad. ¿Está allí porque yo lo sé? ¿Y llegará porque yo lo sé? No. Al contrario lo sé porque está allí, y lo sé porque llegará. Y como nadie puede decir que el expreso haya llegado a la estación porque yo lo haya sabido de antemano, de la misma manera nadie puede decir que él haya llegado a la estación final de la vida eterna o de la eterna condenación porque Dios lo haya sabido de antemano. Sí lo sabía de antemano —ya que es omnisciente—, pero la causa de la condenación no ha sido la omnisciencia de Dios.

Todo nuestro ser se rebelaría contra tal idea de la predestinación; aún más, vemos que *quienes la pregonan en teoría, obran de distinta manera en la práctica*. Un teólogo de agudo entendimiento del siglo XIII, DUNS ESCOTO, en uno de sus viajes encontró a un labrador que trabajaba en el campo y le dirigió algunas palabras tocantes a la religión. Pero el campe-

sino le contestó ¿Por qué me amonestas a llevar una vida piadosa? Si Dios ve que yo he de salvarme, me salvaré —sea bueno o sea malo—, y si ve que me he de condenar, entonces nada me salvará.

Entonces el gran teólogo le contestó con mucha delicadeza: ¿Por qué siembras, sudas y te fatigas tanto trabajando? Si Dios previó que en este campo había de crecer el trigo, entonces crecerá sin nada —que siembres o que dejes de sembrar—, y si vio anticipadamente que aquí no habrá trigo, en este caso no lo habrá, por más que te esfuerces... Y el campesino no supo qué contestar...; siguió sembrando.

No sostengo que podamos dar una solución completa y clara a este problema, ya que los ingenios más agudos del cristianismo buscaron a costa de grandes fatigas la solución adecuada, y, no obstante, siempre quedó algo misterioso, algo incomprensible en el problema. Pero aun con nuestro reducido y limitado entendimiento podemos llegar por lo menos a romper el nudo del enigma, y confiar tranquilamente nuestro porvenir, nuestra vida eterna, en las manos benditas del Dios omnisciente.

Dios no solamente lo sabe todo, sino que también lo ve todo y este pensamiento despierta en nuestro entendimiento valiosas enseñanzas.

## II

### ¿QUÉ VE DIOS?

1.º ¿Qué ve Dios?, ésta es la pregunta; y nuestro lenguaje humano, tan limitado, me ofrece también ahora sólo una respuesta general. ¿Qué ve Dios?, me preguntas tú. Y yo empiezo por invitarte a leer lo que los niños húngaros de primera enseñanza suelen escribir sobre su regla de dibujo:

*Istem szeme mindent lát:*

*El ne lopd e léniát!*

(El ojo de Dios todo lo ve: no robes esta regla.)

¡Qué expresión más humana! Pero ¿en qué cimientos descansa esta convicción? En las muchas afirmaciones de la Sagrada Escritura. En efecto, *la Biblia rebosa de pensamientos a cual más hermosos respecto al Dios omnividente.*

«No hay cosa escondida a sus ojos», leemos en un pasaje (Ecltco. 39, 24). En otra ocasión leemos de Dios: «Porque su vista alcanza a los extremos del mundo, y están patentes a sus ojos cuantas cosas hay debajo del cielo» (Job 28, 24). Aún más significativo es este otro pasaje de la Sagrada Escritura: «Los ojos del Señor son mucho más luminosos que el

*sol*» (Ecltco. 23, 28). Y, sin embargo, ¡qué luminoso es el sol! ¡Y cuántas cosas descubre el sol en veinticuatro horas, mientras va describiendo su carrera en el cielo!; cuántas luchas, guerras, injusticias, pecados, crímenes!...; pero el ojo de Dios ve más que todo esto.

En el Observatorio del Monte Wilson, de California, hay un gigantesco telescopio, famoso en todo el mundo, con el cual se puede fotografiar con todo detalle la superficie de la Luna. Le apellidaron con orgullo «*el ojo del mundo*».

El verdadero ojo del mundo es el ojo de Dios; el ojo de Dios, que descubre todas las obras, todos los pensamientos, a pesar de que estén ocultos en los escondrijos más secretos y en la oscuridad de la noche más cerrada.

Pero si es verdad realmente que «el ojo de Dios lo ve todo», las consecuencias que de esto se derivan son muchas e importantes para mí.

2.º ¡Ante todo, se deriva una consideración seria: *¡Cuidado!, ¡siempre estás ante los ojos de Dios!*

Es común y corriente representar a Dios bajo la figura de un triángulo con un ojo en el centro. Los tres lados del triángulo significan, por supuesto, las tres divinas Personas, y el ojo abierto a la Santísima Trinidad omnividente.

Por dondequiera que estemos, cualquiera cosa que hagamos, siempre lo ve todo Dios. ¡Ah!, si nunca lo hubiésemos olvidado, ¡cuántos deslices nos habríamos evitado y cuántas lágrimas ahorrado! ¡Si en medio de todas las tentaciones nos acordásemos de la amonestación del Señor: «*Camina delante de mí, y sé perfecto*»... (Gen 17, 1). Si nos viniera a la memoria el pensamiento que le dio fuerzas a José, el que fue llevado a Egipto como esclavo, para no dejarse seducir: «*¿Cómo puedo yo cometer esa maldad y pecar contra mi Dios?*» (Gen 39, 9).

Sí; siempre estamos ante los ojos de Dios.

Y cuando me arrodillo en el confesonario y me da una gran vergüenza confesar aquel terrible pecado y no me atrevo a decirlo..., ¡qué bien si entonces me acuerdo de esta verdad: Al confesor le podré engañar no confesándolo, pero nunca podré engañarle a Dios, que todo lo sabe y todo lo ve!

«¿Quieres pecar? Busca, pues, un lugar en donde no te vea Dios, y haz allí lo que quieras» (SAN AGUSTÍN) ¡Búscalos, a ver si puedes encontrarlos!

3.º En cambio, si el pensamiento de que *Dios todo lo ve* es una

preocupación para el pecador, también lo será de gran consuelo para el hombre justo. ¡Qué consuelo me da el saber que *Dios me conoce a fondo y nunca se equivoca respecto de mí!* Porque los hombres muchas veces se equivocan respecto de mí. No comprenden mis propósitos más santos. Pero Dios me conoce a fondo.

*Dios conoce todo mi ser, todo mi carácter;* sabe de cuánto soy capaz, cuáles todos mis defectos y limitaciones involuntarias, de los que no tengo ninguna culpa porque proceden de mi naturaleza débil.

Dios me conoce tan exactamente, que ni aun yo mismo me conozco tanto.

Algunas veces la sensación de fracaso me embarga: no puedo recogerme durante la oración por mucho que me esfuerce...; no me han salido bien las cosas, y, sin embargo, he hecho todo cuanto estaba a mi alcance...; no puedo librarme de ese defecto a pesar de haberlo intentado con tanto ahínco...

Qué bien si en estas ocasiones puedo decir: «¡Dios mío, Tú lo ves, no puedo más!» Los hombres no lo saben, porque su mirada no puede penetrar mi alma; pero la penetra la vista de Dios y El comprende que no puedo más.

4.º Pero el pensamiento de que *Dios lo ve todo* no es tan sólo amonestación y consuelo, sino que también contiene una aserción muy triste: ¡Qué horrores ha de ver el Dios omnividente en el espacio de una sola hora en esta tierra pecadora! «*No hay criatura invisible a su vista; todas están desnudas y patentes a sus ojos*» (Heb 4, 13), dice la Sagrada Escritura.

¡Ah ¡De manera que todos estamos sin disfraz ni maquillajes ante Su divina majestad! ¡Quién sabe lo que Dios verá en nosotros! ¡Qué pensamientos, qué planes, qué deseos!

¡Oh, Señor mío!, si el alma de todos los hombres está delante de Ti sin velos, si el corazón de todos los hombres está patente a tus ojos sin escondrijos, ¿qué has de ver en nosotros día tras día y hora tras hora?; ¡qué mar alborotado de maldad y de abyección!

«No conozco el corazón del malhechor —exclamó un día un profundo conocedor del alma humana—; tan sólo conozco el corazón del hombre honrado: pero aun éste es terrible.»

¿Qué verá en este momento el Dios omnividente cuando desde su trono celestial —usando el lenguaje gráfico de la Sagrada Escritura—, eche una mirada sobre los hombres? ¡Qué pululante hormigueo! Aquí nacen, allí mueren. Aquí aman, allí lloran. Aquí rezan, allí blasfeman. Allí

hacen el bien, allí se degradan en el pecado.

Ve a la joven frívola que este domingo, sin participar siquiera de la santa misa, se ha ido de excursión con un joven desconocido en moto...

Ve cómo vociferan unos marinos borrachos en la taberna de una población marítima...

Ve al perezoso que todavía está en la cama, pero ya va tejiendo el plan de los pecados que ha de cometer por la noche... ¡Cuántas cosas ha de ver Dios en este momento!

Y ve aún algo más —y para mí es lo más importante—. ¡Ve algo más..., *me ve a mí!* Te ve a ti; ve el estado actual de tu alma, sus pliegues más recónditos, sus planes, sus deseos, sus pensamientos, Ve cómo te descuidas de tu alma, cuánto tiempo hace que no has ido a confesarte ni a comulgar.

Dime, ¿puedes resistir con tranquilidad la mirada omnividente de Dios? ¿Qué es lo que verá en ti? ¿Qué es lo que ve? ¿Un caos, una confusión inconcebible? ¿La anarquía de los instintos desenfrenados? ¿Columnas derribadas de su templo? ¿Su divina imagen salpicada de fango? ¿Unos pocos esfuerzos y caídas diez veces más numerosas?

Si me es lícito hablar de un modo tan humano, dime ¿no te da lástima este Dios omnividente? ¿No quieres hacer todo cuanto puedes para que haya menos fango y suciedad moral ante la mirada de Dios? Pero si no pudieras influir en otros, ahí tienes tu propia alma, por lo menos cuídate de ella.

Porque Dios no ve tan sólo lo malo, sino también lo bueno. Hace poco he enumerado el cúmulo de pecados que puede ver Dios en este momento. Pero, al mismo tiempo, también ve otras cosas la mirada de Dios.

En la iglesia ve a los fieles que rezan..., y en otras iglesias esparcidas a millares por todo el mundo ve a otros fieles que le invocan..., y cómo elevan centenares de agonizantes su mirada apagada hacia el crucifijo..., y cómo se hinca de rodillas ante el Santísimo Sacramento la religiosa contemplativa..., y cómo delira febril por la malaria un misionero en la lejana India..., y cómo lucha heroicamente contra las tentaciones un joven...

*¿No es cierto que tendremos compasión de Dios... y haremos lo posible para que, al mirarnos, le sirvamos de consuelo..., de alegría, al Dios que todo lo ve?*

\* \* \*

¡Cuánto nos cuesta ver nuestros propios defectos y qué fácilmente vemos los de los demás! No nos damos cuenta de lo insoportables que a veces somos, de lo caprichosos y perezosos que somos para obrar el bien, lo orgullosos que somos... ¡Pero que fácilmente descubrimos los pequeños defectos de los demás!

Pero Dios nos ve tal como somos en la realidad.

Pidamos a Dios que mejore los ojos de nuestro espíritu; aún más, que con su mirada nos veamos a nosotros tal como somos.

*«¡Oh Señor!, tú me escrutas y conoces;*

*Tú sabes cuándo me siento y cuándo me levanto,*

*De lejos penetras mis pensamientos; esté yo en camino o acostado, tú lo adviertes, familiares te son todas mis sendas.*

*No está aún en mi lengua la palabra, y ya tú, Señor, la conoces entera.*

*Todo lo conoces, Señor, lo pasado y lo venidero; Tú me formaste y pusiste sobre mí tu mano.*

*Admirable se ha mostrado tu sabiduría en mí; se he remontado tanto, que es superior a mi alcance.*

*¿A dónde iré yo lejos de tu espíritu, a dónde de tu rostro podré huir? Si hasta los cielos subo, allí estás tú, si bajo al abismo, allí te encuentro.*

*Si al rayar el alba me pusiere alas y fuere a posar en el último extremo del mar, también allí tu mano me conduce, y me hallaré bajo el poder de tu diestra.*

*Aunque diga: «¡Me cubra al menos la tiniebla», mas la noche se convertirá en claridad para descubrirme en medio de mis placeres.*

*Porque las tinieblas no son oscuras para Ti, y la noche es para Ti luminosa como el día.*

*Pruébame ¡oh Dios mío! y sondea mi corazón; examíname y reconoce mis pasos; mira si hay en mí algún proceder vicioso y condúceme por el camino de la eternidad»*

(Salmo 139)

## CAPÍTULO XXIX

### DIOS, SABIO

El rey HIERÓN de Sicilia, en el siglo III antes de Jesucristo, hizo construir un buque, tan grande, que al terminar las obras y querer botar el barco, no pudieron moverlo de la tierra ni siquiera a fuerza de innumerables obreros, caballos y máquinas. En último extremo recurrieron a ARQUÍMEDES, el célebre matemático, para que les ayudara.

Arquímedes prometió construir una máquina con la cual un solo hombre podría levantar con facilidad el buque. Naturalmente, los hombres escucharon con incredulidad la promesa... Y Arquímedes construyó la máquina —era un sistema de poleas— y pidió que fuese el rey mismo quien moviera el buque. Y el rey, a la vista de todo el pueblo, levantó con facilidad el buque y lo lanzó al mar. En su desbordada alegría, dio una orden singular, según la cual todo el mundo había de encontrar bueno y sabio cuanto dijera e hiciera Arquímedes.

¡Arquímedes mereció esta distinción inusitada por su pequeña máquina!... ¡Qué hemos de decir, pues, nosotros de Dios, del constructor de la admirable maquinaria del universo? ¡Cómo hemos de alabar su sabiduría cuando, mediante los grandes avances tecnológicos, vamos descubriendo los admirables secretos del universo y nos llenamos de asombro ante tanta maravilla!

La orden del rey de Sicilia exigía que todo el mundo tuviese por sabio a Arquímedes. Y las letras escritas de la Biblia y las leyes admirables del universo, exigen de nosotros que tengamos a Dios, al Creador y Gobernador del mundo, por infinitamente sabio, por la fuente primaria de toda sabiduría, por la Sabiduría absoluta.

Trataremos, pues, de la Sabiduría de Dios: I. ¿Qué cosas pregonan la Sabiduría de Dios?, y II. ¿Qué cosas son las que aparentemente la contradicen?

## ¿QUÉ COSAS PREGONAN LA SABIDURÍA DE DIOS?

«¡Oh Señor, qué grandiosas son todas tus obras! Todo lo has hecho con sabiduría», canta el Salmista hablando del Señor (Sal 103, 24), y en otro pasaje aún añade que «sin límites es su Sabiduría» (Sal 146, 5).

En efecto: de los labios de todos nosotros se escapa la misma exclamación llena de asombro si, mirando con ojos observadores el mundo, notamos a cada paso las huellas de la Sabiduría de Dios.

Los que mejor estudiaron la naturaleza, al echar una mirada profunda en los secretos más recónditos de la misma, sintieron apoderarse de su alma la misma impresión que sintió el fundador de la electrodinámica, AMPÈRE, cuando, en medio de sus investigaciones, se cubrió de repente el rostro con las manos y exclamó: «¡Qué grande es Dios! ¡Qué grande es Dios!»

1.º Observemos *los seres vivientes más pequeños*. Millones de seres pequeños, diminutos, invisibles a simple vista, pululan en un vaso de agua limpia; y el científico descubre maravillas de sabiduría en la estructura y en las funciones vitales del más pequeño de ellos.

¡Qué estructura jerárquica más bien llevada y qué organización más eficiente para el trabajo descubrimos en un simple hormiguero o en una colmena de abejas...!

¡Qué maravillas más asombrosas se van descubriendo cada día de cómo funciona una simple célula!

Si esto es así, ¡qué sabiduría ha de tener el Dios Creador del mundo!

2.º De estos seres pequeños levantemos nuestra mirada a *la tierra y al cielo*.

¿Qué importantes son las estaciones del año para que puedan germinar las semillas y madurar los frutos? Primavera, verano, otoño, invierno...

Y todo este ciclo climático cesaría de repente en el momento en que el eje de la tierra cambiara levemente de posición o también si la situación de la tierra respecto del sol sufriera la más leve irregularidad. ¡Qué sabio ha de ser el Dios creador del mundo, que lo ordenó todo tal como está en el universo!

Naturalmente, siempre habrá hombres que todo lo critican y que

alardeen de que «ellos lo habrían sabido hacer mejor». Pero, ciertamente, cuanto más profundamente penetra alguien en el orden del universo, tanto más se ve obligado a inclinarse humildemente ante la Sabiduría de Dios.

El gran astrónomo KEPLER, en el prólogo de su obra titulada *Astronomía Nova*, dice al lector:

«Y ahora, amable lector, sigamos la invitación del Salmista y, acordándonos de la Bondad de Dios respecto a los hombres, entonemos la alabanza de su Sabiduría y Omnipotencia...

»También yo quiero celebrar la admirable Sabiduría del Creador... intentaré mostrarte que también en los movimientos más ocultos palpita la Bondad de Dios, que irradia hacia nosotros»<sup>28</sup>.

Si; el hombre sabio pensará de esta manera. En cambio, cuanto más ignorante es uno, con más atrevimiento se pone a criticar...

Éste pensará como el peregrino de la anécdota.

Un peregrino se tumbó muy cansado a la sombra de una corpulenta encina y empezó a filosofar: ¡Qué raro es este mundo! No está bien ordenado. Aquí está, por ejemplo, este árbol gigantesco; ¡qué grandioso ramaje tiene y, no obstante, qué pequeño es su fruto, la bellota! En cambio, aquí está junto a mí esta mata de melones; ¡qué delgada es!, como un hilo, y, no obstante, ¡qué frutos tan enormes ha de alimentar!... No está bien ordenado este mundo.»

Pero al llegar a este punto de sus pensamientos, se levantó una suave brisa y su soplo arrancó una bellota del árbol...; ésta cayó justamente sobre la nariz de nuestro hombre. El peregrino asustado, al punto corrigió su frase: «...Es decir, a pesar de todo, está muy bien ordenado el mundo; qué habría sucedido si ahora en vez de bellotas la encina hubiese dejado caer melones?...» Sí..., sí..., a pesar de todo, está muy bien ordenado el mundo...

3.º Y, sobre todo, si proseguimos nuestras pesquisas y pensamos *también en nosotros mismos*, en la vida humana, en este testimonio brillante de la admirable Sabiduría del Creador; en el hombre, que se sostiene verticalmente; en el hombre, de manos exquisitas; en el hombre, cuya mirada atraviesa los abismos del mar; en el hombre, que pasea por el mundo su mirada como un rey; en el hombre, cuya frente irradia destellos de inteligencia.

Y con esto no hemos hecho sino mirar el exterior del hombre. ¿Qué veríamos si pudiéramos contemplar también su alma; las capacidades y la belleza deslumbrante del ser espiritual que está hecho a imagen de Dios?

---

<sup>28</sup> FRISC: *Kepleri Opera omnia*, IIb, 46.

## II

### OBJECIONES CONTRA LA SABIDURÍA DE DIOS

*¿Cómo puede ser sabio el Creador que permite tantos sufrimientos, tanta desgracia inútil en este mundo, que es obra de sus manos?*

No os sorprendáis de que saquemos a relucir otra vez el problema del sufrimiento. No es posible evitarlo. Hemos de hablar con más frecuencia precisamente de aquello que más agobia al espíritu del hombre moderno.

El alma humana tiene una visión extremadamente pobre de la Sabiduría divina. Nos quejamos del sufrimiento porque tenemos una visión muy limitada, y no vemos *el mundo con la mirada de Dios, nos vemos los motivos por los que Él permite que los hombres suframos*.

Si nuestra mirada fuese como la de Dios, enmudecerían todas nuestras quejas, porque todo lo veríamos de distinta manera en este mundo: a los demás y a nosotros mismos.

Aquí está, por ejemplo, mi propia vida. ¡Cuántos misterios en mi camino, cuántas desgracias, cuánta tristeza, cuántos nubarrones! Pero delante de Dios todo es claro; su mano bienhechora lo orienta todo, lo ordena con sabiduría para mi bien.

A los hombres libertinos, que se olvidan de Dios, parece que todo les sale bien y que saben disfrutar de la vida; pero Dios ve la podredumbre de sus almas y el hastío y la desesperanza con que viven.

A los que son honrados y tratan de cumplir la voluntad de Dios, la desgracia les abrumba, pocas cosas les salen bien. Dios ve todos los sufrimientos y sacrificios que soportan por Su amor, los cuales les van granjeando un valor eterno de gloria incalculable.

Así lo ve todo Dios; ¡qué diferente a cómo lo ven los hombres!

Si nuestra mirada fuese como la de Dios, cuántos de los que ahora se vanaglorian de sus éxitos tendrían que esconderse avergonzados... y cuántos hombres que pasan desapercibidos y marginados serían dignos de ser homenajeados! ¡Ah!, ¡si tuviéramos la mirada de Dios, que ve todos los acontecimientos del mundo a la luz de la eternidad!

Sólo creyendo que todo cuanto hace el Señor es siempre lo más justo y más sabio, podré orientar debidamente mi oración, y no pedir lo que no merece la pena.

¡Cuántos se quejan de que Dios no les escucha lo que le piden! ¿Por qué ordenó Dios que rezáramos, si después no nos escucha?...

Y, sin embargo, Dios siempre nos escucha. *No siempre de la manera como lo pobre inteligencia, con su vista de miope, lo ha planteado, sino como juzga Él oportuno para nuestro bien último, la vida eterna.*

Ahora te duele la llaga de tu alma, ahora te tortura la desgracia, pero verás cómo, más pronto o más tarde, llegará el día en que reconozcas que, en efecto, el Señor había ordenado muy sabiamente cuanto hizo entonces contigo.

Dios no atiende nuestras demandas según nuestros gustos, sino nuestro bien último. «*Mis pensamientos no son vuestros pensamientos*». Precisamente una de las peticiones de la oración es que Dios cambie nuestros pensamientos para que sean como los suyos: *No se haga, Señor, mi voluntad sino la tuya.*

Me amenaza una gran desgracia, mi esposo está enfermo..., rezo. Es posible que no evite la desgracia; pero no rezo solamente para evitarla, sino para que, en caso de sufrirla, tenga la clarividencia y las fuerzas suficientes para abandonarme a los planes de Dios y completar con mis sufrimientos lo que falta a la Pasión de su Hijo.

Conoceréis, seguramente, el estado de ánimo, el abandono, la tristeza de aquellas santas mujeres que en la mañana de la Pascua se fueron al sepulcro del Señor para ungir su cadáver con ungüentos. Salieron de la ciudad *en la oscuridad de la noche*, mientras todos dormían, tristes y desconsoladas. Y Dios les premió su amor fiel y abnegado para que fuesen las primeras que conociesen la resurrección del Señor en la mañana de Pascua.

¿No nos envuelve también a nosotros una oscuridad parecida en los días de desgracia? ¿No nos parece algunas veces el horizonte sombrío? La oscuridad de la noche nos envuelve y apenas podemos ver el camino... No tenemos ni ánimos para rezar, ni para luchar, la vida se os hace muy dura.... ¡Parece como si Dios nos hubiese abandonado! ¡Como si Dios hubiera muerto de nuevo para nosotros...!

¿No has sentido tú también algo parecido? Quizás durante días, acaso durante meses.

¡Persevera en la fe! Quizá no seas capaz ya de rezar, pero procura creer aún. No sabes ya creer; procura vivir como si aún creyeras, como si tuvieras la misma certeza de respecto de Dios, respecto del alma, respecto de la eternidad.

¿Y si no eres capaz ni siquiera de esto? Entonces, por lo menos, dile llorando al Señor: «Dios mío, ¿qué será de mí? Quisiera rezar, y no puedo. Quisiera creer, y no puedo. ¡Ayúdame, Señor!»

Las santas mujeres pasaron por esta oscuridad, y al final, después de ver el sepulcro vacío, se llenaron de gran alegría al recibir la noticia de la Resurrección del Señor. Después esa noche la recordarían «como si no hubiera sido más que una pesadilla». Tú también dirás lo mismo algún día, si sabes perseverar en el amor de Dios y confías en su Sabiduría, que todo lo dispone para nuestro bien.

Para esto se necesita tiempo. Porque nos pasa con las obras de Dios lo mismo que con las obras de los grandes pintores: de cerca no podemos verlas tan bien y apreciarlas como se debe; hemos de retroceder a cierta distancia, para que ponernos en la perspectiva adecuada.

También la voluntad del Señor puede parecernos de cerca algo incomprendible, pero si se ve a la luz de la eternidad, la cosa cambia, y todo nos resulta luminoso y esperanzador.

Dios permite el sufrimiento *por nuestro amor*, porque siempre trata de convertirlo en un bien para nosotros.

¿Cómo puede permitir el Dios bondadoso que yo sufra tanto? Lo permite *justamente porque es bondadoso*.

Dios es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos. Si permite a veces que suframos es por nuestro bien, como lo haría cualquier padre con su niño caprichoso.

Cuando el niño quiere coger un mariposa al borde de un precipicio, ¡con qué fuerza le agarra su madre para que no lo haga! Aquella forma de agarrarle le duele, ciertamente, al niño, y, sin embargo, su madre le cogió por amor; aún más, tan sólo así pudo salvarle la vida.

Cuando los padres quitan el cuchillo de las manos de su hijo, ¡cómo grita, cómo se rebela y llora el niño! Y, sin embargo, sus padres lo hacen por su amor. El niño, aún sin uso de razón, llora, grita, se enfada y pega a su madre; y, no obstante, todo lo que ha hecho su madre ha sido dictado por el amor, y ella sufre más que el mismo niño.

Dios no goza en ver sufrir a sus hijos; pero cuando permite que sufran, siempre persigue con ello un bien para ellos.

Si esta tierra no fuera más que un paraíso, para nada pensaríamos en el cielo. Si no hubiera noche oscura, no apreciaríamos la luz radiante.

¿Para qué sirve la tribulación? ¿Para qué sirve la desgracia? Para lo que sirve la pendiente pedregosa y escarpada.

Realmente, cuando nos vemos humillados, nos acordamos más de Dios y le rezamos con mucho más fervor. Cuando los hombres me tratan mal, siento mucho más la necesidad de acudir a Dios. Cuando más se me

hace árida la tierra, más consolador me resulta el cielo.

Las horas del dolor son las horas más apropiadas para la misericordia y la gracia divinas, *porque son las horas de la reparación*.

Hasta el justo cae siete veces<sup>29</sup>; y, según San Juan: se engaña quien dice que no tiene pecado (1 Jn 1, 8). ¿Y yo no tendré nada que reparar? Cuanto más el hombre ama a Dios, más descubre sus faltas y pecados. Las almas delicadas son las que mucho más notan el polvillo de la imperfección,, y son las que mejor soportan con entereza los sufrimientos, porque están convencidos de que todo lo dispone Dios para nuestro bien.

Dios Padre, infinitamente sabio, rige sabiamente el universo entero.

*Padre mío, que todo lo sabes, que nunca me olvide lo que se lee en un pasaje de la Sagrada Escritura: «Yo, a los que amo, los reprendo y castigo» (Apoc 3, 19).*

---

<sup>29</sup> Proverbios 24, 16.— El texto sagrado no parece indicar el número taxativo de caídas, sino que *siete veces caerá el justo, y se levantará*; esto es cuantas veces caiga, otras tantas se tornará a levantar.—(N. de 256)

## CAPÍTULO XXX

### DIOS ES JUSTO

Todos los veranos acuden a Salzburgo millares de extranjeros para asistir a las representaciones teatrales. Entre éstas se destaca, por la profunda impresión que causa, la obra de HUGO VON HOFFMANNSTHAL titulada *Jedermann*, que, si el tiempo lo permite, suele representarse en la plaza de la catedral.

¿Quién es este *Jedermann*? Cualquiera puede serlo; todo hombre rico que vive despreocupado, derrochando sin medida; cuando, de repente, en medio de una alegre compañía, junto a una mesa opípara, oye que de alguna parte le llaman con voz terrible, que prolonga las sílabas y da escalofríos: ¡Jeee-deermaaann!... Jedermann empieza a escuchar. Ahora se oye del lado opuesto..., ahora de otra parte..., ahora de allá..., la voz de la muerte ¡Jeee-deermaaann!...

Es Dios, que envió a la Muerte, y Jedermann ha de presentarse ante Él para darle cuentas. ¡Con qué espantado rostro implora una demora! ¿Ha de comparecer tal como está ante la presencia de Dios? ¿Presentarse ante El con las manos vacías? ¡Ah! ¡Tan sólo un plazo de unos pocos años! ¡De unos pocos días!, suplica Jedermann a la Muerte. Por fin, ésta le concede una demora de una hora solamente. «Búscate, pues, compañeros que se presenten contigo ante el Señor», le dice la Muerte.

Y Jedermann empieza a buscar; pero ¡qué desencanto! Suplica a los compinches de sus francachelas que le acompañen ante Dios. «¿Qué?... ¡Eso no puede ser!»; y, espantados, huyen todos. Suplica a sus más cercanos parientes, suplica a la mujer pecadora con quien convivió; todos huyen aterrorizados. «Pero, por lo menos, mis arcas cargadas de dinero me acompañarán.» ¡No! En este momento, hasta el demonio del dinero le niega sus servicios.

Y va pasando la hora... Ya no faltan más que unos pocos minutos... Por fin Jedermann se confiesa con el alma quebrantada...; y ved ahí... ahora aparecen algunas figuras raquílicas, que sin fuerzas, a duras penas van arrastrándose... son las contadísimas obras buenas que hizo, no con gran esmero, durante su vida. *Estas, y sólo éstas, se ofrecen a acompañarle ante Dios, ante el Juez supremo.*

Ha terminado la obra..., el público se dispersa..., pero en el alma de todos subyace este pensamiento consolador y santo: En verdad, tan sólo la justicia de Dios es la respuesta adecuada a las flagrantes injusticias de esta vida terrena.

Del *Dios justo* quiero hablaros ahora; ante quien no hay acepción de personas. Él no premia y castiga según las apariencias exteriores, hermosas o feas, ricas o pobres, sino según la valía interior del alma, con un juicio recto y equitativo.

*Dios es justo y no tiene acepción de personas. Dios que premia con justicia. Dios castiga con equidad.*

## I

### PARA DIOS NO HAY ACEPCIÓN DE PERSONAS

1.º Cuando decimos de Dios que es justo, entendemos, en primer lugar, que El no juzga según las apariencias, sino según los valores interiores; no según la belleza, la fortuna, la buena suerte, ni siquiera según el resultado obtenido, sino según la intención que anima el trabajo. En una palabra, lo que expresa San Pablo una manera terminante: «*Para Dios no hay acepción de personas*» (Rom 2, 11).

Para Dios no hay acepción de personas. ¡Qué pensamiento más alentador! El fallo de Dios no depende de que hayas sido un pordiosero o un hombre opulento, débil o fuerte, enfermo o sano, sino de la manera como hayas empleado lo que de Él recibiste.

Dios no da a todos en igual medida, sino que concede a cada cual *tanto cuanto* necesite para alcanzar su fin último. A todos les da cuanto necesiten para cumplir los planes divinos. Así también juzga a cada cual según la propia medida y no exige lo mismo de todos. A quien Él dio cinco talentos, le exigirá otros cinco más; a quien Él sólo dio dos, le exigirá otros dos más (Mt 25).

2.º *Dios juzga a cada uno personalmente, según los talentos y cualidades que le ha dado*; y esto nos tranquilizará aún más. Él no se rige a la hora de juzgar según un patrón fijo, sino que juzga a cada cual individualmente, tal como es.

Bien sabe Él —y sólo Él lo sabe— con qué torcidas inclinaciones y debilidades has llegado a este mundo, y qué esfuerzos heroicos has tenido que hacer para superarlas; y Dios sólo te pide responsabilidades de lo que de ti depende.

Bien sabe Él cuánto se descuidaron de ti en tu casa durante los años de tu niñez, lo deficiente que fue tu educación, y todas estas cosas las toma en consideración como circunstancias atenuantes.

Sabe a cuántas tentaciones has estado expuesto en la escuela o la empresa, cuántas veces has tenido que oír malas conversaciones, cuántos ejemplos malos has tenido que presenciar; Él lo sabe todo, y todo lo pone en la balanza al tener que fallar.

Aun el mejor intencionado de los jueces terrenos puede errar al tener que dar su fallo; Dios no se puede equivocar. Él sentencia con justicia, Él es el único que sabe juzgar con equidad nuestras obras.

Tú no sabes juzgar a otro con justicia... Ni el confesor puede penetrar por completo tu alma... Muchas veces ni siquiera tú mismo puedes decir en qué grado eres responsable. Pero Dios juzga con certeza y equidad.

¡Qué consuelo para mí, que Dios me conozca mejor que yo mismo, y juzgue todas mis obras imparcialidad. Él sabe todos los esfuerzos que hice por evitar el pecado.

Hay más: la justicia de Dios me consuela hasta de mis caídas, con tal que siempre esté dispuesto a levantarme. Cuántas veces he luchado y he acabado cayendo, me he levantado enseguida, he tropezado de nuevo, y así muchas veces... El todo lo sabe. Dios, que nos exige perdonar a nuestros prójimos, no sólo siete veces al día, sino setenta veces siete..., no puede ser menos magnánimo para con nosotros. Pero Dios no perdona a quien se obstina con soberbia en su pecado, a quien se empeña en su aberración y no se deja conmover por Su gracia.

## II

### DIOS PREMIA CON JUSTICIA

1.º *El Dios justo premia con justicia. Jesucristo, juzgó oportuno hacer constar esta verdad varias veces y de diferentes formas. Él supo mejor que nadie la fuerza que da para el cumplimiento de los difíciles preceptos divinos el pensamiento del Dios remunerador. Por esto dice en una de sus parábolas que el Padre celestial llamó al anochecer a todos sus obreros y les pagó el jornal (Mt 20, 8).*

En otro pasaje, pone las siguientes palabras en boca del Padre celestial: *«Muy bien, siervo fiel y leal; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho; entra a tomar parte en el gozo de tu Señor» (Mt 25, 21).*

Pero JESUCRISTO consignó cosas más sorprendentes aún; dijo que Dios

no olvida ni siquiera la más pequeña obra buena; una cosa tan baladí como el dar un vaso de agua: *«Y cualquiera que diere de beber a uno de esos pequeñuelos un vaso de agua fresca, solamente por razón de ser discípulo mío, os doy mi palabra que dejará de tener su recompensa (Mt 10, 42).*

SAN PABLO también anima a los fieles a que perseveren en la vida cristiana: *«Porque no es Dios injusto, para olvidarse de lo que habéis hecho y de la caridad que por respeto a su Nombre habéis mostrado» (Heb 6, 10).*

Aún más, al final de una vida laboriosa se consuela el Apóstol de esta manera: *«He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que como justo Juez me dará el Señor en aquel día» (2 Tim 4, 7-8).*

Pero yo quisiera subrayar de una manera especial el consuelo que encierra aquella enseñanza de nuestra fe, según la cual *Dios tiene en cuenta todo lo bueno que se haya obrado en secreto, aun la obra más insignificante.*

Lo que nadie sabe..., lo que acaso hayas hecho hace varias decenas de años y que tú mismo ni te acuerdas..., cuando luchaste, sin proferir palabra, a brazo partido con tus malas inclinaciones o cuando no seguiste el mal ejemplo de las personas que te rodeaban..., Dios todo lo sabe, y por todo esto te premia con justicia.

Oíd de nuevo las palabras de NUESTRO SALVADOR: *«Conozco tus obras, y tus trabajos, y tu paciencia, y que no puedes soportar a los malvados» (Apoc 2, 2).* Y también: *«Conozco tus obras, tu fe, tu caridad y tus servicios» (Apoc 2, 19).*

¡Ved ahí nuestro gran consuelo: Dios premia con justicia e imparcialidad!

Unos cuantos futbolistas famosos ganan unos cuantos partidos, y los periódicos lo publican con todo detalle...; y millares y millares de Hermanas de la Caridad dan su vida por los enfermos día a día, y nadie escribe de ellas una sola línea... ¿No ha de haber al final justicia: el fallo ecuánime de Dios?

Muere un hombre opulento...; se enriqueció a costa de engaños, fraudes y robos...; pero el mundo no lo sabe y lo sepulta con gran pompa y esplendor, como si fuese una persona honorable.

Muere un padre de familia que tuvo que bregar día y noche para sacar adelante a sus hijos... Le hubiese sido mucho más fácil si hubiese

sido un poquito menos honrado...; pero él permaneció firme en el camino de la rectitud... Ahora está sin trabajo y toda la familia lo sufre. ¿No ha de haber, pues, un Dios justo?

Habéis tenido que luchar mucho por vencer las tentaciones y observar de los mandamientos divinos: *«Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos»* (Mt 5, 12), os dice Jesucristo.

Sí, yo creo en el Dios justo, es decir, *creo que todas las obras buenas que hago en esta vida por amor a Dios brillarán como piedras preciosas sobre mis sienes en la vida eterna.*

Lo creo, porque creo en Dios, que todo lo remunera con justicia.

### III

#### DIOS CASTIGA CON JUSTICIA

No podemos ocultar otro rasgo del Dios justo: *creo en Dios, que todo lo castiga con justicia.*

1.º Sé que ahora tocamos un punto muy delicado.

Dios tiene atributos llenos de majestad; por ejemplo, la santidad y la eternidad de Dios. Tiene otros atributos que nos incitan a amarle: la bondad y el amor de Dios. Tiene otros que nos llenan de admiración: su poder y su sabiduría...

Pero Dios tiene otro atributo cuyo solo nombre molesta a muchos hombres y los llena de temor y turbación; y este atributo es: *la justicia punitiva de Dios*. Tal es así, que para no admitirlo, muchos de ellos optan por negar la existencia de Dios.

Es cosa sorprendente ver lo exigentes que se muestran los hombres para que se les haga justicia. ¡Cómo exigen que se respeten hasta el último cabello sus derechos sobre los demás! ¡Con qué prisas reclaman la justicia en los casos en que están mezclados sus propios intereses! Pero cuando se trata de hacer justicia a Dios, de defender los derechos de Dios sobre ellos, ¡con cuánta facilidad se olvidan de la justicia y pretenden eximirse de los preceptos divinos!

Y sin embargo, no podemos pasar esta verdad por alto: *el Dios justo castiga con justicia todo lo malo.*

Jesucristo aprovechó todas las ocasiones para hablarnos del Dios remunerador, que premia a los buenos. Pero también hablo del castigo que les espera a los que se obstinan en el pecado llevando una vida depravada.

*«Yo os digo que hasta de cualquier palabra ociosa que hablen los hombres, tendrán que dar cuenta en el día del juicio» (Mt 12, 36).*

Y también: *«No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma: temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno» (Mt 12, 36).*

*«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!» (Mt 23, 13-15).*

¡Y con qué dolor tuvo que decir de Judas: *«¡Más le valiera no haber nacido!» (Mt 26, 24),* en el caso de que no se arrepienta.

¡Ah, si al asomarse la tentación yo vislumbrase siempre el rostro de Dios justo! ¡Ah, si cuando en los momentos en que me seduce el pecado..., cuando parece que todos los demonios del infierno me asaltan y adulan, prometiéndome placeres sin límite..., si en esas ocasiones me acordara nuevamente de las palabras del Señor: *«Porque el Hijo del hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según sus obras» (Mt 16, 27).* ¡Ah si en semejantes ocasiones me acordara del día del juicio final, del momento en que habré de presentarme ante el juez!

¿Qué diré, a quien llamare en mi ayuda, cuando hasta los buenos han de temblar ante el Dios justo?

2.º Pero de este pensamiento: «Dios es justo», también brota un gran consuelo que nos conforta en medio de la injusticia clamorosa de esta vida terrena.

Cuántas veces oímos de labios de los hombres esta queja: «Pero ¡Dios es realmente justo? ¡Esta vida esta repleta de terribles injusticias! ¿Dios es justo? Entonces, ¿cómo se comprende que tan bien les vaya a los malos y que los honrados se mueran de hambre? ¿Dios es justo? ¿Cómo, pues, puede consentir que triunfe el pecado y que sea pisoteada la moral?»

Sí; así discurre el hombre que sufre, así se atormenta hasta que se acuerda de la justicia de Dios, quien, según la doctrina de nuestra fe, *«ha de pagar a cada uno según sus obras» (Rom 2, 6).*

No se quebrantará mi fe al acordarme de la justicia de Dios, cuando vea que la maldad triunfa aparentemente. No hay hombre tan malo que jamás haya hecho en esta vida alguna obra buena, por muy insignificante que sea, y el Dios justo remunera esta insignificancia de bien en esta vida terrena, porque allá, en el otro mundo, ya no podrá remunerarlo.

Tampoco se quebrantará mi fe al toparme con un hombre honrado que lucha por salir de la miseria,. Me acordaré de que no hay hombre en el mundo que no haya hecho algún mal, y el Dios justo quiere que haga

penitencia por ello en este mundo, para que pague su deuda y poder remunerarle sin rebaja en el otro mundo.

Sí; todas las veces que veo la prosperidad de los malos me acuerdo de las palabras, quizá algo duras, de PÁZMÁNY:

*«Al buey que quieres entregar al carnicero no lo haces trabajar, sino que le dejas andar libremente por los campos y le das buenos piensos; en cambio, al otro que quieres emplear para tu propio servicio le pones a menudo el yugo, le atas al arado, al carro... y lo aprovechas para toda clase de trabajos.»*

*«¡Ah, si supieras por qué engorda aquel rico, por qué banquetea aquel señor! Le tendrías lástima; su estado no te daría ninguna envidia.»*

Acuérdate de las palabras del Salmista:

*«No envidies la prosperidad de los malvados ni tengas celos de los que obran lo iniquidad; porque como heno se han de secar muy presto, y como tierna hierbecilla, luego se marchitarán...*

*»Sé, pues, obediente al Señor y preséntale tus súplicas. No tengas envidia del que hace fortuna en su carrera, del hombre que comete injusticias...*

*»Ten un poco de paciencia y verás que ya no existe el pecador; y buscarás el lugar en que estaba y no le hallarás...*

*»Los injustos serán castigados; y perecerá la raza de los impíos»*  
(Salmo 36, 1.2.7.10.28).

3.º Si las injusticias de esta vida terrena te movieran algún día a quejarte la Justicia de Dios, acude al cementerio...; en medio de los silenciosos sepulcros se apaciguará tu alma. Porque sólo se puede entender debidamente la divina justicia en el silencio del cementerio.

De otra manera, por mucho que intentemos compaginar las innumerables iniquidades del mundo y la justicia de Dios, ¿quién hay, que pueda decir que él lo ha comprendido por completo? No lo comprenderemos definitivamente, a no ser que apelando a la vida ultraterrena, al juicio de Dios en la otra vida.

Porque en esta vida... nos encontramos con muchos problemas insolubles! ¿Por qué alumbra el sol igualmente a los malos que a los buenos? ¿Por qué el granizo echó a perder la cosecha de este hombre piadoso y por qué tuvo tan abundantes mieses aquel usurero? ¿Por qué murió esta joven madre, dejando cinco huerfanitos, y por qué no se abre la tierra bajo los pasos de ese hombre que no hace más que blasfemar de

Dios?... Todo el cúmulo imponente de nuestros «porqués»..., ¿dónde encontrarán respuesta?

Nadie puede contestar, sino el mensajero de Dios, la muerte, que un día u otro pone su mano fría sobre el hombro de un hombre y le grita; ¡Jeee-deer-maaaann!... ¡Quienquiera que seas, ven ahora..., ven para comparecer ante el tribunal del Dios justo!

Y en aquel momento se paraliza las piernas más aptas para el baile..., se enfría la mano más avara..., se pone vidrioso el ojo más seductor..., palidecen los labios pintados..., y no importa que hayas tenido o no muchas riquezas, autos, casa, pieles, alhajas..., no importa más que una sola cosa: *¿Has hecho o no en tu vida la voluntad de Dios?* Y los malos *«irán al eterno suplicio y los justos a la vida eterna»* (Mt 25, 46).

Esta será la manifestación de la divina Justicia. Entonces lo entenderemos todo por fin.

\* \* \*

La fe incommovible en la Justicia divina, siempre ha sido una señal característica del cristiano y de los pueblos cristianos. Todas las veces que un cristiano fue postergado, insultado, perseguido, se consoló con este pensamiento: «El Dios justo me lo premiará.»

Y todas las veces que los enemigos victoriosos trataron cruelmente a un pueblo vencido, se oyó de labios de la nación oprimida esta expresión de gran consuelo: «¡El Juez eterno un día nos hará justicia!... ¡Creo en la Justicia eterna de Dios!»

En efecto: si hay en mi buena voluntad y procuro en todas mis fuerzas guardar fidelidad a Dios, entonces la divina Justicia, lejos de amedrentarme, me alentará y enardecerá mi amor. Este es el verdadero modo de pensar en cristiano.

Sí; nosotros conocemos el temor de Dios, pero esto no significa «miedo de Dios». Hay hombres que realmente tienen miedo de Dios, como se teme a la policía. Es verdad: el Señor castiga también. También yo temo el castigo de Dios; pero *yo le amo aún más, cien veces más amo al Dios remunerador.*

Amo a Dios justo, que no deja sin recompensa el vaso de agua que damos al sediento. Y siembro en esta vida las diminutas semillas de invisibles buenas obras, con la convicción arraigada de que hasta del grano más pequeño brotará una flor magnífica que adornará mi corona de victoria en la vida eterna (Cf. Gal 6, 9).

¡Dios es justo, Dios es severo, pero..., *pero no es cruel, no es despiadado!* En su rostro no vemos los rasgos duros y fríos del tirano, sino los del Padre misericordioso, siempre dispuesto a perdonar.

El mismo Hijo de Dios vino a dar satisfacción a la Justicia divina; porque *«tanto amó Dios al mundo que le dio hasta su Hijo unigénito; a fin de que todos los que creen en Él no perezcan, sino tengan vida eterna»* (Jn 3, 16),

*¡Creo en un solo Dios! ¡Creo en una patria eterna! ¡Creo en la eterna Justicia de Dios! ¡Creo en la bienaventuranza eterna que nos espera!*

## CAPÍTULO XXXI

### DIOS, MISERICORDIOSO

Nuestro Dios es justo y misericordioso.

¡Qué gran consuelo el saber que Dios es misericordioso, rico en misericordia!

No sé si hay atributo divino que las páginas de la Sagrada Escritura enseñen con más frecuencia y con mayor claridad que la Misericordia de Dios. Pero seguramente no hay atributo que a nosotros, pobres hombres pecadores, nos consuele tanto, en nuestras luchas y caídas, como el pensamiento del Dios misericordioso.

¡Qué trágica es la vida del hombre! Ser hombre significa: amar el bien, y no obstante, sentirse atraído por el mal. Ser hombre significa hacer nobles propósitos cuando nos invade el entusiasmo y sentirse débil cuando se trata de cumplirlos. Ser hombre significa querer ir hacia Dios y quedar preso en medio del fango.

¡Qué sería de nosotros si Dios no fuera misericordioso!

Leemos en los Salmos que *«sus misericordias se extienden sobre todas sus obras!»* (Sal 144, 9).

¡Qué sería de nosotros si el mismo Dios no nos dijera por boca de Ezequiel: *«Yo... no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su mal proceder y viva»!* (Ez 33, 11).

¡Qué sería de nosotros si, después de la caída, no nos quedara, como única tabla de salvación, Dios, de quien dice San Pablo que es *«el padre de las misericordias»* (2 Cor 1, 3) y que *«es rico en misericordia»* (Ef 2, 4).

Sí; para nosotros, hombres flacos y miserables, no hay otro consuelo. Nuestra consuelo es el Dios misericordioso, de quien explícitamente dijo Jesucristo: *«Os digo que..., habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia»* (Lc 15, 7). ¡Tanto se alegra el Dios misericordioso al encontrar la oveja perdida y al volver a casa el hijo pródigo!

Pero no son tan sólo las palabras las que nos hablan de la Misericordia de Dios, sino que *también conocemos hechos concretos igualmente*

*expresivos*. ¡Cuántos caminos prueba Dios, cuántos medios aprovecha, sólo para salvar al pecador obstinado de la muerte eterna!

¡Ojalá se convirtiesen los hombres!, antes de mandar sobre la tierra pecadora las olas del diluvio, que van a borrarlo todo, antes de que Noé acabe de fabricar el arca. Antes de destruir a Sodoma y Gomorra, ¡qué condescendiente se muestra con Abraham, que anda can regateos. Conque hubiese habido sólo cincuenta..., treinta..., veinte..., diez... justos en las ciudades, las perdonaría; ¡ojalá se convirtiesen!

Todas las veces que el antiguo Israel se yergue contra el Dios verdadero, Él envía sus profetas para que prediquen; ¡ojalá se convirtiesen! Y cuando todo esto aún no es bastante y la Humanidad va precipitándose cada vez más por la pendiente del pecado, Dios nos envía a su Hijo unigénito; ¡ojalá se convirtiesen!

¡Sí; éste es nuestro consuelo: el Dios infinitamente misericordioso!

Y como quiera que todas estas verdades tocantes a la Misericordia de Dios las leemos en la Sagrada Escritura, y aún podemos leer muchas más, por esto alienta en nuestra alma arrepentida la esperanza de la remisión de los pecados. Por esto el cristianismo se atreve a anunciar algo que parece casi increíble: *¡Hay perdón para todos los pecados!* No hay pecado en el mundo —aunque se trate del crimen más horrendo— que el Dios misericordioso no perdone con tal que se arrepienta el pecador.

No hay vida —por muy perversa que haya sido— que no quiera perdonar la misericordia de Dios, con tal que el penitente se arrepienta y desee enmendarse. De un solo pecador dijo Nuestro Señor Jesucristo que no alcanzará perdón: el pecador obstinado. Pero es porque éste ni siquiera *quiere* pedir perdón.

Nuestra alma abatida por el recuerdo de tantos pecados cometidos, ¿no siente el gran consuelo y la alentadora confianza que emanan de este dogma: hay perdón para todos los pecados?

Porque, ¿dónde está el hombre cuya alma no se turbe al pensar en su propio pasado? Si uno reflexiona con seriedad sobre su vida pasada, ¿quién no siente escalofríos al pensar en los innumerables tropiezos, frivolidades, errores, deslices, caídas...? Dónde está el que no haya de repetir la súplica del Salmista: «*Echa en olvido los delitos de mi juventud y mis necedades?*» (Sal 24, 7).

Pero cuando el desaliento y la desesperación ya están para apoderarse de nosotros, aparece ante nuestra vista la imagen refulgente del Dios misericordioso. Del Dios misericordioso que no tiró la piedra a la mujer adúltera, arrepentida de su pecado, que no rechazó a la Magdalena,

llorando sus pecados a los pies del Señor; que entró en la casa de aquel publicano dispuesto a reparar las injusticias cometidas: que recibió en el paraíso al buen ladrón, convertido en el último momento antes de morir.

Dios no sólo perdona el pecado, sino que también lo olvida. No sólo lo olvida, sino que sepulta en su Bondad magnánima el más leve recuerdo del pecado. Todas las veces que lo medito se escapa de mi alma el grito jubiloso del Salmista: «*Alabad al Señor, porque es infinitamente bueno; porque es eterna su Misericordia*» (Sal 135, 1).

Y si así concebimos la Misericordia de Dios, entonces no nos escandalizaremos de ninguna de las enseñanzas del Cristianismo, aunque a primera vista nos puedan parecer demasiado severas.

Oímos con frecuencia esta queja de algunos: «El Cristianismo tiene una doctrina terrible tocante a la condenación de los que mueren en pecado mortal. ¡Que todo depende del último momento!...; ¡Y que uno se puede condenar por un solo pecado grave! Si he sido honrado durante toda mi vida y he cumplido los mandamientos de Dios, pero he caído una sola vez en pecado mortal...; si muero en este momento, me condenaré. No es ésta una doctrina terrible: condenarse por un solo pecado mortal?...»

Realmente así lo enseña el Cristianismo: que si alguien muere en pecado mortal se condena.

«Pues esto me parece algo cruel e injusto —se me contestará—. Si he sido honrado durante toda mi vida y una vez, por casualidad, he caído en pecado mortal...»

Poco a poco. He de interrumpirte, porque ahora no tienes razón. No tienes razón en absoluto. El pecado mortal no es una fosa invisible en que el hombre cae por casualidad. El pecado mortal no es un rayo que aparece en un cielo despejado y te fulmina. No juguemos con el concepto del pecado mortal. Para que un hombre cometa un pecado mortal tiene que haber cometido anteriormente toda una larga serie de infidelidades más o menos graves. Por lo tanto, puesto el caso de que alguien haya servido con fidelidad a Dios durante toda su vida, viene a ser casi una imposibilidad psicológica que cometa un pecado mortal.

Sí; *quien* muere en pecado mortal se condena; pero tan sólo Dios es capaz de fallar con certidumbre si el pecado de tal o cual hombre ha sido realmente mortal.

Si meditamos bien estos puntos, descubriremos la esencia de la divina Misericordia, y entonces *podremos compaginar la Justicia y la Misericordia de Dios*.

Todos conocemos el símbolo de la Justicia aquella dama con los ojos vendados, con lo cual queremos significar que la Justicia no mira ni a la derecha ni a la izquierda, no es parcial, no tiene acepción de personas.

Pero si contemplamos más detenidamente esta representación simbólica, descubriremos un defecto demasiado grande, que —bien es verdad— nosotros, los hombres, no podemos remediar. Nosotros pintamos a la Justicia con los ojos vendados, cuando habría de ser todo lo contrario: tendría que estar con los ojos muy abiertos; tendría que tener unos ojos de vista clara y profunda, unos ojos que todo lo atravesaran, como los rayos X.

Porque sólo podrá fallar, según toda justicia, el juez que todo lo penetra con su mirada, que ve los móviles secretos de todas las acciones, que descubre los pliegues más recónditos del alma del culpable: en qué ambiente se ha educado, qué influencias nocivas orientaron su vida, con qué instintos malos, heredados, ha tenido que luchar, y después de sumar todas estas circunstancias atenuantes, evaluar la responsabilidad personal del culpable.

Decidme ¿qué puede ver de todo esto el juez más perspicaz de la tierra? ¡Qué poco será lo que descubra! Muchas veces, acaso nada. Por este motivo, ¡qué torturas siente a veces el alma del juez honrado y responsable al emitir su fallo en un asunto importante: ¡Qué limitada y defectuosa es la justicia de los hombres! Esto, por desgracia, va anejo a nuestro ser limitado,

Pero es muy distinto cuando se trata de Dios, del Dios omnisciente «que escudriña los corazones y examina los afectos». Por el mismo motivo podemos aceptar como cosa cierta que en la última sesión del gran pleito de la Humanidad, el día del juicio final, se le reservan al mundo grandes sorpresas. ¡Cómo oirán su inapelable fallo condenatorio muchos de aquellos hombres famosos que eran tenidos por muy respetables, mientras que otros a quienes desconoció y despreció el mundo serán premiados y entrarán en la felicidad eterna!

Ahora tenemos ya la respuesta consoladora a la objeción anterior: Justamente porque Dios emite sus juicios a base de omnisciencia y con suma justicia, justamente por este motivo, *Dios no es tan sólo justo, sino también misericordioso.*

El hombre muchas veces no es misericordioso, no sabe perdonar, porque no conoce las circunstancias atenuantes. Pero Dios las conoce, y por tanto, la Justicia y la Misericordia se funden en El en una armonía perfecta. Dios es justo sin ser demasiado severo y es misericordioso sin ser demasiado indulgente. Por lo tanto, Dios no juzga a nadie con más severi-

dad que la debida; aún más, falla con tanto amor y cuidado que no es posible encontrar tanta indulgencia en el hombre más misericordioso.

El Cristianismo siempre ha enseñado esta doctrina. Y porque siempre la ha creído y enseñado podemos nosotros explicarnos un hecho que podría parecer extraño; es, a saber que la santa Iglesia católica nunca haya pronunciado sentencia respecto a la condenación de ningún hombre.

¿No es sorprendente que la Iglesia católica haya publicado su fallo oficial respecto a millares de hombres, manifestando que ellos están con toda certeza en los cielos —me refiero a la solemne canonización de los santos—, pero la misma Iglesia nunca haya dicho de ningún hombre que está en el infierno, que se ha condenado?

La misma Iglesia católica, que enseña que los que mueren en pecado mortal se condenan y que no es lícito ofrecer el santo sacrificio de la Misa por un alma réproba, esta misma Iglesia católica ofrece el santo sacrificio por todos los difuntos, hasta por el criminal que ha sido ejecutado; porque deja al Dios misericordioso el fallo final acerca de la responsabilidad que incumbe a tal hombre por sus crímenes y circunstancias atenuantes (herencia, educación...).

Nosotros nada sabemos de todo esto...; nadie lo sabe en este mundo...; únicamente lo sabe el Dios omnipotente. Llamad al criminal más abyecto, convocad a los tiranos que se bañaban en la sangre de sus víctimas, a los verdugos de millones de mártires de los primeros siglos del Cristianismo, y preguntad a la Iglesia: «Pero ¿éstos no tenían que condenarse?» Y cuál será la respuesta de la Iglesia?: «No lo sabemos, no lo sabemos...»

Vivía en Roma un sacerdote muy fervoroso a quien designaba el pueblo solamente con el nombre de «el Santo», porque había obrado muchos milagros. En una ocasión quiso convertir a un malhechor condenado a pena capital, pero no lo consiguió. Se lo suplicó durante tres días, trató de persuadirle por todos los medios posibles; pero nada consiguió: aquel desgraciado seguía blasfemando, y con cínica burla, rechazó la invitación que se le hizo de confesarse. Cuando ya le conducían al patíbulo, el sacerdote aún le acompañaba, pero en vano; el criminal le rechazó una vez más. El sacerdote perdió por fin la paciencia y exclamó: «Venid, hombres, a ver cómo muere un condenado.»

A los cuarenta años de morir este sacerdote, se empezó su proceso de canonización. Sus milagros fueron comprobados, y, no obstante, no le canonizaron... a causa de las palabras que acabamos de citar; porque estas

palabras no eran dignas de un hombre santo<sup>30</sup>.

¿Tan grande es la Misericordia del Señor? Sólo de Judas sabemos que Jesús dijo de él: «Más le valiera no haber nacido», y es la Sagrada Escritura la que lo asegura. Pero no sabemos que ocurrió en el último momento a este desgraciado apóstol cuando se dejó caer con la soga colgada al cuello<sup>31</sup>.

¡Y el que se condena, se condena porque él mismo quiere condenarse!

Esto nos llena de consuelo. Bien es verdad que Dios es severo y justo, pero es también misericordioso; por tanto, nadie se condena a no ser que queriéndolo,

Nos emociona oír de labios del Señor como trató de salvar a la ciudad de Jerusalén, y, sin embargo, no lo consiguió porque no lo quisieron sus habitantes. «¡Jerusalén! ¡Jerusalén!... ¿cuántas veces quise recoger a tus hijos... y tú no lo has querido?»<sup>32</sup>. Es el reproche del Señor, lleno de misericordia, hacia todas las almas condenadas.

Dios misericordioso, haz que yo no tenga que oír de tus labios, en el día del juicio final, estas palabras: *¡Tú no lo has querido, tu no lo has querido!...*

\* \* \*

Tampoco podemos olvidar la otra consecuencia que se deduce de la Misericordia de Dios.

Es verdad, Dios «es rico en misericordia» (Ef 2, 4); pero esto nos obliga a ser también nosotros misericordiosos para con nuestros hermanos, tal como Jesucristo lo anunció en una hermosa parábola. Por tanto, *si queremos que Dios sea misericordioso para con nosotros, hemos de usar nosotros de la misma misericordia para con nuestros prójimos.*

Cuando, al final de la parábola, echan en la cárcel al siervo que no quiso compadecerse de su compañero, Jesucristo añade: *«Así, de esta manera, se portará mi Padre celestial con vosotros, si cada uno no*

---

<sup>30</sup> GRATRY, *La Philosophie du Credo*. París, 1881.

<sup>31</sup> Ni del mismo Judas Iscariote la Iglesia puede afirmar que esté condenado. El que Jesucristo haya dicho de él «Más le valiera no haber nacido», puede interpretarse como una seria advertencia hacia Judas para que se convirtiese. Parecida advertencia hizo Dios a la ciudad de Nínive por medio del profeta («Dentro de tres días esta ciudad será destruida»), para que se convirtiera de su mala vida. (Nota del editor).

<sup>32</sup> Mt 23, 37.

*perdona de corazón a su hermano»* (Mt 18, 35). Y yo no comprendo cómo puede nadie leer estas palabras tan terminantes y, sin embargo, decir: «No. Este hombre me ha ultrajado terriblemente. No le perdonaré.» ¿No lo oyes? «*Así, de esta manera, se portará mi Padre celestial con vosotros, si no perdonareis de corazón.*»

El Señor nos manda que recemos así: «*Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden*» (Mt 6, 12). ¿Y hay todavía hombres que guardan durante años el odio contra ciertas personas: «No; yo a éste no le perdonaré jamás!»?

No nos engañemos. ¡Si queremos que Dios sea misericordioso con nosotros, perdonemos a los demás! No hay en el mundo hombre tan opulento que no necesite misericordia y no hay hombre tan pobre que no pueda ser misericordioso.

¡Cuántas veces hemos tenido que golpearnos el pecho y decir con humildad: Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pobre pecador! Y no es necesario que hayamos cometido algún asesinato... ¡No! Basta que nos acordemos de nuestra ingratitud, de nuestra vanidad, de nuestros caprichos, de nuestro desamor, de nuestra negligencia en el cumplimiento del deber...

Y al sentir vergüenza de mi mismo ante Dios, ¿todavía me atreveré a condenar a los demás, a irritarme y guardar rencor, a no ser compasivo...? ¿Seré capaz de ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el mío? ¿Todavía me atreveré a decir como fariseo del templo: «*¡Señor, te doy gracias porque no soy un pecador como éste que está a mi lado!*»

«Pero yo no soy santo», me dirás, acaso. No, no lo eres. Claro que no lo eres. ¡Qué lástima que no seamos santos! Pero justamente porque somos unas pobres pecadores, que tantas veces hemos de recurrir a la Misericordia de Dios, justamente por esto hemos de ser indulgentes, hemos de perdonar a nuestros prójimos y acordarnos de las palabras del apóstol Santiago: «*Aguarda un juicio sin misericordia al que no usó de misericordia*» (Santiago 2, 13).

\* \* \*

¿Qué es más grande en Dios, su Misericordia o su Justicia?

Ninguno de los dos atributos es mayor que el otro, porque todos los atributos de Dios son igualmente infinitos.

Pero lo miramos como hombres, la Misericordia de Dios nos manifiesta a nosotros en mayor grado que su Justicia. Porque cuando la

Justicia de Dios nos castiga y nos conduce al camino recto, lo hace para que después su Misericordia pueda derramarse sobre nosotros.

Y aún tenemos una señal más clara de la Misericordia de Dios: *el mismo Hijo de Dios se hizo hombre para que Dios pudiese mostrarnos toda su Misericordia.*

Si la Misericordia de Dios se nos manifiesta a nosotros, por lo menos a nuestros ojos, mayor que su Justicia, también yo tendré que ser para con mi prójimo más misericordioso que duro, más indulgente que rencoroso, más condescendiente que riguroso.

*«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5, 7). «No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados».*

*«Bendito sea Dios..., Padre de las Misericordias y Dios de toda consolación (2 Cor 1, 3).*

## CAPÍTULO XXXII

### DIOS, PACIENTE

Un escritor francés, Jean Richepin, publicó un tomo de poesías repleto de blasfemias. El título de una de las poesías es éste: *La oración de un ateo*.

¿Qué hay en esta poesía? Una terrible provocación a Dios. No te escandalices, lector, si te resumo brevemente el contenido de la poesía. Tengo mis razones para hacerlo.

«He entrado en una iglesia —escribe el poeta—, y he rezado de esta manera a Dios: ¡Te rechazo y no inclinaré nunca, pero nunca, ante Ti! Mira, aquí estoy en tu casa, y te reto a lo siguiente: «Si existes de veras, envía un rayo sobre mí y aniquíame.» Espero... Pero no cae el rayo, puedo levantarme sano y abandono tu casa. En una palabra: Tú no existes.»

Así blasfema el desgraciado incrédulo, y se estremece el alma del lector y exclama, desazonado: «Señor, ¿serás capaz de sufrir tales injurias sin proferir palabra? ¿Por que no le castigas y lo aniquilas?»

Así se expresa el hombre impaciente.

¿Y qué piensa Dios?

No sabemos cómo vivió durante siguientes años este escritor. Únicamente sabemos que pasados ya varios años éste blasfemo tan atrevido entró un día en la Trapa de Argel, y allí hizo penitencia por sus pecados y dio gracias a Dios por la paciencia infinita que había tenido para con él.

Porque si Dios no hubiera sido tan paciente y le habría fulminado con un rayo como se lo pedía, este hombre se habría voluntariamente condenado...

Pero Dios es paciente, infinitamente paciente; éste es nuestro gran consuelo.

*¡Qué paciente es Dios! Qué nos enseña la paciencia de Dios.* Son las dos preguntas a que quisiera contestar en el presente capítulo.

## ¡QUÉ PACIENTE ES DIOS!

Tanto si leemos las palabras de la Sagrada Escritura, como si miramos las obras en que se revela la longanimidad del Creador, nos sorprende la paciencia admirable de Dios; hasta tal punto, que el hombre, harto impaciente, llega a escandalizarse de ella muchas veces.

1.º La Sagrada Escritura no cesa de pregonar la grandeza de la paciencia de Dios.

En el Libro del Éxodo hay un pasaje en que Moisés, hablando del Señor, dice que es *«misericordioso y clemente, lento a la cólera y rico en amor y fidelidad, que conserva su misericordia a millares»* (Ex 34, 6-7). En otro libro expresa de esta manera el mismo pensamiento: *«El Señor es paciente y rico en misericordia»* (Num 14, 18).

El profeta Isaías también dice: *«Por esto espera el Señor, para poder tener misericordia de vosotros»* (Is 30, 18). El profeta Jonás reza de esta manera: *«Yo sé bien que Tú eres un Dios clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad, dispuesto siempre a perdonar »* (Jonas 4, 2).

Y sirven de expresivo remate al mismo pensamiento las palabras de San Pedro: El Señor *«espera con mucha paciencia, por amor de vosotros, el venir como juez, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan y hagan penitencia»* (2 Ped 3, 6).

Nosotros, los hombres, somos impacientes porque tenemos poco tiempo. ¿No es verdad que el que tiene poco tiempo corre, se pone nervioso, se impacienta? Pero Dios es paciente porque en eterno.

Para Él son segundos lo que para nosotros cuenta como cien mil años.

*¡Oh qué suerte, qué gran suerte para nosotros, que Dios sea tan paciente! ¿Qué sería de nosotros si Dios tuviera las impacencias que solemos tener los hombres?*

Viene una madre con los ojos arrasados de lágrimas.

*«Es inaguantable lo que mi hijo está haciendo conmigo... Desde hace años, siempre se repite la misma escena. Deudas..., acreedores.... promesas de enmienda... Pago las deudas y a la próxima semana todo empieza de nuevo. Esto no se puede aguantar..., mis nervios no lo resisten.»*

No hay duda que nos mueve a lástima la pobre y triste madre. Bien sabemos lo difícil que resulta vivir en compañía de alguien que tiene mil

imperfecciones, muchos defectos, un carácter variable... Pero acordémonos de que *así nos soporta Dios, de esta manera sufre al hombre*.

Así soporta nuestra continua incoherencia e inconstancia, que nos inclinamos de un lado al otro a cada momento. En este momento somos de Dios, en el otro nos entregamos al pecado; ahora creemos, después se viene abajo nuestra fe. Algunas veces parece que volamos en la vida espiritual, otras veces caemos con las alas rotas. Unas veces oramos con fervor, otras veces nos precipitamos en el pecado...

Y entonces, después de una terrible caída, una inmensa amargura se apodera de nosotros. «No, esto no puede seguir así. Me levantaré e iré a ver a mi Padre.» Hacemos planes: «Cómo será mi vida, cómo me comportaré..., todo será distinto....»; y a la próxima semana, una nueva caída, y estamos donde estábamos antes.

Y después nuevo plan, y otra vez nuevo fracaso...; el libro de la vida de algunos hombres no consta sino de líneas cortas y continuos puntos y apartes, es una serie de fragmentos trágicos...

Realmente, es casi incomprensible la gran paciencia de Dios.

2.º Pero si pienso también en mi propio yo, no me escandalizaré de esta grandeza, casi incomprensible, de la paciencia divina, sino que la bendeciré.

Porque muchos se escandalizan. Nosotros habríamos mandado en seguida el rayo a aquel escritor francés que, con blasfemias, lo pedía. Nosotros habríamos ordenado a la tierra que se abriese y sepultara a los malhechores que irrumpen en las iglesias y pisotean el Santísimo Sacramento. Nosotros nos disgustamos muchas veces, y nos indignamos y estallamos, como los apóstoles contra los samaritanos descorteses: «*Señor, ¿quieres que mandemos que llueva fuego del cielo y los devore?*» (Lc 9, 54). Pero Jesucristo los reprendió: «*No sabéis a que espíritu pertenecéis. El Hijo del hombre no ha venido para perder a los hombres, sino para salvarlos*» (Lc 55-56).

¡Qué bien que el Señor no sea tan impaciente y no nos hiera con un rayo en el mismo momento en que cometemos un pecado!

Dios difiere el castigo; y con esta demora, mira el interés del culpable y también el provecho de los que le rodean.

¿Qué sería del mundo si Dios no fuese tan paciente? ¿Cómo se habría convertido el publicano Leví en San Mateo? ¿Aquella mujer pecadora, en Santa Magdalena? ¿El perseguidor Saulo, en San Pablo? ¿El pecador Aurelio, en San Agustín?

Pero ¿para qué seguir preguntando?... ¿Qué sería de mí, dónde estaría ahora mi pobre alma, si Dios no fuera paciente para conmigo y me hubiera castigado al instante tras cometer mi primer pecado?

¿Y sabéis por qué difiere Dios el castigo? No sólo con miras al pecador, sino también para que el castigo de los culpables no hiera a la vez a los inocentes.

Apenas hay un hombre que viva solo en el mundo; todos nos movemos en el marco de la familia, del parentesco, de la sociedad. Buenos y malos en el mismo cuarto, pecadores y justos en la misma familia; pues bien, si el Señor castigara en seguida al malvado, heriría al mismo tiempo al inocente. Por esto espera hasta la siega, hasta el juicio.

Prefiere decir: «*Dejad crecer una y otro hasta la siega, que al tiempo de la siega Yo diré a los segadores: coged primero la cizaña y haced gavillas de ella para el fuego, y meted después el trigo en mi granero* (Mt 13, 30).

¡Qué grande, qué incomprensiblemente grande es la paciencia Dios!

## II

### ¿QUÉ ADVERTENCIA ENCIERRA PARA NOSOTROS LA PACIENCIA DE DIOS?

Si es tan grande la paciencia de Dios frente a nuestras continuas caídas e imperfecciones, de esta enseñanza hemos de sacar dos consecuencias importantes, dos moralejas que encierran una grave advertencia para nosotros.

1.º De la paciencia de Dios se deriva, en primer lugar, esta consecuencia práctica: *Dios es paciente; por lo tanto, yo también he de serlo.*

Paciente conmigo mismo, para con mi prójimo y en relación con la vida.

A) Ser paciente *conmigo mismo.*

¿Por qué vivimos en esta tierra? ¿Cuál es nuestro destino? Madurar para la eternidad; en medio de las mil vicisitudes de la vida terrena, hacernos cada vez más semejantes a Dios.

Y me hago semejante a Dios si miro los acontecimientos de mi vida, las personas que me rodean, a mis compañeros, a mis hijos, a mis conocidos, los deberes de mi vocación, mis luchas, mis desgracias..., como materia que Dios me entregó para que yo modele, esculpa, *con larga y grande paciencia*, la obra maestra de mi vida. He de luchar contra todo lo

que me lleve hacia abajo, contra las inclinaciones pecaminosas, contra todo lo inútil o sin valor que hay en mí.

Pero no he de luchar impaciente, desconcertado, fuera de mí, azotándome hasta sangrar, sino con paciencia y perseverancia. ¿Que las tentaciones no me dejan descansar?... ¿Que el pecado me sigue disimuladamente los pasos?... ¿Que son muchos los que me molestan?...; no importa: yo no pierdo la calma, el oleaje no llega a turbar el fondo de mi alma; soy paciente conmigo mismo.

Yo tenía una fe firme...; y de repente, ni yo sabría decir cómo, llegan los momentos crueles de la duda..., siento mi alma abandonada.

No me cuesta vivir la pureza...; y de repente, ni yo mismo sabría explicarlo, me veo turbado por imágenes lujuriosas y pecaminosas. ¿Qué será de mí?

Pues si tengo paciencia conmigo mismo, recitaré con tranquilidad el Credo, en medio de estos pensamientos contra la fe, y con tranquilidad desviaré mis ojos de las imágenes pecaminosas para entretenerlos con otro tema.

Pero ¿y si me falta la paciencia? ¡Ah!, entonces no haré más que empeorar la cosa y prolongar mi lastimoso estado. ¡Paciencia con nosotros mismos!

Paciencia con nosotros mismos, *sobre todo en la enfermedad*. Sé que es fácil aconsejarlo y difícil cumplirlo; no obstante, emprendamos la tarea. En la enfermedad perderemos fácilmente la paciencia.

Recuerda que la impaciencia todavía no ha curado a nadie. La paciencia, sí. La paciencia da tranquilidad, confianza, buen humor al alma, y de esta suerte, más posibilidades al cuerpo para curarse. El alma tranquila, sonriente, domina más fácilmente a la enfermedad que la de aquel enfermo que vuelve la espalda a Dios, que se enfada con los que le rodean, que siempre está agriado.

Observa, si no, qué alivio siente, qué tranquilo se pone el enfermo más grave, después de confesarse y comulgar y recibir el sacramento de la Unción de los enfermos; ¡qué descanso ha encontrarlo su alma!

B) En segundo lugar, *paciencia con nuestro prójimo*.

El hombre de nuestros días arguye: «La paciencia es señal de cobardía y debilidad.» Precisamente es todo lo contrario. El que sabe tener paciencia frente al ofensor, ya es más fuerte que éste.

La esposa que sabe conservar su paciencia ante los caprichos de su marido, ya es más fuerte que él y no puede ser desdichada por completo.

El padre que sabe mirar con paciencia los devaneos del hijo cuando éste llega a la adolescencia, sabrá mantener la calma y serenidad. ¿Qué más se necesita hoy que aconsejar al hombre impaciente y nervioso que tenga paciencia?

¡Que tengan paciencia los patronos con sus obreros! ¡Que tengan paciencia los que de todo se escandalizan, los que siempre murmuran, los que juzgan con precipitación!

*«No juzguéis antes de tiempo hasta que venga el Señor. El iluminará los secretos de las tinieblas y pondrá de manifiesto las intenciones de los corazones» (1 Cor 4, 5).*

C) Pero, además de tener paciencia con nuestro prójimo, hemos de tenerla también *frente a los acontecimientos de la vida.*

Paciencia en medio de esta vida que corre desbocada como si tuviera que batir un record; paciencia en esta época de la velocidad... y de continua alarma.

Quien siembra por la mañana aún no puede segar al atardecer. El que en este momento empieza a subir la cuesta de la montaña, no puede llegar al poco rato a la cumbre. Paciencia frente a las dificultades de la vida.

Después de una larga subida llegó un turista a una cima cubierta de nieve; se detuvo en la altura, y al contemplar el magnífico paisaje, allí, en medio de la creación, obra sublime del Señor, una alegría jamás sentida se apoderó de su alma.

Ya no se acordaba de las dificultades y fatigas del camino. Ya no pensaba en que toda aquella hermosura que se extendía a sus pies: aquellos bosques, aquellos precipicios, las rocas, los riachuelos, fueron duros obstáculos en la subida, obstáculos que hubo de vencer a costa de una paciencia a toda prueba. Nada siente de todo aquello... Ahora sólo contempla un paisaje maravilloso.

Lo mismo que nosotros, cuando echemos una mirada desde la altura de la vida eterna sobre nuestra vida terrena. ¡Con qué alegría veremos que en medio de las innumerables amarguras, de los muchos obstáculos y fracasos de la vida, la paciencia y la fidelidad para con Dios nos dieron rosas: las rosas inmarcesibles de nuestra corona de vida eterna!

Dios es paciente; también yo lo seré.

Pero hay más. La Paciencia de Dios nos hace otra advertencia más seria. Sí, Dios es paciente: *¡no abuséis de la paciencia de Dios!*

Porque ¡cuántos son los que abusan de la paciencia del Señor!

¡Cuántas veces es para nosotros, casi incomprensible la paciencia que

Dios tiene con el criminal más obstinado! ¡Cuántas veces, debido a su Paciencia infinita, casi se eclipsan ante nosotros los demás atributos su Poder, su Justicia, su Santidad!

Pero ¡qué terrible es la suerte de aquellos que no tuvieron el menor reparo en abusar de la Paciencia de Dios; aún más, de ella sacaron arrestos para perpetrar nuevos crímenes! La Sagrada Escritura nos amonesta con severidad: «*No digas: ¡Grande es la Misericordia del Señor! Él me perdonará mis muchos pecados... No tardes en convertirte al Señor ni lo difieras de un día para otro*» (Ecltco. 5, 6-8).

Algunas veces podemos ver ya en esta vida terrena señales terribles del castigo que ha de sufrir el pecador que abusa de la Paciencia de Dios. Porque Dios no es tan sólo misericordioso y paciente, sino también justo; y la historia refiere casos en que el fallo severo de Dios castigó ya en esta vida al culpable. Con derecho podríamos escribir este lema sobre la historia mundial «Los molinos de Dios muelen despacio, pero con seguridad.»

HERODES, que se enorgullecía de sus muchos asesinatos, al final cayó víctima de una enfermedad terrible.

Uno de los enemigos más encarnizados del Cristianismo, VOLTAIRE, el 25 de febrero de 1758 escribió a su amigo D'Alembert: «Veinte años más, y el *Infame* —la Iglesia— estará descartado.» Y a los veinte años justos, el mismo día, el 25 de febrero de 1778, el médico declaró a Voltaire gravemente enfermo; tanto, que se habían perdido todas las esperanzas. Y Voltaire suplicó que llamasen a un sacerdote.

Pero los incrédulos que le rodeaban no lo permitieron. Y Voltaire suplicaba, desesperado, que le trajesen un confesor... pero en vano. Un grito espantoso se escapó de sus labios y murió.

Ahí tenéis a CHAUMETTE, uno de los miembros más fanáticos de la *Commune* de París durante la Revolución francesa. En el discurso que pronuncia en la fiesta de la diosa «Razón» profiere esta blasfemia: «¡Oh Dios!, prueba tu existencia hiriéndome con tu rayo.» No le hirió el rayo, pero a los pocos días su cabeza cayó bajo el cuchillo de la guillotina (24 de marzo de 1794).

Y llega NAPOLEÓN, quien durante unos cuantos años intentó «moler» a la Iglesia de Dios, reducirla a polvo. Al final fue a él a quien molieron los molinos de Dios en la isla de Santa Elena.

Y NIETZSCHE grita: «El viejo Dios ha muerto, le hemos matado.» Y Nietzsche acaba su vida con la mente trastornada...

¡Ah, sí! Dios es paciente, pero es a la vez justo y al final castiga con

justicia. Dios es paciente, porque «no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva» (Ez 33,11). Es paciente —si no lo fuera, ¡ay de nosotros!—, pero al final pide cuentas. Dios no liquida al día, pero lleva con precisión el libro de cuentas, y un día llega a cobrarlo todo y a exigir hasta el último céntimo.

*Y Dios, que paga hasta el último céntimo en el otro mundo*, da la respuesta definitiva al problema que mencionamos al principio: ¿Por qué se calla Dios, cuando el hombre con tanto afán espera que caiga el brazo de la justicia y castigue a los pecadores?

Ya he dado varias respuestas; pero lo que dije hasta ahora no contiene aun la contestación definitiva. Es una respuesta el decir que Dios tiene tiempo para esperar. Es una respuesta el decir que Dios es misericordioso y quiere conceder tiempo para la conversión.

También contestamos con acierto si decimos que Dios no quiere herir a los buenos castigando a los malos; que no quiere hacernos violencia porque respeta nuestra libertad... Sí; todas estas respuestas ya explican el problema, pero no lo agotan. Después de ponderarlas, todavía no llego a concebir de un modo cabal la paciencia de Dios.

Y no la entenderé a no ser pensando que *Dios hablará un día y que la última palabra será la suya*. Pero ¿cuándo? Después de la muerte. Entonces compareceremos ante El, y entonces hablará el Señor; pero ya no será el Dios paciente, sino el Dios justo, quien nos dirá: Ahora escucha la sentencia que es propiamente el resultado de tu vida.

Espera, espera un poco, hombre impaciente. Espera. La última palabra la tiene Dios. Noé estuvo construyendo el arca casi por espacio de un siglo, y mientras tanto predicaba que se convirtiesen los hombres Jeremías anunció durante largo tiempo el exterminio del país. En la parábola de Nuestro Salvador, el dueño de la higuera estéril espera unos años para cortar el árbol: ¿por qué? Para que cuando llegue el día de la cuenta y se oiga la palabra del Señor, nadie diga que con él el juicio de Dios no ha sido equitativo.

Ved ya la grave amonestación de que depende nuestro destino: ¡Qué insensatos y atrevidos son aquellos que abusan de la Paciencia de Dios y demoran hasta el último momento su conversión!

«Ya me perdonará Dios; es su oficio», dijo irónicamente un día el poeta alemán Heine.

Muchos hombres no se atreverían a decir lo mismo, pero viven de tal manera, que parece que piensan lo mismo. Porque Dios es paciente, abusan de su paciencia; hasta que un día llega inesperadamente la muerte y

embriagados por el pecado, ebrios de maldad, son presentados ante el tribunal de la divina Justicia.

Sí; Dios es paciente, pero será terrible la suerte de aquellos que abusan de su Paciencia.

¿Quién es el que abusa de la Paciencia de Dios? El que astutamente, con malicioso cálculo, piensa reparar todas las maldades de su vida a última hora.

Pero ¿quién te asegura que esta hora última no llegará de una manera inesperada? ¿Quién sale fiador de que tendrás bastante tiempo para arrepentirte de todo? ¿Sabes, por ventura, que habrá quien llame para ti un confesor? ¿Estás tan seguro que tu arrepentimiento de aquella hora será real y sincero?

«Aprovechémonos de la juventud mientras dure.» Es la divisa fatal de muchos hombres. «Gocemos de la vida mientras podamos. Ya tendremos tiempo, cuando seamos ancianos, de dedicarnos a la oración y a los ejercicios de piedad. Lo principal es que me confiese antes de morir. La Iglesia enseña que por más pecador que haya sido alguien en la vida, si se arrepiente antes de morir, se salva...»

¿Cómo? ¿Es esto lo que enseña la Iglesia?

Efectivamente, lo enseña. Enseña que Dios es tan misericordioso, tan admirablemente misericordioso, que si alguien en el último momento se vuelve a Él con el alma arrepentida, Él le perdona, como perdonó Cristo al buen ladrón, que se volvió a Él al final de su vida pecadora.

Sí; ¡tan misericordioso es nuestro Dios!; pero, ¡qué insensatos son aquellos que de esta enseñanza sacan la consecuencia de vivir libertinamente y pecando!

Sí por más pecados que hayas cometido en tu vida, te salvarás si te arrepientes en el último momento. *Si te arrepientes... Si sabes arrepentirte.* Pero esto casi viene a resultar moralmente imposible.

En otro capítulo procuré tranquilizar a los escrupulosos que dicen: «Si durante toda mi vida he sido honrado y bueno, y en un momento he cometido casualmente un pecado mortal, entonces me condenaré...; esto es una doctrina terrible.» Los tranquilicé diciéndoles: Si durante toda tu vida has sido fiel a Dios, es casi una imposibilidad moral que en el último momento caigas en pecado grave y te condenes.

Pero ahora he de continuar: Es verdad que Dios perdona en el último momento al pecador que se arrepiente..., pero si alguien bebió el pecado durante su vida entera, si se encontraba bien en el pecado y vivía, por

decirlo así, apegado el pecado..., que este hombre pueda sentir arrepentimiento en el último instante, entre los dolores y angustias de la enfermedad, capaces casi de enloquecerle..., también esto vendrá a resultar moralmente imposible.

Hace veinte años que fui ordenado sacerdote; durante quince meses estuve en el frente en Servia, en los Cárpatos, en Galitzia, en Rusia; he estado junto a innumerables moribundos..., y siento oprimirse mi corazón todas las veces que pienso en el destino eterno de aquellos que quisieron convertirse *únicamente en el último momento*.

¡Ojalá no abusáramos nunca de la paciencia de Dios, que espera nuestra conversión! No desprecies las riquezas de su bondad y de su paciencia. ¿No reparas que la bondad de Dios te está llamando a la penitencia? Tú, al contrario, con tu dureza y corazón impenitente vas atesorándote ira y más ira para el día de la venganza y de la manifestación del justo juicio de Dios. *«Al que trabaja no se le cuenta el salario como favor sino como deuda; en cambio, al que, sin trabajar, cree en aquel que justifica al impío, su fe se le reputa como justicia»* (Rom 2, 4-5).

\*\*\*

Jesucristo propuso en cierta ocasión una parábola gráfica respecto a la Paciencia de Dios, pero también el límite de la misma.

«Un hombre tenía plantada una higuera en su viña —dijo el Señor (Lc 13, 6-9)—, y fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: ‘Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala; pues; ¿para qué ha de ocupar terreno en balde?’ Pero él respondió: ‘Señor, déjala por este año todavía... por si da fruto en adelante; y si no da, la cortas.’»

El dueño de la higuera, después de esperar tres años en vano, concedió al árbol un año más de vida. Mi señor, mi Dios, va hace varias decenas de años que espera con paciencia que yo dé fruto, pero nadie sabe si su paciencia aún durará un año más. Hoy dura todavía. Y cualquiera que sea mi pasado, nunca es tarde para convertirme.

Con frecuencia nuestros esfuerzos resultan inútiles, no acabamos de convertirnos del todo; pero nunca es tarde: el Dios misericordioso, clavado en la cruz, aceptó hasta el arrepentimiento del humilde ladrón; por lo tanto, nunca es tarde —aunque tenga canas en la cabeza— para convertirme.

La conversión del buen ladrón ha de consolarnos, pero no hacernos atrevidos. La Sagrada Escritura nos habla en verdad de un malhechor

arrepentido, para que nadie se desespere; pero solamente habla de uno, para que nadie caiga en el escollo de la presunción.

Sería gran temeridad jugarnos al azar la vida eterna, contando sólo con la hora postrera. Sería atrevido el juego si no pasásemos cada día como si fuera el último para nosotros; si no nos arrepintiésemos cada noche y pidiésemos perdón a nuestro Padre celestial, siendo conscientes de que pudiese ser la última noche de nuestra vida.

Sería gran atrevimiento...

Pero no es atrevimiento, sino piadosa costumbre cristiana, rezar cada día para alcanzar la gracia de una buena muerte; rezar para que Dios no permita que muramos en estado de pecado grave; para que nos mande en la hora postrera un sacerdote que nos confiese y nos dé a besar el crucifijo, la imagen consoladora de Cristo crucificado.

A Él me dirijo ahora; a Él, que ha de escuchar un día mi última oración: *Señor, he procurado durante toda mi vida asemejarme a la figura que para mí tenías esbozada en tus planes eternos...; heme aquí ahora, compareciendo tranquilamente ante tu presencia, pues sé que eres santo pero también misericordioso.*

## CAPÍTULO XXXIII

### DIOS, INMUTABLE

Moisés sube al monte Sinaí para recibir de manos de Dios los diez Mandamientos, grabados en las tablas de piedra!

Al pie del monte se extienden por millares las tiendas del pueblo hebreo, que va peregrinando, y Moisés está en la cima de la montaña, en una altura invisible. Y cuando aparece el Señor en medio de una nube y entrega a Moisés los Mandamientos, la nube empieza a agitarse, salen relámpagos de su seno y el monte echa humo. «*La gloria del Señor aparecía como un fuego ardiente, que abrasaba la cumbre del monte a los ojos de los hijos de Israel*», dice Moisés (Ex 24, 17).

Pintores de gran renombre han reproducirlo en sus lienzos esta escena sublime: la imagen majestuosa de Dios, que se manifiesta en medio de relámpagos y truenos.

Pero ¿cómo?, preguntará acaso el hombre de hoy día. ¿De suerte que Dios sabe enfadarse? ¿Los ojos de Dios saben despedir relámpagos? ¿Dios sabe fulminar rayos? ¿No es una manera de hablar demasiado humana?

«Dios se enfadó» decimos, y también: «hizo las paces», «le duele el pecado»: y «se alegra de la conversión del pecador». Una vez decimos: «Dios se vuelve hacia nosotros»; y en otra ocasión: «Dios nos vuelve la espalda»..., y así otras expresiones semejantes. ¿Dios *cambia*, pues, de tantas maneras? Es cosa absurda sólo el pensarlo —me responderá alguno.

Y tiene razón.

Porque Dios no es un hombre, que a veces esté de buen humor, y otras veces se enfade. Dios no es un hombre, que se levante un día «de mal talante» y otro día no sepa qué hacer de puro gozo. Dios no es un hombre que, siguiendo sus caprichos, a veces esté severo, otras suave. No; Dios no es caprichoso, no es esclavo del momento; Él siempre es uno, es siempre el mismo, siempre es inmutable.

Pero aunque Dios sea inmutable nosotros, los hombres, podemos con derecho hablar de los cambios de Dios; decimos que Dios se alegra de la bondad de los hombres y le duele su maldad; decimos que Dios se irrita con el pecado y hace las paces con el arrepentido; decimos que escucha la

oración del justo y esconde su cara al malvado. Todo esto lo decimos con derecho sin embargo, Dios es inmutable.

¿Cómo es posible?, preguntamos. Al examen de esta cuestión vamos a dedicar ahora unas reflexiones. En primer lugar, a demostrar: I. Que Dios es realmente inmutable; después, a explicar: II. Con qué título, y a pesar de todo, hablamos de la «ira» de Dios, del «perdón» de Dios; en otras palabras, si hay o no en Dios sentimientos y pasiones.

## I

### DIOS ES INMUTABLE

1.º De todos los atributos de Dios, el que menos podemos comprender es su *inmutabilidad*. Que Dios sea «eterno» tampoco lo comprendemos bien; pero, por lo menos, nuestra razón exige que esto sea así y no de otra manera; Dios no pudo tener principio. Que Dios sea «omnipotente», «omnipresente»..., tampoco lo comprendemos de un modo perfecto; sin, embargo, llegamos a convencernos de que estos atributos ha de tenerlos Dios.

Pero que Dios sea «inmutable», esto ya está en tan aguda oposición con nuestro ser, con nuestra propia naturaleza humana, que ni siquiera podemos concebirlo.

¿Qué es, si no, el hombre? Un cambio continuo: nace, crece, muere. Basta un momento para que yo no sea lo que era; hoy ya pienso de distinta manera que ayer; no soy sino un cambio continuo, capricho, veleidad; mis planes son siempre nuevos.

Pero no soy el único que se siente arrastrado por el curso de este continuo vaivén, sino que todo y todos le están sujetos en mi derredor. Voy a mi ciudad natal, donde pasé los años de mi niñez, donde en aquel tiempo conocía a casi todo el mundo y las casas de todas las calles; ¿y ahora?...; ahora me es extraña toda la ciudad y pasa a mi lado una gran muchedumbre de hombres desconocidos. Cambio yo, cambia todo en torno mío.

Sólo Dios es inmutable. Dios no cambia, porque *es eterno e infinitamente perfecto*. No ha de pensar preocupado por su porvenir; no ha de hacer planes, porque en Él no hay pasado ni futuro, en El no hay más que un eterno presente.

Lo decimos, lo creemos, pero ¿lo comprendemos también? ¡Ah!, ¡cómo vamos a comprenderlo! Cualquier cosa que digamos del Dios

inmutable no pasa de ser un balbuceo, un mero símbolo, una sombra.

Entonces, ¿no hemos de hablar? Ciertamente que sí. Porque aunque no pueda hablar más que en símbolos, aun así recibiré una ayuda magnífica para mi vida espiritual.

Dios es inmutable; yo no lo entiendo. Busco, pues, un símbolo adecuado en el mundo creado. Aquí están los montes gigantescos, como suele decirse, las «cumbres eternas»; y aquí está el océano, el «océano eterno». Estoy en la cumbre de una montaña cubierta de nieve, y siento el soplo de la eternidad: se levantan ciudades y caen en ruinas, nacen y mueren las generaciones, pero queda en pie, digna e inmutabilidad, la montaña.

Y me paro a la orilla del mar, siempre parece igual que siempre, que hasta parece infinito; ¿será así tal vez la inmutabilidad de Dios? No, y mil veces no. Todo esto aún está sujeto a cambios: el monte y el mar cambian también.

Los montes se desmoronan poco a poco, los bosques vírgenes desaparecen, los grandes llanos quizá un día sirvieron de fondo al mar. No hay en el mundo nada estable; todo empieza, todo termina, brota y se marchita, nace y muere, crece y envejece; el único punto fijo de todo el universo es el Dios inmutable.

## 2.º Pero ¿cómo sabemos que Dios es inmutable?

Lo sabemos porque en el curso ruidoso de este mundo, que corre desbocado sin cesar, *se oye la palabra del Señor*: «Yo soy el Señor, y soy inmutable» (Malaquías 3, 6). Se oye la palabra del apóstol San Pablo al citar el Salmo: «*Tú al comienzo, Señor, pusiste los cimientos de la tierra, y obras de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, mas tú permaneces; todos como un vestido envejecerán; como un manto los enrollarás, como un vestido, y serán cambiados. Pero tú eres el mismo y tus años no tendrán fin*» (Heb 1, 10-11). Y se oye la palabra de Santiago, que habla de Dios, «*en quien no cabe mudanza ni sombra de variación*» (Sntgo. 1, 17).

Ni puede haber. Porque Dios poseyó siempre la plenitud de vida y, por lo tanto, no puede hacerse más sabio, más bueno, más poderoso, ya que estos atributos estaban todos en Él desde el principio con toda su plenitud.

Respecto a sus obras su voluntad, dice la Sagrada Escritura: «*Siempre subsistirán*» (Sal 118, 90). Y Jesucristo dijo: «*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*» (Mt 24, 35; Mc 13, 31; Lc 21, 33).

Cuando el turista ha recorrido los sepulcros y los corredores sub-

terráneos del Panteón, en París, el guía se para en cierto lugar y, mostrándole un punto, dice: En este punto descansa el enorme peso de todo el edificio. Pues bien el único punto de apoyo de todo el universo es el Dios inmutable.

¡Qué alentador es este pensamiento: Dios es inmutable! ¡Con qué seguridad puedo confiar en aquel Dios que nunca cambia! ¡En Dios, que no es caprichoso, que no obra bajo la impresión del momento!

¡Qué enorme fuerza comunica a nuestra débil voluntad el pensar que en medio de la inestabilidad de nuestra naturaleza y del curso vertiginoso de la vida hay una isla que se yergue sobre el ruidoso oleaje de las luchas de partidos, de las pasiones, de las más violentas sacudidas! Esta isla es la inmutabilidad de Dios.

## II

### ¿HAY PASIONES EN DIOS?

Sin embargo, la inmutabilidad de Dios levanta en la mente del hombre un mar de cuestiones arduas y de objeciones difíciles; y quiero consagrar la parte restante del presente capítulo a la aclaración de las mismas.

Porque si Dios en realidad es siempre uno y siempre el mismo, si es inmutable, entonces ¿con qué título esperamos que escuche nuestras plegarias, es decir, que cambie su plan primitivo?

En segundo lugar, ¿con qué derecho hablamos de las pasiones de Dios, de la ira de Dios contra el pecador, de la tristeza de Dios por los pecados cometidos, de la alegría de Dios por la conversión de un alma? Son cuestiones que no se han de tergiversar.

1.<sup>a</sup> La primera dificultad es ésta: Si Dios es verdaderamente inmutable, entonces ¿*por qué le rezamos, por qué le imploramos?* Si la voluntad y el pensamiento de Dios no cambian, si Dios es siempre consecuente, en sus planes y en sus caminos, entonces: ¿para qué sirven las muchas oraciones, los sacrificios de reparación, la abnegación..., todos aquellos actos mediante los cuales el hombre se dirige a Dios e intenta cambiar el plan y el pensamiento primitivo de Dios? O brevemente: *si Dios es inmutable, ¿qué razón de ser tiene la oración?*

Suben diariamente millones y millones de súplicas a Dios; ¿cambia Dios cada día sus intenciones, sus planes y hasta el curso del mundo?

No se trata de esto, el problema es difícil sólo porque es pequeño nuestro entendimiento. Pero si consideramos que Dios no es tan sólo inmu-

table, sino también omnisciente, la cuestión tendrá inmediatamente una solución bastante más fácil.

No hemos de pensar que nosotros, mediante la oración, obligamos a Dios a correr de un lado a otro y le hacemos cambiar de plan. Dios es omnisciente; por lo tanto, antes que nosotros se lo digamos en nuestra oración sabe qué necesitamos. Dios previó con su omnisciencia que un día u otro, en este o en aquel lugar, en el templo o en casa, durante el silencioso rezo de la noche, yo, su hijo, pobre y necesitado, le pediría tal o cual cosa; y ya entonces garantizó en mi vida, en su plan divino, la realidad y el cumplimiento de estas demandas.

Y si Él ha sabido *siempre* lo que yo le pido ahora, y de antemano planeó toda mi vida según las mismas súplicas, entonces no cambia ni aun en el caso en que, humanamente hablando, expresamos de esta suerte nuestro pensamiento: «Ahora Dios escuchó mi oración.» A mí me da la impresión de que Dios me ha escuchado «ahora», es decir, que por mí ha cambiado sus pensamientos y sus planes; la realidad, en cambio, es otra. Dios ya sabía antes lo que yo le pediría, y lo combinó todo en mi vida teniendo en cuenta el mérito de mi oración. Porque Dios no decide ni obra de la misma manera que nosotros, los hombres. De una sola mirada Dios lo ve todo, ve todos los acontecimientos del mundo y los coordina con una sola decisión, y pone en perfecta armonía todos los fines y todos los medios, cada individuo, cada acontecimiento.

No puede haber en la historia mundial un solo suceso, ni puede escaparse un suspiro de labios de los hombres sin que Dios no lo sepa de antemano, y al cual no haya amoldado, en el momento mismo de la creación, el curso de los mundos. Dios lo tuvo todo en cuenta; todas las necesidades del hombre, y todas sus oraciones; y, por lo tanto, no ha de cambiar o corregir sus planes.

Nosotros, pues, hemos de seguir rezando, suplicando, implorando a Dios. ¡Cuánto más cristiano, más tranquilizador, más humano es acudir a Dios en todas nuestras necesidades, que vociferar, como los fatalistas, en medio de la desgracia, o esperar tranquilamente, como los cínicos, la perdición!

Un velero se dirigía del Brasil a España, y durante el viaje hubo una tempestad tan atroz, que el buque estuvo muchas veces a punto de naufragar.

En el barco iban algunos frailes, que se pusieron a rezar en medio de la tempestad, pero había también a bordo algunos incrédulos, a los cuales no les faltó tiempo, ni aun entonces, para mofarse de los que rezaban;

había, además, aves canoras y éstas, en medio del huracán, se echaron a cantar, a expresar con admirables gorjeos su alegría.

Ved ahí el mismo acontecimiento con tres resultados distintos. Los pájaros cantaban en medio del peligro, porque son seres irracionales; los incrédulos se mofaban, porque no tenían fe; los cristianos rezaban, porque tenían fe y razón. Creían, desde luego, que Dios es inmutable; pero también sabían que ya había tenido en cuenta el valor de aquellas oraciones al ordenar los caminos de la vida.

2.º Este pensamiento nos conduce a la solución de otra objeción. Esta dificultad es como sigue: Si Dios es inmutable, ¿cómo podemos afirmar que en este momento está enojado conmigo, porque he pecado gravemente; y que, cuando voy a confesarme, me perdona mis pecados y ya me ama? Ayer me miraba con enojo, hoy me mira con amor; luego también Dios cambia, también está sujeto a sentimientos, siempre fluctuantes.

Quien reflexiona de esta manera reflexiona de nuevo con pensamientos mezquinos, excesivamente humanos. Porque la realidad es ésta: Aunque diga que ahora Dios me aborrece, que ahora me ama, no quiero significar que Dios haya cambiado. ¿Que no ha cambiado? No.

Entonces, ¿quién es el que cambió? Sencillamente, yo. Soy yo el que ha cambiado, porque ayer amaba mi pecado y hoy, en cambio, lo aborrezco; y aunque me mire hoy el mismo Dios inmutable que me miraba ayer, el resultado de su mirada es distinto, porque ha habido un cambio en mí.

Ya escribió en este sentido SAN AGUSTÍN: «La misma luz que hiere el ojo enfermo es agradable al ojo sano»<sup>33</sup>; no es la luz la que cambia, es el ojo el que tiene diferente disposición.

Si me pongo al sol, tendré calor; si me escondo de sus rayos, tendré frío; dos efectos contrarios de un mismo sol; pero ¿es el sol el que cambia?

Si el rayo de sol da en un trozo de cera dura, lo reblandece; si da en la arcilla blanda, la endurece; dos efectos contrarios de un mismo rayo; pero ¿es el rayo de sol el que así cambia?

Si echo aceite en el fuego, aumentará el fuego; si lo echo sobre las olas, las olas se apaciguarán; el que cambia ¿es el aceite?

No de otra manera he de pensar en lo que se refiere a Dios.

Dios es siempre el mismo. Cuando yo soy malo, su mirada cae airada sobre mí; cuando me arrepiento de mi pecado, su mirada se convierte para mí en gracia y misericordia.

Así como el mismo rayo de sol, al caer sobre el moho o sobre bacte-

---

<sup>33</sup> Serm. 22, 6.

rias, los destruye, y en cambio al caer sobre un capullo despliega los pétalos en pomposa flor llena de fragancia, de la misma manera Dios es siempre el mismo.

El Dios inmutable contempla mi alma, tanto si está cubierta de moho, como si es un capullo que se abre en flor; pero en el primer caso digo que «está enojado conmigo», es decir, no puede hacer brotar la vida en mí; y en el segundo caso digo que «me ama» y «se alegra de mí», es decir, que puede desarrollar en mí los efectos de su gracia.

Por lo tanto, si soy bueno o malo no es que el Dios inmutable sufra cambio en Si; tan sólo es diferente la influencia de Dios en mi alma. Hablando del sol decimos: ahora «hay» sol; pero otras veces las nubes se colocan entre él y nosotros e impiden que sus rayos nos iluminen.

También el amor de Dios despide de continuo sus rayos; pero si la nube del pecado envuelve al alma, no puede el amor llegar hasta ella. En estas ocasiones se enfría el alma, se pone nublada, oscura, intranquila, y entonces decimos que «Dios está enojado». Y no es así. El Dios inmutable no cambia de un momento a otro. El es el sol de la bondad celestial, que arde siempre en amor.

No es Dios el que cambia, sino las relaciones de hombre con Dios. No es Dios el que vuelve la espalda al pecador, sino el pecador a Dios.

Y si nosotros suplicamos, rezamos, nos mortificamos, no lo hacemos como si Dios lo necesitara, sino porque somos nosotros quienes necesitamos estas estos ejercicios para que madure el alma; todo esto nos ayuda a volvernos de nuevo hacia el sol siempre esplendoroso del amor divino.

3.º Después de estas reflexiones ya podemos intentar dar una respuesta a la más grave objeción que se refiere al «Dios irritado».

Hay hombres que se sublevan cuando oyen hablar del «Dios irritado», del «Dios vengativo», del «Dios que castiga».

—Son expresiones demasiado humanas —dicen—. No podemos hablar de Dios con estas expresiones.

Está bien; en esta objeción hay algo de verdad. En efecto, rebajar a Dios al nivel meramente humano, hablar de la ira, de los celos, del castigo de Dios, puede ser una blasfemia; pero también puede ser una forma plástica, una expresión gráfica, una mirada profunda que penetra más hondamente en la esencia de Dios.

Todo depende del sentido que damos a estas expresiones. Pueden servir para subrayar aquel incuestionable mandamiento de Dios, según el cual el hombre no ha de desviarse nunca, bajo ningún pretexto, del fin que

se le ha prescrito; y este fin es: amoldar nuestra alma a la voluntad de Dios.

Si así lo consideramos, no será piedra de escándalo para nosotros esta expresión: «el Dios que castiga»; porque el «Dios que castiga» y el «Dios que ama», es siempre el mismo. Entonces podremos hablar con tranquilidad del «Dios irritado», que tan sólo se enoja con nosotros porque nos quiere con amor excesivo. Entonces podremos hablar del «Dios vengativo», que tan sólo hiere con sus rayos para despertarnos del sueño del pecado y para que, al recobrar el sentido, nos encaminemos de nuevo hacia Él.

Entonces, aun las terribles catástrofes que nosotros llamamos «castigos de Dios», serán otras tantas pruebas del amor de Dios, que quiere levantarnos a una mejor vida.

El «Jahvé» del Antiguo Testamento es el mismo que el «Padre celestial» del Nuevo. Y si el concepto que se tenía de Dios en el Antiguo Testamento queda muy atrás, en punto a perfección, del concepto que tenemos de Él en el Testamento Nuevo, es porque en el primero la idea del Dios que castiga oscureció el pensamiento del Dios amoroso, y porque no se subrayaba debidamente que el castigo y el amor son simultáneos en el seno de Dios; aún más, no son sino la misma acción de Dios, que cuando castiga ama. Es decir: *el Dios irritado es el mismo que el Dios amoroso*.

De esta doctrina brota una consecuencia de gran provecho para la vida espiritual. Y es la constante serenidad del alma cristiana.

La vida del que así piensa respecto de Dios no será un temor continuo, una preocupación constante. «Te veo siempre sonriente —escribe en un pasaje SAN IGNACIO DE LOYOLA, el fundador de la Compañía de Jesús— y me alegro de ello. Porque el que se consagró a Dios no tiene motivo de entristecerse, sino que ha de estar siempre alegre.»

¡Qué alentadoras palabras! ¿No conoció acaso San Ignacio las verdades austeras, que impresionan de puro serias, inculcadas por la religión cristiana? ¿No creía en el Juez eterno que a todos pide severísima cuenta? ¿No conocía al Dios irritado que castiga? Sí. Y, no obstante, pregona que el que se ha entregado seriamente a Dios no ha de temer, no ha de andar preocupado.

Así se explica la serenidad continua, la sonrisa resplandeciente de los grandes santos. Así se comprende que Santa Isabel dijera de los devotos de cara adusta que no parece sino que quieren asustar a Dios.

Permitidme, pues, que dirija unas palabras cálidas y alentadoras a aquellos tímidos que procuran con la mejor voluntad llevar una vida grata

a los ojos de Dios, y cumplen seriamente sus deberes, aquellos que son buenos, y tratan con amor al prójimo... y, no obstante, siempre están llenos de escrúpulos, de preocupaciones, pensando que viven sumidos en el pecado, que Dios los ha abandonado, que se condenarán...

Vosotros los que continuamente estáis temiendo y temblando ante Dios, no desacreditéis la vida cristiana. Los que pensáis con un miedo constante, con una estrechez que agobia, en Dios Nuestro Señor, leed las sublimes palabras del DIVINO MAESTRO: *«La voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sino que las resucite a todos en el último día. Por tanto, la Voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que todo aquel que ve al Hijo y cree en Él, tenga vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día»* (Jn 39-40).

¿No se siente emanar de estas palabras la fuerza vivificadora del misericordioso amor divino, como emana de los grandes pinares el aire lleno de oxígeno, el aire confortador? Ah!, no ha de temer de tal Padre quien de veras quiere ser suyo.

Es verdad; Dios es, al par, Juez severo, Juez que pide cuenta exacta; pero mientras yo viva no es tan sólo Juez, sino también mi Padre misericordioso, a quien puedo implorar siempre, juntamente con el publicano arrepentido: *«Señor, ten piedad de mi, que soy un pecador»*; a quien puedo dirigir siempre las palabras del ladrón convertido: *«¡Señor, acuérdate de mí!»* (Lc 23, 42).

¿Por qué temes tú al Dios que se irrita y que castiga? Nadie se condena, a no ser queriéndolo él mismo. Cumple los mandamientos de Dios y los deberes propios de tu estado, y entonces no tendrás por qué temer. No importa dónde vives, pero sí cómo vives.

Si has recibido de Dios cinco talentos, te pedirá diez; si te dio dos, te exigirá cuatro, y si no te dio más que uno, habrás de comparecer con dos ante Su presencia.

No ha de temer, por consiguiente, aquel cuya vida es una guerra sin cuartel contra el pecado; no ha de temer aquel que en el rudo combate cae muchas veces; tan sólo ha de temer quien después de la caída no se levanta, quien se encuentra bien en el fango, quien después del pecado se enjuga le boca y dice: *Yo pequé, ¿y qué mal me ha venido?* (Eclto. 5,4). Si, este tal ha de temer la ira y el castigo de Dios.

Uno de los pensadores más insignes de la humanidad, SAN AGUSTÍN, que hasta los treinta y tres años de edad pisó las sendas del error, sin estar siquiera bautizado, describe de un modo conmovedor, el sendero que le condujo de las tinieblas del paganismo a la luz de la fe.

«He preguntado a la tierra: ¿Eres tú mi Dios? Y me contestó:

—No soy yo.

He preguntado al mar y a sus abismos...

—No somos nosotros tu Dios; has de buscarle más arriba; búscale encima de nosotros.

He preguntado al viento arrullador y al aire y a todos sus moradores, y me dijeron:

—No somos nosotros tu Dios. Búscalo encima de nosotros.

Y he preguntado al cielo, al sol, a la luna, a las estrellas: ¿Sois vosotros mi Dios?; y ellos contestaron:

—No somos nosotros tu Dios. Búscalo encima de nosotros.

Y he dicho a todo cuanto caía bajo mis sentidos: Si no sois vosotros mi Dios, habládme de Dios. Y a voz en grito exclamaron:

—Él es quien nos creó. Ve más arriba, búscale encima de nosotros.

Y ved ahí; entonces los pensamientos de San Agustín se elevaron, se levantaron por encima de todos los seres creados, hasta alcanzar el trono de Dios, y se recogieron en santa oración ante el Dios eterno e inmutable.

Ah!, ¡qué suerte la mía si puedo apoyarme en este Dios poderoso! A todos nos deja turbados el espectáculo de la muerte continua que vemos en el mundo. Nacen hombres... y mueren. Llegan a esta tierra... y bajan al sepulcro. Surgen naciones... y desaparecen. No importa.

*«El mundo pasa, y pasa también con él su concupiscencia. Pero el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente»*; así nos consuela la Sagrada Escritura (1 Jn 2, 17). Dios es el principio eterno, y el fin eterno, y la vida terrena no es más que un episodio, un breve intermedio que tendrá su continuación en el reino de Dios inmutable.

*«Los que ponen en el Señor su confianza estarán firmes como el monte de Sión»* (Sal 124, 1), escribe el SALMISTA. Por lo tanto, con fidelidad me adheriré a Dios en medio de las continuas vicisitudes de la vida terrena, para que pueda estar ante su divina presencia con la inmutabilidad de una montaña por eternidad de eternidades.

## CAPÍTULO XXXIV

### DIOS, ETERNO

Sobre los montes gigantescos de Suiza descuellan aún dos cumbres que yerguen su cabeza cubierta de nieve: la Jungfrau y el Finsteraarhorn; los dos picos rebasan los cuatro mil metros de altura. En una obra del escritor ruso TURGUENIEW, estos dos montes entablan una conversación interesante.

Encima, una bóveda muda, pálida, de un brillo verdoso; abajo, un sudario de escarcha y de nieve. Debajo de la nieve, montones de piedras cubiertas de hielo. La Jungfrau se dirige a su vecino:

—Tú eres más alto, ves más que yo. Dime: ¿qué novedades hay allá abajo?

—Negros nubarrones cubren la tierra —contesta Finsteraarhorn. Después de algunos millares de años —que en la vida del universo son como un minuto— la Jungfrau pregunta de nuevo a su vecino

—Ahora, ¿qué cambio ves?

—Abajo todo es lo mismo —contesta el Finsteraarhorn—. Es la misma selva oscura; es la misma piedra gris; sólo hay una multitud de pequeños bichos de dos piernas que van y vienen a nuestro derredor.

—Ahora ¿qué noticias hay? —pregunta la Jugfrau después de nuevos millares de años.

—Todo es lo mismo; tan sólo aumenta el número de los bichos —fue la contestación.

—¿Hay algún cambio? —pregunta otra vez, después de un nuevo milenario.

—Como si viera menos bichos —replica el Finsteraarhorn. Todo es más claro, las aguas se han juntado, los bosques son más raros.

Mientras tanto, pasaron nuevos millares de años; y, por fin, la Jungfrau preguntó otra vez

—¿Y ahora?

—Ahora se extiende por doquier una inmensa blancura —contesta el Finsteraarhorn—. Todo está cubierto de blanca nieve y de hielo. Todo se

ha enfriado. Podemos dormir tranquilamente.

Y duermen las gigantes montañas; y la bóveda luminosa se apaga para siempre. Todo, ha enmudecido sobre la tierra, para siempre...

Así hablan las dos cumbres próceres en la obra del escritor ruso...; el hombre siente un escalofrío ¿Es sueño o es realidad? ¿Un cuento imaginado o la realidad que llegará un día?

Nosotras, «bichos de dos piernas», nos movemos, corremos, edificamos, derribamos, reñimos, asesinamos, guerreamos... ¿hasta cuándo?... ¿hasta que hayan pasado millares de años?...; ¿hasta diez millares de años?... Pero todas las horas tienen su fin, todos los milenarios llegan a pasar, todo tiempo termina... Sí, todo; pero *Dios vive eternamente*.

*Dios eterno*. La eternidad de Dios es la última pincelada que queremos poner en el retrato que hacemos del Padre celestial. He dejado este atributo divino para el final de esta serie de temas, para que sirva de marco al cuadro que pintamos de Dios. Ahora, pues, trataremos del Dios eterno; y el último capítulo resumirá brevemente todas las reflexiones e ideas que llevamos desarrolladas hasta aquí, con lo cual cerraremos la serie que comenzamos alrededor de este terna la primera frase del Credo: ¡Creo en Dios!

I. ¿Qué decimos nosotros de la eternidad de Dios?, y II. ¿Qué nos dice a nosotros la eternidad de Dios? En torno de estos dos pensamientos agruparé la materia. Nuestra primera pregunta será, pues:

## I

### ¿QUÉ DECIMOS NOSOTROS DE LA ETERNIDAD DE DIOS?

1.º Si quisiéramos dar la respuesta en breve forma *negativa* habríamos de decir: Dios es eterno, es decir, no conoce tiempo; la existencia divina no tiene principio, no tiene fin, ni tiene sucesión. O, como lo aprendemos en el catecismo: Dios no tuvo principio ni tendrá fin; Él siempre ha sido, es y será.

Y si quisiéramos dar la respuesta en forma *afirmativa* habríamos de decir, también con brevedad: Dios es eterno, es decir, es el creador del tiempo, y lo que haya de positivo en el tiempo está todo en Él, pero sin medida. O en otras palabras: Dios posee la vida, toda a la vez, con toda su plenitud y con toda perfección.

«Tú, ¡oh Dios!, eras antes que fuesen hechos los montes o se formara la tierra y el mundo universo: eres ab aeterno, y por toda la eternidad»,

dice el SALMISTA (89, 2).

Y en otro pasaje expresa de esta manera el mismo pensamiento: «¡Oh Señor!, Tú eres el que al principio creaste la tierra; los cielos obra son de tus manos. Estos perecerán; pero Tú eres inmutable. Vendrán a gastarse como un vestido. Y los mudarás como quien muda una capa, y mudados quedarán. Mas Tú eres siempre el mismo, y tus años no tendrán fin» (Sal 101, 26-28).

Dios «es, era y ha de venir» (Apoc 1, 8), y «vive por los siglos de los siglos» (Apoc 5, 14).

Por lo tanto, Dios está por encima del tiempo; en Él no hay tiempo pasado ni futuro; todo es en Él un eterno presente.

Pero siento que estas definiciones no son más que el esqueleto, el pilar de la respuesta deseada; y para que sea más claro ante nosotros el rostro del Dios eterno, hemos de concretar la contestación.

2.º Intentemos, pues, explicar con precisión qué es lo que queremos significar al decir que Dios es eterno.

Para la respuesta necesitamos unas previas reflexiones filosóficas.

Propiedad peculiar del hombre es el afán de rebuscar en los acontecimientos de los tiempos pasados y escudriñar los sucesos del porvenir, para hacerse después un cuadro de conjunto. Esta inclinación viene a ser en nosotros una manifestación de nuestra semejanza con Dios.

Pero ¿qué es lo que nosotros sabemos del pasado y lo que podemos sospechar del porvenir? Casi nada. *Únicamente Dios tiene un completo cuadro de conjunto*, porque Él no sólo ve las cosas que hay *en el espacio*, una junta a la otra, sino también las que se van sucediendo *en el tiempo*.

Por lo tanto, si decimos que es eterno, queremos significar que Dios es el dueño y el creador del tiempo y de todo acontecimiento, de todos los sucesos del mundo. Él está en todas partes, porque los mismos espacios, donde las cosas creadas se mueven, obra son de sus manos también.

De la misma manera El existe siempre, porque merced a la creación hay acontecimientos en el mundo, y con éstos podemos medir el tiempo, y es Él, por lo tanto, quien creó el tiempo.

Después de estos preliminares, intentemos explicar cómo puede ser aquel Dios eterno que no tiene principio ni fin y para el cual no existe el tiempo.

A) *El Dios eterno que no tiene principio ni fin, sino que posee siempre y con toda perfección la plenitud de vida.*

a) *El Dios eterno que no tiene principio.*

De cualquier cosa que hablemos en este mundo, siempre hemos de decir: desde su principio hasta su fin, desde su nacimiento hasta su muerte. Tocante al hombre, decimos desde la cuna hasta la sepultura. De la alta torre decimos: desde los cimientos hasta la veleta. Del mismo universo mundo hemos de decir: desde la creación hasta el día del juicio final...

No hacemos más que una sola excepción: cuando hablamos de Dios. La Sagrada Escritura dice, refiriéndose a Dios: «*Tú, ¡oh Dios!..., eres ab eterno y por toda la eternidad*» (Sal 89, 2).

El sacerdote canta en la Misa: *...Per omnia saecula saeculorum*: «por todos los siglos de los siglos». Y los fieles rezan: «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, como en el principio, y ahora, y siempre, y en los siglos de los siglos.»

¡Dios eterno! Ha existido siempre y antes del cual no existió nada. No tuvo principio, porque Él nunca fue hecho, sino que siempre existió. Ha sido, es y será. No ha sido niño, ni joven, ni adulto, ni anciano, sino que siempre ha sido y es el mismo, la perfección acabada. No tuvo principio, porque Él es el principio de todo, como dice Él mismo por boca del profeta Isaías: «*Yo soy el mismo desde el principio*» (Is 43, 13).

b) *El Dios eterno que no tiene fin.*

Dios no es tan sólo el principio, sino también el fin, como Él mismo lo dice asimismo en el libro de Isaías: «*Yo soy el primero y Yo el último*» (Is 44, 6).

Pero si Dios es el principio y el fin de todo, entonces todo lo que procede de Dios, por lo tanto el universo entero, volverá otra vez a su seno... ¿Cuándo?... Cuando el mundo creado haya alcanzado el fin último para que fue creado: la alabanza del Creador, «*a fin de que en todas las cosas todo sea de Dios*» (1 Cor 15, 28),

c) *El Dios eterno que posee en todo tiempo la plenitud de vida.*

«*Yo soy el que soy*» (Ex 3, 14), dice de Sí mismo. Nadie puede dar a Dios, nadie puede quitarle cosa alguna. Nadie puede aumentarlo, nadie puede disminuirlo. Dios no puede crecer ni puede menguar. De nada necesita y de nada carece. Dios, en Sí y por Sí, es la perfección eterna, la plenitud eterna.

Las olas del Diluvio, preñadas de muerte, rugen; el monte Sinaí, envuelto en nubes y relámpagos, se estremece; resuenan los clarines del juicio final, y Dios es siempre el mismo que era, y ante su presencia los milenios no son ni breves segundos.

Ved ahí al Dios eterno, que no tiene principio ni fin.

B) Pero la eternidad de Dios significa aún otra cosa. Mirad al Dios eterno, *para quien no existe el tiempo*.

¿Qué significa que para Dios no existe el tiempo? Antes de contestar a la pregunta, hemos de saber lo que es propiamente la palabra «tiempo».

a) *¿Qué es el tiempo?* ¿Quién es capaz de dar una definición adecuada? ¿Es algo tangible, como los objetos que vemos, como las cosas que palpamos? Ciertamente que no. ¿O es una especie de mar en que nadan los objetos del mundo? ¿Es un río caudaloso que todo lo arrastra hacia la eternidad? No y no. Todas estas respuestas no son definiciones exactas.

Nos acercaremos a la Verdad si decimos que el tiempo no es una cosa, no es algo, sino solamente la relación recíproca de los acontecimientos: algo que ya ha sucedido o aún ha de suceder. Y acaso lo entendemos todavía mejor si decimos: *El tiempo es la sucesión incesante de las cosas, a medida que éstas van pasando, del presente al pasado*.

«*Tempus rerum imperator*», dice un antiguo proverbio. «El tiempo es el emperador de las cosas.» Sí; y emperador cruel: todo lo empuja adelante..., no hay reposo, no hay parada, no hay estabilidad..., todo se mueve, cambia, pasa...

Y por encima de este cambio continuo, por encima de esta inestabilidad agitada, por encima de este correr desbocado..., está el Dios eterno. Dios, «*en quien no cabe mudanza ni sombra de variación*» (Sntgo. 1, 17).

«*Yo soy el Señor, y soy inmutable*», dice de Sí por boca del profeta (Malaq 3, 6).

SAN AGUSTÍN: «*No está sujeto al tiempo Aquel por quien fue hecho el tiempo*».

b) Pero aún podemos formarnos el concepto del tiempo de otra manera: *el tiempo es cierta duración, es la edad de las cosas*.

Y si lo concibo así, entonces también veo que en el mundo todo tiene tiempo limitado, que la vida es corta. Es corta la vida del hombre; ¡ah! ¡qué corta es!

Hay estrellas cuya luz llega a la tierra desde una distancia inconcebible al cabo de millones de años; es limitado el tiempo de su carrera.

Cimas cubiertas de nieve se yerguen hacia el cielo hace miles de años, es decir, desde una época en que ni siquiera existía un ser vivo en la tierra; y, no obstante..., un día llegarán a desmoronarse estas montañas de granito..., los mares se secarán..., todo pasa... Pero en medio del torbellino

del tiempo, que todo lo destroza, allí está el Dios eterno.

c) Otra idea del tiempo. Podemos decir: *el tiempo es la atmósfera que nos rodea, es el espíritu de la época, que introducimos en nuestra propia vida*, y que expresamos al decir que «somos hijos de nuestro tiempo».

En efecto, no somos tan sólo hijos de nuestros padres, sino también de nuestra época; nos sentimos atados a ella por millares y millares de hilos. «Tal tiempo, tales hombres», así dice un dicho alemán.

Realmente, nosotros, que vivimos dentro de una época determinada del desarrollo de la humanidad, notarnos muy poco lo compenetrados están nuestra manera de pensar, nuestro modo de obrar, todo nuestro comportamiento, con el ambiente de la época. ¡Cómo cambia este mundo a nuestro derredor cada diez años!

¡Qué difícil es, o casi imposible, para los viejos comprender a los jóvenes! «El tiempo ha pasado sobre ellos», dicen, en cambio, los jóvenes de los viejos, y los miran como ruinas de tiempos pretéritos que murieron para siempre.

Pero por encima de todo espíritu de época y de todo cambio, por encima de todos los lazos que ha creado el tiempo, está el Dios eterno, que nos abarca a todos, al anciano y al joven, que no cambia con el tiempo, que no envejece nunca.

¿Podemos decir que Dios es «viejo» o que Dios es «joven»? Ambas cosas podemos afirmar, pero haciendo constar que lo decimos en lenguaje humano y en relación con nosotros mismos. También la Sagrada Escritura le llama «Anciano» (Daniel 7, 9), porque existía ya hace millones de años: pero es también joven, más joven que el niño recién nacido, porque de la vida de éste ya se han perdido unas horas, mientras que de la vida de Dios nunca se pierde nada.

Ved una cosa curiosa: ¿Qué hacemos al querer señalar la edad de un hombre? Decimos el número de los años que el tiempo fugaz ya ha devorado de su vida. «Un hombre de treinta años», significa que treinta años de su vida ya pertenecen al pasado.

Pero a Dios no le designarnos de la misma manera. Decimos, al hablar de Él, que es eterno, es decir, que continuamente, a cada momento, tiene en su mano la perfecta plenitud de la vida.

Esto es lo que afirmamos al decir que Dios es eterno.

Y ahora, ¿podremos decir acaso que tenemos un concepto cabal de las profundidades que abarca la eternidad divina?

De ninguna manera. Todo lo que hasta ahora hemos dicho, toda la hermosura, toda la sublimidad que nos sorprende en este mundo creado, no son sino pequeños rayos, escapados por unas rendijas, de la majestad del Dios eterno.

¡Qué contento para mí —pobre hombre extenuado por los pesares de esta tierra, pobre hombre que corre de continuo, cuyos nervios no tienen un momento de tregua...— descansar tranquilamente en la calma del Dios eterno.

¡Qué refrigerio para mí —pobre hombre que siempre camina a fuerza de sacudidas— calmar mis excitados nervios en la paz santa de este Dios eterno!

Los que os sentís abrasados, quemados, triturados por el ritmo febril de una vida agitada, corred todos a descansar en el único regazo de absoluta serenidad y calma, en el corazón del Dios eterno.

Con esto ya llegamos a la segunda parte del tema presente: ¿Qué es lo que nos predica a nosotros la eternidad de Dios?; ¿qué fuerza y qué consuelo nos presta?

## II

### ¿QUÉ ES LO QUE NOS DICE LA ETERNIDAD DE DIOS?

Quien piense con frecuencia y con amor en el Dios eterno, sacará de este pensamiento fuerza para resistir a las tentaciones, y consuelo en medio de la inestabilidad del mundo.

1.º *El pensamiento del Dios eterno es fuerza en la tentación.* Si somos fieles en esta vida, participaremos más tarde de aquel piélago de felicidad que llena el seno del Dios eterno. Para lograrlo, bien vale la pena el sacrificio de nuestra felicidad en esta vida breve. ¿Podríamos consentir en trocar esta felicidad con el gozo falaz y fugitivo que nos promete el pecado?

Santo Tomás Moro, el gran canciller inglés, fue condenado a muerte por su fe católica. El rey Enrique VIII había repudiado a su esposa legítima y se había unido con otra mujer; pero él canciller no quiso reconocer este adulterio escandaloso por verdadero matrimonio ni a Enrique por cabeza de la Iglesia anglicana: por esto fue encerrado en la Torre de Londres y condenado a muerte.

Al principio el rey intentó quebrantar con los tormentos de la prisión la resistencia del canciller, venerado de todo el país, después mandaron a

la hija predilecta del canciller, Margarita, para que convenciera a su padre y le indujera a cierta condescendencia; en vano.

Por fin, antes del fallo condenatorio fue su esposa a la prisión, en medio de lágrimas, le suplicó que fuese más tolerante y salvase su vida para toda la familia. Tomás Moro preguntó tranquilamente

—Dime ¿cuánto tiempo nos quedaría aún para vivir juntos?

—Por lo menos, veinte años —contestó la mujer.

—¿Ves? —le dijo su esposo—, si hubieras dicho, por lo menos, mil años, habría sido algo. Pero ¿por veinte años he de perder toda la eternidad?

Y Santo Tomás Moro aceptó la muerte. El pensamiento de la eternidad le preservó de la caída.

¡Si también yo pensara con frecuencia en el Dios eterno! Aquí, en la tierra, hablamos del «mar eterno» y de los «montes eternos», pero ¿no sabemos que estas expresiones no son sino una exageración de los hombres?

Decimos los montes «eternos», el «mar eterno». Pero no hay nada eterno, sino Dios. Dios, que es el único de quien dice la Sagrada Escritura: *«Tú, ¡oh Dios! eres antes que fuesen hechos los montes o se formara la tierra y el mundo universo: eres eterno y por toda la eternidad»* (Sal 89, 2).

Pero me sirve de aviso lo que me dice el monte, lo que me dice el mar. En punto a honor y moralidad, he de ser un hombre inquebrantable, inmutable como los montes «eternos», y así cantaré la gloria del Dios eterno.

Vienen los huracanes y el monte no se tambalea; resuena el trueno y el monte no vacila. A sus pies se agita la suciedad, la inmundicia de la vida diaria; pero el fango no alcanza su cabeza erguida hacia la altura: como un altar, con manteles de nieve, se eleva hacia el cielo.

¿Y el mar «eterno»? ¡Cuántas generaciones ha llevado ya sobre sus olas! Los fenicios, los cartagineses, los griegos, los persas, los romanos, los escandinavos, los normandos, los comerciantes de Venecia y de Génova, los españoles, descubridores de América, los misioneros...: ¿dónde están todos ellos?...

¡Pero murmura su canción el mar «eterno»! Me detengo a la orilla... Una tempestad embravecida recorre el caudal de sus aguas, agita la superficie..., pero sólo en la superficie; abajo, en la profundidad, reina la calma.

Aun cuando los huracanes de la vida agiten las aguas de la superficie, allá en el fondo de mi vida, por mi esperanza anclada en el Dios eterno, han de brotar la confianza y la tranquilidad.

Ya veis, pues, lo que nos predica la eternidad de Dios. ¡Qué fuerza nos presta para la difícil tarea de ennoblecer nuestra alma!

2.º Y al mismo tiempo, ¡qué consuelo nos proporciona el pensamiento de un Dios eterno! Nos consuela en medio del torbellino del mundo que pasa.

El primero de año coloco sobre mi escritorio el calendario nuevo. Desde enero hasta diciembre, los días van sucediéndose con regularidad; en cada día está inscrito con precisión de horas y de minutos cuándo salen el Sol y la Luna y cuándo se ponen...

Pero las hojas del calendario nada dicen respecto de mí ni yo puedo anotar en ellas qué sucederá conmigo el mes que viene, ni siquiera el día de mañana; aún más, no podría escribir siquiera si aún viviré mañana.

¡Ah!, frente al Dios eterno, ¡cómo siento la fugacidad de mi vida!

Y cuando a cada año nuevo siento de una manera más dolorosa cómo huyen los años; cuando experimento, días tras día, cuán fugaz es mi existencia terrena y cómo el mundo entero está cubierto de ruinas; cuando sé que toda la tierra es un inmenso cementerio y el mismo suelo que piso con mis pies hecho está de residuos de plantas y animales, cuando se estremece mi corazón con la melancolía de la muerte..., ¡qué dulce es entonces levantar mi mirada hacia el Dios eterno!

¡Cómo tiembla el rayo que sale del sol! ¿De qué teme? ¡Teme de la nube que puede cerrarle el paso, porque entonces se acabó todo! ¡Cómo tiembla el polluelo cuando ve revolotear por encima de su cabeza el gavián! ¿De qué teme? ¡Teme a sus garras crueles, porque entonces se acabó todo! ¡Cómo tiembla la hoja del árbol, cuando sopla el viento otoñal! ¿De qué teme? ¡Teme del viento implacable, porque si la coge, se acabó todo!

¡Y cómo tiembla el hombre cuando la muerte toca a su puerta! ¡De qué teme? Teme del momento doloroso de perecer. Todo perece, todo pasa..., pero vive Dios y sólo Dios es eterno. Tan sólo Dios es grande, porque tan sólo Dios es eterno.

También algún otro puede ser grande... Grande es el hombre que sabe acogerse al Dios eterno y que acá abajo va grabando en su alma la imagen, cada vez más bella, del Dios eterno.

¡Qué sublime y conmovedor contraste: el Dios eterno y el hombre de

una vida momentánea!

¡El Dios eterno! Le contemplo en una paz que no conoce tiempo, una serenidad que lleva oculta en su seno la plenitud de vida y la abundancia de la actividad infinita. Millones y millones de ángeles y almas bienaventuradas cantan su gloria por los siglos de los siglos: *per omnia saecula saeculorum*,

¡El Dios eterno!

Y aquí estoy yo, el hombre de un instante...; aquí estoy arrastrado por el curso del tiempo fugaz.. ¿Qué es mi vida? Una pequeña ola en el océano sin riberas del tiempo. Una hoja seca que cae en medio de una selva sin límites. Un granito de arena en el desierto sin horizonte...

*¿Qué es mi vida? «Dura un día como el heno; florece por la mañana y se pasa; por la tarde inclina la cabeza, se deshoja y se seca»* (Sal 89, 6). Cada minuto es una ola, cada día es un oleaje, cada año es un fragmento del río de mi vida terrena; del río que un día —en el momento de mi muerte— desembocará en el océano infinito de la eternidad.

¿Cuándo? No lo sé ni me importa. Entonces, ¿qué es lo importante? Lo importante es el cómo. ¿Cómo desembocará este río en el mar? ¿Cómo el agua de un estanque, que casi no se mueve, que está llena de cieno, agua pantanosa, que no lleva al mar más que limo e inmundicias? ¿O cómo un río caudaloso, que, triunfador, murmura en su carrera y arrastra arenas de oro, y llega, cargado de riquezas, a hundirse en el mar?

¿Cómo desembocarás en el mar? ¿En el «mar eterno»? ¡Oh, hombre!; eso depende de ti...

Piensa, pues: ¿cómo quieres llegar al Dios eterno?

Hemos hablado del Dios eterno nosotros, cuya vida no es más que sombra y humo. Hemos hablado del Dios inmutable nosotros, cuya vida cambia como la luna.

El tiempo corre con nosotros y el curso de la vida nos arrastra. ¿A dónde? Al mar, al mar eterno, ya que todos nosotros somos hijos de la eternidad.

Cuando los mercenarios griegos, cansados de una larga y dolorosa peregrinación, vislumbraron el anchuroso mar, estalló de sus labios el grito de exultación: *Thalatta, thalatta*: ¡El mar, el mar!

¿Sabéis cuál es el galardón más precioso de una vida pasada según la voluntad de Dios? La alegría santa que nos inunda el alma en el último momento. Cuando nuestros familiares rodeen angustiados nuestro lecho de dolor, y por sus lágrimas, mal contenidas, conozcamos que el camino de

nuestra vida toca ya a su fin y está para desembocar en el mar, en el seno de Dios eterno, quiera el Señor que entonces también nosotros podamos exclamar:

*¡Ave, mar de la Eternidad, que deseé con tan vivos anhelos en medio de las luchas de la vida!*

*¡Ave, felicidad sin nubes!*

*¡Ave, vida sin término!*

*¡Ave, glorioso reino cuyo soberano es el Dios eterno!*

*«Al Rey de los siglos inmortal, invisible, al solo y único Dios, sea dada la honra y la gloria por siempre jamás. Amén» (1 Tim 1, 17).*

## CAPÍTULO XXXV

### TE DEUM LAUDAMOS

En la plaza del Ayuntamiento de Viena, un día del año 1930, alzóse una cruz enorme, y sobre ella, con letras brillantes, esta inscripción:

«*¡Salva tu alma!*»

¿Cómo llegó esta cruz al centro de la Viena roja? ¿Y de dónde llegaba aquella muchedumbre que llenaba la plaza?

Bajo el nombre de «los comediantes de Dios», trabaja en Austria, ya hace años, una compañía de teatro que representa por todo el país obras a propósito para moralizar al pueblo. Los actores quisieron celebrar su milésima representación ante el público de la Rathaus-Platz de Viena.

La pieza escogida para aquella representación desarrollaba, con gran tensión dramática, la lucha de Satanás contra Dios. Tenemos en escena una sesión del consejo principal de los infiernos. El presidente es el diablo. Pero su disfraz no es ya el disfraz medieval: cueros, cola de caballo y pezuñas, sino que va vestido a la moderna.

Junto a la mesa están sus colaboradores: el Orgullo, la Codicia y la Lujuria. Y el consejo general de los infiernos dicta el primer decreto, que reza así: «¡Ha sonado ya la última hora de Dios! ¡Destituimos a Dios!» Pero en el mismo momento en que el consejo infernal promulga su atrevido decreto, llega el mensajero de Dios y entabla un combate emocionante dialogando con Satanás.

—¿Te crees haber vencido ya? ¡Mira cuánta bondad escondida hay todavía entre los hombres; cuánta honradez; cuánta rectitud! —dice al diablo el mensajero celestial.

Aquél le contesta con ironía:

—En vano, en vano..., ya todo es mío: Teatro, radio, canciones, películas, Bolsa, Prensa..., todos me sirven.

Así empieza la obra. ¿Quién será el vencedor?, se estremece, abrumado, el espectador. ¿Podrá vencer aún Dios? Pero al tocar a su fin la pieza, respiramos aliviados: Dios ha vencido. Borrachos, lujuriosos, asesinos, uno tras otro, todos confesaron espantados que Dios vive y que el hombre no puede huir de su mirada.

*¡Dios vive! ¡Y Dios vence!*, es la moraleja de aquel drama. Este es el tema más profundo y el único de la historia de la humanidad y de la historia mundial. Este será también el pensamiento fundamental del presente capítulo.

Todo lo que llevamos dicho en esta parte tercera y en la anterior ha tenido por tema la primera frase del Credo: «*Creo en un solo Dios.*» *¿Hay Dios?*, preguntábamos en la segunda parte. *¿Quién es Dios?*, hemos preguntado en la presente.

Desde que hay hombres en la tierra, individuos y pueblos siempre han creído en Dios; y aunque siempre hubo algunos que hubiesen querido dar realidad al decreto de destitución dictado por el consejo infernal, el trono de Dios se sostiene firme aún hoy día y el hombre sigue inclinando su rodilla ante la majestad del Padre celestial,

También ahora hay hombres que blasfeman de Dios, pero también se pierden por Su blasfemia; y, también ahora hay hombres que bendicen a Dios y en Él encuentran su felicidad. Ved ahí los dos pensamientos en que puede resumirse la materia de que vamos a tratar.

I. De aquellos que blasfeman de Dios, y II. De aquellos que lo bendicen.

## I

### LOS QUE BLASFEMAN DE DIOS

Prueba abrumadora de la maldad humana es aquel furor exasperado que echa llamaradas aquí y allí, ya en un país, ya en otro, contra el culto de Dios. No parece sino que se realiza al pie de la letra aquella pieza teatral de Viena; que se han puesto al servicio del espíritu rebelde muchos, muchísimos escritores, artistas, cineastas, locutores de radio, periodistas... Porque no sólo luchan contra Dios los que le niegan, los que blasfeman de El, sino también todos cuantos socavan en el alma humana el honor, la moral recta, el cumplimiento del deber; quienes intentan derribar con trabajo de zapa demoledora las creencias religiosas.

En Rusia fueron violentamente cerrados catorce mil templos. Una asociación especial, con poderes oficiales, va extendiendo el ateísmo. Me refiero a la «Liga de los sin Dios», que cuenta con diecisiete millones de adultos y con dieciocho millones de niños de ocho a catorce años de edad, y cuyos periódicos alcanzan una publicación de medio millón de ejemplares.

Y cuando en las Universidades rusas se creaban treinta y cinco cátedras para la extensión del ateísmo; cuando en Minsk (en la Rusia Blanca) se erigía toda una Universidad exclusivamente para la organización de las luchas contra la religión; al mismo tiempo (desde el 1 de noviembre de 1930), se denegaban los bonos de pan, es decir, la posibilidad más elemental de vida, a todos los que tienen alguna relación con la religión,

No reciben bonos de pan los sacerdotes (sea cual fuere su religión), los cantores los organistas, los sacristanes, los directores de periódicos religiosos ni los artistas que fabrican objetos religiosos... Realmente, parece que se cumple victoriosamente el decreto del consejo infernal...

Mientras que los miembros jóvenes de la *Liga de los sin Dios* entran con mueca infernal en los templos que aún se conservan, hasta en las casas particulares, y sacan de allí miles de sagradas imágenes y las queman en las plazas entre gritos de triunfo; mientras que por las calles, coreados por las carcajadas del pueblo, hacen befa de la santa Misa y del bautismo y cantan las hermosas melodías de los antiguos himnos religiosos con un texto nuevo, que contiene las más horribles blasfemias; al mismo tiempo, en las islas del mar Blanco, que podríamos llamar *Islas del Diablo*, imponen a los sacerdotes desterrados un trabajo de esclavos, de doce a diecisiete horas diarias, y les dan media ración; no pasa día en que no haya de seis a diez muertos entre ellos; y no se permite a los sacerdotes acercarse a los moribundos; así no les pueden administrar los últimos sacramentos.

Si se tiene noticia de que algunos sacerdotes han confesado a sus compañeros agonizantes, los obligan al trabajo más pesado en los bosques y los condenan a percibir tan sólo la tercera parte de la ración asignada a los presos<sup>34</sup>.

Realmente, parece que presenciamos la victoria del consejo infernal... La propaganda del ateísmo consume una inmensa cantidad de papel; por esto se dictó un decreto según el cual han de recogerse todas las Biblias, todos los Misales que haya en todo el país, y el papel de los mismos se emplea para fabricar un papel nuevo con que divulgar los escritos de la propaganda bolchevique.

Pero, al parecer, no es el papel lo único que falta, sino que tampoco hay piedra. En Moscú el piso de las calles se repara con losas robadas de los cementerios, y en algunas todavía se puede leer la inscripción.

Viven allí millones de niños, ¡ignorantes por completo de lo que es Navidad! Parece la victoria del consejo infernal...

Y cuando leemos un día y otro día estos horrores que claman al cielo,

---

<sup>34</sup> Bayr, *Kurier*, 8 de agosto de 1930

en el primer momento sentimos la misma impresión que si presenciáramos el principio de la obra teatral de Viena ¿Qué sucederá aquí? ¿Podrá vencer todavía?...

Pero el que conozca la historia de la Humanidad y sepa cuántas veces se ha rebelado ya la maldad infernal contra el trono de Dios, no dudará del porvenir. Sabrá que mientras viva en esta tierra una raza de hombres que piense con lógica y tenga sentimientos nobles en el corazón, no se le podrá arrancar del alma la fe en Dios; sabrá que al final —en la pieza de teatro y en la historia del mundo— quien vencerá... será Dios. Y con Dios, vencerán los que creen en Él y los que le bendicen.

## II

### LOS QUE BENDICEN A DIOS

*¿Hay Dios?, y ¿quién es Dios?* Estos dos pensamientos han venido siendo, hasta aquí el objeto de nuestro estudio y nos han afianzado, con nueva decisión, en el ejército de los que creen en Dios y le bendicen.

¿Hay Dios? Tal fue nuestra pregunta en la primera parte de estos estudios.

Lo hemos preguntado al gran mundo exterior de las estrellas y al mundo interior del alma humana, a la naturaleza inanimada y a la naturaleza dotada de vida. El orden imponente del universo y su admirable finalidad han pregonado a voz en grito con el alma humana, sedienta de justicia y felicidad: *Hay Dios. La razón me obliga a creer en Dios.* La grandeza del mundo creado clama a Dios, y en lo profundo del alma, el hombre también bendice a Dios.

Porque, si no hay Dios, no tiene Creador este maravilloso universo. Si no hay Dios, carece de objetivo la vida humana.

Pero ¿sería posible? Cuando no nos atrevemos a decir que una radio, que una rueda cualquiera de una máquina, se hicieron por sí mismas y no fueron fabricadas por otro, ¿nos atreveríamos a afirmar tal desatino tocante a la complicadísima complejidad del universo? Y cuando no hay ni una hoja en un árbol que no tenga un fin; cuando no hay ni una hierba en el campo, una gota en el mar, sin un fin determinado, ¿únicamente el hombre habría de peregrinar sin objetivo cierto por este mundo?

Esta pregunta ya se la propuso TOLSTOI y su contestación fue ésta:

«Millones v millones de hombres viven apaciblemente, trabajan, sufren, luchan en la vida terrena y no se les ocurre que todo esto carezca de

objetivo. ¿Dónde encuentran ánimo, fuerza y energía?»

Y Tolstoi no encuentra otra contestación que la siguiente: En la confianza puesta en el Dios sabio y bueno. Y un día..., en un paseo primaveral por el bosque..., se escapó de sus labios con toda la fuerza de una revelación, la confesión siguiente: «*Hay Dios. No puedes vivir a no ser que creyendo en Dios*»<sup>35</sup>.

Si, para vivir de veras, es forzoso creer en Dios Nuestro Señor.

Y no encontramos pueblo alguno sin la idea de un Dios creador y gobernador del mundo.

Por doquier acude el hombre a Dios; es ésta la palabra que más veces se pronuncia por todo el orbe. Cuando los rayos del sol naciente empiezan a dorar las ventanas de nuestras viviendas, con el nombre de Dios en los labios nos despertamos para el trabajo de un nuevo día.

A Él le dirigen sus súplicas los hombres fervorosos, los pobres piden limosna en su Nombre, los enfermos depositan en Él su esperanza, en Él confían los moribundos. No hay lugar, no hay tiempo, no hay ocasión, en que el alma humana no haya de pensar en Dios, en que pueda eximirse de creer en Dios. Cree porque la misma razón le obliga.

La misma obligación nos viene impuesta por *la organización de la vida humana*, porque sin la creencia en Dios se hace imposible la vida social.

¿Se podría edificar una vida humana, bien coordinada, sobre los cimientos del ateísmo ¿Podríamos hablar, sin creer en Dios, del cumplimiento del deber, de las obligaciones con la familia, de las atenciones debidas al prójimo?

La sociedad nos impone deberes, obligaciones, que muchas veces implican abnegación y sacrificio por parte del individuo. La fidelidad absoluta, la honradez, el ánimo de trabajar, el cumplimiento del deber..., son fundamentos de la vida social y tienen a la vez su punto de apoyo en la creencia en Dios.

El ateísmo socava, pues, los fundamentos de la sociedad humana. Alguien clama a voz en grito: ¡No hay Dios! Lo oye otro hombre que sufre, y también grita: ¡Esta vida no tiene objetivo! Lo oye un malhechor y exclama: ¡No hay pecado! Lo oye un joven y dice: ¡No hay virtud! Lo oye un esposo y murmura: No hay fidelidad conyugal! Lo oye un niño y grita: ¡No hay autoridad paterna!

País sin Dios, país maldito. Nación sin Dios, una tropa de fieras san-

---

<sup>35</sup> TOLSTOI: *Mis confesiones*.

guinarias sin ley ni freno. ¿Cómo puede el hombre respetar en esta tierra a su padre y a su madre si no respeta al Padre celestial? ¿Cómo puede respetar las leyes terrenas si no respeta al Legislador supremo? ¿Cómo puede amar a sus prójimos quien cree que hemos salido de la nada y a la nada volvemos y que, por lo tanto, hemos de acumular goces pasajeros para la vida breve, que se desliza entre estos dos extremos?

Y si algún día «la revelación celestial» no le bastara al hombre como testimonio de la existencia de Dios, entonces se la probaría «la revelación infernal», el reino de la maldad. Porque si no hay Dios, entonces la justicia es un enigma, el derecho y la ley son enigmas, todo el orden moral es enigma, y cada cual puede darles la solución que le apetezca.

Si no hay Dios, tampoco hay libertad, porque la libertad tan sólo puede tener por base la ley, la ley se apoya en la moral, la moral en la religión y la religión estriba en Dios.

¿Sabéis qué inscripción lleva la Universidad mahometana del Cairo? Con cierta envidia y vergüenza lo repito: la *Universidad mahometana*. Pues lleva esta inscripción: «La química es importante, pero es más importante Dios.»

Sí; necesitamos la química, la técnica, la industria, la agricultura, el pan, los trajes, la higiene, el sol..., pero por encima de todo: necesitamos a Dios. Porque el que espera la luz tan sólo del sol quedará a oscuras cada noche; mientras que el que tiene por sol a Dios verá la luz eterna.

Estamos enfermos, todos lo sentimos. Pero ¿no creéis que el mundo está enfermo justamente porque está lejos de Dios, porque se separó de Él? Cuando en los países norteros los hombres han de estar durante algunas semanas a oscuras, sin apenas sol, que se esconde debajo del horizonte, se sienten presa de un gran abatimiento, de una profunda melancolía. Este es el abatimiento, ésta es la melancolía que roe a la humanidad de hoy; porque se ha apartado del verdadero Sol de la vida.

Los árabes tienen una hermosa leyenda respecto al llanto del Sahara. Cuando en las noches tranquilas y estrelladas una suave brisa corre por el inmenso y árido desierto y hace chocar millones y millones de arenillas, el ruido del choque parece el lastimero gemir de una gigantesca fiera que, gravemente herida, agoniza.

«¿Lo oís? —pregunta entonces el guía árabe a la caravana—. ¡El desierto llora! Se queja de haber sido trocado en desierto estéril; llora los jardines pomposos, las ondulantes mieses, los sonrientes frutos de que estaba cargado un día, antes de quemarse, antes de secarse, antes de transformarse en desierto.»

Almas secas, almas de desierto son también los hombres incrédulos. Acaso quieran disimular en el exterior, fingir que todo está en orden. Pero cuando en el silencio de las sombras, en una noche de insomnio, se dan a meditar y sube por la garganta el sollozo del alma, convertida en desierto por su incredulidad, entonces lloran las alegrías marchitas de la vida, las alegrías que se perdieron sin esperanza.

*¡Si; creo en Dios..., creo en Dios!*

2.º Esta cuestión, ¿Hay Dios?, fue el objeto de la segunda parte de nuestro estudio. En la tercera parte dimos un paso más e intentamos levantar el velo que cubre el rostro de Dios para poderle conocer de más cerca: ¿Quién es Dios?

Y ahora, cuando tanto he hablado de nuestro Dios, cuando quisiera resumirlo todo en unos pocos pensamientos, recuerdo la historia de Moisés, cuando estaba junto a la zarza ardiente. Moisés oye la voz del Señor, pero no ve al mismo Dios. Emocionado, pregunta: «*Y bien, yo iré a los hijos de Israel..., si me preguntan: ¿Cuál es su nombre?, ¿que les diré?*» (Ex 3, 13-14). Entonces le contestó a Moisés el Señor «*Yo soy el que soy. He aquí —añadió—, lo que dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros*» (Ex 3, 14).

Por todas partes estamos en Dios, en El vivimos y existimos...; pero nos preguntamos: ¿Quién es este Dios? ¿Qué hemos de decir, pues, de Dios ahora, al terminar? ¿Quién es Dios?

¡Dios! ¡Qué sublime palabra! La pronuncia el hombre y ante su mirada se extiende un mar infinito: el mar infinito de la majestad de la hermosura, de la bondad, de la perfección; toda palabra humana es un balbuceo impotente cuando quiere hablar de Dios, cuya grandeza es inconmensurable, cuya fuerza es la omnipotencia, cuyo tiempo es la eternidad y cuya morada es una luz inaccesible (1 Tim 6, 16).

¿Quién es Dios? ¿Qué he de decir de Dios? ¿Diré acaso que es el océano infinito de todo ser? ¿He dicho bastante con esto? No.

¿Diré acaso que todo cuanto existe ha sido creado por Él? ¿Habré dicho bastante con esto? No.

¿Diré acaso que en El está toda la justicia, el amor, la misericordia, la hermosura...? ¿Habré dicho bastante con esto? No.

¿Quién es, pues, Dios? ¿Qué he de decir de El? La Sagrada Escritura traza pinceladas, a cual más hermosas, de la belleza de Dios; ahora subrayaré sólo dos pensamientos sublimes, que sirven de engarce a todos los divinos atributos: *Dios es luz y Dios es caridad.*

«Dios es luz» (1 Jn 1, 5). Si es luz, entonces todo lo ve, todo lo ilumina, no hay en Él tinieblas. Si es luz, entonces todo lo sabe, no hay en Él error. Si es luz, entonces es la misma santidad, no hay en Él mancha, defecto, falta, pecado. Si es luz, entonces es armonía eterna y fuente de toda hermosura: fuente primera de toda belleza, así natural como artística, espiritual y moral...; de la belleza de los colores, de la armonía de los sonidos. Si es luz, entonces no hay en Él tristeza, luto, melancolía.

Y «*Dios es caridad*» (1 Jn 4, 8). Si es caridad, entonces de Él brota todo el amor del corazón materno, la piedad filial, el abnegado amor del amigo. Si es caridad, es todo bondad, buena voluntad, solícito cuidado. Si es verdad, entonces también es el más digno de amor.

¿Qué he de decir, pues, de Dios como resumen final? ¿Qué podría añadir sino lo que dijo SAN AMBROSIO?: «¿Quieres curar tus llagas? Él es el médico. ¿Ardes de fiebre? Él es la fuente refrigerante. ¿Caes bajo el peso de tus iniquidades? Él es la eterna misericordia. ¿Necesitas ayuda? Él es el Omnipotente. ¿Temes la muerte? Él es la vida. ¿Deseas la fidelidad de los cielos? Él es el Señor. ¿Quieres huir de las tinieblas? Él es la luz. ¿Tienes hambre? Él es el pan de vida»<sup>36</sup>.

*Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador de cielos y tierra.*

\* \* \*

He hablado mucho de Dios. Y ahora, ¿sabemos quién es Dios? ¿Hemos quitado el velo del rostro de Dios: ¿Ahora ya conocemos por completo a Dios?

¡Ah! ¿Cómo podría atreverme a afirmarlo? ¿Cómo osaría contradecir a la Sagrada Escritura, que dice: «Al presente no vemos Dios sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras; pero entonces (en la gloria) le veremos cara a cara (1 Cor 3, 12).

¡Fijémonos! Entonces veremos a Dios cara a cara. ¿Cuándo será este entonces? ¿Cuándo caiga el velo de mi propia alma, el cuerpo? Hoy mi cuerpo todavía me impide ver a Dios. Pero al caer el velo, y al abandonarlo mi alma, en aquel momento veré a Dios.

Fijaos bien en lo que voy a deciros: Durante un momento todos le veremos: pero hay quienes no le verán más que un solo instante. Verán a Dios durante un momento los que blasfemaron de Él, los que blasfemaban con su manera de vivir, con sus palabras, con sus negaciones: pero éstos,

---

<sup>36</sup> *De virginitate*, cap 16.

un momento después del fallo, serán precipitados a la condenación eterna. En cambio, quienes vivieron según la voluntad de Dios, quienes bendecían a Dios y le amaban, se quedarán con El eternamente.

Yo quiero amar a Dios y confiar en El.

Amo a Dios, porque es un Padre infinitamente bueno, cuya majestad me subyuga, pero no me atemoriza ni me abrume; confío en Él con la confianza con que corre el niño hacia su madre, sin ningún temor, aunque esta madre sea una poderosa reina.

Amo a Dios, porque gobierna el mundo con entrañas de misericordia.

¡Amo a Dios, alabo a Dios, bendigo a Dios! ¡Creo un día llegaré a verle eternamente!

¡Señor, yo soy pobre, Tú eres la riqueza eterna!

¡Señor, yo estoy fatigado, Tú eres el descanso eterno!

Señor, yo soy débil, Tú eres toda la fuerza!

¡Soy pecador, Tú eres el perdón!

¡Me abandono en Ti porque eres compasivo y misericordioso!

¡Tú eres la fuente que sacia nuestra sed!

¡Tú eres el pan de vida!

¡Tú eres el Sol de mi vida!

*Tú eres mi Señor y mi Dios por los siglos de los siglos.*

\* \* \*

A Ti, ¡oh Dios!, te alabamos, a Ti por Señor te confesamos.

A Ti, Eterno Padre, te venera toda la tierra.

A Ti, todos los ángeles; a Ti, los cielos y todas las potestades.

A Ti, los querubines y serafines, con incesante voz te aclaman:

Santo, Santo, Santo; Señor Dios de los ejércitos.

Llenos están los cielos y la tierra de la majestad de tu gloria.

A Ti, el glorioso coro de los Apóstoles.

A Ti, el laudable número de los Profetas.

A Ti, el brillante ejército de los Mártires te alaban.

A Ti, por toda la redondez de la tierra, la Santa Iglesia te confiesa:

Padre de inmensa majestad...

Te rogamos, pues, que socorras a tus siervos, que con tu preciosa Sangre redimiste.

Has que lleguemos a ser contados en la gloria entre los santos.

Salva, Señor, a tu pueblo y bendice a tu heredad.

Todos los días te bendeciré.

Alabaré tu Nombre por los siglos de los siglos.

Descienda, Señor, sobre nosotros tu misericordia, como lo esperamos de Ti.

En Ti, Señor, esperaré; no seré confundido eternamente.

Amén.